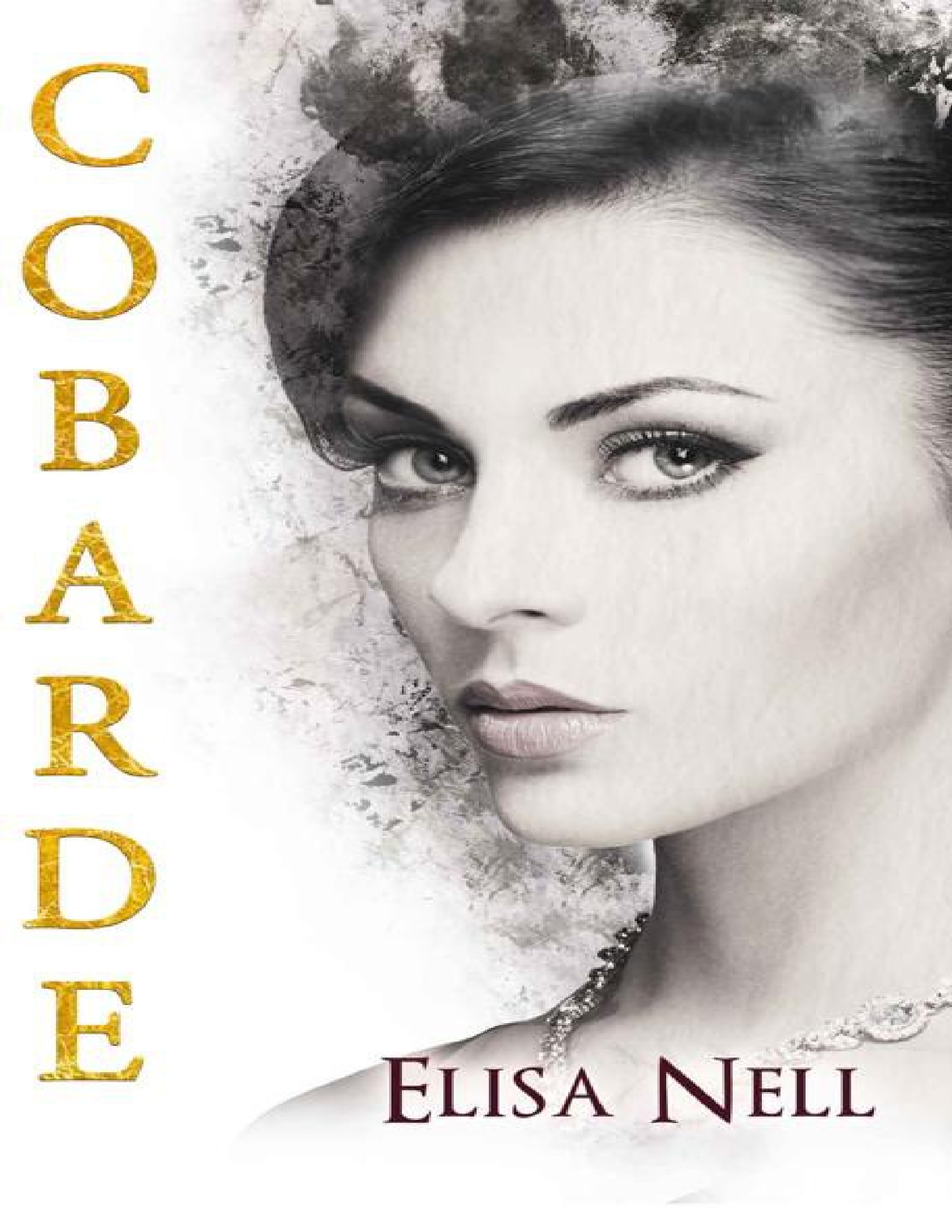

COBARDE
ELISA NELL



Cobarde

Los pecados de un lord IV



ISBN: 9798876251138
Sello: Independently published

Título: COBARDE (Los pecados de un lord IV)
Elisa Nell © 2024

Cubierta: Roma García.
Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para aquellos que tuvieron que amarse

a escondidas.

Demasiado TARDE



El adiós



Capítulo 1

No sin ella

Leo

Nueva York,1852

Ella.
Mi salvadora y verdugo.
El veneno que emponzoñó la sangre de mis venas y, aun sabiéndolo, fui tan inconsciente de

cruzar el Atlántico para rogarle, una vez más, que me devolviese la vida que me había arrebatado sin remordimiento alguno.

Estaba cansado de ver como todos a mi alrededor disfrutaban de una vida familiar que a mí me robaron. Estaba cansado de esperar a que Olivia regresase por voluntad propia. Estaba cansado de ser un cobarde.

Por eso convencí a Anderson, mi amigo y socio, para viajar al otro lado del gran charco y buscarla. Existían problemas que para cualquiera con un poco de cordura serían insalvables. Ante los ojos de Dios, pertenecía a otro hombre y tenía un hijo que así lo atestiguaba. Pero ni Dios se interpondría en mi camino.

Ya había antepuesto los deseos y el bienestar de otros a los míos, y si Olivia seguía albergando en su corazón los mismos sentimientos que latían en el mío, no dejaría que unas estúpidas normas sociales me separasen de ella, más de lo que ya lo había permitido.

Ocuparíamos las portadas de los periódicos de sociedad de toda Inglaterra. Nos tacharían de infames depravados. Nuestros hijos serían unos bastardos y, de igual modo, seríamos felices.

Por mí como si la corona me quitaba el título de vizconde Portman y se quedaba con el condado de Romney una vez que mi padre hubiese muerto. Con tal de pasar el resto de mi vida con Olivia, como si nos desterraban del país.

Con un gruñido disfrazado de suspiro, arrugué el papel en el que tenía escrita su dirección en aquella extraña ciudad y lo tiré a la chimenea de la habitación del hotel en el que Anderson y yo nos estábamos hospedando desde nuestra llegada a Nueva York.

—¿Me estás escuchando?

Claro que no le estaba escuchando y eso que Anderson había sido el responsable de haber localizado a Olivia entre toda la inmundicia de esa urbe gigantesca. Le debía, al menos, hacer caso a sus consejos, pero en mi estado era imposible.

El corazón me latía como un semental desbocado.

Llevábamos una semana allí, intentando sacar de la casa al desgraciado de su esposo. Sin embargo, Edward Moore había demostrado ser algo más que un beodo incorregible.

—Leo, entiendo tu frustración. —No, no la entendía. Llevaba años agonizando. Malviviendo con los remordimientos de las decisiones que tomé hacía siete años con la intención de hacer lo correcto—. Mírame —exigió agarrándome por las solapas de la chaqueta y tras posar mis ojos furibundos en los suyos, en un tono azul más claro que los míos, apartó las manos y las alzó al cielo—. Está bien, me rindo. —Se mesó el pelo rubio al igual que el trigo antes de continuar—. He hecho todo lo que estaba a mi alcance. Moore se niega a reunirse conmigo. No se ha tragado que una empresa como la nuestra tenga tanta curiosidad por su fábrica metalúrgica de poca monta. Acéptalo, nos ha cazado.

—No es tan listo —le contradije.

El plan era perfecto. Usaríamos nuestra empresa de construcción y arquitectura para hacerle creer a Moore que estábamos interesados en hacer negocios con él. En concreto, que Anderson estaba interesado, pues él era la cara visible de Leand Ltd. Nadie sabía que yo era el socio mayoritario. Un vizconde rebajándose a la altura de un burgués proporcionaba más enemigos que amigos. Era preferible que todos pensaran que era un mecenas que malgastaba el dinero de su asignación en un aburguesado arquitecto como Anderson Thomson, en especial mi padre, el conde Romney. A sus sesenta años su poder era proporcional al odio que me profesaba.

—Es imposible que sepa que yo también estoy aquí y de sospecharlo, no tiene motivos para creer que tenga intención de ver a Olivia.

Anderson fue incapaz de contener una carcajada.

—Por favor, Leo. ¿Acaso has olvidado que raptaste a Olivia la noche antes de que se fuera de Inglaterra?

—No la rapté. Vino conmigo por voluntad propia —mascullé entre dientes mientras recordaba ese último amanecer en el que la tuve estremeciéndose entre mis brazos.

—Y de la misma forma regresó junto a su marido y por muy borracho que estuviera ese hombre, digo yo que notaría que su esposa no había dormido en casa.

Por supuesto que Moore lo notó. Sus ojos no dejaron de aguijonearme durante la celebración del enlace entre Marcus y Minerva. El gran jardín de la vizcondesa viuda Saint Bains, donde se celebró, no fue lo suficientemente grande para evitar su mirada acusatoria. Y estúpido de mí, lo confronté con el deseo de que le quedase algo de orgullo que le llevase a abandonar a Olivia por adúltera.

Esa hubiese sido la solución más fácil a nuestros problemas y la más cobarde. Típico del hombre que era por aquel entonces.

—Leo, esta tarde sale nuestro barco de regreso a Inglaterra. —Anderson se sentó junto a mí y palmeó la rodilla de la pierna que yo no dejaba de mover nervioso—. Te quedas sin tiempo.

—Lo sé —murmuré apesadumbrado—. ¿A qué hora debemos estar en el puerto?

—A las siete, pero hay que abandonar el hotel antes de las cinco.

—Si no he regresado para entonces, vete al puerto sin mí. Nos reuniremos allí.

Me levanté, cogí el abrigo y el sombrero con la intención de marcharme.

—No volveré a Londres sin ti —me advirtió antes de que cruzase la puerta.

—Ni yo sin ella.

Cerré de un portazo y salí del hotel. Anduve el mismo camino que había recorrido en los últimos siete días y me parapeté enfrente de la casa de Olivia. Una vivienda adosada de dos plantas en un barrio burgués justo delante de un parque deslucido, como todo en aquella ciudad.

El acento yanqui era insufrible como su comportamiento grosero y basto. Eran como animales salvajes que apenas sabían actuar con un poco de educación y, a pesar de eso, aguantaría en ese parque el tiempo que fuese necesario. Escondería la mueca de asco que me provocaba cada vez que un supuesto caballero pasaba a mi lado y escupía al suelo, eso sin contar su forma de hablar a voces, como si del enfado hiciesen su estado normativo.

Lo soportaría por ella, no me movería de allí sin hablar con Olivia.

No sin antes decirle cuánto la amaba.

Cuánto la extrañaba.



Capítulo 2

Una nueva decepción

Olivia

—¿Sigue ahí?

—Sí, señora Moore. Ese hombre no se ha movido en toda la mañana.

Fruncí los labios y jugueteé nerviosa con el encaje del cuello alto de mi vestido mientras me acercaba a la ventana. Di la espalda a mi doncella, ocultándole la película salina que había enturbiado mis ojos. Al ver a Leo apostado en el parque frente a mi casa, hubiese roto en llanto

de haber sido posible, mas no me quedaban lágrimas que derramar.

Mi cuerpo estaba cansado de tanto llorar.

—Saldré a hablar con él.

—Pero, señora, si su esposo…

Negué con la cabeza y bajé la vista al suelo. Dorothy era la única persona del servicio que había soportado estar en esta casa desde que puse un pie en ella, hacía tres años. Me conocía a la perfección y si alguien podía detectar cuando mentía, era ella.

—El señor duerme y creo que seguirá haciéndolo lo que queda de mañana. Debo solucionar este problema antes de que se despierte. —Señalé la ventana tras la que se podía observar a Leo —. No quiero ni pensar lo que ocurrirá si se levanta y vuelve a encontrárselo ahí. Se volverá loco.

Mi cuerpo se estremeció de dolor. Una oleada de náuseas se adueñó de mi estómago y posé la mano sobre él, como si de esa forma pudiese respirar sin sentir como un tizón candente me perforaba el costado.

—Le traeré el sombrero y el chal, señora. Hoy el frío es rabioso.

Dorothy buscó mi mirada y no conseguí mantenérsela por más de unos pocos segundos. Su mano tembló y quedó suspendida en el aire, tan cerca de mi cara que pude sentir como me la acunaba sin tan siquiera tocarme. Cerré los ojos y me dejé consolar por esa caricia fantasma y al abrirlos, ella derramó las lágrimas que a mí se me habían secado.

—Terminemos de una vez por todas con esto —dije a media voz, por miedo a desmoronarme.

—Enseguida, señora.

Dorothy se marchó del salón y mientras esperaba a que regresase con mi ropa de abrigo, me acerqué hasta la ventana. Acaricié el terciopelo de una de las cortinas, antes de apartar la tela y mirar al exterior. Una calle llena de vida se mostraba ante mí. Jinetes en solitario se mezclaban con carruajes y en medio de todo ese bullicio, la gente paseaba ajena a la tensión que nacía de ese extraño al que tanto amé.

Como si el lazo que una vez nos unió siguiese anudado con firmeza a nuestros corazones, Leo alzó la cabeza y se retiró el sombrero para escudriñar la multitud, siguiendo el grito silencioso con el que le llamaba.

Cuando reparó en mí, me escondí tras la cortina y estiré los labios en una mueca que en su día hubiese sido una sonrisa. A pesar de los años, seguía teniendo el mismo efecto en mí. Era imponente. Tan distinto a otros caballeros con los que había tratado, que le convertían en inolvidable.

Leo siempre hizo gala a su nombre. Un hombre fiero, de espaldas anchas y cuerpo musculoso que, según las malas lenguas, había conseguido trabajando con sus propias manos. Sin embargo, yo conocía al dulce y tierno amante que se ocultaba tras su prominente mandíbula y sus penetrantes ojos aguamarina.

A mí no me asustaba.

Lo conocía desde que se hizo amigo de mi hermano Marcus en Oxford. Ambos compartían la pasión por la arquitectura y se hicieron inseparables desde entonces. Pasaba muchas tardes en mi casa, junto a mi padre y hermano, hablando de estructuras imposibles y obras jamás imaginadas.

Fue así como me enamoré de él, observándole desde la distancia. Me escondía tras las puertas venecianas de la biblioteca de mi padre y esperaba a que saliese para tropezarme por accidente con él y que así pudiésemos conversar, aunque fuese por unos pocos segundos. También me ofrecía a llevarles un té con pastas. Cualquier cosa me servía si al final conseguía que me dedicase una de mis sonrisas favoritas. Esa que solo ladeaba una comisura de sus labios y que

lograba acentuar más el hoyuelo que tenía en el centro de su barbilla.

Conseguí que poco a poco dejase de ser invisible para él y, por fin, cuando llegó mi ansiada presentación en sociedad, creí que sería la oportunidad de ser algo más que la hermana de su mejor amigo.

Lo logré y nunca me he arrepentido tanto de conseguir una meta en mi vida.

—Señora, déjeme que le ayude.

Dorothy me colocó el chal de chinchilla sobre los hombros y me rescató de los recuerdos que aún tenían el poder de reducirme a la nada.

—Ya me pongo yo el sombrero. Gracias, Dorothy, puedes retirarte.

—Sí, señora. Iré a llevar unas galletas al señorito Archibald.

—¡No! —grité sofocada sin ocultar el terror que me oprimía el pecho—. No, Dorothy —conseguí decir algo más calmada—, déjalo descansar un poco más. Esta noche ha tenido muchas pesadillas y apenas ha logrado conciliar el sueño.

—Como usted diga, señora. Ya se las daré cuando le prepare esta tarde para su visita a la vizcondesa viuda Saint Bains. Irá a tomar el té a su casa, como cada día, ¿cierto?

—Lo había olvidado. —Me tapé la boca con la mano, pensando la mejor forma de evadir esa cita—. Espera un segundo.

Anduve hasta el *secrétaire* y escribí con rapidez una escueta nota:

Querida Astrid:

Por motivos que podrás imaginar, hoy no puedo acudir a tomar el té contigo. Ruego me disculpes por no haberte avisado con más antelación.

Atentamente,
Olivia Moore

—Por favor, manda que se lo hagan llegar a la casa de la vizcondesa.

Dorothy cogió la nota, todavía con el lacre caliente, y salió de la estancia, dejándome sola. Me acerqué hasta el espejo del recibidor y me coloqué el sombrero. Hubiese preferido usar aquel que tenía una redecilla para taparme la cara. Odiaba mi reflejo. Odiaba a la mujer en la que me había convertido o, mejor dicho, en la que otros me habían convertido.

No me reconocía.

La poca belleza de la que hice gala en la juventud se había evaporado junto a la felicidad. Mi cabello negro oscurecía el gris de mis ojos y la tez blanquecina de mi cara acentuaba la sombra azulada de debajo de los párpados. Era un fantasma. Un ser sin un ápice de vida en el cuerpo. Al fin y al cabo, así me sentía, pero, en esos momentos, esa certeza no era un consuelo. Me avergonzaba enfrentarme a Leo.

¿Acaso mi aspecto físico importaba?

No, no lo hacía. Nunca fui lo suficiente para él y cuanto antes saliese y descubriese cuáles eran los motivos por los que me buscaba, antes podría enterrar la esperanza de que su amor hubiese sido tan real como el mío.

Era hora de salir y averiguarlo.

Aunque la cobarde que vivía en mí me aconsejaba que no lo hiciese.

Mi alma no soportaría una nueva decepción.



Capítulo 3

Llegas tarde

Olivia

Definitivamente, la valentía no era una de mis virtudes.

Escasos eran los metros que me separaban de Leo y no fui capaz de cruzar la calle e ir a su encuentro.

La culpa la tuvieron sus ojos.

En el veteado azul de sus iris, vi danzar cada uno de los bellos recuerdos que atesoraba a su

lado. Nuestro primer baile. Un beso fugaz bajo un mar de estrellas. «Te quieros» susurrados en la clandestinidad cuando nuestros cuerpos desnudos saciaban la sed del deseo.

Y fue entonces cuando me miró de aquella forma tan especial. De aquella misma forma en la que lo hizo años atrás, cuando acepté que me había enamorado de él.

Fue una tarde cualquiera de mi decimoctava primavera. Salía junto a mi madre y mi hermana Annabelle de la última visita a la modista para ultimar mi vestido para la puesta de largo.

El azar quiso que nos cruzásemos con mi padre que, junto a Marcus y Leo, iban a visitar la catedral de Southwark. En ese momento habían comenzado la restauración y querían admirar el esqueleto de la bóveda gótica.

—¿Podemos acompañaros? —pregunté con un entusiasmo del todo impropio de una dama.

—Olivia, por favor, compórtate. Estamos en la calle.

—Madre, no se lo tengas en cuenta —intercedió Annabelle—. Padre nos ha hablado de las vidrieras que están instalando en la catedral y ya sabes lo que le apasionan a Olivia esos cristalitos de colores.

—No son cristalitos de colores. Son…

—Auténticas obras de arte —terminó Leo la frase por mí y yo enrojecí al instante.

Mi madre acabó accediendo gracias a la insistencia de mi padre, que no cejaba en su empeño porque su esposa admirase la belleza donde él la veía.

La experiencia fue mágica. La entrada a la catedral supuso la inmersión en un mundo de fantasía y me vi transportada a un cielo de colores. La luz se colaba por las vidrieras que estaban sin terminar y perdí la noción del tiempo.

—¡Pero calla! ¿Qué luz brota de aquella ventana? ¡Es el Oriente, Julieta es el sol! Alza, bella lumbrera y mata a la envidiosa luna, ya enferma y pálida de dolor, porque tú, su sacerdotisa, la excedes mucho en belleza.

La aterciopelada voz de Leo a mi espalda me sobresaltó, me giré hacia él y mi pecho expulsó el poco aire que retenía. Bajo ese baile de cientos de colores era aún más cautivador. Quizá fue escucharle recitar poesía, o la forma en la que sus ojos acariciaron los míos. O quizá fue porque sentí que era la primera vez que me miraba como una mujer y no como la hermana pequeña de Marcus.

—Romeo y Julieta de Williams Shakespeare. Esa vidriera es en honor al dramaturgo.

Leo señaló el vitral, pero continuó mirándome a mí, solo a mí.

—Ven, noche gentil, noche tierna y sombría, dame a mi Romeo y, cuando yo muera, córtalo en mil estrellas menudas: lucirá tan hermoso el firmamento que el mundo, enamorado de la noche, dejará de adorar al sol hiriente.

Envalentonada por la conexión que nos unía en ese momento, recité uno de mis versos favoritos de esa misma obra. Me pareció lo correcto y por la forma en la que Leo se mordió el labio inferior a la vez que contemplaba con avidez mi boca entreabierta, había acertado.

Y justo con esa misma intensidad era como me miraba años después en una calle cualquiera de Nueva York. Mis pies, ajenos al bien y al mal, volaron más que anduvieron hacia él. Olvidé todos mis propósitos, hice oídos sordos a las voces que giraban a mi alrededor y cuando el suelo cedió, fueron sus brazos los que me sostuvieron.

Mi piel se erizó, mi cuerpo despertó y el calor viajó por mis venas caldeando mis huesos moribundos. El pecho se llenó de sollozos contenidos y saboreé la felicidad antes de que la realidad me la arrebatase de nuevo.

—Señora, ¿se encuentra bien?

—Por Dios, ha estado a punto de ser pisoteada por el caballo.

—Debe mirar por dónde camina. Estos ingleses se piensan que las calles son suyas.

Decenas de voces, unas más furiosas que otras, circularon a mi alrededor y yo, ajena a ellas, solo pude admirar la belleza pétrea de Leo, al igual que si fuera la más intrincada de las vidrieras.

—¿Te has hecho daño? —murmuró él, sacándome de mi ensimismamiento.

Parpadeé y al ser consciente del corrillo que se había formado a nuestro alrededor, me alejé de él, me deshice de su abrazo y me giré buscando la ventana de la segunda planta de mi casa. Respiré aliviada al ver que la cortina estaba echada, pero esa no era una garantía de que no estuviese siendo vigilada.

«Recuerda lo que debes hacer. Recuerda lo que está en juego».

El eco de esa voz que tanto odiaba retumbó en mi cabeza y contuve las náuseas que volvieron a ascender por mi garganta. Cerré la mano formando un puño sobre mi estómago y mientras lograba volver a respirar con normalidad, me despedí de los recuerdos de la vida que pude haber tenido y me centré en la que tenía. Una pesadilla de la que nunca podría escapar y todo por culpa del hombre que me observaba a poca distancia.

—¿Qué haces aquí? —pregunté cuando los curiosos se dispersaron y volvieron a sus quehaceres.

—¿No es evidente?

Leo alzó los brazos aún con el sombrero en la mano y dio un paso hacia mí.

—Lo imaginaba. Mi familia quería asegurarse de que no había ejecutado mi amenaza. —Negué con la cabeza y le di la espalda—. Les puedes decir que estén tranquilos, que sigan con su vida, que yo seguiré con la mía.

La desesperación es una serpiente sibilina que te azuza a obrar de maneras inimaginables. Pensé que podría contar con el apoyo de Marcus y Minerva y, aunque era una locura, no creí que fuesen a dar la callada por respuesta a la última carta que les envié seis meses atrás.

No me iban a ayudar. El mensaje, o la ausencia de este, lo había dejado claro, pero no hacía falta mandar a Leo para asegurarse de que no había tenido valor para obrar el plan que había ideado.

—Tenga buenos días, lord Portman y, por favor, márchese de enfrente de mi casa —me despedí de espaldas—. Su presencia me importuna.

—¿Te importuna a ti o a tu esposo?

Leo aferró con fuerza mi codo y con disimulo, me guio al interior del parque, cerca del templete que había en el centro, rodeado de unos cuantos árboles de hoja perenne.

—Nos importuna a ambos —balbuceé y asustada, miré tras de mí. Por suerte, mi casa seguía estando en mi línea de visión.

—No te creo. —Leo se cernió sobre mí todavía con mi brazo entre sus zarpas—. No te creo —insistió—, al igual que tú no crees que venga en nombre de tu familia. —Me solté de su agarre y anticipé en la determinación de su porte, la verdad que no estaba preparada a asumir—. Vengo en mi propio nombre —dijo—. Dispuesto a incumplir la promesa que te hice la noche antes de tu partida de Inglaterra.

Cuatro años. Habían pasado cuatro años y lo que podría haber sido la salvación por la que tanto había rogado, no era más que un sueño vacío.

Era demasiado tarde.

Desde que puse un pie en Nueva York, recé cada noche para que Leo incumpliese su palabra y me viniese a buscar, pero eso fue antes de que tuviese a alguien al que proteger.

—Llegas tarde. Llegas demasiado tarde.

—No es tarde si aún me amas.

—No llames amor a lo que solo fue un capricho.

—¿Eso es lo que fui para ti? ¿Un capricho?

El dolor que oscureció el tono de su voz casi me hizo creer que Leo albergaba en su corazón sentimientos que nunca me mostró.

—La primera vez que me dijiste que me amabas, fue la noche de mi presentación en sociedad. —Me dejé llevar por los recuerdos—. Te creí y confié en tu promesa de pedir la mano a mi padre, pero nunca era el momento adecuado.

—No es justo. Tu padre enfermó de forma repentina.

—Te equivocas. Mi padre enfermó y murió al ver como su hija se casaba por obligación con un empresario americano que acababa de conocer, para ocultar lo mancillada que estaba. Tú me mancillaste —le acusé apretando con fuerza los puños a mi costado—, lo hiciste cuando te retractaste, cuando rompiste nuestro compromiso.

—Nunca hubo tal compromiso —se defendió—. A los ojos de la sociedad, nosotros no fuimos más que unos jóvenes que se cortejaron y no llegó a materializarse y, aunque no me creas, solo hice lo que consideré mejor para ti.

«Tienes razón, no te creo».

—¿Esa mentira te permite dormir cada noche? —Una risa fingida ocultó el sollozo que enturbió mis ojos—. Nuestro compromiso fue real, al menos, así me lo hiciste creer a mí. El hecho de que no se hiciese oficial no equivale a que todos a nuestro alrededor no chismorreasen. ¿Dónde ves el beneficio para mí? —le increpé—. Para ti fue fácil, porque desapareciste de Londres. Yo, sin embargo, tuve que aguantar risas maliciosas y miradas desdeñosas a cada baile que asistía. Fue horrible y de no haberme casado con rapidez, hubiese puesto en riesgo la temporada de mi hermana Annabelle.

Para Leo, como hombre, le fue muy sencillo desdecirse de sus palabras y huir como el cobarde que era. Por el contrario, en mis hombros cayó el peso del nombre de la familia. Mi madre angustiada por la salud cada vez más precaria de mi padre, mi hermano tomando las riendas de un ducado que no tardó en ser suyo y entre sus múltiples problemas, estaba yo y los rumores que corrían acerca de si había entregado o no mi virtud al huido vizconde Portman.

Edward apareció como caído del cielo. La solución para todos mis problemas. Un joven empresario norteamericano tan apuesto como dicharachero, que buscaba una esposa inglesa con la que fomentar la ampliación de sus negocios al otro lado del Atlántico. Parecía el acuerdo perfecto. Ambos salíamos ganando y no negaré que, los primeros meses, incluso llegué a pensar que con el paso del tiempo podría sentir un cariño sincero por él. Eso fue antes de que descubriese su verdadero rostro. Aquel que reservaba para la intimidad de nuestro hogar, donde no había testigos de la oscuridad que había tras la sonrisa que siempre lucía de cara a la galería.

Solo Martin, su hermano, sabía quién era Edward en realidad. Ambos nos convertimos en los chivos expiatorios perfectos para todas las vicisitudes que le acontecían. Y no eran pocas. No obstante, fuimos un apoyo el uno para el otro. Martin era mi soporte, hasta que lo perdí al venir a Nueva York. Ahora, estaba sola junto a mi hijo y haría todo lo que estuviese en mi mano para protegerle.

A pesar de que, al hacerlo, tuviese que desaprovechar la oportunidad de libertad que se estaba presentando ante mí.

—Leo —le llamé y él alzó la cabeza al oír como mi voz sonaba mucho más templada y decidida—, si alguna vez signifiqué algo para ti, por favor, vete y no vuelvas. Nuestro tiempo, si existió, ya caducó.

—Me iré, pero contigo.

Cubrió mis manos con las suyas, y las retiré haciendo caso omiso al aleteo de mi corazón. Ante su contacto, fue un frío miedo lo que regó mis venas, y solo se calmó cuando miré hacia atrás por encima de mi hombro.

—Me he cansado de ser un cobarde, de primar el bienestar de los demás sobre el mío propio… Me he cansado de vivir una vida sin ti, mi Julieta.

Ajeno al terror que aguijoneaba mi pecho, Leo usó, sin derecho, el apelativo por el que me llamaba cariñosamente cuando nuestro amor era una realidad y no una fantasía del pasado. Como prueba visible de lo mucho que me había afectado que usase esa forma de dirigirse a mí, una pequeña lágrima rodó por mi mejilla hasta que, con rabia, la borré con el dorso de mi mano enguantada.

Tras nuestro primer acercamiento en la catedral de Southwark, comenzamos a intercambiarnos escuetas notas de amor en las que yo firmaba como Julieta y él como Romeo. Por aquel entonces, ese gesto me pareció de lo más romántico. La estupidez, propia de la juventud, me ocultó que el uso del nombre de esos dos amantes desdichados solo era un vaticinio de nuestro propio destino. Al menos del mío. Pues, aunque mi corazón seguía latiendo, yo estaba muerta en vida.

—Palabras acertadas en un momento inadecuado —conseguí decir tras el batiburrillo de sentimientos que se apelotonaban en el fondo de mi garganta.

—Cualquier momento es el adecuado si el fin es el correcto y, mi amor, mi Julieta, no hay nada más acertado que tú y yo unidos incluso después de que hayamos abandonado este mundo.

—Pues deberás esperar hasta entonces, mi odiado Romeo. Porque en esta vida le pertenezco a otro hombre.

—Hombre al que no amas.

—Al igual que no te amo a ti.

—Mientes, lo veo en tus ojos. Nuestro amor es más fuerte que toda nuestra estupidez junta. Fui un insensato por no seguir los dictámenes de mi corazón y no reclamarte como mía, cuando tuve la posibilidad.

—Debería, tendría, desearía… Todos tiempos pasados para lo que pudimos haber sido. —Alcé las manos al cielo para instantes después dejarlas caer vencida—. Vete, Leo, vete por dónde has venido y disfruta de la vida a la que nos has condenado.

—Condena de la que nos podemos librar. Te ofrezco la oportunidad de regresar juntos a Inglaterra, formar un hogar, criar a tu hijo como propio y darle tantos hermanos como la buenaventura nos depare.

Lo rocé. Rocé ese sueño con las yemas de mis dedos.

Era tan hermoso el futuro que Leo planteaba ante mí, que mi mente dañada lo imaginó con tanta fuerza que nos pude ver, rodeados de pequeños idénticos a Archibald, abrazados junto al fuego una tarde cualquiera de invierno.

—Lo que me ofreces es una quimera que solo sería real en un mundo alejado de la civilización. Pues de hacer tamaña locura, yo caería en desgracia y os arrastraría a ti y a nuestras familias conmigo.

—Soy conocedor de a lo que nos vamos a enfrentar, por eso he comprado un terreno en el condado de Kent, cerca de los acantilados de Dover. Alejado de todo y de todos. Allí estoy construyendo la que será nuestra casa. Allí seremos felices.

—A tu plan le doy el mérito que le daría al de cualquier chiquillo que escala un árbol con el afán de tocar el sol —murmuré con la mirada fija en el suelo. No quería que viese lo mucho que anhelaba ver cumplido ese sueño—. Esto es el mundo real, Leo —reconocí en un suspiro—.

Seríamos perseguidos, vilipendiados. Perderías tu buen nombre y quién sabe si tus títulos.

—¿Acaso nuestro amor no merece ese sacrificio?

—Habla por tu boca y no por la mía. Ese amor al que te refieres solo tú lo sientes. —Airada le di la espalda—. Al marcharme de Inglaterra, al alejarme de ti, comprendí que fuiste un capricho de juventud. Vi virtudes en ti de las que carecías. Me enamoré de un Leo que no existía. Vete, búscate una buena esposa, y vive tu vida tranquilo, que yo procuraré hacerlo junto a mi amado esposo.

—Mientes.

—No más de lo que tú me has mentido. —Agarré mis faldas, me giré y le hice una reverencia —. Tenga un buen día, lord Portman, y le deseo un viaje tranquilo de regreso a Inglaterra. Salude a mis parientes cuando los vea y déjeme en paz.

—No nos hagas esto.

Me alejé de él lo más rápido que pude. Leo me llamó a voces, sin importarle cuantos desconocidos se parasen a mirarlo y me aproveché de esos curiosos que lo cercaban, para cruzar la calle y entrar en mi casa.

Entre respiraciones furiosas, me deshice de la ropa de abrigo que tanto me agobiaba y subí la escalera con la necesidad imperiosa de ver a mi hijo. Entré en su cuarto. Estaba a oscuras, con las cortinas echadas, pero sabía quién estaba ahí, atormentando los sueños de mi infante.

Alumbrado por una pequeña lámpara de gas, Edward se balanceaba en la mecedora en la que tantas veces había arrullado a Archibald hasta dormirse. Me asqueaba verlo en esa habitación. Era nuestro santuario, el de mi hijo y mío.

—Has tardado mucho —graznó con la voz pastosa, efecto del alcohol que todavía burbujeaba en su estómago.

—Tenía que hacerlo bien, de otra forma habría regresado y quién sabe si lo hubiese hecho con mi hermano.

Me hice la fuerte, aunque por dentro tiritaba, pero, a las malas, había aprendido que a Edward le encantaba alimentar mis miedos y cuanto yo más temblaba, él más disfrutaba.

—Por tú bien y el de ese bastardo —señaló al pequeño bulto que dormía ajeno a la maldad que le rodeaba—, espero que eso no suceda.

Ahora fue él quien tembló. Edward solo era valiente y se crecía ante seres a los que podía aplastar con facilidad, como yo…

«Pero por poco tiempo», me prometí cuando se marchó del cuarto de mi hijo, y observé con pavor como su diminuta mejilla lucía hinchada y amoratada.

Grité en silencio hasta que los dientes crujieron unos contra otros. Grité llamándolo a él. Suplicando a Leo que volviera y me rescatara de la cárcel a la que él mismo me había empujado. Grité hasta que la certeza de que estaba sola me golpeó con la idéntica crueldad que Edward usaba conmigo.

Nadie me salvaría.

Nadie nos salvaría.

Salvo que yo misma lo hiciera.



Capítulo 4

Ahora, eran míos

Astrid

Un mes después

El caos era mi elemento. El sufrimiento, mi sustento y el dolor que se respiraba en el ambiente, mi razón de existir.

La escena que se proyectaba ante mis ojos hubiese perturbado hasta al alma más dura.

Supongo que era uno de los beneficios de haber vendido la mía hacía años.

Yo no sentía pena alguna por el hombre que se desangraba a mis pies. Era un cretino, como la mayoría de los de su especie. En cambio, la mujer que sollozaba a su lado sí que me removía las entrañas y no por pena, sino por asco.

Era denigrante ver como la inocente de Olivia se humillaba de esa forma.

A fin de cuentas, Edward Moore se había ganado a pulso un asiento al lado del mismísimo Belcebú, pero ella, su esposa, era una inepta que tendría que haber parado sus abusos hacía muchísimo tiempo.

Si no es por mí y porque la necesitaba para mis planes de venganza, seguiría soportando con estoicismo las palizas diarias de ese borracho que gorgoteaba mientras se ahogaba en su propia sangre.

—Debemos llamar al médico.

Olivia alzó la cabeza y me miró de forma suplicante.

—¿Y qué le dirás, querida? ¿Que estaba tan bebido que tropezó y se golpeó la sien con la esquina del aparador? —señalé el mueble del salón que tenía restos de sangre.

—Justo eso le diremos al doctor Mason. Conoce bien a Edward. Se lo creerá.

—Puede ser, pero en cuanto huela la belladona de sus labios, tu mentira caerá por su propio peso.

—Quise dormirlo profundamente, no matarlo —se defendió—. Solo le di cinco gotas, como me dijiste.

—A la vista está de que le has dado alguna más.

Asustada, se levantó del suelo y comenzó a dar vueltas por el salón de su casa, mientras mi segunda, Mona, nos observaba impertérrita desde el pasillo. Ese espectáculo la asqueaba tanto como a mí, lo podía ver en la forma en la que apretaba los labios y clavaba sus ojos oscuros en Olivia.

—¡Ay, Dios mío! Voy a ir a la cárcel. ¿Qué será de Archibald? —siguió con sus lamentos mi nuevo juguete.

De todos los hijos de Alice, mi desleal amiga y socia, creí que Olivia sería la más sensata. Incluso sopesé la idea de que ocupase el papel de su madre, ahora enferma e impedida. Pero estaba claro que una vida entre algodones reblandecía hasta el espíritu más inconformista.

«Siempre puedo deshacerme de ella una vez deje de necesitarla», me animé, antes de quitarme el guante blanco de mi mano derecha y arrearle un buen bofetón. Tanto histrionismo me estaba sacando de mis casillas.

—Muchacha, por una vez, la vida te ha sonreído. Con él muerto serás libre. —Señalé al cuerpo ya inmóvil de Edward—. De haber huido como planeaste, te hubiera seguido hasta los confines de la tierra y te habría arrebatado a tu hijo.

—Él no… no quería a Archibald.

—Eres más inocente de lo que pensaba, si crees que se lo quedaría por amor. —Le apresé la cara entre mis manos y le clavé la punta de los dedos en sus mejillas blanquecinas—. Lo torturaría como lo ha hecho contigo. ¿Ese es el futuro que quieres para tu hijo?

—No.

—Entonces, deja de llorar y agradece a la fortuna lo ocurrido.

Hice un gesto a Mona con la cabeza que entendió en el acto. Sin preguntas y tras asomarse a la puerta principal y confirmar que Dorothy, doncella de Olivia y único servicio que quedaba en la casa, todavía no regresaba del parque junto con el pequeño Archibald, entró en el salón.

—¿Qué haremos con él? —preguntó Olivia al ver como Mona se acercaba al cadáver de

Anderson y antes de envolverlo con la gran alfombra que presidía la estancia, le cerraba los párpados, ocultando unos ojos negros sin vida.

—Querida, tú por eso no te preocupes. Yo me encargaré de todo. Cuidaré de ti. Esa fue la promesa que le hice a tu madre antes de venir a Nueva York y pienso cumplirla hasta el final de mis días.

La reconforté apretando con ternura sus hombros en lo más parecido a un abrazo que podía dar. Olivia me dedicó una sonrisa de agradecimiento humedecida por las lágrimas que volvían a caer de sus ojos y tuve que girar la cara para que no apreciase el gesto de asco que encogió mis labios.

«Espero que se recomponga pronto. No soportaré mucho más tiempo tanta muestra de debilidad», gruñí para mis adentros.

—Venga, muchacha, ayudemos a Mona a arrastrar el cuerpo de tu esposo hasta su despacho. La doncella no tardará en regresar con tu pequeño y este salón tiene que estar impoluto. Ya mañana, nos acercaremos a la comisaría a denunciar su desaparición.

—¿Desaparición? ¿Y cómo haré tal cosa con su cuerpo en el despacho? Mañana la agencia va a mandar a un nuevo mayordomo. Querrá ver al señor de la casa y ¿qué le diré?

—Le dirás que se vaya, pues el señor no regresó después de marcharse al club una vez comió.

—Pero me descubrirán. La hija de la cocinera acompaña a su madre en su jornada y ayuda con las labores de limpieza. Si entra en el despacho…

—Si entra en el despacho, no encontrará nada. —Le apunté con el dedo índice de mi mano desnuda en una clara advertencia de que cejase de ampliar su lista interminable de objeciones—. Siéntate un momento y escucha con atención —le pedí y una vez se sentó en una otomana cercana, compartí con ella mi plan—. Esta noche, dejarás el pestillo de la puerta de la cocina sin echar. Unos hombres de mi confianza vendrán, se llevarán a tu esposo y en unos días lo dejarán tirado cerca de algún burdel.

Llevaba poco tiempo en Nueva York, pero el suficiente para localizar alguno de mis súbditos y reclamar la lealtad que me debían a mí y a *Las Descendientes de Eva*.

—¿Lo dejaremos tirado como si fuese un animal?

—Querida, un animal tiene más principios que este montón de estiércol. —Para dar énfasis a mis palabras, di un puntapié al cuerpo de Edward ya envuelto en la alfombra y Olivia se encogió del susto—. Quizá tenga que recordarte qué te llevó a tomar la decisión de abandonarlo o ¿has olvidado los moretones en el rostro de tu hijo?

Como imaginé que ocurriría, la ira agitó el ónice de los ojos de Olivia, borrando cualquier rastro de arrepentimiento. Tal fue así, que se levantó de un salto, enderezó su espalda y con el mentón bien alto, anduvo hacia el despojo de su esposo y lo pateó con ganas.

—Ya no volverás a hacerle daño a Archibald. Ojalá ardas en el infierno —lo maldijo escupiendo al suelo—. Démonos prisa y llevemos a este engendro al despacho. —Se arrodilló, cogió la alfombra por los pies y tras hacer un movimiento de asentimiento a Mona, ambas alzaron el cadáver y se dispusieron a sacarlo del salón.

Sonreí para mis adentros.

Salirme con la mía estaba resultando tan fácil que incluso parecía un insulto a mi inteligencia, y todo se lo tenía que agradecer a lord Portman. Quién me habría dicho que uno de mis enemigos, sin él pretenderlo, se convertiría en una pieza fundamental para lograr mis objetivos.

Su inesperada visita a Olivia el mes pasado, desató los celos de Edward. Mala combinación para su estado constante de embriaguez. El miedo a que su esposa le abandonase le hizo cruzar una línea que, hasta ese momento, había tenido cuidado de no transgredir.

Olivia consentiría cualquier abuso hacia su persona, mas no a su hijo. Y al hacerlo, Edward excavó su propia tumba.

Lo que pensé que me llevaría más de un año conseguir, apenas lo logré en unos pocos meses. Olivia estaba sola en Nueva York y yo me encargué de romper los lazos que le unían con sus familiares en Londres.

Aislarla era el primer paso, ganarme su confianza el segundo. Cosa que hice en cuanto ella se sumió en la desesperanza. Proteger a su hijo se convirtió en una obsesión y yo lo aproveché para convertirme en su salvadora.

Ahora estábamos unidas. El asesinato nos había convertido en compañeras de vida. Sin ella saberlo, había entrado a formar parte de *Las Descendientes de Eva*.

Yo la ayudé y ahora me debía su lealtad.

No era tonta. Había aprendido de mis errores y procuré camuflar mis intereses con afecto. La acompañé mientras iba a la comisaría a denunciar la desaparición de su esposo. La instruí en cómo debía llorar y comportarse para que su actuación fuese creíble. Y cuando el cuerpo de Anderson apareció en una calle cochambrosa de los barrios bajos de la ciudad, le insté a que dijera que era él, a pesar de que su cuerpo estaba tan irreconocible que bien podría haber sido cualquier otro hombre de cabellera negra.

Así comencé a ser parte importante en la vida de Olivia. Me convertí en su protectora y durante los dos años de luto rigurosos que pasamos en Nueva York, transformé la amistad en una relación maternal.

Sin familia en la que sostenerse, yo era una madre para ella y una abuela para Archibald.

Ahora eran míos, justo como debía de ser.

Porque, esa vez, destruiría a su hermano y al resto de sus amiguitos sin que me viesen venir.

Porque, esa vez, no me escondería tras una máscara ni ocultaría mi verdadero nombre.

Porque, esa vez, sería yo, lady Astrid Celinda, vizcondesa viuda de Saint Bains, y no lady Astrid Banks, quien se vengaría de todas sus ofensas.

Sigue DOLIENDO



El regreso



Capítulo 5

Bien jugado

Leo

Dover, Condado de Kent

Febrero de 1855 (Tres años después)

—Lo lograste, amigo.

Anderson me palmeó el hombro con el mismo orgullo que destilaba su voz. Los dos, de pie frente a la cara sur de mi nuevo hogar, observábamos su peculiar arquitectura. Yo mismo la había diseñado y no pensando en mí, sino en ella.

—Eso parece —dije con desgana.

—¡Borra ese gesto ceñudo de tu cara! Hasta yo, que me mostré receloso con los primeros bocetos, he de decir que has fusionado a la perfección el estilo del Palacio de Cristal con la funcionalidad de una mansión campestre.

Mi socio y yo colaboramos con Joseph Paxton durante la construcción del recinto para la Gran Exposición que se celebró en Londres cuatro años atrás. Fue el proyecto que nos empujó a crear nuestra propia empresa de construcción y diseño arquitectónico.

Cuando compré esos terrenos frente a los acantilados de Dover, supe al momento que el vidrio y el acero serían los elementos que más resaltarían de la casa. La mayoría de las paredes eran inmensos ventanales que te permitían disfrutar de las vistas.

Era un gigantesco y pretencioso vivero, como se jactó Anderson al ver los planos por primera vez. No pude quitarle la razón. Hasta el techo del dormitorio principal era una bóveda acristalada con vidrieras, justo como pensé que a Olivia le gustaría.

Pero Olivia ya no era parte de mi vida. Mi Julieta renegó de mí hacía tres años y yo tendría que hacer lo mismo con su recuerdo.

—Voy a deshacerme de la propiedad. Se la venderé a algún nuevo rico que quiera dárselas de noble —dije en alto la decisión que llevaba rondando por mi cabeza unos cuantos meses.

—Debes estar bromeando. —Anderson me miró como si le hubiera comunicado que iba a cruzar el canal de la Mancha a nado—. Después del tiempo que has invertido en este proyecto, eso sin contar la ingente cantidad de dinero, ¿vas a venderlo? Todo esto era tu sueño —señaló el frondoso terreno verde que rodeaba a la mansión.

—Exacto, era mi sueño, en pasado. Construí esta casa para formar una familia junto a Olivia. Sin ella, no tiene sentido que viva aquí.

—Amigo, te voy a decir algo que será evidente hasta para ti. Olivia no es la única mujer en el mundo.

—Gracias, no me había dado cuenta. ¿Qué sería de mí sin ti? —ironicé.

—A menudo, yo también pienso lo mismo. —Palmeó de nuevo mi espalda con fuerza y ambos nos condujimos hasta el borde del acantilado que estaba a los pies de la pequeña colina en la que se alzaba la casa. Una vez allí, nos dejamos embelesar por la imagen del sol perdiéndose en el horizonte—. Hoy el cielo está despejado. Se puede ver la costa de Francia. —Anderson cambió el tema de conversación.

—¿Crees que algún noble francés querrá la propiedad? —lo reconduje, sin darle la opción de ignorar mis intenciones.

—Lo que creo es que al igual que hay días grises que nos impiden ver más allá de nuestras narices, hay otros tantos en los que podemos ver el futuro que nos depara. Quizá no sea el que nos esperábamos, pero no por ello debe ser peor.

—¿Te has puesto profundo por algo en particular o ha sido por la estampa que tenemos ante nosotros?

—Amigo mío, si no te conociera pensaría que eres un cobarde que huye con el rabo entre las piernas.

Apreté los dientes con fuerza al escuchar ese descalificativo de la boca de Anderson. Cuando Olivia me rechazó, usó ese mismo insulto conmigo y sin razón alguna, por mucho que ella no comprendiese mis motivos.

—Muchos llaman cobarde a aquel que solo es un estratega —respondí con enfado—. ¿Cuántos valientes han caído en combate por no aceptar que habían perdido la batalla? Muchos otros preferimos deshacer nuestros pasos, idear un nuevo plan y salir victoriosos en la gesta. Se llama usar el ingenio. Deberías probarlo —acabé bromeando.

—Hagámoslo entonces, amigo, ¡demos unos pasos hacia atrás!, hasta Londres, por ejemplo, y pasemos allí la temporada. Utiliza ese tiempo para idear un nuevo plan y encontrar el futuro con el que puedas ser feliz.

«Bien jugado, Anderson, bien jugado».

—¿Y si tras esos meses, mi plan sigue siendo el mismo? —le seguí la corriente.

—Pues yo mismo te buscaré un comprador para esta casa.

—Acepto, no sin antes saber a qué se debe tu repentino interés por ir a Londres. Que yo recuerde, no es de tu agrado navegar entre debutantes que ven un buen partido en un burgués escocés con muchos posibles como tú. —Lo miré de soslayo y por la forma en la que frunció los labios supe que algo me estaba ocultando—. Desembucha o viajarás solo a la ciudad.

—Es mi hermana.

—¿Cuál de ellas? Tienes seis, si no recuerdo mal.

—En efecto, y todas me provocan un dolor terrible de cabeza, aunque ninguna como la mayor. Dos años más vieja que yo y se cree que puede tratarme como si fuese mi madre, que en paz descanse.

—Entonces hablamos de Morgana. ¿Y qué ha podido hacerte tu hermana mayor desde el otro lado del canal para ponerte en este estado?

Señalé la costa de Francia, recordando que la última vez que me habló de ella fue para contarme que se había casado con un condecorado capitán francés y que se había trasladado a vivir a Boulogne sur de Mer.

—Ha decidido venir de visita, en concreto, ha decidido venir a buscar marido a la prima de su esposo. Lo que me convierte a mí en su anfitrión mientras ella hace de casamentera.

—Nada que no hayas hecho antes con tus otras hermanas. Todas felizmente casadas.

—Exacto. Yo ya cumplí con mis obligaciones. No tendría que ocuparme ahora de intentar que una malcriada francesita, que solo tiene como virtud ser una deslenguada, engañe a un pobre inglés y convierta su vida en un infierno.

Contuve la sonrisa que me provocaba ver a Anderson en ese estado. Por norma, era yo el que fruncía el gesto como un oso furioso.

—Por tu forma de hablar, supongo que ya has tenido el placer de conocer a la prima de tu cuñado.

—Por desgracia, así es. Todas las veces que he ido a visitarlos he tenido que sufrir la presencia de *mademoiselle* Emily Bernard. Va a ser imposible casarla.

—¿Tan poco agraciada es?

—Ojalá fuese ese el problema. Su belleza es igual de sobrecogedora que su verborrea. Es como una cacatúa con melena del color del trigo.

—Hay hombres que ven una virtud en lo que para otros es un defecto.

—¿Y tú? ¿Ves en todo lo que he dicho una virtud? Porque si tú te desposases con ella, me ahorrarías meses de bailes sin sustancia y fiestas anodinas.

—Anderson, te aprecio como a un hermano, pero por muchos pasos hacia atrás que dé para replantearme mi futuro, entre ellos no está el de desposarme ni con ella ni con nadie.

—Bueno, tú ten en cuenta esa posibilidad, quién sabe, a lo mejor, cuando la veas cambias de parecer.

—Mucho cambio iba a ser ese.
Pues si algo tenía claro en mi vida era que mi amor por Olivia fue tan sincero como letal.
Demasiados años amando en vano a la misma persona.
Demasiados años para que mi corazón no quedase inservible.



Capítulo 6

Libres

Olivia

Puerto de Londres

Aquel mismo día

Un punto de inflexión.

Un instante.

Un simple parpadeo y los últimos seis años se evaporaron ante mis ojos, dejándome un regusto amargo. Por fin había regresado a casa y la paz que esperaba sentir no hizo acto de presencia.

Aferrada a la barandilla del transatlántico, observé, anodina, como los estibadores bajaban la carga de las bodegas mientras otros operarios se afanaban en asegurar la escalinata para que los pasajeros comenzásemos a descender.

No tenía prisa. Mi ciudad me era tan desconocida como la mujer en la que me había convertido.

A mi lado estaba Mona y por lo que pude observar, ella tenía tan pocas ganas de bajar del barco como yo. La luz tenue de la luna llena, que coronaba la noche, me permitió darme cuenta de cómo el color aceitunado de su piel se había tornado a un gris cadavérico. Ni siquiera la belleza exótica de la que hacía gala, gracias a sus orígenes hindúes, consiguió mitigar la tristeza que oscurecía aún más sus ojos negros.

—Estoy contigo.

Cubrí su mano con la mía e intenté traspasarle el poco calor que el frío de esa noche de febrero había dejado en mi cuerpo. Una lágrima delineando sus marcados pómulos fue la respuesta a mi gesto de cariño.

Esperé. Le di el tiempo que necesitaba para acallar los malos recuerdos que Londres albergaba para ella.

—Se murió en mis brazos —musitó con voz temblorosa—. Tuvo que morir en mis brazos para que todo aquello a lo que daba importancia dejase de tenerlo.

Tras años de amistad, había aprendido a descifrar a Mona. Siempre hablando de forma críptica, entre susurros y sin perder de vista cuanto la rodeaba. Era como si siempre estuviese atenta a un peligro que solo veía ella.

—Ronald no se merecía ese destino —musitó.

—¿Así se llamaba tu prometido?

No era la primera vez que la escuchaba hablar de Ronald y de la trágica historia de su muerte, pero siempre se había cuidado de no llamarlo por su nombre. Y esa vez, tampoco fue su intención hacerlo. Alarmada por su descuido, giró su rostro ovalado y vi titilar en sus ojos algo similar al miedo.

—No se lo diré a nadie —la tranquilicé—. Tú guardas mis secretos y yo los tuyos. Eres lo más parecido a una familia que Archibald y yo tenemos. Eres mi hermana de madre ajena.

Sus labios temblaron y los apretó para evitar romper en llanto.

—Lo siento.

—No tienes porqué —sollocé con ella, conteniendo las ganas de abrazarla para consolarla—. Si no podemos reconfortarnos entre nosotras, ¿con quién lo haremos? ¿Con la vizcondesa? Ya sabes lo que nos diría.

—Que dejarnos llevar por los sentimientos solo perpetúa la creencia de que las mujeres somos unos seres débiles e inferiores —la parafraseó imitando el tono grandilocuente que usaba lady Saint Bains cada vez que nos reprochaba al igual que haría una institutriz. Tal era así que, en más de una ocasión, Mona se había referido a ella como «maestra».

—Pero ahora ella no está aquí —le susurré cómplice—. Así que llora todo lo que necesites para mitigar tu tristeza. No me chivaré.

Sonreí con cariño.

—No es tristeza por lo que lloro, Olivia. Es algo peor lo que me está estrangulando el corazón. —Se llevó la mano al pecho—. Rabia, rencor, remordimientos, vergüenza y un deseo brutal de

venganza.

—Sentimientos muy oscuros, sin lugar a duda. No obstante, dejarte llevar por ellos no le devolverá la vida a tu prometido.

—Quizá, pero harían que su muerte no hubiese sido en balde —reconoció con la mirada puesta en el bajo de su vestido y al alzarla, enderezó la espalda, me asió de la mano para acercarse a mí y comenzó a ajustarme el broche por el que llevaba sujeto mi chal de lana—. Olivia, escucha con atención mis palabras —me dijo con urgencia—. No dejes que la admiración te ciegue. La lealtad es el peor de los venenos y si no abres pronto los ojos, te ocurrirá como a mí y será demasiado tarde.

—Mona, me estás asustando.

—No me hagas caso. —Se retiró y estiró sus labios en una sonrisa impostada—. Tantos días en alta mar, pueden hacerte perder la cordura.

Se alejó unos pasos de mí e hizo una pequeña reverencia con la cabeza a la figura que se había alzado a mi espalda.

—Mona, haz el favor de ir al camarote de Olivia y alista al pequeño Archibald. No tardaremos en desembarcar.

Me giré para saludar a la vizcondesa que se había reunido a nosotras por sorpresa. Tenía el sigilo propio de las serpientes.

—Yo misma iré a ocuparme de mi hijo —intercedí.

En ocasiones se me olvidaba que Mona ejercía tanto como dama de compañía de lady Saint Bains y, ahora también, como mi doncella y, como tal, tenía que hacer las funciones para las que se la requiriese.

—Mona estará encantada de hacerlo, ¿cierto? —insistió la vizcondesa con un ligero enfado.

—Por supuesto —dijo esta con la mirada puesta en el suelo—. Con permiso.

—Perfecto. —Dio una palmada al aire mientras Mona se alejaba por la cubierta—. Pasea conmigo, Olivia, me gustaría conversar contigo.

Enroscó su brazo con el mío y me incitó a caminar a su lado. Por el silencio en el que nos sumimos, supe su intención y me adelanté a sus palabras.

—No deseo alojarme con mi hermano y su esposa, y mucho menos volveré a suplicar a mi madre. A fin de cuentas, soy viuda y no les debo explicación alguna. No estoy bajo su tutela, por muy duque de Cardington que sea.

—Me alegra escucharte hablar con esa fortaleza, mas no olvides que son tu familia y la de tu hijo. A Archibald le sentará bien conocer a sus primos. Además, no solo está tu hermano, el duque. También tienes a tu hermana Annabelle.

Lo sabía, pero pensar en ella dolía demasiado. Era vergüenza lo que sentía al recordar la forma en la que había desaparecido de su vida. Pagué con ella los desplantes de Marcus y jamás me lo perdonaría. Yo, en su lugar, tampoco lo haría.

—Ahora mismo, me encuentro demasiado abrumada —le reconocí a la vizcondesa—. Regresar a Londres me ha removido demasiados sentimientos y tengo la sensación de que me ahogo. Por eso, prefiero aceptar su oferta y residir con usted. Le prometo, querida lady Astrid, que será solo por un tiempo.

—Ojalá fuese para siempre, querida. Tu compañía me reconforta más de lo que lo hace la ayuda que te brindo. —Palmeó la mano por la que me tenía asida—. Pero aún queda más de un mes para la fiesta de primavera. Mandaré invitaciones a todos tus familiares. Espero que, si no se ha producido el encuentro con anterioridad, sea, entonces, cuando te reúnas con tus allegados.

Me aterraba la sola idea de tener ante mí a mi hermano. Tantos años alejada de Marcus habían

provocado que la imagen que tenía de él se desdibujara hasta el punto de que no recordaba lo que era pensar en él sin enfado.

Tanto él como mi madre me abandonaron cuando más los necesitaba y por su culpa, me vi obligada a tomar decisiones que no habría tomado de no haber estado sumida en la desesperación.

«Si me hubiese ido con Leo aquel día».

No había noche en la que no fantaseaba con la vida que habríamos tenido mi hijo y yo de haber tomado ese barco junto a él. Ahora, desde la distancia que me había otorgado el paso del tiempo, era capaz de sentir las mismas posibilidades que vi brillar en el azul brioso de los ojos de Leo.

Sacudí la cabeza alejando su recuerdo de mi mente. Si reencontrarme con mi familia me producía pavor, no podía ni imaginar qué sentiría al verle de nuevo.

¿Se habría casado? ¿Tendría hijos? ¿Amaría a su esposa como juró amarme a mí? ¿Me habría olvidado?

Demasiadas preguntas para las que no tenía derecho a buscar respuestas.

—Querida, lo peor ya pasó. —La vizcondesa frenó sus pasos y buscó con su mirada el ámbar de la mía—. Lo más difícil ya está hecho. Eres libre y eso es lo único que debe importarte.

Asentí, dejando que la sabiduría de sus palabras borrase las dudas que esa ciudad había sembrado en mí.

—No sé qué hubiese hecho sin usted, lady Astrid.

—No digas sandeces. —Restó importancia con un gesto de su mano—. Y, querida, recuerda que en esta ciudad me conocen por mi segundo nombre. Lady Celinda, vizcondesa viuda de Saint Bains —canturreó graciosa.

—Jamás osaría tutearle fuera de nuestra intimidad.

—Por supuesto. Soy consciente de la exquisita educación que tus padres te brindaron. Solo es para que no te resulte extraño. Incluso a mí me costó acostumbrarme y si no hubiese sido por la insistencia de mi difunto marido, no hubiese aceptado tamaña tontería. Sin embargo, él aseguraba que Celinda sonaba más melódico que Astrid. ¡Hombres! —protestó y ambas nos reímos cómplices.

—¡Mami!

La vocecilla de Archibald llamó nuestra atención y nos giramos para ver como un querubín de rizos rubios y ojos del color de un cielo despejado de primavera corría hacia nosotras.

Me sujeté las faldas y me acuclillé para quedarme a su altura.

—Tesoro, ¿recuerdas lo que hablamos sobre correr y gritar en la calle?

—Pero esto no es la calle, mami —se defendió.

A sus cinco años tenía una mente ágil que me recordaba a la de su padre, como en otras muchas cosas.

—Cierto es que seguimos en el barco —continué y me esforcé por corregirle—. No obstante, estamos rodeados de desconocidos y no querrás que piensen que se te han pegado los malos modales de los yanquis.

—No, madre —dijo muy ofendido y se alisó el abrigo, enderezó la espalda y alzó el mentón —. Seré todo un caballero del que estará muy orgulloso.

Lamenté mis palabras en ese mismo instante.

—Mi niño bonito, mi tesoro —musité, pellizcando su moflete para eliminar el gesto recio que había borrado la inocencia de su cara—, eres perfecto tal y como eres… Corre, grita, juega y ríe y si a algún pomposo londinense le molesta que se tape los ojos.

Yo misma me cubrí los míos con las manos, lo que provocó que mi pequeño riese. Adoraba ese sonido y por nada del mundo lo silenciaría más.

Archibald había vivido cada día de su corta edad temiendo las represalias a cualquier movimiento que hiciese. Según Edward, hacía demasiado ruido al comer, al andar, al jugar… hasta al respirar. Tuvimos que convertirnos en sombras en el interior de nuestro hogar por miedo a importunarlo y ahora que no estaba entre nosotros, me negaba a perpetuar su opresión.

Habíamos regresado a Londres para ser libres.

Y nada ni nadie nos lo impediría.

Ni siquiera aquel que creí que nos salvaría.



Capítulo 7

Mademoiselle

Leo

Primeros de marzo

Odiaba Londres y todos los recuerdos que esa ciudad desempolvaba.

Apenas llevaba allí unas pocas horas y ya deseaba escapar de esa urbe y de los cientos de vivencias que atesoraba la casa que se alzaba ante mí.

La mansión vinculada al vizcondado Portman, Mabo House, distaba mucho de ser de las más lujosas de Mayfair. Ese título lo ostentaba la del Conde Romney, mi padre, que se encontraba no muy lejos de allí, para mi desgracia, y la suya.

Sin embargo, la piedra blanca de la fachada de mi propiedad resplandecía sobre las demás edificaciones. Eso, sin contar, con los amplios ventanales que llenaban de luz cada una de sus habitaciones.

Era una casa que pedía ser vivida con plenitud por una familia que ya no tendría. Por eso la odiaba tanto. Porque sus paredes me hablaban de ella; de citas clandestinas bajo la colcha de mi lecho; de noches eternas imaginando el rostro de unos hijos que ya no tendríamos; de su piel; del sabor de sus labios; de la forma en la que su cuerpo encajaba con el mío; de suspiros; de caricias infinitas; de «te quieros» susurrados entre jadeos…

Porque hablaban de nosotros, simplemente, de nosotros. De todo lo que fuimos y perdimos por inconscientes.

—Amigo, estás a tiempo. —Anderson me rescató de mi mezquina memoria—. Puedo alquilar cualquier otra vivienda. No tenemos por qué pasar aquí la temporada. Eres demasiado generoso dejando que mi hermana y su prima se hospeden aquí.

—No es generosidad si saco un beneficio de ello —le respondí antes de hacer un gesto a los lacayos para que bajasen el equipaje del carruaje.

—¿Y qué beneficio obtendrías de tamaña tortura? Porque dudo que sea un placer hacer de anfitrión para una dama casadera, sin pedigrí ni modales y, para más inri, con sangre francesa.

—Lo es si al hacerlo puedo sacar de quicio a mis progenitores y, de paso, ver como hacen lo propio contigo.

Su ceja se arqueó formando una uve invertida, lo que me indicó que no se había percatado de que teníamos compañía y de cómo esta lo miraba con repulsión desde lo alto de la escalinata de entrada a Mabo House. Alcé mi mentón señalándole a la intrusa que nos observaba con desdén, y un sonoro suspiro rompió el rictus con el que apretaba su cincelada mandíbula.

Para ser escocés, Anderson era un hombre apuesto, de cabello cobrizo y rasgos patricios, que lograba gran aceptación ante cualquier público femenino. Su aire de ángel caído era del agrado de toda mujer, diese igual su procedencia o edad. O al menos fue así hasta ese momento.

—Veo que tu encanto no surte efecto al otro lado del canal de la Mancha. Por la forma en la que esa dama te acribilla con la mirada, bien diría que tienes asuntos pendientes con ella.

—*Mademoiselle* Emily me detesta tanto o más de como yo la detesto a ella. La diferencia es que yo lo hago con motivos de peso y ella por simple capricho. —Su gesto se volvió duro y altivo antes de girarse y enfrentarse a esa fiera francesa—. Venga, será mejor que haga las presentaciones y así nos podamos marchar al club. Necesito el consuelo de un buen whisky, mejor si es de mi tierra.

En esa ocasión fui yo quien le palmeó la espalda como solía hacer él, insuflándole ánimos mientras subíamos los escasos peldaños que nos separaban de la joven de mirada huraña.

Si obviásemos el odio que ensombrecía su gesto, bien podría decirse que era una mujer de belleza incuantificable. Unos rizos platinos relucían bajo la luz del sol y enmarcaban una cara ovalada, presidida por una pequeña nariz respingona de lo más graciosa. Unos labios carnosos te invitaban a acariciarlos con profundos besos, antes de descender por el cuello de cisne, que dejaba expuesto su vestido de mañana en un tono azul muy similar al de sus enormes ojos.

¿A qué olería su piel? ¿Su perfume sería dulce como el de una manzana bañada en caramelo? O, por el contrario, ¿sería el afrutado olor del verano lo que aguardaba escondido en el valle oculto entre sus pechos?

—Hermano, por fin habéis llegado.

La aparición de Morgana, hermana de Anderson, me liberó de aquellos pensamientos tan indecorosos que habían prendido mi cuerpo. Hacía tanto tiempo que no sentía algo más que vacío en mi interior, que tardé unos segundos en volver a la realidad y centrarme en la conversación que se estaba manteniendo frente a mí.

—Lord Portman, déjeme darle las gracias por su enorme hospitalidad.

Morgana hizo una genuflexión, que no fue de mi agrado. Me asqueaba tanta pleitesía.

—No es necesario —le ordené más que sugerí, incitándole a que recuperase la verticalidad—. He oído hablar tanto a su hermano de ustedes que las considero ya parte de la familia.

—Le agradezco su amabilidad, lord Portman, pero ambos sabemos que esas palabras solo se referirían a mi prima, pues sé con certeza lo que el señor Thomson opina de mí —intervino *mademoiselle* Emily sin apartar la vista de un abochornado Anderson—. ¿Cómo era lo que había dicho de mi persona al amable vizconde? Ah, sí, que soy una dama casadera, sin pedigrí ni modales y eso sin olvidarnos del pecado de ser francesa.

Tosí en un intento de ocultar mi carcajada a la vez que daba un codazo a mi amigo.

—Lamento que haya escuchado nuestra conversación.

Recuperé la compostura lo suficiente como para disculparme. Anderson no lo haría. Por la forma en la que su rostro estaba adquiriendo el color de las cerezas, era más probable que estallase de rabia de un momento a otro y dijese cualquier barbaridad de todas las que, seguro, se le estaban pasando por la cabeza.

—No es posible que nos haya escuchado —murmuró mi socio solo para mí.

—Es posible cuando poseo la habilidad de leer los labios, señor Thomson. —Volvió a intervenir *mademoiselle* Emily—. Pero no se preocupe, he de decirle que es recíproco el odio que me profesa.

—Me alegra que estemos de acuerdo en ese punto, *mademoiselle* Emily. Todo un hito teniendo en cuenta que usted es una mocosa repelente que tiene como única virtud escuchar conversaciones ajenas.

Y he aquí una de las barbaridades.

—¡Basta! —graznó avergonzada Morgana, silenciando el grito ahogado de Emily—. Me prometiste que harías el esfuerzo de llevaros bien —regañó a su prima.

—Ha empezado él —protestó la susodicha, frunciendo los labios en un jugoso mohín que no me pasó inadvertido—. Te avisé. Este viaje no saldría bien —continuó discutiendo con Morgana como si nosotros no estuviésemos delante. Cruzó los brazos a la altura de su pecho, haciendo que sus tiernos montículos sobresaliesen del escote—. Tu hermano sigue anclado en la época en la que vuestros antepasados iban por el mundo con faldas.

—Son *kilt* y no faldas, mentecata. Un emblema de mis raíces de las que estoy muy orgulloso —intervino Anderson de forma airada, con la mirada puesta en el mismo lugar que yo—. En cambio, ¿de qué puede enorgullecerse usted, *mademoiselle* Emily? ¿De la tradición de guillotinar a vuestros reyes? Y encima seré yo el bárbaro —masculló y entre protestas ininteligibles se metió en casa.

—¿Qué os parece si continuamos con esta animada conversación en el interior? —propuse y sin esperar una respuesta, incité a las damas a que entraran.

Acabábamos de llegar a la ciudad. Era demasiado pronto para llamar tanto la atención.

Una vez dentro, los ánimos se calmaron. El amplio espacio del salón principal permitió que Anderson se mantuviese alejado de Emily y, en el medio, con las mejillas arreboladas por el bochorno, estaba Morgana.

Miré a mi alrededor y aprecié la ausencia de cualquier rastro que hubiese indicado que Mabo House había permanecido cerrada los últimos tres años. Flores frescas decoraban los jarrones. Un aroma a limpio flotaba en el aire y no había una mota de polvo en ninguno de los muebles que estaban a la vista.

—¿Todo esto lo ha hecho usted, señora Morgana? Estoy gratamente sorprendido —añadí y sus ojos se iluminaron—. Su esposo es muy afortunado. Es usted una gran señora de la casa.

—Le agradezco sus palabras, lord Portman, pero nada de esto hubiese sido posible sin el personal de servicio que usted contrató a nuestra llegada.

Tanto Morgana como Emily llegaron a Londres hacía algo más de una semana. Anderson y yo tuvimos que demorar nuestro regreso de Dover unos días, por lo que decidí mandar un telegrama a una agencia de empleo y solicitar que mandasen servicio suficiente para poner al día la mansión.

Eso sin contar con Jefferson, mi mayordomo de confianza y que iba allá donde yo fuese. Este no tardó mucho en tomar las riendas de la casa y junto con el ama de llaves, se puso al día de toda la correspondencia recibida.

Sin duda alguna era muy efectivo en su trabajo, por eso, no me extrañó que llamase a la puerta de mi despacho, al poco tiempo de que Anderson y yo nos hubiésemos retirado allí a fumar un puro. Mi amigo necesitaba calmar los nervios o no llegaría con vida al final de la temporada.

—Milord, han llegado varias misivas que requieren de su atención.

—Adelante, Jefferson, hazme un resumen según tu criterio de urgencia.

Apagué el puro a medio fumar y me levanté a abrir la ventana, no antes de hacer una señal a Anderson para que imitase mi gesto y apagase su cigarro. Jefferson era un hombre ya entrado en años y llevaba un tiempo percatándome de que el humo de mis puros le producía un ataque de tos que le podía durar varias horas. Yo procuraba cuidar de él, como él lo hacía conmigo.

—Gracias, milord —dijo Jefferson antes de dejar la bandeja de plata en una mesita auxiliar cerca de la chimenea y pasarme la carta que, a su juicio, era más urgente.

Reconocí en el acto la letra de mi madre, la gran condesa Romney, y adiviné su contenido antes incluso de leerla.

—¿Malas noticias? —preguntó Anderson al ver cómo fruncía el ceño.

—Para ti, quizá —respondí—. Me temo que tendremos que dejar para mañana nuestra visita a *White's*. Mi madre me requiere para tomar el té con ella y así explicarle los motivos por los que se ha tenido que enterar de mi regreso a la ciudad por terceros y no de mi boca.

—Uhm, promete ser una tarde divertida.

—No lo dudes —canturreé aceptando de la mano de Jefferson unas invitaciones a unas cuantas veladas. Una de ellas llamó mi atención—. ¿La vizcondesa viuda Saint Bains está de vuelta en Londres? —le pregunté al leer la invitación a la gran fiesta de primavera, mítica donde las hubiese. Era el evento que iniciaba la temporada hasta que se marchó de viaje de forma misteriosa hacía cinco años.

—Según me ha informado el ama de llaves, regresó el mes pasado —afirmó Jefferson—. Se rumorea que la vizcondesa se ha cansado de visitar los distintos continentes del mundo.

—Supongo que Londres se le había quedado pequeño —ironicé, devolviendo el tarjetón con adornos de pan de oro al interior del sobre—. Infórmele de que no asistiremos y junto a la nota, envíele un ramo de flores.

—Espera, ¿por qué no vamos a asistir? —intervino Anderson, como imaginé que haría—. Es la fiesta más importante de toda la temporada. Si quiero tener posibilidades de cumplir con mi obligación y encontrar un desdichado esposo para la prima de mi hermana, debemos ir a ese

lugar.

—Aunque estás en lo cierto, la vizcondesa está muy unida a la familia del duque de Cardington y, como sabrás, mi relación con él quedó extinguida hace años.

—Lo sé, pero…

—No, Anderson —le corté con autoridad—. Iremos a todas las veladas que gustes, excepto a esa. Este mismo viernes acudiremos al teatro, si así gustas. Es más, te doy mi palabra de que, al terminar la temporada, la prima de tu hermana estará comprometida con un buen hombre. —Su forma de fruncir los labios me avisó de que no estaba conforme con mi decisión—. Yo no te he pedido que me cuentes los motivos por los que *mademoiselle* Emily y tú os aborrecéis —continué—. Como amigo, te ruego que me devuelvas el mismo favor y no me exijas más explicaciones de las que te he dado.

No me veía con la fortaleza suficiente como para regresar al último lugar donde Olivia y yo habíamos sido algo más que desconocidos. Todavía recordaba los besos que nos robamos el día antes de que partiera a Nueva York, durante el convite de la boda de su hermano.

Le rogué que no se marchara, pero no tuve el valor de dar el paso que sí di tres años después en Nueva York. No lo hice por falta de ganas, sino por el respeto que le debía a aquel que consideré más que un amigo.

Confié en Marcus y por su culpa perdí a Olivia.

Y si volvía a verlo rodeado de todos los recuerdos que, sin duda, me provocarían el jardín de la vizcondesa, mucho temía que acabaría protagonizando el escándalo de la temporada.

Serían mis puños los encargados de hacerle pagar por el daño que me había causado.

Me convertiría en el bárbaro que alguna vez me acusaron de ser.

Y entonces sí, la temporada de *mademoiselle* Emily habría llegado a su fin.



Capítulo 8

Manos lisas

Leo

Tres, dos, uno…

Un bufido levantó el almizclado bigote del conde Romney y dejó a la vista los labios fruncidos en un gesto de disgusto que iba dirigido a mi persona.

En el tiempo que llevaba en la sala de estar, tomando el té junto a mis progenitores, mi padre había resoplado cada treinta y tres segundos con una exactitud digna de elogio.

Sentado frente a mí, reposaba sus manos inmaculadas sobre los brazos del sillón orejero; su trono. No apartaba sus ojos aguileños de mí con la intención de crearme algún tipo de malestar, como solía ocurrir cuando era un infante y su sola presencia me asustaba. Sin embargo, el tiempo pasó y el miedo se esfumó a la par que el respeto. Él lo sabía, por eso, el pie que descansaba sobre su pierna izquierda bailaba al compás del palpitar de su yugular.

Acelerado, rabioso, iracundo. Justo como me gustaba verle.

—Como siempre, es un placer conversar con ustedes. —Dejé en la mesita la taza de fina porcelana con pequeñas amapolas pintadas en su base, y me levanté dispuesto a irme lo antes posible—. Madre, vendré a despedirme de usted antes de regresar a Dover.

—Leo, por favor, no te vayas. —Su súplica frenó mi huida—. Everard, di algo a nuestro hijo.

—Si tu abuelo Archibald levantase la cabeza, se moriría del susto al ver en lo que te has convertido.

Esa vez fui yo quien suspiró como una locomotora de vapor, mientras mi progenitor hundía su espeso bigote en el té.

—No sé cuál de los dos saldría peor parado ante el abuelo Archibald, padre. Si mal no recuerdo, siempre apostó porque la valía de un hombre estaba en él y no en un título o ¿ya lo has olvidado?

El condado de Romney no siempre perteneció a mi familia. Por caprichos del destino y alguna que otra muerte inesperada, mi abuelo heredó el título a la edad madura de treinta años.

Criado en una familia acomodada del condado de Kent, creció sin pasar penurias, pero conociendo el estrago que originaba el trabajo duro en las manos de un hombre. Cada callo, cada dureza, cada cicatriz de las palmas de su mano era una medalla que lucía con orgullo.

—Pequeño Leo, fíjate en ese caballero.

Cuando regresaba a casa por vacaciones, mi abuelo me llevaba con él al club White's*, dónde sentado en una mesa, observábamos y conversábamos con otros hombres de noble apellido.*

—Abuelo, no me llame así. Pensarán que soy un crío endeble —tragué de golpe los dos dedos de whisky de mi copa y contuve, como pude, las ganas de toser. La garganta me ardía al fingir que era un hombre que todavía estaba a medio hacer.

—¿Y qué si lo piensan? ¿Acaso lo eres?

—No, por supuesto que no, abuelo. No ha habido compañero en la universidad que me tumbe en el ring. Es el segundo año que sigo invicto.

—Entonces, qué más da lo que piense cualquiera de estos hombres. Al contrario, es mejor que te subestimen. Fíjate —me señaló de nuevo a un caballero que no era otro que el barón Kosswell —. Los pomposos mediocres, de manos lisas y suaves como él, tienen la necesidad de pensar que son mejores que los demás. Es más, se lo creen y si no deja que él te lo demuestre.

El barón se acercó hasta nuestra mesa, escoltado por otros dos hombres que conocía por ser amigos de mi padre.

—Conde Romney —se dirigió a mi abuelo cuando llegó a nuestra altura—, comentaba con aquí lord Pasher y lord Wedquin mi incredulidad sobre los rumores que corren acerca de su persona, y he considerado que quién mejor que usted para solventar mis dudas.

—Me temo que deberá ser más concreto. No estoy al día de las habladurías en las que figura mi nombre. Hace tiempo que no me reúno a tomar el té para comentar la vida de los demás.

—Usted y su humor ácido. —El conde evadió la indirecta de mi abuelo y sus escoltas rieron como hienas sin razonamiento propio. Aunque en su gesto se veía que la comparación con unas alcahuetas cotillas había herido su orgullo desmesurado—. Me refiero al rumor acerca de que este año ha optado por cultivar trigo a pesar de la roya[1][1] *que hemos sufrido en esta última*

siembra.

—Entonces, he de decirle lord Kosswell, que le han informado bien.

—Amigo, no sé si es un loco o un visionario.

—El tiempo lo dirá.

Y el tiempo lo dijo, pues mi abuelo no era un visionario, sino un previsor. Y consciente de que en los campos siempre estarían expuestos a plagas y enfermedades, invirtió en una prometedora empresa de fungicidas, que aquel año protegió sus cosechas. La mayoría optaron por dejar el trigo de lado y apostaron por la cebada y el maíz. El trigo escaseó y el precio se elevó por las nubes, haciendo más ricos a aquellos que, como mi abuelo, lo habían sembrado.

—Esos «manos lisas» siguieron la corriente de todos los merluzos que se creyeron más listos que aquellos que saben lo que es sentir la tierra en las manos, que saben lo que pica el sol de mediodía o como el sudor empapa la camisa tras un día de largo trabajo. Se rieron de mí, me tomaron por loco y no me molesté en contradecirles.

—¿Por qué, abuelo, si tú sabías que llevabas la razón? —le pregunté mirando la inmensidad de los campos de nuestra propiedad con el denso manto de trigo hondeando al son del viento.

—Porque su debilidad es nuestra fortaleza, pequeño Leo. Mientras los cobardes acallan sus pensamientos en favor de otros, los valientes perseveramos en nuestras decisiones, confiamos en nuestros conocimientos y nos enfrentamos a aquellos quienes intenten doblegarnos.

«Te fallé, abuelo», reconocí, regresando al presente y viendo como mi padre también, a su manera, le había fallado.

Él olvidó las enseñanzas de mi abuelo en cuanto cayó sobre sus hombros el peso del condado. Se convirtió en un «manos lisas». Un borrego más del rebaño, prendado de las comodidades de un título y de la solera del dinero viejo. Ese ganado sin doblar el lomo para conseguirlo.

Y yo… Yo me convertí en un cobarde.

Me dejé silenciar. Prioricé el deseo de otros sobre el mío propio. No confié en mí mismo ni en lo que creía correcto y, por el camino, me hundí en un lodazal de autodestrucción y humillación sin parangón.

—Everard, quedamos en que serías civilizado y te comportarías.

Mi madre intercedió, cortando en seco el devenir de mis pensamientos.

—¿Acaso no estoy haciendo eso, mujer? Tu hijo no hace otra cosa que deshonrar a la familia. No contento con malgastar su fortuna en la empresa de un arquitecto escocés, ahora hospeda en su casa a la hermana de este y a una de sus primas francesas.

Estuve tentado de confesarle que no era un inversor de Leand Ltd., sino uno de los dueños. Disfruté imaginando como sus ojos, tan parecidos a los míos, se abrirían y se saldrían de sus cuencas. Y lo hubiese hecho de no ver como mi madre frotaba las manos, angustiada, sintiéndose en el medio de una guerra sin cuartel.

Por eso, siguiendo el consejo de mi abuelo, dejé que mi padre se saliese con la suya. A los «manos lisas» no se les llevaba la contraria, se dejaba que los hechos les callaran. Porque, aunque yo hubiese fallado la memoria de mi abuelo, en mí estaba el deseo de corregirme.

—Madre, vendré a verla en otra ocasión y daremos un paseo por Hyde Park, si así lo desea. Hace mucho tiempo de la última vez.

—¡Ahora! —exclamó para mi sorpresa—. Demos ese paseo ahora, antes de que las obligaciones nos lo impidan.

La forma en la que el rubor tiñó de rojo sus mejillas me obligó a aceptar. Lady Agatha Molville siempre fue una mujer risueña que no perdió su chispa incluso después de décadas al lado de mi progenitor. Fue una madre cariñosa y atenta, que soportó el distanciamiento que les

impuse sin reclamarme por ello.

—Mi pequeño Leo, te he extrañado mucho.

Después de mi abuelo, ella era la única persona que me seguía llamando así y, a pesar de que de pequeño tenía poco, me gustaba el calorcito que sentía en el corazón cada vez que la escuchaba referirse a mí de esa forma.

—Lamento no haberte venido a visitar antes, pero con padre y su intransigente actitud…

Negué con la cabeza sin llegar a terminar la frase.

—Os parecéis más de lo que piensas.

Palmeó mi antebrazo con la diminuta mano con la que se apoyaba en mí, mientras cogíamos el sendero hasta el lago Serendipity.

—Espero que estés confundida, madre. No hay cosa en el mundo que desee menos que parecerme a mi padre.

—Pues me temo, mi pequeño Leo, que la cabezonería es una virtud de la que ambos hacéis gala.

—Yo no le llamaría a eso una virtud.

—Yo tampoco, pero a vuestra manera, la cabezonería os hace ser firmes en vuestras decisiones, ya sean buenas o malas. Por ejemplo, por mucho que tu padre reniegue de tu decisión de ser arquitecto y ejercer como tal, es el primero que fue a ver el Palacio de Cristal una vez se enteró de que tú y tu socio habías participado en su diseño y construcción.

—Anderson no es mi socio. Yo solo pongo el dinero —mentí.

—A otro con ese cuento, pequeño Leo. No conoceré cómo funciona el mundo de los negocios, pero sí conozco a mi hijo y sé que eres incapaz de mantenerte al margen en algo que te apasiona tanto. Tú no eres un «manos lisas», como diría tu difundo abuelo.

«Pero sí un cobarde», suspiré para mí.

—No creo que su interés en este paseo resida en la naturaleza de mis finanzas, madre. ¿Ya me va a decir a que se debía la urgencia por quedarnos solos?

Se sujetó el sombrero a la vez que alzaba la barbilla y cuando sintió que los rayos del sol caldearon su cara blanquecina, suspiró.

—Necesito descansar. Vayamos a ese banco de allí. —Accedí y una vez sentados, continuó—. Me apenó enterarme por otros de tu llegada a la ciudad —reconoció con auténtico pesar y yo me sentí el peor de los hijos.

—Lamento que haya sido así, madre. No tenía programado pasar la temporada aquí, de haberlo hecho, le hubiese avisado como de costumbre.

—Imagino que es por ella por quien has decidido venir en el último momento.

—¿Ella? Creo que debe ser más concreta, madre, pues no sé a quién se refiere.

—Mi pequeño Leo, me alegra saber que esa mala mujer no es la responsable de que hayas venido, mas, por eso, me veo obligada a advertirte de que ella está aquí. Olivia Moore ha regresado a Londres.

Nadie adivinaría, viendo la expresión pétrea de mi rostro, la colosal tormenta que se había desatado en mi interior. El corazón comenzó a galopar con fuerza tras años de estar en estado inerte. La garganta se me llenó de cuchillas que me impedían tragar la mezcla extraña de sentimientos que me embargaron al saber que Olivia estaba tan cerca de mí.

Ilusión, rabia, anhelo, desconsuelo e incredulidad.

«Mi Julieta, ¿cómo has podido hacerme esto?».



Capítulo 9

Fui un cobarde

Leo

Tardé unos segundos en procesar la información que me había dado mi madre. No podía ser cierta y busqué pistas a mi alrededor que me confirmasen que el equivocado era yo.

Cuando Olivia se marchó a Nueva York, un vacío sordo, profundo y alquitranado se apoderó de mi alma, borrando todo rastro de cordura y felicidad de mi cuerpo. El corazón latía por inercia, al igual que el aire entraba en mis pulmones por puro instinto de supervivencia.

Veía pasar los días tras el caleidoscopio turbio del alcohol. El whisky, el vodka o cualquier otro líquido que tuviese la capacidad de adormecerme los sentidos era bienvenido. En realidad, agradecía cualquier mejunje que tuviese el poder de acallar el dolor que me provocaba la distancia que nos separaba.

Sin embargo, cuando viajé a Nueva York con la intención de que regresara conmigo, el hecho de estar en la misma ciudad aplacó mis demonios. La ira se apaciguó, el agujero de mi pecho se redujo e incluso el vello se me erizaba al postrarme frente a su casa con la esperanza de verla.

Su sola presencia era un bálsamo, un alivio que esa vez no sentí.

Si era cierto que Olivia estaba en Londres, en el mismo barrio que estaba yo, a escasas cuadras de distancia, ¿por qué no notaba su presencia?

—Madre, ¿está segura de que ella está aquí?

Me odié a mí mismo por la forma en la que mi voz tembló. Fue culpa de las viejas heridas que volvían a sangrar como el primer día.

—Me temo que sí. Tu tía abuela Margarita me comentó que Olivia ha regresado del otro lado del charco el mes pasado.

—Aprecio mucho a la tía abuela Margarita, pero ya está mayor y medio sorda. Lo mismo entendió mal —razoné con la esperanza de que así fuese.

—Si tienes dudas, tú mismo le puedes preguntar a su hermano, el duque. Antes erais muy amigos.

—Sabe que rompí todo contacto con él hace más de tres años.

Tras regresar de Nueva York con los brazos vacíos, fui en busca de la ayuda de Marcus. Era mi última esperanza para hacer entrar en razón a Olivia, pero, una vez más, me falló. Mi amigo, aquel que consideraba como a un hermano, me demostró que para él nada más fui un atajo para alcanzar sus propósitos en la vida.

Solo me usó cuando me necesitó y al parecer, su hermana hizo lo mismo.

—Según tengo entendido, ella también está enemistada con su familia. Por eso, se está hospedando con su hijo en la mansión de la vizcondesa viuda Saint Bains.

Mi madre compartió ese dato como aquel que habla del tiempo, sin darle la importancia que tenía, al menos para mí. Incluso se tomó el atrevimiento de saludar a varios conocidos que pasaban junto nosotros.

—Nada de esto tiene sentido —mascullé una vez nos quedamos solos—. ¿Dónde está su marido? —pregunté antes de quitarme el sombrero y mesarme el pelo nervioso.

—Lady Saint Bains coincidió con Olivia en Nueva York y le sirvió de apoyo tras enviudar.

Me levanté de golpe, sobresaltando a las palomas que revoloteaban a nuestro alrededor en busca de alguna miga de pan.

—¡¿Moore está muerto?!

—Pequeño Leo, baja la voz. —Mi madre se puso en pie, se aferró de nuevo a mi brazo y me instó a caminar hacia el lago—. Por lo visto, el hombre murió hace años. Al poco de que tú regresaras de Nueva York.

Apreté la mandíbula con fuerza hasta el punto de que noté como los dientes crujían.

»Tu tía abuela habló con la mismísima vizcondesa Saint Bains —continuó diciendo mi madre, ajena a la ira que había entumecido mis extremidades—, y le aseguró que la fiesta de primavera de este año iba a ser la vuelta a la sociedad de Olivia, por lo que ya deben de haber pasado más de dos años.

—Entiendo.

Y lo cierto es que lo hacía, porque esa información me hizo darme cuenta del motivo por el

que su cercanía no había calmado mi desazón.

Siempre asumí que su rechazo se debió al qué dirán, a la mala fama que caería sobre nosotros y nuestra familia, y por mucho que a mí me diese igual lo que los demás dijeran de nosotros, comprendía que a ella sí le importase.

Nuestro amor no era un problema, o así lo creí hasta ese mismo instante. Al poco tiempo de marcharme de Nueva York, tras haberle confesado mis planes de futuro junto a ella y su hijo, se convirtió en una mujer viuda y libre. Libre para buscarme, libre para formar una familia a mi lado, y no lo hizo.

Dolió. Desprenderme del velo de estupidez en el que había vivido hasta entonces, dolió como si me arrancaran la piel con una hoz sin filo, pero al menos, ahora, comprendía la verdadera naturaleza del amor de Olivia.

Yo fui un cobarde y ella una mentirosa.

—Estoy preocupada por ti, mi pequeño Leo. —Busqué la mirada de mi madre y vi la misma angustia que dejaba en mi paladar un regusto amargo—. Aunque nunca me lo dijiste, sé que fue esa mala mujer la causante de tu caída en desgracia. Me partiría el corazón verte otra vez sumido en esa tristeza constante, encerrado en tu casa, sin hacer otra cosa que beber y pelear.

Fueron tiempos duros y, a la vista está, que no solo para mí.

—No se angustie, madre. Ni yo soy el mismo de entonces, ni ella tiene tanta influencia sobre mí.

—Me alegra escucharte decir eso. —Y en su rostro se vio reflejado ese alivio—. Llevo sin dormir desde que me avisaron que estaban alistando Mabo House para tu estancia en la ciudad —guardó silencio por un tiempo más prolongado de lo normal. Lo que me indicó que estaba buscando las palabras adecuadas para lo siguiente que iba a decir—. Doy por hecho que la vizcondesa viuda Saint Bains te invitará a su fiesta de primavera y la sola idea de que te reencuentres con esa mujer…

Negó con la cabeza, incapaz de terminar la frase.

—En efecto, así lo hizo, madre. Esta mañana, me llegó la invitación, la cual decliné muy amablemente.

—Hiciste lo correcto, mi pequeño Leo. Alejarnos de la tentación es la mejor forma de evitar el pecado.

No tuve más remedio que reírme de su argumento.

—Olivia no es el pecado, madre, ni yo un endeble infante que pueda caer con facilidad en sus garras.

—Lo eres si tus sentimientos hacia ella fueron puros y sinceros. Y me temo que así fueron, ¿cierto?

No respondí y, frente al lago Serendipity, recordé la peor escena que protagonicé en mi vida adulta y que formó parte de ese periodo de tiempo al que mi madre bautizó con el título de «mi caída en desgracia».

Enajenado por el alcohol, acabé sofocando el calor de mi cuerpo en las aguas del lago, vestido tan solo con la piel que cubre mis huesos. Fui detenido y pasé la borrachera en un calabozo del que me sacó Robert. Mi amigo, el marqués Randem, acabó haciendo un trato con el comisionado —ahora su suegro— para liberarme de las acusaciones de alteración de la paz y vergüenza pública. No acabé en la cárcel, pero el rumor sobre lo ocurrido se propagó por Londres, abochornando a mi familia.

Todo por ella. Todo por el dolor de un amor que solo sentía yo.

Estúpido era un calificativo apropiado para describir cómo me sentía en esos momentos.

Prácticamente, la última década de mi vida me había desvivido por Olivia, intentando demostrarle la veracidad de mis sentimientos de la única manera que me permitieron.

No se me conocía mujer o amante. Seguía soltero, aun siendo un buen partido, y por muy mal que esté decirlo, era un caballero apuesto y gallardo. Podría haber tenido una familia hacía mucho tiempo y no lo hice.

La esperé.

Quise que mi soledad fuera una prueba de lo entregado que estaba a nuestro amor.

Hasta compré unas tierras alejadas de todos aquellos que nos pudiesen criticar y construí una casa pensando en ella. Una casa vacía de la que me desprendería más pronto que tarde.

—Tus silencios hablan más por ti, mi pequeño Leo, que todas las palabras que podrían salir de tu boca. Eres un buen hombre, con un gran corazón. No te mereces estar solo. —Acompañó sus palabras colocando su mano sobre mi pecho—. Busca una muchacha decente, cásate y forma una familia a la que entregar ese amor que has malgastado con quien no se lo merecía. Puede que ese matrimonio no se fragüe en el amor, pero no es necesario. Basta con una buena amistad, algo de simpatía o con una compañía agradable. El tiempo se encargará de azuzar esa pequeña chispa y en convertirla en un fuego apasionado.

—Madre, qué cosas me dice.

En ocasiones era tan clara y directa que me avergonzaba. Había asuntos con los que uno no debería hablar con su progenitora.

—Por favor, mi pequeño Leo, ya eres un hombre adulto.

Reí y palmeé la mano que tenía posada sobre mi corazón y le incité a que regresáramos a la casa.

—No quiero que se preocupe por mí, madre. Le prometo que seguiré sus consejos. Es más, creo que ya tengo en mente a la candidata perfecta para ser la futura vizcondesa Portman.

—Déjame adivinar, no será cierta muchachita extranjera que ha venido a Londres a buscar marido.

Chasqueé la lengua y giré la cara para que no viese la sonrisa que había estirado la comisura de mis labios.

No quise darle la razón, pues solo el tiempo diría si la chispa que había sentido aquella mañana al conocer a *mademoiselle* Emily podría servir para convertirla en mi esposa e intentar que, como decía mi madre, ardiese un apasionado fuego entre nosotros.

Porque Olivia seguía sin ser una opción.

Porque me cansé de no ser suficiente para ella.

Porque fue ella la única responsable de transformar el amor que le profesaba en el odio que me ayudaría a olvidarla.



Capítulo 10

Florecerás

Olivia

Arde.

Mi pecho arde por la falta de aire en su interior. Boqueo con desesperación en una lucha infructuosa por volver a respirar y mientras el eco de su risa malvada se mezcla con mis últimos sollozos, intento no rendirme por él, por mi hijo.

Araño el paño húmedo que me tapa la cara. Intento rasgar la tela, arrancarla de mi piel, pero

lo único que consigo arrancar son las uñas de mis dedos. Ese dolor es lo último que siento, eso y sus asquerosas manos agarrándome de los antebrazos y sacudiéndome como si fuese una muñeca de trapo.

—Olivia, respira, por favor, respira.

Me desperté de golpe, resollando con la mano en el cuello y mirando a mi alrededor con los ojos ensangrentados. Parecía tan real. Mi sueño parecía tan real que incluso pude ver la figura de Edward disolviéndose ante mí.

—¿Te encuentras bien?

La pregunta de Mona consiguió traspasar el miedo que me paralizaba y logró que regresase a la realidad. Ya no estaba en Nueva York, pero el fantasma de mi difunto esposo me había perseguido hasta Inglaterra.

—Solo ha sido una pesadilla.

Pero el tono de mi voz decía que había sido mucho más que eso. Y por el velo de preocupación que constriñó la tez olivácea de Mona, ella también se dio cuenta de que había algo más detrás de ese mal sueño.

Me levanté de la mecedora, en la que me había quedado dormida, y miré a mi alrededor para asegurarme que seguía estando en la mansión de la vizcondesa y no en América. Ahora Heaven House era mi hogar y esa biblioteca acristalada, que tanto me recordaba al pequeño vivero que construyó mi padre en la casa de campo de la familia, era mi nuevo refugio. Allí me sentía segura, al menos hasta ese momento. Por eso, quise ir allí para descansar mientras observaba como…

—¡Archibald! ¿Dónde está Archibald? —El terror regresó—. Estaba aquí, jugando con míster Drool[2] —Un buldog inglés que le había regalado la vizcondesa.

—Tranquila, lo he visto irse con lady Saint Bains hacia el sauce llorón.

Mona me cogió de la mano y me acercó hasta la mecedora para que me sentase y me tranquilizase.

—Por lo que veo, las pesadillas han regresado con fuerza. No te veía así desde…

No acabó la frase. Teníamos prohibido hablar de mi pecado capital como, si al hacerlo, la sangre que manchaba mis manos pudiese desaparecer, pero a la vista estaba que esa triquiñuela no daba resultado.

Sus ojos oscuros fueron en busca de los míos y en ellos vi los momentos a los que hacía referencia. Tras la muerte de mi esposo o, mejor dicho, su asesinato, la culpa me perseguía como lo hacía ahora su fantasma.

—No me lo imaginaba así —me sinceré con la necesidad de poner en orden mis pensamientos —. Creí que una vez que el monstruo de Edward hubiese desaparecido para siempre y estuviese de regreso en mi hogar, la tranquilidad sería una constante en mi vida. Sin embargo, una desazón arde en mi estómago impidiéndome sonreír con sinceridad.

—Londres también fue testigo del sufrimiento al que te sometió ese mal hombre. Es normal que los recuerdos te asalten.

—Supongo que estás en lo cierto. El miedo ha sido tan protagonista en mi vida en los últimos años que no sé actuar sin sentir su aliento erizándome el vello de la nuca. Aunque quizá sea mi conciencia la que esté despertando mis remordimientos.

—¿Te arrepientes?

—Por supuesto —grazné ofendida—. Odiaba a Edward con toda mi alma, aún lo odio, pero jamás le deseé la muerte.

—Él sí deseaba la tuya y la de tu hijo —apuntó Mona, después de hacer una pausa.

—Por eso me anticipé y me convertí en un monstruo, al igual que él. Y ahora soy una asesina por su culpa.

—Una superviviente, diría yo. La buena intención tras tu pecado es, en sí, la redención de este.

—Eso díselo a su hermano. Edward era la única familia que le quedaba viva a Martin, y yo se la he arrebatado. Ni siquiera he tenido el valor de ir a verlo.

—Así que ahí está el problema, crees que le debes una explicación a tu cuñado.

—Le debo mucho más que eso.

—Creo recordar que le escribiste para notificarle la muerte de su hermano y no hizo acto de presencia en todos estos años.

—No se llevaba muy bien con Edward, pero sí conmigo. Lo he extrañado mucho y desearía ir a verlo.

—Hazlo.

—Tengo miedo —reconocí, dejando que mi mirada se perdiese en las copas de los árboles del frondoso jardín de la vizcondesa—. No respondió a ninguna de mis cartas. Y si me dolió su rechazo entonces, no imagino lo que sentiré si me repudiase ahora.

—Eso no son más que suposiciones. Ármate de valor y ve a visitarlo. Solo así volverás a dormir tranquila y a dejar que el fantasma de tu difunto esposo siga ardiendo en el infierno, que es donde se merece estar.

—¿Y si no me recibe?

—No lo sabrás de seguir aquí encerrada. —Mona palmeó mi rodilla a modo de regañina—. Llevamos un mes en Londres y no has salido de la mansión. Ve, enfréntate a tus miedos y sal de dudas. Martin será el primero, después, ya sabes a quién debes confrontar.

—No le debo nada a mi hermano, ni siquiera una explicación.

—Pero él sí te la debe a ti y ya es hora de que empieces a hacerte respetar.

Reconciliarme con Marcus seguía sin ser una opción para mí. En ese punto, Mona y yo nunca estaríamos de acuerdo. Por eso, decidí cambiar de tema de conversación.

—Gracias. —Me miró extrañada—. Sé que al principio yo no era de tu agrado y me veías como una molestia, pero te has convertido en una gran amiga, y te agradezco que hicieses el esfuerzo por conocerme mejor.

—¿Y quién dice que ahora eres de mi agrado?

Mona era como un perro apaleado que rehuía de cualquier muestra de afecto. La comprendía. La tortura no era sentir una caricia después de años de solo recibir golpes. La tortura era vivir con el miedo a dejar de sentirlas y tener que aprender, una vez más, a convivir con su ausencia. Por eso, la abracé. La abracé con fuerza, como si ese gesto tuviese el poder de borrar el dolor que tanto nos afligía.

Se quedó quieta, sin corresponderme, y no me importó. Sus ojos aguados decían más que su aparente frialdad.

—Anda, vete al jardín para que te dé un poco el aire. O al final querrás que yo también te abrace y todo.

Mona se deshizo de mí y se abanicó la cara con la mano.

—¿Uno pequeñito? —Separé los brazos y le sonreí con dulzura.

—Un abrazo rápido y negaré que te lo he dado.

—Eres una buena persona, Mona, aunque tú no lo creas —le susurré con la cabeza apoyada en su hombro.

—Nadie que me conozca diría eso de mí.

—Eso es porque nadie te conoce como yo. Eres una muy buena persona —le repetí con la

intención que el mensaje calase en su psique.

—Quizá en un tiempo pasado lo fui, pero ya he olvidado como serlo. —Le escuché susurrar según me alejaba de ella.

Agotada del batiburrillo de mis pensamientos, salí de la biblioteca y me apoyé en la balaustrada blanca de la terraza principal antes de ir a buscar a la vizcondesa Sant Bains y a mi hijo.

Desde ahí, tenía una panorámica bellísima de los jardines por los que la propiedad era tan reconocida y que un batallón de jardineros se afanaba en devolver el lustre de años de cuidados mínimos.

«El jardín del Edén», así lo llamaba su propietaria y de forma muy acertada, ya que de existir el paraíso sería idéntico a ese sitio.

—Florecerás.

Una vez más, mi salvadora, y dueña de ese lugar, acudió a rescatarme de mi propia melancolía.

Sonreí a lady Saint Bains como agradecimiento cuando se situó a mi lado y ella me imitó antes de dejarse llevar por la belleza de sus propios dominios.

—Florecerás —repitió señalando las glicinias que cubrían las paredes del patio interior, salpicando el muro de pequeños racimos de flores en un intenso violeta—. Recuperarás el resplandor de antaño. Lograrás recomponer a la mujer valiente que sé que fuiste y no solo lo harás por ti, sino por él.

Archibald apareció en ese instante junto al gran sauce llorón que presidía el amplio jardín, correteando tras su nuevo juguete, míster Drool.

—Justo por él voy a dejar de esconderme. Es hora de que vaya a hacer una visita que tengo pendiente.

—¿Irás a ver a tu hermano el duque?

Negué con la cabeza.

Iría poco a poco.

Primero me enfrentaría a Martin y quizá, solo quizá, hallaría el valor de buscar a mi hermano y reclamarle por su abandono. Aunque, en realidad, no era él a quien más temía enfrentarme.

Volver a ver a Leo era lo que más me asustaba.

Me asustaba mirarle a los ojos y no encontrar en ellos nada más que un inmenso vacío de indiferencia.



Capítulo 11

El sustento de mis días

Astrid

Retuve el aire en mis pulmones marchitos durante el tiempo que tardó Olivia en dejarme sola en la terraza. En cuanto desapareció de mi vista, dejé que el ataque de tos, que me arañaba la garganta, me doblase en dos.

Me sostuve sobre la barandilla mientras mi pecho chocaba con el corsé en busca de un espacio que no encontró. Se pasaría, siempre lo hacía. Pero últimamente esos ataques eran más

prolongados de lo habitual.

Londres y mi afección pulmonar no se llevaban muy bien.

—¡Maestra!

De soslayo vi llegar a Mona. Con su ayuda me llevó al interior de la biblioteca y la acribillé con la mirada. Esa insensata era incapaz de recordar lo peligroso que era llamarme de esa forma.

—Agua, le traeré agua.

Salió corriendo despavorida y aproveché los pocos segundos que tardó en regresar para ocultar el pañuelo, con el que me había tapado la boca, en la manga de mi vestido.

—Ya estoy mejor. No seas tan alarmista —conseguí balbucear antes de beberme a pequeños sorbos el agua con limón que me había traído.

Mona no me creyó. Me conocía demasiado bien para mi seguridad y para la suya propia.

—¿Qué le dijo el doctor Clifford?

Torcí el gesto al recordar la última visita que le hice a mi médico de confianza. No había vuelto a su consulta desde que me marché de Inglaterra y parece que usó ese tiempo para borrar de su memoria quien yo era y todo lo que podía llegar a hacer.

Muchos en esa ciudad se habían olvidado de lo poderosa que era.

—Ese matasanos se negó a atenderme —le dije—. Por lo visto, cree que ya no debe lealtad a *Las Descendientes de Eva*.

—¡Cómo se atreve! ¿Quiere que me encargue de él, maestra?

Golpeé el suelo con el bastón que me acompañaba allá donde fuese. Un recordatorio más de mi debilidad, por mucho que me pesara.

—¡¿Cuántas veces tengo que decírtelo, Mona?!

—Disculpe, vizcondesa —rectificó la manera de dirigirse a mí, pero hincó la rodilla mostrándome pleitesía—. Echo de menos el harem y todo lo que representábamos.

—Yo también —reconocí sintiendo la misma añoranza que vi en sus ojos—. Sin embargo, no lograremos resurgir de nuestras cenizas si no avanzamos en nuestras metas.

—Lo intento, vizcondesa.

—No lo suficiente —le reproché—. Hace más de un mes que pusimos un pie en esta ciudad y todavía no has logrado nada con Olivia.

—No estoy de acuerdo con usted —me confrontó con esa pizca de soberbia que tanto apreciaba en ella—. Soy su amiga, su confidente, con la que comparte todas sus dudas y temores.

—¿Eres su amiga? —pregunté con desconfianza.

—Eso cree ella, mi señora. Justo como usted me ordenó.

Asentí complacida y le insté a que se levantase del suelo.

—Que yo recuerde, Mona. Aparte de convertirte en su paño de lágrimas, te encargué otra cosa mucho más importante.

—Lo sé, vizcondesa y he comenzado a hacer progresos. Ahora mismo ha salido de la mansión como usted quería.

—Yo quería que saliese para ver a su hermano, no al hermano del muerto.

—Olivia es muy cabezota. Cuanto más la presionemos para ir a visitar al duque, más tardará en hacerlo. Por eso le animé a buscar a su cuñado. El simple hecho de que salga a la calle y la vean, dará pie a los cotilleos. Mañana todo Londres sabrá que ha regresado.

—Querida Mona, todo Londres ya sabe que ha regresado. Yo misma me he encargado de que así fuese.

Alcé la voz más de la cuenta, lo que me provocó un nuevo ataque de tos.

—Maestra —susurró Mona cuando se arrodilló para atenderme—, vayámonos de aquí.

Regresemos a Bombay. Este clima húmedo no le sienta bien.

—No nos iremos sin destruirlos antes. Deben pagar por la muerte de Adán —mentí, ocultándole otro motivo de peso por el cual no podía abandonar esa ciudad.

«Necesito verla una vez más. Solo una vez más y podré irme en paz», repetí en mis adentros para aplacar la urgencia de ir en su busca en ese mismo momento.

—¿Arriesgará su vida por aquel que intentó arrebatársela a usted? —continuó Mona hurgando en la herida.

—Por mi hijo lo haría una y mil veces. La poca cosa de Clarissa y ese grupo de caballeros metomentodo lograron ponerlo en mi contra.

—Lograron algo más que ponerlo en su contra, maestra. Intentó asesinarla —me recordó, como si el entumecimiento constante de mi pierna no lo hiciese a diario.

Y con la misma rabia que sentí al ver como el fruto de mis entrañas atentaba contra mi vida, alcé el bastón y lo estampé contra el costado de Mona. No protestó. Ni siquiera emitió quejido alguno. Tan solo se quedó tendida en el suelo, protegiéndose la cabeza con los brazos.

Me levanté, todo lo rápido que pude y di dos pasos hasta que el bajo de mi vestido rozó la piel tostada de mi segunda.

—Adán te odiaba tanto como tú le odiabas a él. Los dos queríais lo mismo; ocupar mi lugar. Él no lo consiguió y te adelanto que tú tampoco lo harás.

—Yo no quiero su lugar, maestra. Mi lealtad siempre ha estado con usted. Lo único que deseo es regresar a casa —sollozó.

—Y por eso sigues viva, Mona. Sin embargo, no confundas aprecio con respeto. No eres mi igual y nunca lo serás. —Le obligué a levantarse con la punta de mi bastón y cuando estuvo a mi altura, le acaricié la barbilla para que alzara su mirada—. Después de mi hijo, es a ti a la persona que más estimo. —Mi pulgar limpió una lágrima que surcaba por el perfil de su mandíbula. Ahora marcada por la rabia con la que apretaba los dientes—. Cíñete al plan. Hagamos que el duque y sus amigos sientan lo que es que les traicione uno de los suyos y entonces, regresaremos a casa.

—Así lo haré, mae… vizcondesa —rectificó a tiempo.

—Eso está mejor, querida. Somos unas supervivientes y pronto veremos recompensado todo nuestro esfuerzo. Venga, déjate de lloros y ve a vigilar al mocoso. Lo necesitamos de una pieza. Puede que, llegado el momento, Archibald nos sea de utilidad.

Mona abrió la boca, pero se lo pensó mejor y la volvió a cerrar.

—¿Querías decir algo, Mona? —Ella negó—. Me alegro. No quisiera pensar que, a la gran erudita Mona, temida por todas y cada una de las daifas que fueron adiestradas por ella, se le ha reblandecido el corazón por un niño.

—Yo no tengo corazón, maestra. Lo perdí hace muchos años —sentenció y la creí. Yo misma me había encargado de extirpárselo.

En ese mundo, donde la mujer era considerada un ser débil movido por sus emociones, debías arrancar de raíz cualquier sentimiento que pudiese hacer tambalear tu determinación. Y la mía era clara.

La venganza era el sustento de mis días.

Su planificación, el dulce sueño de todas mis noches.

Y su culminación, me provocaría una sonrisa en mi, no tardío, lecho de muerte.



Capítulo 12

La parca

Olivia

No recuerdo el tiempo que permanecí frente al pequeño estudio adosado de Martin sin hacer otra cosa que observar la puerta roja de la entrada. Miraba cada detalle decorativo del dintel como si al hacerlo, fuese a hallar el valor de golpear el anillo de la albada y anunciar mi presencia.

Según el coche de alquiler fue llegando al barrio de Blomsburry perdí mi determinación y

ahora, era incapaz de hacer algo más que mirar alternativamente el bajo de mi vestido de luto y los tres escalones que me separaban de mi destino.

—Qué mala suerte la mía. La parca viene en mi busca y me coge en mangas de camisa.

La puerta se abrió sin necesidad de que yo la tocara y en el umbral apareció Martin, limpiándose los restos de pintura de las manos y dedicándome esa sonrisa de bribón desenfadado que tanto había añorado.

Los años habían sido benévolos con él. Seguía siendo un joven querubín de pelo indomable con el cuerpo de un hombre bien parecido. La tersura de su rostro era envidiable. Solo si te fijabas en el tono apagado de sus ojos castaños, veías las huellas dolorosas que la vida había marcado en ellos.

—¿Tan mal aspecto tengo, cuñado, que me comparas con la muerte? —le dije al llegar a su altura y tras guiñarme un ojo, me hizo un gesto con la cabeza para que le siguiera al interior de la casa.

—No me lo preguntes a mí, sino a ese atuendo negro y rancio que llevas —continuó con la broma una vez cerró la puerta a su espalda—. ¿Dónde te lo han diseñado?, ¿en el inframundo?

Mi sonrisa desapareció. Fue recordar los motivos de aquella visita y el buen humor se esfumó.

Contuve la respiración según me adentré en el salón del estudio. Me dio la bienvenida un caótico espacio que reflejaba a la perfección la personalidad del morador. Había cuatro enormes lienzos colocados de cualquier forma en una de las paredes de la estancia, en aquella que daba la luz que entraba por la enorme claraboya, que ocupaba gran parte del techo.

A sus pies, la pieza principal, un diván en un azul intenso, decorado con decenas de suaves telas que emulaban las tonalidades de un arcoíris. Y entre ese desorden también había una mesa de trabajo repleta de paletas, restos de pintura e innumerables brochas; una estantería con más plantas que libros y varias lámparas que iluminaban cada esquina de la estancia.

Todo allí era vida y color, menos yo. Al menos eso me dijo mi reflejo en el espejo de cuerpo entero que había junto a la chimenea.

En efecto, era la parca. Un bulto oscuro en mitad de ese torrente de alegría.

—Es lo que me corresponde llevar —intenté defenderme—. Bueno, ya no —puntualicé al recordar que ya había terminado el periodo de luto—, pero me parecía lo oportuno para el motivo de esta visita.

—Así que es cierto, mi hermano ha encontrado la muerte que con tanto ahínco buscaba y se merecía, todo sea dicho.

Martin me miró a través del espejo y, por primera vez desde que Edward falleció, me sentí comprendida. Solo él era capaz de entender el inmenso alivio que me producía un hecho tan atroz.

—¿Soy una mala persona?

Fue el temblor de mi voz el que le dejó entrever lo importante que era para mí su opinión.

—Las malas personas abundan allá donde mires, pero te aseguro, Olivia, que tú no eres una de ellas.

—No dirías eso de saber la verdad.

—Ya la sé. —Alzó los hombros con despreocupación—. Tú misma me la contaste en la última carta que me enviaste.

—¿La recibiste? —Asintió—. Entonces, ¿por qué no recibí respuesta alguna? Me hubiese gustado tanto que hubieses estado a mi lado.

—Lo estaba. Siempre he estado a tu lado, aunque fuese desde la distancia. No obstante, hay un motivo por el que no respondí a tu carta. Simplemente, pensé que no era tuya. Espera, que te lo

muestro.

Lo vi alejarse a través del espejo y me giré para seguir sus pasos. Martin se había acercado hasta el aparador que había junto a la mesa de trabajo y, de uno de sus estantes, sacó un pequeño cofre de madera oscura. Dentro de él había varias cartas y me ofreció una de ellas.

Era mía, reconocí mi propia letra y podía recitar de memoria cada frase. Tardé más de una semana en escribirla. En todas quise confesarle mi pecado, pero no era seguro para mi hijo, como bien me recordó en numerosas ocasiones la vizcondesa Saint Bains.

—¿Es tuya? —me preguntó Martin y afirmé con la cabeza—. Pues no lo creí así por el sello del lacre y por el olor del papel. Huele —me pidió.

Pese a que, por norma, aromatizaba todas mis cartas con unas gotas de mi perfume a base de jazmín con un toque de lirio, el papel que tenía en mi mano olía a cera derretida y así se lo hice saber a Martin.

—Fíjate en este cerco de aquí. —Señaló la parte trasera de la carta—. Es como si alguien le hubiese acercado una vela para poder quitar el lacre sin romperlo y después lo hubiese vuelto a sellar.

—¿Quién haría tal cosa y con qué motivo?

—Eso deberías saberlo tú.

Negué con la cabeza mientras recordaba por todas las manos que había pasado esa carta y fue fácil. Solo había una persona que se encargaba de mi correspondencia personal. Dorothy, mi doncella, era la única en la que confiaría una tarea tan delicada.

Edward controlaba todas las cartas que enviaba a mi familia con la intención de que jamás se enterasen de la mala vida que me estaba dando. Por eso recurrí a Dorothy. Ella aprovechaba los paseos con Archibald para enviarlas en mi nombre. Y una vez que mi esposo murió, seguí confiando en ella.

No, Dorothy no había sido y por una razón de mayor peso que mi absoluta confianza. Ella no sabía leer. Entonces, ¿quién tendría interés en conocer el contenido de mi correspondencia?

Ahogué un grito tapándome la boca con ambas manos y comencé a deambular por el estudio perdida en mis pensamientos. Tenían que ser ellos. Solo la policía de Nueva York querría saber si sus sospechas estaban fundamentadas.

—Ese malnacido de Smith —mascullé.

—¿Quién es Smith y qué me estás ocultando? —Martin me sujetó por los hombros y me obligó a mirarlo.

Cansada de soportar el peso de mi conciencia, le guie hasta la otomana y le conté, entre sollozos, como el inspector principal Smith fue el encargado de llevar la investigación de la desaparición de Edward. Ese hombre era uno de los policías más reputados de Nueva York y, con acierto, siempre dudó de la veracidad de mis palabras.

—Te doy la razón, Olivia. Si ese inspector pensó mal de ti, es que es un malnacido.

Acepté el pañuelo que me ofreció y me limpié las lágrimas como pude.

—No, Martin, no. —Hipé.

—¿No dudó de ti o no he entendido bien la historia que me has contado?

—La has entendido bien. Dudó de mí y con razón.

No tuve que añadir más para que entendiese lo que quería decir. Yo fui la culpable de su desaparición… Yo fui la causante de su muerte.

Entrelacé mis dedos en una súplica silenciosa y fijé la mirada en un punto desenfocado del suelo, sin ser capaz de alzar la cabeza. Temía ver rechazo y condena en los ojos de Martin. Sin embargo, este me dio un apretón en el hombro que me supo a compresión.

—Voy a por otro pañuelo. Este tenía pintura fresca y te has manchado la mejilla. —Me acarició la barbilla con ternura—. Y por Dios, basta ya de tanto llanto. —Ahogó el mismo sus propias lágrimas—. ¡Mírate! Pareces una lechuga mustia.

Mi risa nerviosa amortiguó el sonido de sus pies descalzos mientras se dirigía a una palangana cercana para mojar un paño y ofrecérmelo. No pude cogerlo. El miedo se había adueñado de mi voluntad y comencé a temblar.

Fue un gesto involuntario que confesó a Martin, sin querer, el tormento al que me había sometido su hermano.

—Si alguien aquí ha sido un malnacido ese sin duda ha sido Edward. Ojalá y se pudra en el infierno —masculló con rabia y me arropó con un abrazo—. Lo siento, Olivia, no debí dejarte sola, no debí dejar que te hiciera esto.

Sus manos cubrieron las mías en un intento por frenar su temblor. Alcé los ojos y vi titilar en su pupila el mismo sufrimiento que sentía yo. De nuevo, éramos cómplices. Protagonistas de una historia que ninguno quiso interpretar y pensar que él había soportado la misma tortura a la que Edward me sometió a mí, solo logró que más lágrimas surcasen mis mejillas.

—¿Tú también? —pregunté con la necesidad de saber si él había sufrido el mismo martirio que yo.

—Acaso crees que ese nivel de maldad se alcanza en tan pocos años. No, Edward fue un digno discípulo de mi padre. Él le enseñó los múltiples usos que se le podía dar a un trozo de tela mojado. —Una risa cínica ocultó el dolor de esos recuerdos—. Cuando mi desviación empezó a ser evidente, comenzaron las palizas. Uno de mis tíos, al verme todo amoratado, amenazó a mi padre con devolverle cada golpe que yo tuviese. Fue ahí cuando se volvió más ingenioso. Cubrirme la cara con un paño húmedo hasta que lograba que me desmayase era su preferida y, por lo que veo, la de mi hermano también.

—Soy incapaz de bañar a mi hijo o de frotarle la espalda con un paño caliente. Es sentir la humedad de la tela y me descompongo.

—Es pronto. Tardarás en volver a ser tú, pero lo lograrás —me aseguró—. Mírame a mí ahora, sigo igual de desviado que estaba o incluso más. —Guiñó un ojo y me empujó con su hombro para que imitase su sonrisa. Fue su forma de poner punto final a ese tema de conversación. Recordar cada una de las barbaridades que nos hicieron solo nos haría más daño a nosotros—. No dejes que se salga con la suya —consiguió decir una vez se recompuso—. Te mereces ser feliz, Olivia.

—No después de…

—¡Después de nada! —Martin me impidió decir la verdad que él ya había sobreentendido sin necesidad de que yo la verbalizara—. Hiciste lo correcto, Olivia. Era tú o él y si hay algún Dios ahí arriba —señaló al techo—, sabrá que no cometiste pecado alguno. Prefiero llorar su muerte a llorar la tuya. O mucho peor, llorar la del pequeño Archibald.

Oír el nombre de mi hijo consiguió que el dique que contenía toda mi culpa se rompiese liberándome, por el momento, de esos remordimientos que tanto me asfixiaban.

—Te juro que solo quise escapar de él. Mi intención nunca fue llegar tan lejos —le insistí—. Por favor, perdóname.

—Se acabó, Olivia. No quiero saber más —me ordenó—. Edward murió y con él su memoria. Ya te martirizó en un pasado, no dejes que su recuerdo se adueñe de tu presente y menos de tu futuro. Haz lo que yo, búscate un buen partido que sepa tenerte contenta en todos los aspectos de tu vida. Estoy seguro de que ese hombretón rubio, ¿cómo se llamaba? Ah, sí, el vizconde Portman, estará encantado de ayudarte.

—¿Cómo lo sabes?

—Por favor, Olivia. —Palmeó el aire con suficiencia—. Cuando estabais juntos era imposible escapar a la candente conexión que flotaba entre vosotros. A decir verdad, aún me acaloro cada vez que me cruzo con semejante espécimen masculino.

—¿Lo ves muy a menudo? —pregunté con una indiferencia fingida.

—La verdad es que no. Los últimos años apenas ha venido a Londres. Según tengo entendido, se compró un terreno en Dover y ha edificado una casa allí.

Una tibia sonrisa estiró mis labios de forma fugaz. Saber que era cierto lo que Leo me dijo en Nueva York, despertó en mí una débil llama de esperanza que me reconfortó y me permitió soñar con un futuro lleno de amor.

No supe el tiempo que me había quedado suspendida en mis ensoñaciones cuando Martin añadió una información que, por su forma pícara de mirarme, él ya vaticinaba lo mucho que me iba a alterar.

—Aunque debes saber, mi querida cuñadita, que parece que los astros han vuelto a juntar vuestros caminos.

—¿Por qué dices eso? —cacareé como una gallina clueca.

—Lo vi la semana pasada salir de *White's* junto a un escocés, también muy apuesto, si te soy sincero. Me dijeron que es su socio y que han venido a pasar la temporada a la ciudad. Todo Londres está alterado con su regreso y con el tuyo.

—Creía que nadie sabía que yo estaba aquí. —Jugueteé con mis dedos incómoda. No me gustaba ser el centro de atención de nadie.

—Cuñadita, no hay hombre, mujer, niño o rata que no sepa que la hermana del duque de Cardington ha regresado y, encima, viuda. Aventuro que más de un pretendiente luchará por ganarse tu atención.

—Lo dudo. No tengo bienes ni fortuna que pueda resultar interesante.

—Eres una mujer de una intensa belleza, eso sin olvidar que perteneces a una de las familias aristocráticas más influyentes de Inglaterra.

—Uf —suspiré—. No gracias. Me niego a volver a ser un trofeo por el que luchar.

—Entonces, hazme caso, busca al hombretón rubio y retoma la amistad pasada.

—Me temo que eso será imposible. El amor que un día me profesó se ha convertido en un profundo odio.

—Y eso es debido…

—Eso es debido a una historia muy larga de la que hablaremos otro día. Ahora me marcho. Tu sobrino no está acostumbrado a que me ausente durante tanto tiempo y no quiero que se preocupe.

—Quiero conocerlo.

—Y él a ti.

Con un beso en su mejilla sellé la promesa de que nos veríamos otro día para que conociese a Archibald. Fue entonces cuando me marché de aquel estudio sintiéndome más ligera… Liberada.

Sin darme cuenta de que esa historia, que yo daba por terminada, solo acababa de comenzar.

Y su final no sería digno de recordar.



Capítulo 13

¿Sabe él que estás aquí?

Olivia

Perdida en el caos que se había apoderado de mi mente, caminé por las calles de Londres. Era tal mi estado de agitación que no me vi con la suficiente entereza para regresar a Heaven House y enclaustrarme entre sus impresionantes y pomposas paredes.

Mona estaba en lo cierto. Tenía que salir, comenzar a solucionar los temas pendientes de mi pasado y avanzar. Solo así podría disfrutar del futuro por el cual había vendido mi alma.

Martin fue el primer paso. Confesarle la verdad era algo que necesitaba. Sin su perdón y comprensión, no hubiese comenzado mi proceso de sanación.

«Lo lograré, volveré a ser la mujer fuerte que siempre fui», me prometí a mí misma una vez llegué a la explanada verde de Lincoln's Inn Fields.

En aquella tarde soleada, el parque estaba repleto de familias. Los niños correteaban unos detrás de otros y el viento arrastraba su risa contagiando a todo aquel que la escuchase. Y yo no fui una excepción.

«Quiero esto para mi hijo», pensé al ver a un padre con su vástago sobre los hombros mientras disfrutaban de cómo las cometas hacían filigranas en el cielo.

Observar un trozo de tela danzar mecida por el viento era tan hipnotizante como peligroso.

—¡Disculpe! ¡Qué torpe soy! —grazné abochornada, cuando el desconocido con el que me tropecé me sostuvo entre sus brazos para impedir que me cayese al suelo.

—¿Olivia?

Reconocí su voz al instante y en vez de soltar los antebrazos de ese caballero y alejarme de él, me aferré con más ganas a la chaqueta de su traje de tweed. No supe, hasta ese momento, lo mucho que había extrañado a cada uno de mis seres queridos y Arthur era uno de ellos.

Entre el más joven de los amigos de mi hermano y yo siempre hubo una conexión especial. Teníamos una edad similar y ambos gozábamos de un ácido sentido del humor. Al menos así fue hasta que me consumí como una vela ahogada por su propio dolor. Esperaba que el destino hubiese sido más benévolo con él y por la sonrisa sincera que lucía en su apuesto rostro, así había sido.

—Dichosos los ojos, lord Onslow. ¡Qué sorpresa tan agradable! —conseguí decir una vez me recompuse de la impresión de reencontrarme con él.

—Eso debería decirlo yo, señora Moore —me respondió en el mismo tono distendido que había usado yo—. Le hacía muy lejos de aquí, a un océano de distancia, para ser exactos.

—Ya ve que no, milord.

—No, no, nada de milord —me corrigió—. Ahora solo soy Arthur Stewart, abogado y de los mejores —apuntó con esa chispa pícara en sus ojos azules que siempre le había caracterizado.

—Vaya, la última noticia que tenía era que se había convertido en el nuevo conde Onslow. Por cierto, lamento mucho el fallecimiento de su hermano.

—Gracias, Olivia. ¿Puedo tutearte? —preguntó mirando a su alrededor y cerciorándose de que nadie podía escuchar la confianza con la que se había dirigido a mí y tras asentir para darle mi consentimiento, continuó—. En tu ausencia han pasado demasiadas cosas, pero solo te diré que el condado ahora está en manos de Williams Crackford, su legítimo dueño.

Lamentablemente, conocía a ese caballero y al lugar que regentaba. El club Crackford fue el segundo hogar de Edward durante el tiempo que estuvimos afincados en la ciudad, hasta que lo echaron por armar jaleo. En cuanto supo que le habían prohibido la entrada de por vida, fui yo la que pagué tal atrevimiento. A los ojos de mi esposo, yo había usado la influencia de mi hermano para impedirle frecuentar ese local. Como si el tiempo que pasaba en aquel sitio no fuese la preciada calma que precedía a la tormenta que siempre traía consigo al regresar.

—Cierto es que han ocurrido muchas cosas —suspiré, intentando que los recuerdos me soltasen y me dejasen regresar junto a mi amigo—. ¿Debo ofrecerte mis condolencias también por la pérdida del título? —le pregunté con cierta sorna—. Si no recuerdo mal, nunca te gustó ser parte de, ¿cómo decías…? Esa rancia aristocracia.

—Y recuerdas bien. —Arthur se retiró el sombrero y se peinó el pelo con los dedos. Un gesto que mostraba su incomodidad. Hablar del pasado le gustaba tan poco como a mí—. No obstante,

Olivia —suspiró y recuperó la sonrisa—, ahora soy muy feliz siendo un simple abogado y padre de familia.

—¿Te casaste?

—Sí, y no adivinarás con quién. Acompáñame —me ofreció su brazo con galantería—, te presentaré a mi esposa e hijos.

Lo seguí hasta una pequeña ladera que daba a una explanada. Sobre una amplia manta de cuadros estaba sentada una mujer de cabello negro e inmensos ojos claros, tan traslúcidos como un día de cielo despejado. Junto a ella había a una niña, que tendría la edad de Archibald, y un pequeño de unos tres años, que correteaba nervioso alrededor de la cesta de pícnic, de la que la madre estaba sacando varios tipos de tentempiés.

La reconocí a ella y a su historia. Años atrás se la llamaba por el apellido de su padre, lady Violet Hughes y su primera boda con el hermano de Arthur, fue un escándalo de esos que perduraban a lo largo de los años. Sin embargo, lo que más recuerdo, sin lugar a duda, es los tiempos oscuros que siguieron tras ese acontecimiento y no solo para ella, sino para el hombre que ahora sonreía, a mi lado, henchido de felicidad.

Me alegré por él y por su buena fortuna.

—Querida, te voy a presentar a una vieja amiga.

Arthur le ofreció la mano a su esposa y la ayudó a levantarse.

—Nos conocemos. —Me adelanté e incliné la cabeza para saludarla—. Señora Steward, es un placer verla de nuevo.

—Violet, por favor. —Me tendió la mano para que se la estrechara—. Las amigas de mi marido son mis amigas también. Nos presentaron hace años, si no recuerdo mal —hizo una pausa, supongo que buscando el momento exacto de ese hecho—, creo que fue en su puesta de largo.

Mantuve la sonrisa, aunque bajé la mirada. No quise que viese el mal recuerdo que guardaba de aquellos días.

—En efecto —logré decir tras recomponerme—. Me alegro de que, en esta ocasión, nos veamos en circunstancias más agradables.

—Cierto es que nuestra inmersión en el mundo adulto no fue como ambas nos esperábamos. —La comprendí sin necesidad de que dijese más. Era una habilidad que teníamos aquellas personas a las que alguna vez nos hirieron el alma. Éramos capaces de identificarnos con solo mirarnos—. Espero que el paso de los años haya sido tan bondadoso contigo como lo ha sido conmigo.

Me tomé un momento para razonar mi respuesta y me sorprendió la conclusión a la que llegué.

—En cierta manera, sí. La vida ha comenzado a compensarme tras años oscuros. A pesar de haber enviudado, mi hijo está sano y he regresado a mi tierra. ¿Qué más puedo pedir?

«Mucho más», callé por la misma razón que oculté que la muerte de mi marido fue una bendición y no un castigo.

—Mi más sentido pésame —intervino Arthur—. No sabía que Moore había muerto. Tu hermano no me dijo nada.

—Es difícil que te diga algo que desconoce. Su excelencia, el duque de Cardington, dejó de responder a mis cartas meses antes de que ocurriese ese… trágico suceso. Supongo que tú, mejor que yo, sabrás los motivos que le llevaron a tomar tal decisión.

Arthur dedicó una mirada de soslayo a su esposa que esta entendió al momento.

—Niños, mirad, ahora hay más cometas. ¿Queréis que nos acerquemos a verlas?

Los niños, entusiasmados, se agarraron de las manos de Violet y se alejaron, dándonos cierta privacidad para hablar de un asunto que, tanto a Arthur como a mí, nos incomodaba; mi hermano.

—Me gustaría decirte que sé los motivos por los que Marcus dejó de mantener correspondencia contigo, Olivia, pero te engañaría. Desde que te marchaste, las cosas han cambiado mucho por aquí, quizá demasiado. —Arthur fijó la mirada en un punto lejano y guardé silencio a la espera de que continuase—. Los últimos años han sido duros en muchos sentidos, al igual que instructivos.

—Te refieres a lo ocurrido con ese grupo de mujeres lideradas por una bruja loca, ¿cómo se llamaban?

—*Las Descendientes de Eva* —murmuró bajito, como si el simple hecho de pronunciar ese nombre le quemara en la lengua—. Ya son parte de la historia y, aun así, las heridas que infligieron siguen doliendo como el primer día —reconoció—. Estuvieron a punto de acabar con la vida de mi esposa y del hijo que llevaba en su vientre, ¿lo sabías? —Negué y él prosiguió—. ¿Cómo vives después de haber sostenido entre tus brazos el cuerpo moribundo del amor de tu vida? Yo te lo diré, lo intentas, solo lo intentas y lo haces por ellos. —Señaló a sus hijos.

—Por suerte, esa pesadilla terminó.

Lo sabía, en parte, gracias a la vizcondesa. Ella me hizo partícipe de aquello que mi hermano me ocultó después de que intentaran acabar con su vida y liberasen a Clarissa de su cautiverio. Me mostró las portadas de los periódicos más importantes de Inglaterra donde narraban como Scotland Yard había desmantelado esa asociación secreta con la ayuda de Marcus y de sus tres inseparables amigos. Durante un año se creyó que su líder había muerto a manos de su hijo, pero apareció tiempo después para recuperar su libro maestro y desaparecer una vez más. Según todos los indicios, había regresado a la India, donde se suponía que estaba creando un nuevo grupo de adeptos.

Sí, la pesadilla había terminado, el peligro había cambiado de continente, pero la lista de damnificados que había dejado a su paso era larga y dolorosa.

—Estás muy equivocada, Olivia —me contradijo Arthur—. Aunque *Las Descendientes de Eva* hayan desaparecido, el terror al que nos sometieron sigue muy presente.

—Tienes razón, he sido muy insensible. Lo siento —me disculpé—. No estuve aquí, pero lo que os pasó a ti y a tu esposa es horrible.

—No quiero que te confundas, Olivia. —Arthur recuperó una sonrisa ladeada que no le llegó a los ojos—. Soy feliz, dichosamente feliz, sin embargo, también soy muy consciente de lo frágil que pueden ser estos momentos de paz y de que basta un segundo para perder a alguien al que amas. Esa lección nos ha cambiado a los cuatro e intentamos sobrellevarlo lo mejor que podemos —confesó—. Yo estoy centrado en mi trabajo y en mi familia. Robert se marchó con su esposa a Alemania y allí se han asentado. Tu hermano pasa la mayor parte del tiempo en el campo y Leo… bueno, ya sabes.

—No, no lo sé. —Soné más ansiosa de lo que quise demostrar—. ¿Quizá también se ha marchado con su familia fuera de Inglaterra? —ironicé como si no estuviese conteniendo la respiración esperando su respuesta.

—¿Por qué no se lo preguntas tú misma?

Asustada me giré a mirar a mi espalda esperando encontrarme a un corpulento hombre de mandíbula prominente y mirada intensa, todo ello enmarcado por una espesa cabellera rubia que solía caerle de forma desenfadada sobre su frente.

—No tiene gracia —protesté y mi amigo borró la sonrisa de su cara y volvió a peinarse el pelo

nervioso.

De todos, él era el único que estaba al tanto de la relación que nos había unido en el pasado a Leo y a mí. Fue nuestro confidente y nos ayudó, en más de una ocasión, a concertar nuestras citas clandestinas. Grave error, pues cuando su amigo me falló, él se sintió responsable.

—¿Sabe él que estás aquí?

Negué mirando al horizonte con la misma expresión perdida que lucía Arthur.

—Me contó lo que ocurrió en Nueva York, cuando fue a buscarte.

Cerré los ojos, avergonzada. Cuánto daría por cambiar lo ocurrido ese día. Miles eran las noches en las que me había imaginado cómo sería mi vida de haber tomado otra decisión. Una más valiente y quizá más temeraria.

—No me sorprende que Leo te lo contase. Entre nosotros tres nunca hubo secretos.

—Por eso, conociendo como conozco los sentimientos de ambos, permíteme que me pregunte, ¿por qué no le has buscado todavía? O al menos, ¿por qué no le has avisado de tu regreso?

—Es complicado, Arthur.

—El miedo siempre lo es.

—Lo rechacé y de forma muy cruel —me sinceré en parte.

—Supongo que por un buen motivo. Quizá uno que antes estaba vivo y ahora no. —Me miró de soslayo, levantando la comisura de su boca en media sonrisa—. Se merece saberlo, Olivia. —Suspiró y se giró para quedar frente a mí—. Negaré que te lo he dicho, pero él no te ha olvidado. Incluso, la casa que ha construido en Dover está inspirada en ti.

La esperanza que inundó mi corazón fue tan agridulce que una lágrima solitaria descendió por mi mejilla sin control.

—No me perdonará —sentencié con seguridad—. No lo hará, pues ni yo misma puedo hacerlo.

—¿Lo amas?

—Decirte que lo hago no solventará todos los problemas que nos separan.

—Ese es tu mayor error, Olivia —aseveró Arthur—. El amor, si es sincero, perdura en el tiempo, elimina distancias y te aseguro que perdona lo imperdonable, pero para ello debes intentarlo. Lo peor que te puede pasar es que te rechace igual que lo hiciste tú y quedaros como estáis ahora. A no ser que sea tu orgullo quien te lo impida.

Ojalá fuese el orgullo quien me impidiese ir a buscarlo.

Ojalá fuese el orgullo quien me impidiese bajar del carruaje que, desde ese día, cada noche me llevaba hasta la puerta de la casa de Leo.

Ojalá fuese ese sentimiento cobarde y no el hecho de verlo salir del brazo de una dama rubia tan bella como el reflejo de sus ojos al mirarla.



Capítulo 14

Te equivocas, amigo

Leo

«Uhm, cuánto extrañaba este olor».

Nada más poner un pie dentro de Broughton's Amphitheatre el aroma terroso del roble, que forraba tanto el suelo como las paredes, inundó mi pecho e inhalé con fuerza para compensar todos los años que llevaba sin ir a ese gimnasio.

Algunos buscaban consuelo en la iglesia y otros en las tabernas. Yo fui de los segundos hasta

que di con ese lugar.

Una noche cualquiera, en que las calles de Londres eran testigo de cómo la pena me ahogaba más que el whisky que regaba mis venas, acabé en Broughton's Amphitheatre. Las garrapatas de turno, esos desconocidos que se convirtieron en mis más fieles amigos tras ver la facilidad con la que mi dinero acababa en las manos del camarero, me llevaron a ver un combate entre dos púgiles nóveles que estaban comenzando a despuntar. Las apuestas entre The Gypsy y The Little Wonder estaban cuatro a uno y según Garrapata 1, el combate estaba amañado. Su primo era vecino del cochero del médico de The Gypsy y le había escuchado decir que caería KO en el segundo round.

Era una oportunidad de oro que un tipo tan inteligente y formado como yo no dejaría escapar, como aseguró Garrapata 2. Ellos lo harían de disponer de patrimonio con el que apostar, pero se conformarían con una pequeña porción de la tarta por haberme facilitado la información, según sugirió Garrapata 3.

Confié en ellos o, mejor dicho, me dejé llevar. Al subirme en las gradas, el mundo se cerró en torno al cuadrilátero que estaba a mis pies. Los gritos, los alaridos e insultos varios llegaron a mis oídos en forma de un murmullo apenas audible. Fueron los puños chocando en la carne prieta de los púgiles los que coparon toda mi atención. Ambos giraban en una danza bárbara y, sorprendentemente, liberadora. Justo lo que yo necesitaba para dar rienda suelta a la rabia que me consumía.

Y cuando el combate terminó en el segundo round con The Little Wonder espatarrado en el suelo en vez de The Gypsy, como me juraron mis garrapatas que iba a suceder, yo perdí una fortuna, sí, pero, a cambio, recuperé el control de mi vida.

Al día siguiente me presenté en Broughton's Amphitheatre y lo convertí en mi refugio. Era agradable volver a estar allí y, como ocurrió el primer día, la paz calmó mi alma agitada.

—¿Me puedes recordar qué hacemos aquí? —me preguntó Anderson después de entregar su sombrero y bastón al mayordomo del club.

—Ya te lo he dicho antes —refunfuñé, molesto porque hubiese interrumpido mi momento de paz—. He quedado aquí con Arthur. Según él, tiene algo importante que decirme.

—Y no te lo podía decir en un sitio más normal como *White's*. Aquí huele a sudor, eso sin contar con que es demasiado pronto para ver a hombres en paños menores.

Anderson puso cara de asco según pasábamos por la sala donde varios caballeros practicaban el levantamiento de peso.

—¿Alguna vez es buen momento para ver a un hombre en pantalón corto? —bromeé.

—Cierto, por eso no entiendo tu interés en venir a este gimnasio.

—Es el mejor para practicar boxeo y hace mucho que no lo hago.

Una vez cerca del ring, comencé a quitarme la chaqueta y el chaleco.

—Si es una broma, tu sentido del humor, hoy, es de lo más odioso.

—Venga, Anderson, no seas así —le grité desde lo alto del ring cuando se dio media vuelta con intención de marcharse—. No hay nada mejor que conversar con un buen amigo mientras esquivas sus golpes.

—Los ingleses sois muy raros y como buen escocés que soy, prefiero ver desde el bar cómo os moléis a golpes.

—No tengas miedo. Prometo tener cuidado y no estropear tu cara de dandi.

Como imaginé, Anderson respondió a mi provocación y en menos de cinco segundos ya estaba frente a mí, listo para empezar.

—Te aseguro que este dandi salió invicto de todas y cada una de las peleas de puño en las que

me he visto inmerso.

Mi sonrisa se vio acrecentada al ver cómo sus pies torpes intentaban emular la danza ágil de un púgil profesional.

—Las peleas de la infancia no cuentan. —Me reí y acto seguido sentí el aire rozando mi mejilla izquierda. Anderson me había lanzado un croché de derecha al que respondí con un *uppercut* que impactó en su mandíbula—. Has descuidado la guardia.

Anderson siseó ante mi burla mientras se frotaba el mentón dolorido.

—Te creía un hombre de palabra. Me aseguraste que no ibas a tocarme la cara y es lo primero que has hecho.

—Eso no ha sido más que una caricia, amigo. Lamento si he sido demasiado brusco para tu naturaleza débil y delicada.

Anderson respondió a mi provocación con una ráfaga de ganchos. Con los antebrazos en alto me protegí la cara y el pecho, por lo que fueron mis costados los que sufrieron los poderosos envites de mi adversario.

De un empujón lo alejé de mí unos pasos y usé esa distancia para recuperar la respiración. Ese escocés sabía pegar.

—¿Qué te parece ahora mi naturaleza débil y delicada? —bufó Anderson resoplando como un toro furioso y yo, como respuesta, le dediqué una carcajada que me cortó de nuevo la respiración. Estaría dolorido unos cuantos días—. ¿Te encuentras bien? —Se acercó hasta a mí con una jarra de agua que le había ofrecido un mozo.

—He de reconocer que a pesar de tu espíritu delicado tienes un buen gancho —continué riéndome de él.

Lo siguiente que hizo no lo vi venir. Vertió todo el contenido de la jarra sobre mi cabeza.

—Me marcho. Aquí te quedas solo esperando a tu amigo Arthur. Que sea él quien aguante tus bufonadas.

—Está bien, ya me comporto. Por un día que estoy de buen humor —me quejé aun sonriendo, mientras me sacudía el agua.

—Te prefiero apenado y taciturno. Das menos problemas —gruñó y se dirigió al lateral del ring y esperó a que otro mozo se acercase para sujetarle las cuerdas y poder bajar.

—¿Y no quieres saber a qué se debe mi buen estado de ánimo?

—Si no me afecta a mí, no.

—Pues entonces sí te interesa. Porque eres uno de los mayores beneficiados.

Anderson se giró para mirarme con medio cuerpo fuera del cuadrilátero y al ver que mi gesto volvía a ser serio y solemne, deshizo sus pasos y se acercó hasta mí.

—Espero que esto no sea otra broma o te juro que acabarás mordiendo la lona del ring.

Lo veía capaz, por eso no me anduve con rodeos.

—He decidido seguir tus consejos y mañana acudiremos a la fiesta de primavera de la vizcondesa Saint Bains.

—No te negaré que me agrada escuchar eso, pero ¿era necesario todo este espectáculo para decírmelo?

—Aún queda lo más importante. —Anderson alzó una ceja y guardó silencio esperando a que continuase—. No estoy ciego, amigo. Veo lo mucho que te perturba la presencia de *mademoiselle* Emily y he encontrado la forma de solucionar ese problema.

—Ese problema solo se solucionará cuando le encontremos un marido decente —masculló desviando la mirada a sus pies.

—Eso he hecho. —Palmeé su hombro—. Tengo al candidato perfecto.

—Si te refieres al pomposo del barón Saphir, de antemano te digo que me niego. Vi cómo la observaba la semana pasada en la ópera y aunque *mademoiselle* Emily no sea santo de mi devoción, no soportaré las protestas de por vida de mi hermana por haber juntado a la prima de su marido con un hombre que bien podría ser su padre.

—Tranquilo. No sé por qué sospecho que el pretendiente que tengo en mente te va a resultar de lo más apropiado.

—A ver, ¿quién es ese prometedor príncipe azul que tenga el valor de casarse con el dragón que se hace pasar por princesa?

—Aquí un servidor.

—Quedaste en que no habría más bromas.

—No es una broma. Hablo muy en serio. Me estoy sopesando la idea de cortejar a *mademoiselle* Emily.

Lo siguiente que Anderson dijo fue en forma de un directo que impactó en mi mentón con tanta fuerza, que los dientes chocaron entre sí dolorosamente.

—Te equivocas, amigo, estás ciego, muy ciego si crees que de esa forma solucionarás mis problemas —gruñó Anderson en mi oído mientras yo, de rodillas, intentaba no perder la consciencia.

Era la primera vez, en todos los años que llevábamos siendo amigos, que Anderson se enfadaba tanto conmigo. No pude averiguar los motivos, pues cuando tuve la seguridad de que mi mandíbula seguía en su sitio, mi socio, y ya no sabía si amigo, se había marchado del gimnasio, enrabietado.

Tampoco pude ir detrás de él, ya que, en ese instante, hizo entrada el responsable de que hubiese acudido a Broughton's Amphitheatre aquella mañana. Arthur tenía un asunto urgente que tratar conmigo, o así me lo hizo saber en la nota que me envió a Mabo House. No me explicó los motivos, pero por la forma en la que me miró, supe de qué se trataba. O, mejor dicho, de quién se trataba.

Era de ella.

De ella y de su manía de aparecer en mi vida cuando ya empezaba a olvidarla.



Capítulo 15

¿Traidor o traicionado?

Leo

—Vaya, veo que al final alguien ha encontrado la horma de su zapato. Menuda paliza te han dado, amigo.

Arthur se acercó hasta la esquina del cuadrilátero donde yo seguía intentando recomponerme de lo que acababa de ocurrir. En sus manos todavía llevaba su sombrero, lo que me indicó que no tenía intención de permanecer mucho tiempo allí.

Sin responder a su saludo, salté fuera del ring y acepté la toalla que me ofreció un mozo. Mientras me limpiaba el agua de la cara, observé con detenimiento a mi amigo. La vida de casado le sentaba bien. Sus ojos azules brillaban de felicidad y no producto de las grandes ingestas de alcohol que antaño adormecían su razón.

Ambos cruzamos el mismo mar de rabia y dolor. Él ya había llegado a un puerto seguro, los brazos de su esposa Violet, y yo procuraría no tardar en hacer lo mismo, aunque los brazos que me esperasen no fuesen a ser los que en un inicio deseé.

Ella eligió. Olivia acabó con lo que podíamos haber sido.

—Y bien, ¿a qué se debía tanta prisa? ¿Para qué querías verme? —Era pensar en ella y el mal humor regresaba, logrando que me comportase de forma grosera, con quien menos lo merecía—. Discúlpame, Arthur. No está siendo una buena mañana —dije, cuando en realidad pensaba que no habían sido unos buenos días, semanas, años…

Mi amigo me regaló media sonrisa, y me rodeó con un brazo.

—Ven, te invito a una copa, que me da que voy a terminar de fastidiártela.

No quise saber nada más, hasta que nos sentamos en el salón principal del gimnasio, donde otros caballeros, como nosotros, conversaban bajo la niebla del humo de sus cigarros tras una revitalizante sesión de entrenamiento.

—¿Cómo se encuentran tu esposa e hijos?

—No era la pregunta que me esperaba —se mofó Arthur—, pero te diré que todos están muy bien. Violet te invita a comer con nosotros pasado mañana. Celebraremos su cumpleaños.

—Dile que allí estaré con mucho gusto.

El silencio se volvió a instalar entre nosotros y comenzamos una batalla titánica con la mirada, a la espera de cuál de los dos cedería antes. Él esperaba que yo le preguntase de nuevo, qué le traía hasta allí y yo callaría hasta que él fuese quien me lo dijera.

Por su forma de comportarse, había comenzado a sospechar en torno a quién iba a girar la conversación y no quería. No estaba preparado.

—La he visto.

Gruñí de dolor.

Al confirmarse mis sospechas, apreté con fuerza la mandíbula, olvidando lo magullada que estaba.

—Si quieres que adivine a quién te refieres, tendrás que ser más preciso —logré decir, una vez conseguí parapetarme detrás de una máscara que fingía aparentar indiferencia.

—Sabes de quién hablo. No te hagas el interesante.

Más bien intentaba hacerme el desinteresado, pero fue un auténtico fracaso. Si con mis nulas aptitudes de actor podía engañar a alguien, ese no sería Arthur. Él era el único que sabía lo mucho que había amado a Olivia.

—Está bien —accedí y antes de continuar, vacié el whisky de un trago, buscando el valor que me faltaba—. Partiendo de la base de que tú sabes que yo sé a quién has visto —dije—, vamos a obviar la parte en la que me obligas a decir su nombre y mejor nos centramos en qué es lo que te ha dicho y que tanto interés tienes en contarme.

—En estos momentos es cuando más echo de menos a Robert. De haber estado aquí te habría explicado que tu actitud filosófica ante la vida no es, sino, una forma de camuflar los humores que tanto entumecen tu razón.

Lo logró. A pesar de mi estado de nervios, Arthur logró que sonriera al pensar en el sabiondo de nuestro amigo. Cuánto extrañaba aquellos días en que los cuatro éramos inseparables.

—Cierto es que mi discurso es muy similar al de Robert, pero no creo que fuese ese el

mensaje que tú me querías transmitir.

—Moore ha muerto —anunció sin tapujos—. Ahora Olivia es viuda… Es libre. —Arthur buscó en mis ojos una sorpresa que no halló—. ¡Ya lo sabías! —Palmeó la mesa llamando la atención de todo aquel que nos rodeaba.

—Mi madre me lo contó la semana pasada y, antes de que digas nada —lo señalé con el dedo índice—, también sé que está viviendo en casa de la vizcondesa Saint Bains y que no mantiene relación alguna con su familia.

—Y si eras conocedor de todo eso, ¿qué haces aquí que no estás con ella?

Esa vez fui yo quien llamó la atención con la carcajada profunda que emití tras la ocurrencia de Arthur.

—¿Por qué tendría que hacer tal cosa? La señora Moore me dejó bien claro en Nueva York que no le interesaba nada de lo que yo podía ofrecerle.

Llamar a Olivia con esa formalidad me producía repulsión, pero era menos doloroso que notar como su nombre acariciaba mis labios.

—Desde entonces las cosas han cambiado mucho y los obstáculos que os impedían estar juntos han desaparecido, entre ellos, el más importante —insistió Arthur muy mimetizado en su papel de alcahueta—. En estos momentos, Olivia es una viuda, que puede desposarse con quien le plazca.

—Me alegro por ella y le deseo la mayor de las suertes en la búsqueda de un nuevo marido que le dure más que el anterior. —Me levanté e hice una señal al mayordomo para que me trajese mi sombrero—. Y antes de que me preguntes, te adelanto que yo no seré unos de sus desdichados aspirantes. Pues tienes razón, amigo, las cosas han cambiado mucho, entre ellas, mi intención de conformarme con las migajas de amor que ella tenga por bien concederme.

Me fui de allí sin despedirme. Huía de Arthur tanto más de lo que huía de mí mismo y de la mentira en la que me empeñaba en creer.

—Te marchas así, sin más.

Arthur me alcanzó y me agarró del codo para frenar mis pasos.

—Y qué más quieres que te diga —lo encaré soltándome de su agarre de un tirón.

—¡Todo! —Alzó los brazos al cielo asqueado por mi comportamiento tan poco colaborativo —. Después de años de ser el eterno enamorado, decides olvidarte de Olivia ahora que ella es libre de convertirse en tu esposa. Permíteme, al menos, que tenga curiosidad por saber qué es lo que ha ocurrido.

—Lo que ha ocurrido es que me he cansado de no ser suficiente para ella, Arthur. ¿Estás al corriente de que enviudó a los pocos meses de que yo la visitara en Nueva York? —Negó con la cabeza—. Pudo buscarme, escribirme y te aseguro que, por mucho que su rechazo hirió mi orgullo, habría ido a buscarla sin demora. ¡Habría cruzado el maldito Atlántico a nado por ella si así hubiese sido necesario! —mascullé entre dientes usando el poco autocontrol que me quedaba para no montar un espectáculo en la calle—. Pero no hizo nada y, todavía hoy, no ha hecho nada. ¿Por qué debería seguir malgastando mi tiempo en quien no lo desea? —Sin darle tiempo a responderme, continué—. La vida ha puesto en mi camino una mujer preciosa con la que puedo formar una familia y no desperdiciaré la oportunidad por alguien que brilla más por sus ausencias que por sus presencias.

—Así que es eso, has conocido a otra dama.

—No lo digas como si fuese yo el traidor y no el traicionado.

—Soy amigo de ambos, mi intención es comprenderos a los dos, no juzgaros.

—Pues compréndeme y apóyame en la decisión que he tomado.

—Lo haría si creyese que eso es, en realidad, lo que deseas hacer. Mas me temo que es tu orgullo el que habla y no tu corazón —negó con la cabeza, apesadumbrado—. Solo espero que este último me dé la razón cuando vuelvas a verla.

—Si piensas que cambiaré de opinión cuando tenga frente a mí a Olivia, vuelves a estar errado, amigo. Tanto es así, que mañana tengo previsto acudir a la fiesta de primavera de la vizcondesa y, por lo que tengo entendido, ella será su invitada de honor.

—Lástima que no vaya a estar presente para ver con mis propios ojos lo acertado que estoy en mis predicciones. En cuanto veas a Olivia, esa otra dama perecerá en comparación y, deseo, que la soberbia no te impida hacer lo correcto.

—Siempre puedo hablar con la vizcondesa y solicitarle que te haga llegar una invitación y puedas ser testigo de lo nefasto que eres como adivino. Aunque ahora no seas un noble al uso, tu familia es de renombre.

—Te lo agradezco, pero declino tu oferta. No tengo ningún interés en acudir de nuevo a esas veladas pomposas donde todo el mundo se sonríe para, segundos después, criticarse a la espalda. Si fuese a ver una obra de teatro, otra respuesta te daría.

—Me agrada escucharte decir eso, porque, esta misma noche, acudiremos a ver una representación de *ballet* en el Theatre Royal. En mi palco privado hay sitio para vosotros, si gustas.

—Esta invitación sí que la acepto, porque, todo hay que decirlo, la acústica desde la platea es una soberana porquería. Además, así conoceré a esa bella dama por la cual quieres traicionar a tu corazón.

Mi corazón…

Un órgano sin sentido y sin razón que había lastrado mis pasos más que lo que se consideraría aceptable.

Él ya tuvo su oportunidad y fracasó. Ahora era el momento de dejar actuar a la cordura.



Capítulo 16

Mírame

Olivia

Mi valor comenzó y terminó con Martin.

Ese fue el único paso que di para liberarme de los remordimientos que me aporreaban la conciencia en sueños. Acudir a Caven House y pedirle a mi hermano las explicaciones que me debía, ni siquiera fue una opción.

Sin embargo, Leo sí que lo fue. Él era dueño de mi primer pensamiento del día y el

protagonista de mis mejores fantasías hasta que el mundo de Morfeo se encargaba de desatar las pesadillas, que ponían fin a todos mis anhelos.

De igual modo, hice caso omiso a esos malos augurios y cada noche, desde hacía más de una semana, alquilaba un carruaje y me quedaba en una callejuela frente a Mabo House. Cobijada en la oscuridad, observaba la piedra blanca de la fachada de la mansión de Leo, navegando entre los recuerdos de las noches de pasión que viví junto a él y los miedos que me impedían poner un pie fuera del carruaje, y caminar los escasos pasos que me separaban de la puerta principal.

Pude ir de día, cierto es. Aparte de ser más prudente, hubiese sido más educado. Pero, según me informó la vizcondesa Saint Bains, Leo no estaba solo en su casa. Tenía como huéspedes a un arquitecto, del que se rumoreaba que eran socios de una empresa de construcción y arquitectura, y a la hermana de este junto a la prima de su marido.

La conversación que debíamos mantener Leo y yo era demasiado visceral y cruel como para tener oídos cercanos que pudiesen escuchar lo que no les competían.

Me había repetido tantas veces esa mentira que incluso había llegado a creérmela.

El único motivo por el que elegía la noche y no el día era porque, en lo más profundo de mi ser, albergaba la esperanza de que, al vernos por primera vez, tras años de distanciamiento forzoso, fuesen nuestros corazones los que hablasen y no nuestros rencores.

De ser como esperaba, Leo vería en el ónice de mis ojos el infierno que había pasado hasta poder regresar a sus brazos, y yo encontraría en los suyos un remanso de paz y comprensión sin fin y, todo ello, entrelazado con el amor infinito que nos juramos tener y que él, sin saberlo, ya había dado su fruto.

—Doña, ¿ha decidido ya lo que va a hacer? Son las doce y si quiere que sigamos aquí parados como dos pasmarotes, me tendrá que pagar cinco chelines más.

Mascullando insultos impropios de una dama, rebusqué en mi *reticule* las monedas que ese maleducado me exigía.

—Tome. —Asomé la mitad de mi cuerpo por la portezuela abierta del carruaje y le entregué el dinero—. Y de mi parte le dice a Dave que la próxima vez que tenga que faltar a su trabajo, que mande a sustituirle a alguien más agradable que usted.

Viendo que mis salidas nocturnas se convertían en una costumbre, decidí contratar siempre al mismo cochero. Me daba seguridad y Dave era un hombre afable, bien entrado en años, que me trataba con la ternura propia que se usa con los hijos. No me miraba como si fuese una perturbada voyeur, al igual que hacía su sobrino Bob.

—Doña, las quejas se las dice mañana a mi tío. Yo solo he venido hoy por hacerle un favor a él, no a marujas aburridas que no tienen mejor cosa que hacer que andar zascandileando a horas en las que tendrían que estar recogidas en sus casas.

—Serás grosero…

El repiqueteo de los cascos de unos caballos acercándose amortiguó las descalificaciones que, en retahíla, estaban saliendo de mi boca.

—Doña, métase en el carruaje, se aproxima un coche y de los buenos. Esos deben ser unos ricachones.

Y lo eran, al menos, uno de ellos. El carruaje con el emblema del vizcondado de Portman —un león dorado sentado sobre sus cuartos traseros—, relució bajo la tenue luz de las farolas de gas que alumbraban esa calle de Mayfair.

—Doña, doña, métase o la verán.

Quise hacerle caso al irreverente de Bob, pero mi cuerpo no respondía. Oculta por la capa negra que cubría mi cabeza, permanecí de pie en el escalón del carruaje sin guarecerme en su

interior. Era una locura. Me podrían ver en cualquier momento, mas contuve la respiración y esperé a ver quién bajaba de ese coche.

El primero en descender fue el arquitecto y socio de Leo, junto a una mujer que de lejos tenía unos rasgos muy parecidos a los suyos. Una nariz distinguida y prominente que se veía con claridad desde la distancia en la que me encontraba. Era su hermana, deduje, y el siguiente pasajero que le siguió sí tuve claro quién era con la simple visión de su amplia espalda.

Leo llevaba el cabello más largo de lo que estaba acostumbrada. Peinado hacia atrás en su totalidad, le rozaba la parte baja de la nuca y deseé enredar mis dedos en sus mechones dorados.

Aferrada a la portezuela del carruaje, me preparé para el impacto de su mirada. Quise que me viera, que al girarse apreciase el bulto oscuro que lo observaba desde la distancia. Si yo no era valiente, que fuese la vida quien me dejara al descubierto.

Sin embargo… No me vio.

Al voltearse, la luz amarillenta de una de las farolas cercanas hizo danzar sobre su rostro sombras alquitranadas, que me impidieron apreciar cuan benévolo había sido el paso del tiempo con él. No me importó. Era capaz de recrear de memoria el perfil de su prominente mandíbula; de buscar sobre su barbilla el hoyuelo en el que hundir mi pulgar y hacer lo propio con su boca.

Mis labios cosquillearon al rememorar las caricias de los suyos y una anticipación inmoral burbujeó en mi pecho al desear que, con la punta de su nariz, crease senderos invisibles por la fina curvatura de mi cuello, hasta perderse en las profundidades de mi escote.

¿Cómo era posible que una pasión tan lejana siguiese ardiendo en mi piel con tanto brío?

—Mírame —le rogué desde la distancia—. Mírame y sálvame de esta oscuridad.

Lo hizo. Sus ojos, antes fijos en la escalinata de su carruaje, se alzaron y centellearon al posarse en ella y no en mí.

El tiempo se ralentizó, emulando el ritmo de mi corazón. Iba a doler, lo sabía y, aun así, no retiré la vista de esa pareja que eran mucho más que unos conocidos. Él, que una vez fue mi Romeo, le ofreció la mano a una desconocida Julieta y cuando sus delicados dedos parecieron perderse en la inmensidad de su palma, una sonrisa amplia y sincera ocupó el centro de su rostro.

Del carruaje descendió una dama menuda de tirabuzones tan perfectos que parecían irreales. Quise deshacérselos, borrarle de un soplo la tez blanquecina y lozana de su cara angelical… Quise ser ella cuando Leo besó sus nudillos sin dejar de contemplarla.

Él la estaba cortejando, como un día hizo conmigo.

Ella se estaba enamorando, como un día hizo una versión más ingenua y juvenil de mí.

Fue entonces, cuando tuve que agarrarme a la portezuela para no caerme de rodillas al suelo. El crujido de mi corazón fue tan audible como doloroso.

Es lo que tienen las esperanzas que te acompañan a lo largo del tiempo, que cristalizan y se hacen frágiles como una hoja cubierta de escarcha. Y así me rompí. Me hice añicos como los sueños que hablaban de una casa junto a un acantilado; de una sinfonía de risas y no de llantos; y de noches interminables donde las estrellas serían testigos mudas de los «te quieros» susurrados entre besos.

Era perfecto. Mi futuro era tan perfecto como irreal.

Y me despedí de él.

Me despedí de un inalcanzable.

Me despedí de un todo que no sería más que un nada.



Capítulo 17

Una coincidencia

Olivia

—Doña, ¿se encuentra bien? No se me vaya a desmayar.

Busqué la voz de Bob entre las olas que pretendían engullirme en un mar de desesperanza. Sin embargo, no fue él quien consiguió que respirase de nuevo.

—¡¿Quién anda ahí?!

El eco de la calle desnuda amplificó el grito de Leo. Era como si estuviese en todas partes a la

vez y me asusté. Ya no quería reencontrarme con él. Me bastaba con saber que formaba parte de su pasado. No hacía falta que él me lo dijera.

—Dese prisa, doña. Que el ricachón viene hacia aquí.

En esa ocasión sí hice caso a Bob y salté al interior del carruaje y me oculté bajo la capucha con el deseo de desaparecer en su interior.

—¡¿Eh?! —Un golpe seco sonó en la parte trasera del carruaje, que ya había iniciado la marcha, y de un respingo, me cambié al asiento de enfrente—. ¡No sea cobarde! ¡Deje de espiarme noche tras noche y dé la cara!

La figura de Leo cada vez se hizo más pequeña según nos alejábamos de Mabo House. Bob había espoleado a los caballos que, raudos, nos sacaron de allí y me llevaron a mi hogar, o a lo más parecido que tenía.

Descendí del carruaje y antes de adentrarme en la mansión de la vizcondesa, busqué en mi bolso de mano todas las monedas de las que disponía en ese momento y se las entregué a mi arisco cochero.

—Lamento todas las molestias que te he ocasionado, Bob.

—Pero, doña, esto es el jornal de todo un mes.

—No volveré a necesitar de vuestros servicios y es mi forma de agradecerle a tu tío su buen proceder conmigo. Y toma, esto es para ti. —Le entregué diez chelines más—. Por el trabajo extra de esta noche.

No esperé a que Bob agradeciera mi gesto. Sabía que no lo haría. Su ego era igual de grande que su falta de educación y estaba demasiado cansada para comenzar una batalla dialéctica que no me llevaría a ninguna parte.

Crucé las verjas de Heaven House, subí las escaleras hasta la habitación que compartía con Archibald y, antes de entrar, me deshice de la capa con la que había protegido mi identidad.

—Por tu cara veo que esta noche has hecho algo más que permanecer sentada en la oscuridad.

Mona, que se había encargado de cuidar de Archibald en mis escapadas nocturnas, se percató de mi desastroso aspecto. La pena me pesaba en las mejillas y notaba como la comisura de mis labios se doblegaba ante la gravedad.

—Duerme como los angelitos —susurró cuando me acerqué a ver a mi hijo sin contestarle.

Le retiré unos mechones dorados de su pequeña frente y estuve tentada de despertarlo. Necesitaba que al menos unos ojos azules, a los que también adoraba, me mirasen con amor. Pero luego recordé que iba a incumplir otra de las promesas que le había hecho a mi hijo, y me dejé caer a los pies de mi cama, abatida.

Esa noche, yo no era la que más había perdido y, en parte, me sentí responsable de que Archibald sufriese las consecuencias de la mala cabeza de los adultos que debían de hacer de su felicidad un propósito en su vida.

—Olivia, si con tu silencio pretendes hacerte la interesante, he de decirte que lo estás consiguiendo.

—No es esa mi intención —suspiré—, pero si no te importa, ahora mismo lo único que deseo es meterme en la cama y olvidarme del mundo. Y de él.

—Sea lo que sea lo que haya pasado, lo superarás. —En dos pasos, Mona me estaba abrazando y a punto estuve de deshacerme en lágrimas contra su pecho—. Eres fuerte, siempre lo has sido. —Me acarició la mejilla y después depositó un casto beso en mis labios en un gesto cómplice, que ya había comenzado a resultarme natural entre nosotras y para nada indecoroso—. Ningún hombre, ya sea un diablo o un ángel, tiene el derecho de hacerte sentir lo contrario. Así que no se lo permitas tú.

—Lo tendré en cuenta y estoy segura de que lo veré como tú lo haces cuando el dolor no sea tan reciente. Te prometo que mañana hablaremos. —La silencié, poniendo un dedo en su boca—. Buenas noches y gracias por cubrirme las espaldas una vez más.

En esa ocasión, fui yo quien acarició sus labios en un beso tan suave y fugaz como el aleteo de una mariposa.

—En cuanto a eso… —Carraspeó y yo me tensé—. La vizcondesa ha venido a buscarte, no hará más de dos horas.

—Otro problema más. —Suspiré y frotándome los ojos como si de esa forma pudiese eliminar la pesadez que sentía en ellos, acompañé a Mona hasta la puerta de mi dormitorio—. En el desayuno la buscaré y le diré donde me encontraba.

—No será necesario. —Se interpuso en mi camino evitando que girase el pomo—. He improvisado. —Sonrió con orgullo—. Le he dicho que te habías ido a descansar pronto para que en la fiesta de mañana estuvieses radiante y que yo me había quedado por si Archibald volvía a tener pesadillas.

Mona señaló mi cama y me fijé por primera vez en cómo, con la ayuda de unos almohadones, había simulado que bajo las mantas había un cuerpo recostado.

—¿Crees que te habrá creído? —le pregunté con una sonrisa cómplice.

—La simple duda ofende, querida.

—¿Lady Astrid? —Dimos dos pasos hacia atrás.

La puerta de mi cuarto se abrió y tras ella apareció la vizcondesa ataviada con una bata de vivos colores que cubrían su camisón. La luz de la lámpara de gas de mano solo le iluminaba la mitad de la cara y por su imperturbable gesto no supe sopesar cuan enfadada estaba.

—Ese es mi nombre —dijo en tono jocoso—. Querida Olivia, ¿tendrías a bien acompañarme a mis aposentos y conversar un rato conmigo? Seguro que a Mona no le importa vigilar un rato más el descanso del pequeño Archibald.

—Sí, cómo no —respondí.

¿Qué otra cosa podía decirle? Me había comportado como una alocada jovenzuela que se escapaba en las noches para suspirar por el dandi que no hacía otra cosa más que rechazarla. Era humillante y así me sentí, mientras caminaba hacia los aposentos de la vizcondesa.

Ya había estado en ellos en más de una ocasión y, al igual que su dueña, su dormitorio era difícil de describir. A simple vista, lo que más llamaba la atención eran las paredes tapizadas de un suave damasco con florituras en dorado y los pesados cortinajes en un blanco angelical.

Al traspasar las dobles puertas de caoba, sentías que entrabas en un mundo mágico, donde el sol estaba representado por un imponente candelabro de cristal, que dibujaba sombras sobre los muebles claros, emulando ser pequeños duendes que jugueteaban en un bosque.

Sin embargo, no era esa la verdadera esencia del lugar. Como ocurría con su persona, si te fijabas con más atención, descubrías que tras esa opulencia y majestuosidad había mucho más. Había detalles que te hablaban de la mujer que se escondía tras el título. Un ramillete de rosas disecado, junto a una foto de un retrato de una joven tumbada bajo la sombra de un árbol y apoyado en el pequeño lienzo, un mechón de pelo, del mismo tono que el mío, atado con un lazo violeta.

Retazos de una vida pasada en los que era fácil perderse e imaginar las historias que había tras ellos. Tanto es así que la vizcondesa carraspeó, incómoda.

—Lo siento —me disculpé alejándome del retrato de esa muchacha. Había algo en la forma en la que el pintor la dibujó, que conseguía transmitir las emociones, y no las de ella, sino las del propio artista. Sin ser ducha en arte, fui capaz de captar el tremendo amor que desprendía cada

trazo de esa pintura. Fuese quien fuese el maestro artista, adoraba a su musa—. Lo siento —repetí al llegar a la altura de la vizcondesa que, al igual que yo, parecía que se había enredado en sus propios recuerdos—. Debí haberle avisado de mis salidas nocturnas, mas no quise preocuparle.

—Querida, querida, para —me ordenó antes de coger mis manos entre las suyas y mirarme de una forma diferente a lo habitual… De una forma desnuda y descarnada—. Vamos a aclarar unos puntos que creo que son más que necesarios. Punto número uno: Eres una mujer adulta que no tiene por qué dar explicaciones de las decisiones que toma.

—Pero soy una huésped en su casa. Qué menos que tenerle al tanto de mis idas y venidas.

—He aquí donde entra en valor el punto número dos. —Me acarició la mejilla—. Gratitud no significa pleitesía, Olivia. Grábate a fuego estas palabras en tu mente. —Con su pulgar dio dos pequeños golpes en mi frente—. Pues aquel que te haga un favor no debe esperar ni tú debes concederle el control sobre tus acciones y eso también me incluye a mí. Yo te ofrecí hospedarte en Heaven House y te insté a que la consideraras tu casa. Eso no me da derecho a manejarte como si fueras un títere subyugado a mi voluntad. Eres libre de tomar tus decisiones y libre de no dar explicaciones.

—Gracias por su compresión. Lamento haberle engañado.

—Y justo ese es el último punto, el número tres. La amistad y el cariño de nada sirven si no hay confianza. —Lady Astrid se giró y caminó hacia la chimenea de mármol blanco que caldeaba la habitación y cuando comenzó a hablar de nuevo, su voz se sentía triste y apagada—. Soy consciente de que aquellos que juraron amarte te fallaron, te traicionaron o ambas cosas. Sé lo que se siente cuando eso ocurre y te llevará tiempo volver a creer en alguien, pero quiero que sepas, Olivia, que siempre me tendrás de tu lado de forma incondicional. —Me miró por encima del hombro y yo decidí que la mejor forma de disculparme con ella era otorgándole lo que ya apenas me quedaba: Confianza.

—He estado visitando cada noche la casa del vizconde Portman. No, no me malinterprete, ni siquiera he bajado del carruaje. Quise ser valiente, explicarle los motivos que me impidieron irme con él de Nueva York y no sé, diciéndolo en alto, me siento como una estúpida debutante que cree en los príncipes azules.

—Quisiste intentar que esta vez sí fuese vuestra oportunidad de estar juntos —terminó por mí la frase.

—Lo ve, dicho en alto, suena de lo más infantil.

—No lo creo, al contrario. Has luchado por dar una familia a tu hijo. No veo nada de infantil o estúpido en eso.

—De igual modo, ya no hay solución. Esta noche lo he visto junto a una dama y por la forma en la que la miraba, sentía por ella algo más que una simple cordialidad.

—¿Y? Lo ves prestando atención a otra mujer y ¿te retiras acobardada?

—No le obligaré a amarme y mucho menos pretendo amarrarlo a mi lado por obligaciones que él desconoce tener.

—Y te respeto por ello, Olivia. No obstante, das por hecho que, de él saber que tiene la oportunidad de materializar lo que fue buscando a Nueva York, lo rechazaría. Según tengo entendido, es todo lo contrario.

—¿Sabe usted algo que yo desconozco?

—Por supuesto, querida. Mi sabiduría es infinita. —Sonrió con orgullo, recuperando, por fin, esa altivez que era parte de su esencia.

—Me lo va a contar o tendré que suplicarle.

Saqué a relucir mi aleteo de pestañas más comprometedor y uní las manos en una súplica silenciosa.

—No será necesario. —Palmeó al aire—. A las dos nos espera mañana un día de lo más ajetreado y ya deberíamos de estar descansando. Solo te diré que, en un inicio, tu amado lord Portman había rehusado la invitación para la fiesta de primavera y fue enterarse de que habías regresado a Londres y que tú serías la invitada de honor, y llegarme otro mensaje donde se me anunciaba que, finalmente, sí podía asistir a la velada.

—Una coincidencia, ¿quizá?

No quise desatar las ilusiones que revoloteaban en mi estómago.

—Yo no creo en las coincidencias y tú tampoco.

Era cierto.

No creía en las coincidencias.

Y la vida se encargó de que no volviese a creer en los finales felices.

Quise

BUSCARTE



La fiesta



Capítulo 18

Siempre ella

Leo

—¿Algún día dejarás de evitarme?

Desde que hice partícipe a Anderson de mi intención de cortejar a *mademoiselle* Emily, no había hecho otra cosa más que rehuirme. Y conociendo como conocía las costumbres de mi socio, y ahora más enemigo que amigo, sabía que, mientras las damas terminaban de prepararse para la gran fiesta de primavera, él estaría en el despacho fumándose un puro, junto con una copa

de whisky escocés, como no podía ser de otra forma.

No respondió a mi pregunta, es más, actuó como si ni siquiera hubiese notado mi presencia y, en cambio, siguió mirando la oscuridad de la noche a través de la ventana.

—Creí que te alegrarías.

No me anduve con florituras. Fui claro. No soportaría otra noche de incómodos silencios como los que tuve que aguantar ayer en el teatro.

—Claro que me alegro —dijo, pero el tono de su voz contradecía sus palabras—. Tanto es así que brindo por la infelicidad de dos personas a las que estimo.

De un trago se bebió el líquido ambarino y se acercó hasta el aparador de los licores y se rellenó la copa.

—Si esa es tu preocupación, te adelanto que es injustificada. Me dejaré la vida por hacer feliz a *mademoiselle* Emily. Te doy mi palabra, Anderson.

—Amas a otra dama —me recordó como si mi marchito corazón no lo hiciese a diario—. ¿Dime de qué manera la harás feliz, si es con otra con la que deseas formar una familia?

—Seré como ese viudo que intenta olvidar a su primera mujer en los brazos de una afectuosa segunda esposa.

—La diferencia es que Olivia está vivita y coleando. La tentación siempre rondará vuestras vidas.

—Seré fuerte. El odio, que he comenzado a sentir por ella, marchitará el amor que le tuve. La olvidaré. Te juro que la acabaré olvidando.

—Apenas eres capaz de creerte tus propias palabras y me pides que yo sí te crea.

Volvió a vaciar su copa y apoyó los brazos en una estantería cercana, dejando caer la cabeza. Estaba abatido, más abatido de lo que nunca lo había visto.

—Lo estoy intentando, Anderson —reconocí a su espalda—. No es fácil, pero estoy luchando por borrar a Olivia de mi alma con todas mis fuerzas. Creí que tú me apoyarías en esta gesta.

—Lo haría si no fuese con ella. Emily se merece algo mejor —susurró tan bajo que creí no haber escuchado bien.

—¿Por qué te importa tan de repente el bienestar de la prima de tu hermana? La detestas.

—Lo relevante aquí no es el porqué me importa, sino que lo hace. Si yo fuese un hermano más que un amigo, como aseguras que soy, ya deberías de haberlo entendido.

—Disculpe, milord. La señora Morgana y *mademoiselle* Emily les esperan en el salón.

—Mi hermana no tardará en entrar a buscarnos ella misma si no salimos ya. Vayamos a esa estúpida fiesta y terminemos con este paripé lo antes posible.

Anderson se acabó el tercer whisky, dejó la copa con un golpe sonoro sobre el aparador y se marchó destilando rabia a cada paso que daba.

«¿Cómo había sido tan estúpido de no darme cuenta?».

El camino a la mansión de la vizcondesa Saint Bains fue insoportablemente tenso. Más que a una fiesta parecía que íbamos a un velatorio. Ni siquiera al llegar, las antorchas que iluminaban la majestuosa entrada a Heaven House consiguieron encender una chispa de ilusión en ninguno de nosotros.

Yo, en particular, no sentía nada o, para ser más exactos, solo sentía emociones oscuras que se me atascaban en la garganta, logrando que el simple roce de mi pañuelo en el cuello fuese un martirio insufrible.

Notaba como cientos de ojos, todos ellos conocidos, se posaban en mí, como si de esa forma pudiesen encontrar la respuesta a las preguntas fisgonas que vagaban por sus mentes aburridas. Llevaba años alejado de la vida social de Londres y entendía esa curiosidad malsana. Sin

embargo, no eran ellos los causantes de mi malestar, sino ella.

Siempre ella.

No mentí cuando le dije a mi madre que era capaz de notar la presencia de Olivia, pero sí la engañé cuando aseguré que, al regresar a Londres, no sentí ese pellizco que me erizaba la piel, al igual que hacía el tacto de sus caricias.

Un cordel invisible, enredado en lo más profundo de mi pecho, me arrastraba hacia ella. Y ahí, en el exuberante jardín de la vizcondesa Saint Bains, la cuerda estaba tan tirante que me costaba respirar y escuchar algo más que el latido alocado de mi corazón.

—*Mademoiselle* Emily, ¿me haría el honor de bailar esta pieza conmigo?

Me bastó el rubor de sus mejillas para ofrecerle mi brazo y conducirla a la pista de baile que había al otro lado del arroyo artificial, que cruzaba la propiedad. La orquesta, situada en un escenario bajo un imponente sauce llorón, comenzó a interpretar *La Elysee*. Emily sonrió al reconocer la cuadrilla inspirada en su cultura francesa. Yo intenté corresponderle e hice una mueca que ni por asomo se asemejó a una sonrisa, mientras mis ojos seguían oteando el fondo de la fiesta, a través de las ramas danzantes del sauce, buscando a aquella a quien no quería ver.

—¿Se encuentra bien, milord? —*Mademoiselle* Emily me obligó a regresar a su lado—. Está usted más callado de lo habitual. Es como si el señor Thomson le hubiese contagiado su estado de ánimo taciturno.

Dado mi incapacidad para solucionar mis propios problemas, probé suerte con los ajenos. En parte, yo era el causante de la melancolía de mi socio.

—¿Usted también se ha percatado del extraño humor de Anderson? —le respondí, mientras girábamos siguiendo los pasos del baile que tan interiorizados teníamos.

—Es imposible no hacerlo. A decir verdad, prefiero verlo altivo y desafiante que apesadumbrado y abatido —confesó más para ella que para mí—. ¿Sabe usted si le ha ocurrido algo de carácter importante? No me malinterprete, no quiero ser una cotilla, como él siempre me acusa de ser. Pero Morgana está preocupada por él y me gustaría tener alguna información con la que poder calmarla. A ella tampoco le habla más de lo necesario.

—Me temo que soy yo el origen de su malestar.

—¿Y cómo usted, con su apacible forma de ser, podría haber importunado al señor Thomson? Si más que amigos parecen familiares cercanos.

—Será fácil responderle a esa pregunta. Le mostré mi interés en cortejarla y no pareció que esa decisión fuese de su agrado.

—Vaya, qué directo es usted, milord. —Bajó la cabeza y la rojez de una manzana madura cubrió sus mejillas.

—No era mi intención avergonzarla, *mademoiselle*. Creo que, en los últimos días, he dejado más que evidente lo mucho que disfruto de su compañía.

—Y me siento muy halagada, no me malinterprete. ¿Qué dama no lo estaría? —preguntó en forma de un graznido producto de los nervios—. Sin embargo, ese es justo el problema y la razón por la que el señor Thomson se ha disgustado con usted, milord —dijo para mi sorpresa—. Imagino los motivos por los cuales al hermano de mi prima le habrá molestado su intención, y es que usted es todo un noble inglés. Un aristócrata de su talla puede aspirar a mucho más que a esto. —Se refirió a sí misma, aprovechando el compás de las últimas notas de la cuadrilla—. Si me disculpa, milord, mi prima me está llamando. —Señaló el borde de la pista de baile donde la hermana de Anderson le hacía señas para que se acercase. A su lado estaba el tercer hijo del baronet Shine, con tan bajas pretensiones en la vida como *mademoiselle* Emily creía merecer.

«Estúpida de ella y estúpido de Anderson».

—Si una servidora no estuviese tan entrada en años, tendría la osadía de pedirle un baile, vizconde Portman.

Un escalofrío recorrió mi espalda anidando en mi nuca. Por más que había intentado aparentar indiferencia ante el hecho de volver a ver a Olivia después de tres años, lo único que había logrado era crear una falsa fachada que se estaba desmoronando con facilidad. Y la vizcondesa viuda Saint Bains no era Olivia, pero su cercanía solo azuzó la sensación de que ella no estaba muy lejos.

—Le aseguro que de ser ese su deseo, milady, sería un honor ser su compañero de baile.

Hice una referencia formal, colocando mi brazo izquierdo a la espalda.

—Es usted un engatusador nato, lord Portman.

Tras golpearme con su abanico de forma coqueta, me ofreció su mano para que le besara los nudillos y al hacerlo, noté como posaba sobre mí sus ojos afilados. Había algo en esa dama que siempre me incomodaba. Obviando el hecho de que parecía haber firmado con el diablo un pacto para lograr la juventud eterna, era su forma de escrutarte con la mirada lo que tan mal sabor de boca me dejaba. Te desnudaba el alma, rebuscaba en tus entrañas y al dar con tus secretos más impúdicos y vergonzosos, te sonreía con la suficiencia de haberte cazado.

Era su forma de decirte que ya eras suyo.

Y todo eso recubierto con una amabilidad siniestra que me indicaba que lady Saint Bains era mucho más que una dama al uso. Era una avezada contrincante en una partida de ajedrez figurada, donde ella parecía ir siempre tres movimientos por delante. Te obligaba a permanecer atento a cualquier ínfimo gesto que hiciese con el fin único de adelantarte a sus intenciones. Y por la forma desdeñosa con la que miró a *mademoiselle* Emily, supe cuál era el interés que le movió a elegirme a mí entre los más de doscientos invitados.

—Lord Portman, ¿me haría el favor de acompañarme a tomar un refrigerio? —Me guio hasta la mesa que había tras cruzar el puente que sorteaba el arroyo artificial de la propiedad, muy cerca de donde estaba la joya más valorada del jardín de la vizcondesa. Un laberinto con una fuente central rodeada de bancos de mármol, donde los jóvenes enamorados se escapaban del control de las chaperonas—. Por favor, más despacio, vizconde —me pidió cuando con urgencia intenté librarme de esa situación—. Es imposible seguir sus pasos, sin que me falte el aliento.

—Disculpe, milady. He sido un desconsiderado.

Un desconsiderado que deseaba llegar a esa dichosa mesa con la esperanza de que algún otro invitado le diese la conversación que yo no estaba dispuesto a entablar.

—No es su culpa, lord Portman. Es mi salud, que en los últimos años ha sido más delicada de lo habitual.

—Lamento escuchar eso. Espero que no sea nada de gravedad.

—Gracias a Dios, no lo es. Un catarro mal curado, solo eso. Todo fue culpa de esa ciudad sin civilizar. Dicen mucho de la humedad de nuestro Londres, pero poco hablan del aire irrespirable de Nueva York. ¿No lo cree?

Ahí estaba. El movimiento maestro que, aun viéndolo venir, no supe encajar sin mostrar cuánto me había incomodado.

—Parece que no he sido tan sutil como esperaba —se disculpó lady Saint Bains con media sonrisa, que no borró de su cara cuando aceptó una copa de champán que un sumiller le ofreció —. Aunque en verdad, me alegro de mi falta de tacto. Nunca he sido una mujer que le guste andarse por las ramas.

—Yo tampoco, milady. Por eso, le diré que estoy al tanto de quién es su protegida y antes de que continúe… No. En absoluto estoy interesado en nada que tenga que ver con ella. Si me

disculpa.

Hice de nuevo una reverencia y sus siguientes palabras me golpearon como aquel que recibe una colleja correctiva de su madre.

—Cobarde.

—¿Perdone? —siseé con los puños cerrados. No fue una coincidencia que usara ese descalificativo entre todos los posibles. De eso estaba seguro—. No sé qué historia le habrá contado la señora Moore, pues fue ella quien me rechazó y no al revés.

—Estoy al tanto de lo que ocurrió en Nueva York, milord, y, Dios me libre de meterme donde no me incumbe, pero al igual que a usted le rechazaron frente a frente, qué menos que pagarle con la misma moneda. Estoy segura de que, al final del laberinto, encontrará la forma de no ser un cobarde —repitió y en su cara vi como disfrutaba de cuanto me molestaba ese insulto—. Tenga agallas de mirarla a la cara y ponerle fin a lo que quede entre ustedes. Nunca me gustó el papel de alcahueta.

«Para no gustarle lo representa a la perfección», silencié antes de responderle a su provocación.

—No llego a estar de acuerdo en todo con usted, milady. Se supone que soy yo un cobarde por contestar al mensajero que ella misma envía, cuando bien podría ser ella quien viniese a hacer las preguntas para las que requiere una respuesta.

—Ni yo le he dicho que hable en su nombre, lord Portman, ni que la viuda señora Moore —puntualizó, remarcando el nuevo estado social de Olivia—, no sea también, a su manera, una cobarde. En realidad, pienso que ambos lo son. Si cree que me equivoco con usted, ahí tiene la oportunidad de demostrarlo y no a mí, sino a usted mismo. —Señaló el laberinto que estaba a su espalda—. Disfrute de la velada, milord. Ha sido un placer conversar con usted.

Era una trampa.

Una trampa en la que caería sin remedio.

Pues, cuando ni siquiera había sopesado las consecuencias que tendría el volverla a ver, el cordel que me unía a ella ya me arrastraba hacia la entrada del laberinto.



Capítulo 19

La reina Mab

Leo

Qué confundido estaba.

Cuán errada fue mi interpretación de las intenciones de la vizcondesa Saint Bains.

Creí que jugábamos una partida de ajedrez en la que ella acababa de darme jaque mate, cuando, en realidad, el papel que ejercía en mi vida era mucho más peligroso.

Ella era la reina Mab. Un hada endemoniada que, aludiendo a mi orgullo, me introdujo de

cabeza en un reino de sueños donde todo parecía irreal y, lo más peligroso… Todo parecía posible.

Según caminaba hacia el interior del laberinto, los grandes arbustos de tejo me sumergieron en un mundo de fantasía. Ni una sola vez dudé de cuál dirección tomar. Ella, la mujer de la que no me podía olvidar, me guiaba. El cordel que unía nuestros corazones tiraba de mí hasta el mismísimo centro de ese lugar.

Lo cortaría. Esa sería mi misión. Deshacerme del extraño vínculo que siempre me hacía regresar a su lado, sin importar el tiempo que permaneciésemos separados.

«Esta será la última vez», me prometí a mí mismo y una vez lo hice, cogí de un soporte de hierro cercano una de las antorchas que iluminaban el laberinto, y giré a la izquierda en el último cruce, atraído por el gorgoteo del agua.

Ahí estaba mi Julieta. Aunque no era ella. No lo era.

Una fuente circular al ras del suelo nos separaba y tras la fina lluvia artificial, que caía de unas vasijas de piedra sujetadas por una Venus reclinada, pude ver la silueta femenina de lo que se me antojó una pesadilla. El negro del vestido de Olivia contrastaba con su escote perlado. No alcé la vista más allá de la extraña gargantilla que decoraba su cuello. Una obsidiana, igual de oscura que su pelo, brillaba bajo la tenue luz de la luna llena, rodeada de delicado encaje que abrazaba su cuello por completo.

Di dos pasos al frente y sumergí la antorcha en el agua. No quería más luz de la que la noche clara nos ofrecía. Me negaba a dejarme llevar por la esperanza que atisbé en sus ojos.

En el mismo momento en el que el agua entró en contacto con el aceite de parafina, una nube pesada y maloliente ascendió borrando del aire el dulce perfume de su piel.

Lo agradecí. Necesitaba estar sereno. Si quería romper de una vez por todas el cordel que me unía a Olivia, tenía que abrazarme al dolor que me había provocado y no aferrarme a los recuerdos de cuando sus labios tatuaban en mi piel, «te quieros» igual de falsos que ella.

Lady Saint Bains se equivocaba. Yo no era un cobarde, pues cobarde es aquel que no reconoce sus debilidades y yo lo hacía. Olivia era mi debilidad. Sería un necio de no aceptar ese hecho, mas que lo fuera, no significaba que fuese a sucumbir a mis deseos de cruzar la fuente para abrazarla y no soltarla jamás.

No me haría eso de nuevo. No me convertiría en su única opción. Esa que se usa cuando la vida te pone en una encrucijada en la que no tienes más salidas que aceptar aquella que, en un principio, te negaste a tomar.

Yo quise ser su primera elección, no la de descarte. Y ella, con sus actos, me demostró que solo recurría a mí cuando no había nadie más.

Se acabó.

Nuestra historia había llegado a su fin y como no podía ser de otra forma y aludiendo a la representación de carne y hueso de la reina Mab que me había traído hasta esa trampa, recité, a mi manera, la oda de Mercutio a ese ser infernal.

—Oh, entonces veo que la reina Mab ha sido conmigo. Ella, la que alimenta al maldito amor. Ella, la que llena el cerebro de los amantes con dulces promesas y los envía al infierno con palabras vacías. Oh, debo de estar loco, ¡despierta!

—No soy un sueño.

Pero la forma en la que su voz me acarició el alma contradijo sus palabras.

«Mantente firme», me urgí.

—En eso le doy la razón, señora Moore —logré decir con fingida indiferencia—. Usted es una pesadilla, que busca acabar con mi paz siempre que estoy a punto de alcanzarla.

—¿Es tu paz la joven a la que mirabas con adoración al bajar del carruaje en la noche de ayer?

Inmune a mi desprecio, Olivia comenzó a rodear la fuente con la intención de acercarse a mí y yo hice el camino contrario, guardando la distancia que me mantenía a salvo.

—Así que era usted quien ha estado acosándome cada una de las noches de la última semana —afirmé.

—¿Acosar? Un término muy duro para quien solo intentaba hallar el valor para deshacer sus pasos errados.

—Difícil gesta se propone, señora, cuando entre nosotros hay un abismo y no un camino cualquiera.

—Y supongo que el abismo que dice que hay entre nosotros, tendrá la juventud que el tiempo me ha arrebatado —jugueteó coqueta con sus dedos en el agua, mientras me consumía con la mirada—. No le hacía a su honorabilidad del tipo de caballeros que cambia sus sentimientos por otros, guiados por la interesada y caprichosa lozanía.

—Tampoco es propio de una dama como usted, acusar a inocentes de los errores que llevan su nombre. *Mademoiselle* Emily está libre de pecado. Cosa que no puede decir usted, señora Moore.

Dolieron. Mis palabras le dolieron como buscaba que ocurriese, mas no hallé la satisfacción que esperaba. Ver sufrir a Olivia solo provocaba mi propio sufrimiento y un enorme deseo de deshacer los pasos que nos separaban y besar sus labios hasta que estos volviesen a estirarse en una sonrisa sincera.

—A tus ojos soy una pecadora que no considero ser. O tal vez sí —susurró con la cabeza baja. La fortaleza de la que hacía gala a mi llegada se había esfumado, dejando ante mí, la sombra de la mujer a la que había amado—. Aunque lo ansíe, no fui a tu casa buscando tu perdón, Leo —me tuteó cansada, al igual que yo, de jugar a ser dos extraños que no habían compartido, en más de una ocasión, confesiones estando desnudos entre sábanas de seda—. Lo único que busco es la oportunidad de explicarte, ahora que puedo, los motivos por los que no pude irme contigo de Nueva York, como así era mi deseo.

—Ahora que puedes o ¿ahora que me necesitas? —Mi carcajada fue tan estridente que varios pájaros, asustados, alzaron el vuelo—. ¿Tan estúpido me crees, Olivia? Hasta el más bobo se daría cuenta de tus verdaderas intenciones.

—Ah, ¿sí? Por favor, ilústrame. ¿Cuáles son esas intenciones tan evidentes?

La rabia se adueñó de ella y me alegré. Por fin, nuestros estados de ánimo coincidían. Así sería más fácil darle la puntilla que pondría fin a la historia que nunca debimos vivir juntos.

—Una joven viuda, con un hijo pequeño a su cargo, viviendo de la caridad de una extraña porque su familia se ha desentendido de ella. ¿Quieres que siga?

—Por favor —me pidió, con las manos cerradas en un puño a su costado y la mirada fija en el suelo.

—Dudo que el malnacido de tu difunto esposo os haya dejado en una buena posición a ti y a tu hijo. Y lo que buscas, Olivia, no es más que a un incauto con el que desposarte en segundas nupcias y así garantizaros una buena vida. No te juzgo por ello —añadí con desdén.

—Para no juzgarme, me da la sensación de que haces justo eso.

—Puedo juzgarte por muchas cosas… Por ser una caprichosa ofuscada que, al no poder pedir tu mano en matrimonio, en vez de averiguar los motivos que me lo impedían, cogiste al primer descerebrado que te cruzaste y lo sedujiste para que te convirtiera en su esposa —comencé a enumerar mientras, idiota de mí, caminé hacia ella—. Puedo juzgarte y te juzgo por acusarme de ser cobarde cuando de los dos, soy el único que ha estado dispuesto a enfangar su nombre y el de su familia por tener una vida a tu lado. —Mi control pendía de un hilo muy fino—. Estaba

decidido a renegar de mi título, de mi familia con tal de formar una contigo, y me rechazaste, te negaste a dejar a tu esposo y marcharnos juntos. ¡Por eso sí te juzgo y te condeno! —terminé diciendo cuando mis pies rozaron el dobladillo de su vestido.

—Soy culpable de haber sido una orgullosa caprichosa en mi juventud. —Alzó la cabeza y sus ojos se perdieron en los míos—. Soy culpable de casarme con quien no debía, de no abandonarlo cuando tuve la oportunidad, y si no lo hice fue porque no pude. —Su mano se alzó con intención de posarse en mi pecho, pero por la forma en la que la miré, la dejó suspendida en el aire—. Si me dejaras explicártelo, lo entenderías.

—No necesito explicaciones que no te he pedido. Solo vuelves a mí porque no tienes a nadie a quién recurrir, y yo merezco mucho más que eso. Merezco alguien que me considere suficiente para ella.

La cogí por la muñeca y le aparté la mano de mi pecho. Con solo tener sus dedos cerca, mi piel ya rememoraba el tacto de sus caricias.

—Eres mucho más que suficiente para mí. Siempre lo has sido —su voz titiló como una vela antes de apagarse—, pero tienes razón. No tengo a nadie —confesó junto a una lágrima que brilló como el más fino de los cristales—. Todos los que una vez juraron amarme, me han borrado de su vida como si jamás hubiese sido importante para ellos. No hagas tú lo mismo, por favor.

Su ruego terminó de destrozarme. Y aun sabiendo que me iba a arrepentir, me acerqué a ella, enmarqué su cara entre mis manos y apoyé la frente en la suya.

—Dime cuál ha sido su secreto —gemí igual de roto que ella—. Dime cómo han conseguido olvidarte, porque no ha habido día que, al despertar sin ti, no haya deseado la muerte.

—Entonces, si son ciertas tus palabras, si de verdad aún me amas, no me alejes de ti —pronunció tan cerca de mis labios que sentí el ligero roce de los suyos. Nuestros alientos se entremezclaron y antes de ceder a los ruegos de mi lengua y saborear su paladar, me alejé.

De espaldas a la carcelera de mi cordura, me mesé el pelo y, nervioso, busqué en la luna blanquecina la respuesta a la encrucijada en la que me hallaba y fueron las lágrimas que ardieron en mis ojos las que acabaron condenándome.

—Leo, por favor…

Su mano en mi espalda se sintió como un latigazo de la fusta que tanto había mordido mi piel en la infancia. Un golpe del pasado que me regresó a la realidad y disipó la neblina en la que la reina Mab me había sumido.

—¿Cuánto? —pregunté con voz ahogada—. ¿Cuánto hace que tu esposo murió? —Su silencio dolió como esperaba—. ¡Contesta! —Me giré para enfrentarla. La rabia volvía a ser mi dueña—. ¿Cuánto tiempo pasó desde que te supliqué que te vinieras conmigo hasta que te quedaste libre para hacerlo?

—No es tan fácil. Si me dejaras explicártelo.

—¡¿Cuánto tiempo pasó?! —exigí con los dientes apretados.

—Cuatro meses.

Una risa ácida me rompió la garganta.

—Han pasado casi tres años y no has hecho nada hasta ahora. ¿De verdad crees que puedo confiar en que tus sentimientos no son más que embustes?

—¡Mi amor por ti es sincero! —gritó igual de destrozada que yo—. Quise hacerlo. Quise buscarte muchas veces.

—Pero no lo hiciste, y me alegro. Tenga buena noche, señora Moore, y de aquí en adelante, no se vuelva a dirigir a mí.

Le hice una reverencia y me marché con la primera antorcha que pude coger.

—¡¿Es tu última palabra?! —Le escuché gritar a Olivia a mi espalda. La ignoré—. Leo, responde —siguió diciendo, sofocada al correr detrás de mí—. ¡No seas un cobarde!

Maldito calificativo que parecía perseguirme allá donde fuese.

—¿Qué más quieres de mí, Olivia? —le encaré antes de cruzar la entrada del laberinto y que la fiesta nos engullera.

—Solo una respuesta más —jadeó sin aliento—. ¿Son estas tus últimas palabras? ¿Este es el fin que nos merecemos?

—Puede que este no sea el final que nos merecemos, pero sí es el que quiero.

La resignación apagó el brillo de sus ojos y durante unos segundos nos despedimos en silencio. Un silencio que se vio roto por el eco cercano de voces que chocaban entre sí.

No estábamos solos.

Y el terror que se adueñó del rostro de Olivia, al mirar por encima de mi hombro, así me lo dijo.



Capítulo 20

¿Cómo has podido hacerme esto?

Olivia

No podía hablar.

Demasiadas emociones clavadas en mi garganta y ninguna de ellas era buena.

Me esperaba el rechazo de Leo. Mentiría si dijese que no. Pero tanta crueldad, tanta incomprensión, me cogió igual de desprevenida que encontrarme a mi familia a la salida del laberinto, formando un semicírculo perfecto a mi alrededor.

Busqué con la mirada a lady Astrid y con un sutil movimiento de labios, pronunció un «lo siento» mudo. Nadie más dijo algo o siquiera se movió. O quizá fueron los latidos ensordecedores de mi corazón, los que me impidieron escuchar algo más.

De igual modo, no eran mi familia. Eran unos extraños.

No los reconocía.

De aspecto físico lucían igual. El tiempo, en esos más de seis años, había sido benévolos con ellos. Marcus seguía siendo el hombre apuesto y de gesto regio que recordaba; y Minerva, su esposa, mantenía una belleza serena y perspicaz. Ambos continuaban haciendo la pareja perfecta que, en un principio, todos veían menos ellos. Su orgullo les cegó y a punto estuvieron de perderse.

Algo parecido a lo que le ocurrió al matrimonio que, a su lado, me miraban en silencio. Mi hermana Annabelle y Geoffrey, el vizconde Lanley, tuvieron un inicio de relación de lo más tormentoso, pero su amor pudo con obstáculos de todo tipo.

«¿Por qué ellos podían y nosotros no?», grité en mi interior, deseando que Leo viese lo mismo que veía yo. Si queríamos, si lo intentábamos, podríamos tener una vida juntos. Nos lo merecíamos. Sin embargo, él tenía otros planes, porque, como les pasaba a mis familiares, aunque físicamente era el mismo, por dentro era un extraño.

—Diría que es un placer volver a reencontrarnos, pero mentiría —dijo Leo rompiendo el silencio en el que nos habíamos sumido tras el caos inicial—. Me es del todo indiferente los asuntos o problemas en los que esté metido el duque de Cardington y sus allegados. —Miró a mi hermano y en su cara vi reflejado el mismo desprecio que destilaba su voz—. Os quiero lejos de mí, en especial a ti. —Se giró y me señaló—. Olvida que nos conocimos.

Mientras lo vi alejarse, me abracé a mí misma, pues sabía que nadie más lo haría. Y como pude, tragué con fuerza, luchando por no derramar las lágrimas que ya amenazaban con desbordar mis ojos.

—Olivia…

Mi nombre salió de la boca de Minerva en forma de quejido. Mi cuñada hizo el intento de acercarse a mí, pero la firme mano de mi hermano, en su brazo, la retuvo.

No merecía misericordia y por si todavía albergaba alguna duda al respecto, Annabelle se alejó de su marido, se puso frente a mí y mientras yo buscaba entre tanto odio a la hermana a la que peinaba cada noche antes de acostarse, ella me increpó:

—¿Cómo has podido hacerme esto?

Su pregunta se quedó sin responder. No me dio tiempo a hacerlo antes de que me cruzara la cara con un sonoro bofetón.

—Por favor, un poco de sosiego. —Acudió a mi rescate la vizcondesa Saint Bains—. Ni mi casa, ni mi fiesta son lugares apropiados para tratar diferencias familiares. Les insto a que lo hagan en privado, lejos de los cientos de ojos curiosos que empiezan a centrarse en ustedes.

—Le ofrezco mi más sincera disculpa, vizcondesa —habló por primera vez mi hermano—. Mi familia y yo nos retiramos. La fiesta ha terminado para nosotros.

En eso estuve de acuerdo con Marcus. La fiesta para mí también había perdido su sentido y sin importarme qué pudieran decir, me retiré a mis aposentos y dormí abrazada al único ser en el mundo al que le importaba, mi hijo.



La mañana llegó demasiado pronto y, aunque la luz comenzaba a ser molesta, me negué a abrir los párpados. Al hacerlo, tendría que enfrentarme a lo ocurrido en la fiesta y no estaba preparada. Y dudaba que alguna vez lo estuviese.

—Mamá, ¿estás triste?

Sentí en la mejilla la mano rechonchita de Archibald. Lo abracé con fuerza, apoyando la barbilla sobre su cabello rubio e hice lo imposible por no comenzar a sollozar.

—No, mi amor, no estoy triste. ¿Por qué dices eso? —balbuceé.

—Porque estabas llorando mientras dormías como hacías en la otra casa.

La vida no fue fácil en Nueva York para ninguno de los dos.

—Tranquilo, mi amor, esas lágrimas serían de felicidad.

—¿Eso es que bailaste mucho en la fiesta?

—No —le dije con una sonrisa mientras le peinaba con los dedos.

—¿Entonces?

—Seguro que lloraría por lo muchísimo que te quiero.

Abrí los brazos escenificando la inmensidad de mi amor por él.

—Pues prefiero que me quieras un poquito menos, mami. Así no tendrás que llorar. No me gusta. Me hace recordar al monstruo.

—Tranquilo, mi amor. No pienses más en él. Ya no puede hacernos daño. ¿Recuerdas? Ahora, solo estamos tú y yo.

—Y no te olvides de ese nuevo papá del que me hablaste, ese que es tan bueno y que no grita ni pega.

La pena cayó sobre mí, borrando la sonrisa que Archibald había dibujado en mi rostro. Le había vuelto a fallar. Confiaba tanto en el amor de Leo que, como una estúpida, le prometí a mi hijo una vida que no podría darle.

—Mi amor, me temo que al final lo de ese nuevo papá no podrá ser.

—¿Por qué, mamá? ¿Es por mí? —su titubeo me partió el corazón—. Prometo no arrastrar los pies al andar, comer con la boca cerrada y obedecer a la primera.

—No es por ti, Archibald. Tú eres perfecto.

—Entonces, ¿es por míster Drool? —Señaló al perro que dormía junto a la chimenea—. Leopold —el jardinero— me está ayudando a educarlo. Ya sabe sentarse, dar la patita y ladrar solo cuando se lo ordenas. Lo único que no consigo es que deje de babear —reconoció molesto.

—Mi amor, mi niño bonito, ni tú ni míster Drool tenéis la culpa. En el mundo de los mayores a veces no salen las cosas como se planean. Nada más.

Alguien llamó a la puerta salvándome del interrogatorio de ese pequeño que a pesar de tener poco más de cinco años era más maduro de lo que le correspondía.

Era lo que tenían los golpes de la vida que te arrancaban la inocencia sin compasión.

—¿Se puede?

Mona asomó la cabeza y por la forma que tuvo de mirarme, supe que se había enterado de lo ocurrido en la fiesta.

—Adelante —le dije, una vez me levanté y me puse la bata—. Parece que hoy los chismes han sido muy madrugadores.

—Ni te imaginas cuánto. —Mona escondió su sonrisa, agachándose a acariciar a míster Drool —. Archibald —llamó a mi hijo, que buscaba bajo la cama una de sus zapatillas de andar por casa—, me ha dicho un pajarito que Lotti —la cocinera— ha preparado esa leche con cacao que tanto te gusta.

—¿Y también ha preparado bollitos de anís? —Mona asintió y al pequeño se le iluminó la cara —. ¿Mami, puedo vestirme rápido y bajar a desayunar con míster Drool?

—Claro, mi amor, y recuerda darle las gracias a Lotti por consentirte tanto.

Tardé más en decirle eso que él en cambiarse tras el biombo y bajar corriendo junto a su inseparable amigo perruno.

—¿Por dónde quieres empezar? —le pregunté a Mona nada más quedarnos a solas—. ¿Por el encontronazo con Leo o con mi familia?

—Tú eliges.

—Si me das a elegir, prefiero no hablar de ninguno de ellos.

—Por mí no hay problema. —Se sentó a mi lado y me cubrió las manos con las suyas—. Solo quiero saber si estás bien.

—Lo estaré —le prometí a ella y a mí misma.

—No esperaba menos de ti.

—Gracias por no forzarme a hablar. Hoy no me veo con fuerzas de revivir la pesadilla de

anoche.

—Pues me temo que lo vas a tener que hacer. —Arqueé una ceja a modo de pregunta—. La vizcondesa me ha enviado a llamarte. Te espera en la biblioteca y no está sola.



Pese a que me vestí igual de rápido que Archibald, nadie lo diría por el tiempo que permanecí parada frente a la doble puerta veneciana, que daba a la biblioteca acristalada. No sabía por qué, pero algo me decía que nada bueno saldría de ese inesperado desconocido.

Respiré hondo y, sin soltar el aire, deslicé las puertas. Al entrar, solo vi a lady Astrid, sentada sobre una otomana floreada y con una taza de té decorada también con motivos primaverales.

Estaba ella y nadie más.

—Buenos días, vizcondesa. Me han debido de informar mal. Creía que tenía una visita.

Sin decir una palabra, lady Astrid señaló con su taza a un punto en mi espalda y al girarme, vi a un hombre canoso, de rostro arrugado y nariz prominente, con una postura tan recta que incluso se podía intuir la línea por la que habían planchado su uniforme.

—¿Señora Moore? —preguntó con las manos entrelazadas a su espalda.

—Señora Russel. Tras enviudar he vuelto a usar mi apellido de soltera —le corregí, pero con los ojos puestos en la vizcondesa, por si ella me podía dar una pista de lo que allí estaba sucediendo.

—No me mires a mí. —Se encogió de hombros—. Solo quiere hablar contigo.

—Señora Russel, déjeme presentarme. Soy Peter, el mayordomo de la familia del vizconde Lanley.

—¿Es mi cuñado quien te ha enviado a hablar conmigo?

—No, su hermana, señora Russel. Y como le decía a lady Saint Bains, tengo órdenes de entregarle este sobre a usted y a nadie más que a usted.

—Gracias, puede retirarse.

Cogí la carta que me ofreció y negó con la cabeza.

—Lamento decirle que no tengo permitido irme sin que me haya dado una contestación. —Hizo un gesto con el mentón señalando el sobre.

Busqué en mi interior la poca educación que me quedaba para no decirle al mayordomo de mi hermana donde se podía meter sus órdenes. Después de abofetearme en público, ¿Annabelle tenía la desfachatez de venir con exigencias?

¿Cómo has podido hacerme esto?

Las únicas palabras que me dijo resonaron en mi cabeza. Si en ese momento hubiese dejado hablar a la rabia que aún escocía en mi mejilla, el mayordomo se habría ido con la carta y sin la respuesta a la misma. Sin embargo, pesó más el recuerdo de la pena que vi anoche en sus ojos. Una muy parecida a la que se reflejaba en el espejo cada vez que me miraba en uno.

—Está bien —accedí y me alejé hasta uno de los grandes ventanales que daban al jardín en busca de un poco de privacidad para leer la nota de Annabelle.

Estimada hermana:

Requiero de tu presencia en Saphir House, esta tarde.

Me lo debes.

Con un inmenso cariño, aunque no sea recíproco.

Lady Annabelle Lanley

P.D.: Quiero conocer a mi sobrino. Tráetelo.



Capítulo 21

Me he perdido tantas cosas

Olivia

La duda es el alimento de la cobardía o eso fue lo que me animó a aceptar la invitación de mi hermana y presentarme en Saphir House con mi hijo de la mano. Y sin saber muy bien por qué, una vez llamé a la puerta, me sentí tan pequeña e indefensa como él.

A pesar de que por cinco minutos yo soy la mayor, Annabelle siempre hizo el papel de responsable. Yo también lo era, pero, a su lado, cualquier mujer parecería una casquivana. En la

única ocasión en que la vi guiarse por sus deseos y no por sus obligaciones, fue cuando conoció a su esposo.

Lord Geoffrey era un carabela reconocido y sus amantes fueron tan variopintas como su forma de vestir. Hubo desde actrices consagradas a viudas de lo más respetadas. Llevaba el libertinaje en la sangre o, al menos, así fue hasta que Annabelle entró en su vida.

Solo ella logró lo que parecía imposible; transformar al vizconde Lanley en un hombre de moral intachable. Y justo fue él quien salió a recibirme una vez que Peter, el mayordomo, me hizo pasar al salón del té, decorado de una forma que me resultó muy familiar.

El sol de la tarde entraba por los amplios ventanales que daban al jardín, haciendo que el tono melocotón de la tapicería de la sala reluciera aún más anaranjado. Verdes pálidos y amarillos suaves completaban la paleta de colores que, como en cascada, bañaban cada rincón del salón.

Se respiraba vida, alegría e ilusión, como mi madre nos enseñó que debía ser una casa.

Mi madre…

Hacía años que no la nombraba, pues solo el hecho de pensar en ella me desgarraba por dentro.

Llevaba sin tener noticias suyas desde la última carta que me envió hacía más de tres años, donde dejó muy clara su respuesta a mi grito de auxilio.

No hay palabras suficientes para describir mi decepción contigo, Olivia.
Y si persistes en tu decisión de abandonar a tu esposo, te insto a que te olvides de esta familia.
No consentiré que tus faltas ensucien el buen nombre que, con tanto esfuerzo, tu hermano ha devuelto al ducado Cardington.
Tú elegiste tu camino y, ahora, debes soportar tu destino.

No hubo vez que no llorase al releer esas líneas, ni vez que no la odié por haberlas escrito, hasta que una noche todo cambió. Mientras intentaba recomponerme de la última visita de Edward a mis aposentos, acudí a buscar un consuelo inexistente en las cartas que, como un tesoro, guardaba en un cofre bajo mi cama.

—¿Y tú te haces llamar buena esposa? —Su primer golpe siempre iba acompañado de una pregunta para la que nunca había una contestación adecuada—. Las fulanas a las que pago tienen más clase que tú.

Su escupitajo impactó en mi ojo y, sin decir una palabra, me lo limpié con dedos temblorosos. Por las malas había aprendido que el silencio era lo único que me ayudaba.

—¿Dime para qué me sirves, si ni me calientas la cama? —Segunda pregunta y un segundo golpe, que me dejó tendida en el suelo—. ¡De nada! ¡No me sirves de nada! —Esputó muy cerca de mi cara con mi melena enredada en su puño—. Si te mantengo a ti y a tu hijo, es porque de esa forma eres igual de infeliz que yo. Pero un día me cansaré y me desharé de vosotros. —Su sonrisa cruel me heló la sangre—. Un día, cuando vayas a despertar a ese bastardo, te lo encontrarás destripado y colgado como el cerdo que es.

Grité con rabia y de la misma forma le arañé la cara y lo golpeé hasta que me levantó de los pelos y me calló contra la repisa de mármol de la chimenea. Perdí la conciencia y al recuperarla, me arrastré hasta el cabecero de mi cama, palmeé el suelo hasta dar con la tabla suelta en la que escondía el pequeño cofre y de allí saqué la carta donde mi progenitora me recordaba que estaba sola.

Fue entonces, en aquella noche de lágrimas y sangre, en la que tomé la decisión de dormir cada noche junto a mi hijo con un cuchillo bajo el colchón y en la que decidí que nadie, salvo yo, podía sacarnos de esa pesadilla. Y es que, mi madre tenía razón, pues yo fui quien eligió mi camino y sería yo quien corrigiera mis pasos y nos llevaría, a mi hijo y a mí, hacia un destino más benévolo.

—¿Madre, estás bien?

Sentí como Archibald me apretaba la mano con fuerza mientras el suelo se movía ligeramente a mis pies. Los malos recuerdos seguían teniendo demasiado poder sobre mí.

—Peter, rápido, trae unas sales y un té.

—No, no, estoy bien —aseguré a mi cuñado, mientras me ayudaba a sentarme en un sillón orejero de un tono dorado muy similar al chaleco que llevaba él—. ¡Qué vergüenza! Es la primera vez que nos vemos en años y yo me comporto así. No quiero ni imaginar qué pensarás de mí.

—Lo mismo que siempre he pensado, Olivia. Que, en ocasiones, la vida es muy injusta con las buenas personas. —Me alegré al ver que la sonrisa de Geoffrey era sincera, pues sus ojos azules fulguraron—. Confiaste en mí cuando nadie más lo hizo —susurró para que nadie más lo oyese —. Ahora, es mi turno.

Fue fácil hacerlo. Años atrás, solo tuve que fijarme con la adoración con la que miraba a mi hermana para saber que sus sentimientos por ella eran verdaderos.

—Mi madre también suele decir esa frase sobre las buenas personas, milord —nos interrumpió Archibald acercándome el té que una doncella había dejado en una mesita cercana.

—Una mujer inteligente tu madre, sin lugar a duda.

El pequeño asintió.

—Aunque ella siempre añade que por muy injusta que sea la vida con las buenas personas, esta siempre acaba encontrando la forma de compensarlas.

—Y este niño tan mayor debe de ser mi sobrino preferido. —Los mofletes rollizos de Archibald tomaron el color de las cerezas maduras—. Encantado de conocerte, Archi. ¿Puedo llamarte así? —Mi hijo asintió—. ¡Perfecto! Entonces, yo soy tu tío Jeff y mira, creo que tu tía y tus primas también quieren conocerte.

Me levanté como un resorte y me giré con miedo de ver qué me encontraría al mirar a mi hermana. Sin embargo, no fue en ella en quien me fijé, sino en las dos gotas de agua que había a su lado.

Las niñas a las que vi nacer estaban igual de altas que ella y aún más bellas. Y a pesar de que habían heredado el pelo negro de nuestra familia, ambas tenían los ojos claros de su padre.

—Sois unas mujercitas —musité emocionada.

—Tía Olivia —dijeron al unísono a la par que hacían una pequeña reverencia.

—Anda, niñas, corred a dar un abrazo a vuestra tía antes de que las lágrimas le impidan veros de cerca —intervino mi hermana igual de emocionada que yo.

Lo siguiente que recuerdo fue estar rodeaba por sus bracitos que no dejaban de transmitirme un amor que solo podía comparar al de Archibald.

—Me he perdido tantas cosas —le dije a Annabelle por encima de la cabeza de sus hijas.

—Todos nos hemos perdido muchas cosas —reconoció, agachándose a la altura de mi hijo y mirándolo con curiosidad—. Y por lo que veo, tienes muchas más que contarme, hermana.

Sabía que a ella no podría engañarla.

Sabía que lo que sería evidente para algunos pocos para ella sería un hecho indiscutible.

Sabía que a ella no le podría ocultar quién era el verdadero padre de Archibald.



Capítulo 22

No había vuelta atrás

Olivia

Durante unos minutos, simplemente, olvidé.

Olvidé que la mujer que estaba sentada a mi lado más que una hermana era una desconocida.

Olvidé el origen de nuestras desavenencias.

Olvidé el odio y el rencor de los últimos años y regresé a los instantes en los que Annabelle y yo éramos inseparables como ahora lo eran sus hijas.

Pero fueron eso, unos minutos. Los mismos que tardamos en quedarnos solas en el porche, bajo la sombra de la madreselva.

—¿Leo ya lo ha conocido?

Annabelle señaló a Archibald, que saltaba a la cuerda junto a sus primas.

—Ni siquiera sabe que es su hijo —reconocí en un susurro tan suave como la brisa de primavera que nos refrescaba.

—Pensé que de eso estabais discutiendo en la fiesta de primavera de esa vizcondesa metomentodo.

—Lady Saint Bains es una buena mujer. Me está ayudando mucho.

Preferí centrarme en la vizcondesa y no en Leo. La herida estaba demasiado reciente, incluso para pensar en ella.

—No pongo en duda su buen corazón, pero, desde que tengo uso de razón, esa mujer siempre ha estado pululando alrededor de nuestra familia —continuó Annabelle por dónde yo le había guiado—. Adora aprovechar la mínima oportunidad para entrometerse en nuestras vidas.

—En mi caso, su intromisión nos salvó la vida a Archibald y a mí.

Annabelle extendió la mano sobre la mesa de jardín, entrelazó nuestros dedos y me suplicó con la mirada. No necesitó de más y, sin soltarla, le narré cada capítulo de la pesadilla en la que se había convertido mi vida en Nueva York.

—Nunca me gustó Edward. Había una oscuridad a su alrededor que me hacía desconfiar de él —reconoció entre sollozos—. Dirás que soy una mala persona, pero me alegro de que esa caída lo matase.

Quise ser sincera con ella, sin confesar que fui yo quien lo mató por accidente. Decir la verdad, en ese caso, no habría beneficiado a nadie.

—No eres una mala persona. —Le acaricié la mano por encima de la mesa—. Yo misma recé cada día para que una noche no regresara a casa. Alguna pelea entre borrachos, un atracador, cualquier cosa que me librase de él —divagué—. Que Edward desapareciera de este mundo era la única manera de poder escapar de su yugo.

—Te equivocas, Olivia. No tuviste por qué soportar esa vida. Nos tenías a nosotros, a tu familia. Pudiste pedir ayuda, regresar a casa. Pudiste no olvidarte de nosotros.

—Nunca me olvidé de vosotros.

—Dejaste de escribirme. La última carta tuya que recibí tiene fecha de hace más de cuatro años.

No mentía. Cuando mi madre y mi hermano se negaron a ayudarme, yo decidí no inmiscuir a Annabelle. Generar un enfrentamiento entre ellos no hubiese servido para nada.

—Lo siento —dije como única defensa.

—Un lo siento no vale, Olivia. ¿Sabes la tortura que he vivido preguntándome cada día si estabas viva o muerta? Años de silencio y de repente, descubro que has regresado a Londres sin decirme nada. Has estado más de un mes viviendo apenas a unos pasos de distancia y no has querido saber nada de nosotros. —Señaló a su marido y a sus hijas que continuaban jugando en el jardín junto a Archibald—. Dime qué te hice para que me odies tanto.

—No te odio, Annabelle. A ti no. Solo quise protegerte.

—¿De qué?

—De la verdad.

—Habla claro de una vez, Olivia. Me lo debes.

La miré una vez más, memorizando su rostro antes de que se deformase al descubrir lo que nuestra madre y hermano me habían hecho.

—Tenías razón. Tuve que pedir ayuda y eso fue justo lo que hice.

Le conté como solicité el amparo de Marcus para poder abandonar a mi esposo y que no perdiese a mi hijo. Le hice partícipe de cómo se negó a protegerme y como, desesperada, recurrí a nuestra madre que también decidió darme la espalda.

—No puede ser —musitó Annabelle incrédula, llevándose una mano a la boca.

—Tengo las cartas si quieres verlas.

—Voy a enviar una nota ahora mismo a Marcus. Debemos reunirnos en su casa y aclarar este asunto, lo antes posible.

Alterada, se levantó e hizo un movimiento para que se acercase una de sus doncellas.

—Detente, Annabelle, no tengo nada que aclarar con él.

—Eso ya lo veremos —dijo y me dio la espalda unos segundos—. Por favor, Clementina, trae papel y un tintero.

—Annabelle, escúchame —le seguí insistiendo—. Tanto madre como Marcus tomaron una decisión. No me quieren en su vida y lo respeto. Ni mi hijo ni yo suplicaremos más por el cariño de nadie.

Y eso incluía a Leo.

—Te equivocas, hermana. La verdad que das por irrefutable no lo es.

No fueron sus palabras las que me erizaron el vello de los brazos, sino su forma de agarrarme la cara y mirarme con fijeza.

—Es doloroso descubrir quienes son en realidad tu familia —separé sus manos de mi rostro—, pero te aseguro que estoy muy convencida de mi verdad.

Clementina regresó con el mandado de su señora.

—Pues no deberías estarlo. —Annabelle se sentó y comenzó a escribir con rapidez—. ¿En qué fechas dices que madre te envió su última carta? —preguntó sin alzar la cabeza del papel y yo se la recité de memoria al igual que podía hacer con el contenido. Ella chasqueó la lengua antes de continuar hablando—. Por favor, Olivia, hazlo por mí, por estos años de silencio —me pidió—. Ahora sí, déjame ayudarte, déjame organizar una reunión en casa de Marcus y te prometo que yo estaré a tu lado, y de tu lado —puntualizó—. Déjame intentar solucionar todo esto.



—¿Y qué vas a hacer?

Una risa sarcástica fue mi respuesta a la pregunta de Martin y durante unos segundos dejé que el sonido de la gravilla bajo mis pies rellenase el silencio que se había asentado entre mi cuñado y yo.

Habían pasado tres días desde que fui a visitar a Annabelle y al día siguiente, a la tarde, tendría lugar la dichosa reunión en casa de mi hermano, y todavía no había decidido si asistir o no.

En Heaven House nadie pudo ayudarme. A menos de una semana del cumpleaños de su difunto prometido, Mona era un fantasma que caminaba y hablaba por inercia. No interactuaba con nadie, salvo que fuese estrictamente necesario. Esos días se aislaba para llorar a su amor perdido y yo no me inmiscuiría en su dolor para hacerle partícipe del mío.

En cuanto a la vizcondesa ocurría algo parecido. Aunque su reclusión se debía más a su delicado estado de salud que a algún mal de amores. Tras la fiesta de primavera la tos regresó

con fuerza y el doctor le recomendó hacer cama durante unos días. Orden que aceptó a regañadientes.

Mi última alternativa para poner en orden mis pensamientos fue Martin. Y esa tarde decidí aceptar su oferta de acompañarnos a visitar el Parque del Palacio de Cristal. Durante la Gran Exposición no me encontraba en Londres y tenía curiosidad por ver, con mis propios ojos, las enormes paredes de cristal sustentada por una estructura de hierro. Nada tenía que ver el hecho de que Leo hubiese participado en su construcción.

—¿Tú qué harías? —Le devolví la pregunta a Martin—. ¿Irías a ver a tu hermano si hubiese obrado de la misma forma que el mío?

—Ojalá los pecados de mi hermano hubiesen sido iguales a los del tuyo.

—Discúlpame. ¡Qué estúpida soy!

—No tienes por qué disculparte y menos cuando tú sufriste más que ninguno los defectos de Edward. Lo que busco con mis palabras es que recuerdes lo que eran problemas reales o situaciones difíciles y no pequeños contratiempos que apenas deberían preocuparte. Tú, que debiste matar para no morir, ¿ahora te angustia enfrentarte a un hermano al que no le debes nada?

—¿Alguna vez me perdonarás? Nunca quise que fuera ese su final.

—Pues yo sí. Júzgame por pensar así, si quieres. Pero hace años que acepté que no había nada loable o digno de amar en mi hermano, Olivia. Lo único que lamento es que fueron tus manos las que se mancharon de sangre y no las mías. Soy yo quien debe preguntarte si alguna vez me perdonarás.

—¿Por qué tendría que hacer tal cosa?

—Porque sabiendo la mala vida que te daba no hice nada para salvarte. Al marcharos a Nueva York yo obtuve una liberación que supuso tu condena. Soy un egoísta que no se merece tu cariño, ni el suyo —señaló a mi hijo que, a unos pasos de nosotros, llevaba en una mano la correa de míster Droop y en la otra un globo que él le había regalado.

—Somos supervivientes, Martin. Lo hicimos lo mejor que pudimos y yo soy feliz sabiendo que quieres formar parte de nuestra vida.

—Gracias.

—¿Y ahora a qué debo tu gratitud?

—A dejarme estar a su lado. A dejarme ser su tío aun no siéndolo.

—Vaya, comienzo a creer que lo que yo consideraba un secreto no es más que una evidencia para todo el mundo.

—Por tus palabras deduzco que alguien más ha descubierto quién es el padre de Archibald —susurró para que nadie nos escuchase.

—Mi hermana. Solo le bastó verlo un segundo para saber que no era hijo de Edward.

—Bueno, si ese es el caso, no debes de preocuparte. —Alcé una ceja interrogante—. Piénsalo. Nosotros conocemos tu historia de amor con el vizconde Portman. Lo hemos visto en numerosas ocasiones. Eso sin contar, con que tu pequeño hijo es la viva imagen de su padre.

—En eso tienes razón.

—Aunque…

—¿Aunque qué?

—Aunque otra cosa sería que, por obra del destino, el padre, que no sabe que lo es, estuviese hablando con un hijo, que no sabe que tiene.

Escruté mi alrededor buscando a Archibald y lo encontré junto a un puesto de manzanas de caramelo, mirando con ojos golosos uno de esos dulces. Nada preocupante, si no fuese porque a

su lado, de cuclillas, estaba Leo, acariciando a míster Droop, con la compañía de un caballero y dos damas.

—¿Ves cómo, al final, el menor de tus problemas era si ir o no a la reunión con tu hermano?

—Cállate, Martin —mascullé sintiendo como las ballenas de mi corsé se clavaban en las costillas.

—Cuñadita, la verdad es que, desde que has regresado a Inglaterra, la monotonía ha dejado de ser la dueña de mis días.

No le respondí. No pude.

Toda mi atención fue atraída por esas dos personas que ocupaban mi corazón. Y como a un eclipse de sol al que no debes mirar directamente, me quedé quieta sin apartar los ojos de ellos. Expectante, a la espera de que la verdad saliese a la luz.

No había vuelta atrás y cuando mi hijo me señaló desde la distancia, fui capaz de leer en el rostro de Leo sus dos únicos pensamientos:

Sabía que Archibald era su hijo y que nunca me iba a perdonar por ocultárselo.



Capítulo 23

Tenemos que hablar

Leo

Cuán curioso puede ser el destino.

Cuán caprichoso el devenir.

No somos más que un juguete en sus manos o, al menos, así me sentí aquella mañana cuando, un simple paseo, cambió las prioridades de mi vida. Dejaron de estar centradas en mí para concentrarse en un ser que ni siquiera sabía que existía.

Desde la fiesta de primavera, el ambiente en Mabo House era pesado y asfixiante. A ninguno de mis invitados se les había pasado por alto mi reencuentro con Olivia en la soledad del laberinto de la vizcondesa Saint Bains y, mucho menos, nuestro posterior encontronazo con su familia. Si mi intención al acudir a esa velada fue demostrar que ya no era un títere de esa mujer sin corazón, había fracasado estrepitosamente.

Desde entonces, *mademoiselle* Emily me miraba con recelo y guardaba las distancias al igual que hacía Anderson y su hermana.

Era insoportable y decidido a poner solución a esa situación, se me ocurrió invitar a las damas a conocer el Palacio de Cristal en Sydenham. Desde su traslado y reinauguración el año anterior, no había vuelto a visitarlo y daba por hecho que sería un buen punto de partida para limar asperezas con Anderson.

Ese lugar era muy especial para ambos. Nos recordaba nuestros inicios como arquitectos y la creación de nuestra prometedora y exitosa empresa, Leand Ltd. Lo que nunca llegué a imaginar es que también se acabaría convirtiendo en el sitio en el que conocería a mi hijo.

Visto desde la distancia, debo de reconocer que, durante aquel paseo, una desazón extraña pesaba sobre mi ánimo. No sé muy bien cómo describirla, pues jamás había sentido una madeja de nervios y entusiasmo como aquella golpeándome las entrañas.

Culpé de mi estado al deseo de reconciliarme con Anderson y *mademoiselle* Emily. Y con la intención de celebrar el hecho de haber logrado, al menos, que me dirigieran la palabra sin hostilidad, me animé a convidar a las damas a unas manzanas de caramelo en un puesto cercano.

Enseguida un pequeño llamó mi atención. Su pelo rubio fulguraba bajo los rayos de sol y su porte era de lo más curiosa. De una mano llevaba a un bulldog inglés que le llegaba a la altura de las caderas y de la otra mano un globo que le impedía hacerse con una de las preciadas manzanas de caramelo.

—¿Te ayudo?

Ni siquiera pensé en la pregunta cuando ya estaba saliendo de mi boca. El niño me miró extrañado y de forma graciosa, ordenó sentarse al can antes de dirigirse a mí.

—Muchas gracias, milord, pero mi madre insiste en que no hable con extraños.

—Muy buen juicio el de tu madre, sí señor. —Junté mis pies, haciendo chocar mis zapatos uno contra el otro, y con toda la formalidad que pude y sin borrar la sonrisa de mi cara, me presenté—: Lord Leo Molville, vizconde Portman, encantado de conocerte. —Le ofrecí la mano y él la miró curioso antes de aceptarla.

El tiempo se desdobló convirtiendo los segundos en minutos interminables. Hinqué una rodilla al suelo, sin soltar su minúscula mano, y busqué en sus ojos el origen de la reconfortante paz que me trasmitía su contacto. Lo que vi en ellos me agradó tanto como me asustó. Me reconocí a mí. Una versión diminuta de mi persona. Una copia de quién fui con su misma edad. Unas pecas formando constelaciones sobre su nariz respingona y el incipiente hoyuelo que partiría en dos su barbilla en la juventud.

—No me has dicho tu nombre —le insté con la voz cargada de emoción, lo que provocó que el niño se asustase y diese un paso hacia atrás.

—Archibald, aunque mis conocidos me llaman Archi.

Si tenía alguna duda de que el destino me estaba hablando, al escuchar el nombre del pequeño, me dejó claro que más que hablarme, me gritaba.

—Bonito nombre, Archibald. Mi abuelo se llamaba igual que tú. —El niño sonrió más tranquilo—. ¿Me permites? —Le señalé la cuerda del globo y después de que él asintiese, se la anudé a la muñeca para que tuviese la mano libre. Luego, me levanté, le entregué unas monedas

al tendero, cogí una de las manzanas de caramelo del puesto y se la entregué al pequeño—. ¿Y cuál es tu apellido?

—No lo sé, milord.

Miró con ojos golosos la manzana sin decidirse a cogerla o no.

—¿No lo sabes?

—Es que es nuevo, milord. Apenas lo uso, pero se lo puedo preguntar a mi madre.

Me señaló a su espalda y entonces lo que era una sospecha se convirtió en una realidad. Olivia estaba a escasos pasos de nosotros y venía del brazo de un caballero al que identifiqué como el hermano de su difunto esposo.

—¿Cuántos años tienes, Archibald? —Quise saber sin dejar de mirar la cara de terror de Olivia mientras se acercaba, apresurada, hacia nosotros.

—Haré seis años en noviembre de este año, milord.

No necesité saber más. Ese niño no era cualquier niño. Era mi hijo. Eso era un hecho, no una ideación. Y la guerra entre la dicha y una cruenta desolación se desató en mi interior dando como único vencido a mi persona.

—Archibald, ¿qué te he dicho de hablar con desconocidos?

Olivia se arrodilló frente al pequeño y con gestos nerviosos le limpió la suciedad inexistente de su impoluta chaqueta.

—No es un desconocido, mamá. Se ha presentado y ¡es un vizconde! —exclamó como si el hecho de serlo me otorgase un valor especial.

—Con más razón —masculló Olivia antes de colocarlo tras su falda. Un pobre intento de esconder el alcance de su crueldad para conmigo.

—Señora Moore, ¡qué grata sorpresa encontrarnos aquí! —me enfrenté a ella camuflando mi enfado con educación.

—Señora Russel. Ya no uso mi apellido de casada —musitó entre dientes, con desgana.

Antes de siquiera preguntar los motivos por los cuales había decidido deshacerse del apellido Moore, vi la respuesta en la forma que tuvo de fruncir los labios en un mohín. Habría sabido los motivos de haberle permitido hablar conmigo en el laberinto. Quiso explicarme unas razones que yo no quise escuchar. Cosa de la que ahora me arrepentía.

—Eso es, milord —intervino Archibald, salvándome de las afiladas dagas que me lanzaba su madre con la mirada—. Russel. Mi nuevo apellido es Russel.

—Martin, por favor, llévate al niño. Ahora mismo voy con vosotros.

—Pero, mamá, yo quería una manzana de caramelo.

—Aquí tienes, Archibald. —Le volví a ofrecer el dulce que tenía en mi mano.

—No es necesario que se moleste, milord —se opuso Olivia—. Yo me encargo de las necesidades de mi hijo. —Y supe que se refería a algo más que a una simple manzana.

—No es una molestia, señora Russel. Solo es un inofensivo obsequio.

Di un paso a mi izquierda y extendí el brazo para que Archibald cogiese el dulce. El niño miró a su madre y una vez la vio asentir, lo aceptó y se marchó junto a su tío tras darme un «gracias» adornado con una amplia sonrisa.

—Lamento la intromisión de mi hijo en su paseo. —Olivia enderezó la postura y se dirigió hacia mis acompañantes, que habían sido testigos mudos de todo lo acontecido en ese lugar—. Deseo que sigan disfrutando de esta espléndida mañana.

Me interpuse en su camino cuando quiso marcharse. La tentación de tocarla fue insoportable.

—Tenemos que hablar —susurré solo para ella.

—Ya lo hicimos. ¿No lo recuerda, milord?

Olivia buscó mis ojos a través de la redecilla que caía de su sombrero de mañana y los encontró perdidos en el movimiento de sus labios.

—Recuerdo cada una de las palabras que nos dijimos y en ninguna de ellas apareció el nombre de Archibald. —Conseguí decir a pesar del hechizo que esa bruja obraba en mí.

—Yo también recuerdo la totalidad de nuestra conversación y de su último deseo. ¿Cómo fue? —dudó llevándose un dedo enguantado a su barbilla—. ¡Ah sí!… «Olvida que me conociste». Esa fue su orden y yo la estoy respetando. Haga usted lo mismo, milord.

—Olivia —mascullé al ver cómo se marchaba.

—Aquí no. —Me sujetó Anderson por el antebrazo, obligándome a hacer lo que no quería.

Dejar que Olivia y mi hijo se alejasen de mí.



La mañana dio paso a la tarde y tras ella llegó la noche, la cual, disfrutando de mi sufrimiento, se demoró más de lo necesario en traer de regreso un nuevo día. Y ahí, creando recuerdos entre las volutas de humo del octavo puro que me fumaba, me encontró Anderson en mi despacho.

—Buf, he sido testigo de madrugadas en Londres con niebla menos densa que la que aquí se respira.

Mi respuesta a Anderson fue un anillo de humo que fue haciéndose más grande según ascendía.

—Será mejor que abra la ventana antes de que venga Jefferson con tu desayuno.

El aire limpio entró junto con la luz del sol y siseé como aquel animal nocturno que ansía permanecer en la oscuridad de su cueva.

—No me gusta verte así —confesó mi socio con las cejas contraídas de preocupación.

—Pensé que te alegrarías de mi dolor. Considero que es un justo pago por ser yo el origen de tu tormento. —Creí decir, pues mi voz me era del todo desconocida.

—En cuanto a eso, debo presentarte mis disculpas. Fue el egoísmo quien actuó en mi nombre.

—Esto sí que no me lo esperaba.

Me levanté, giré el cuello hasta que crujió y me asomé a la ventana abierta, deseando estar en cualquier otro sitio menos en aquel. A ser posible, retroceder también en el tiempo. Con seis años me conformaba.

—Yo tampoco me esperaba que fueses padre. —Anderson se situó a mi lado—. Creí que lo sabía todo de ti.

—¿Acaso piensas que estaba al tanto de que había un vástago mío en el mundo? —La sola sugerencia me ofendió—. ¿Estás insinuando que, de haberlo sabido, no me habría ocupado de él, que hubiese dejado que otro hombre usurpase mi papel de padre? —Mi gruñido fue incrementándose a la par que mi ira y me alejé de él por miedo a perder el control.

—Me alegra saber que no ha sido así. —Siguió mis pasos—. No obstante, debía preguntar.

—Pues pregúntate mejor, quién me devolverá los seis años que me han ocultado la existencia de mi hijo. —Lo señalé con vehemencia—. Me robaron la sensación de cargarlo en mis brazos, de verlo dar sus primeros pasos o de escuchar cómo pronunciaba sus primeras palabras. Me han robado su infancia y aborreceré a Olivia el resto de mi vida por ello.

Al principio me obligué a odiarla, pero ahora me salía de forma natural y eso me asustaba.

—¿Odiarás a Olivia o a ti mismo, amigo?

—¿Por qué debería odiarme a mí, cuando soy yo el engañado?

—Porque todos, en cierta medida, somos culpables de lo que nos ocurre, ya sea por acción o por omisión. Déjame explicarme con un ejemplo. —Anduvo a mi alrededor como aquel profesor que se enorgullece de la lección que va a impartir a un alumno—. ¿Quién es el culpable de que cortejaras a *mademoiselle* Emily? ¿Tú por intentar hacerme un favor a la vez que luchabas por olvidarte del amor de Olivia, o yo que no tuve valor de reconocerte mis sentimientos hacia ella?

—Sin duda fue mi culpa por no darme cuenta antes de lo que ocultabas tras tu fingida animadversión.

—No era fingida, Leo. Sigo pensando que *mademoiselle* Emily es una mocosa repelente que como única virtud tiene una curiosidad exacerbada. Y pese a eso, cuando estoy a su lado, mi corazón late de forma diferente y, aunque lo intento, en su presencia el resto del mundo deja de existir. Solo escucho su voz, solo huelo su perfume y mis ojos la siguen allá a donde vaya. No sé si eso será amor o locura, pero de igual modo estoy condenado a ser su esclavo.

—Eso es amor, amigo mío, y me temo que no hay cura para esa dolencia.

—¿Y por qué tú sigues intentando curarte de Olivia?

—Mi situación es diferente.

—No lo es y ahora que sabes que tiene un hijo tuyo, menos todavía. Ya nada os impide estar juntos.

—Te equivocas, Anderson. Hay demasiados errores del pasado que son imposibles de olvidar.

—Hablas como si el pasado tuviese el poder de condicionar tu futuro.

—¿Acaso no es así?

Alcé los brazos como si la respuesta a esa pregunta fuese más que evidente.

—¡No, por supuesto que no es así! —exclamó con el fervor de un loco—. Mi yo del pasado jamás habría deseado formar una familia con Emily y, sin embargo, mi yo del presente anhela que mi futuro sea a su lado —confesó con ilusión antes de coger mi cara entre las manos y obligarme a mirarlo a los ojos—. Leo, nadie te regresará los años que estuviste lejos de tu hijo, ni nadie compensará el daño que tanto tú como Olivia os hicisteis, pero si continúas envenenándote por aquello que no puedes cambiar, perderás la oportunidad de vivir un futuro pleno junto a la familia que ya tienes. Tu hijo acaba de empezar a vivir, no dejes de caminar a su lado solo por mantener tu orgullo intacto.

—Por algo eres mi mejor amigo —le palmeé la espalda antes de abrazarlo.

—Ya sabes dónde encontrar a tu mujer e hijo. Así que vete, y recupéralos.

—Antes de irme, ¿qué ocurrirá contigo? —Solté el pomo de la puerta que no había terminado de abrir y deshice mis pasos hasta estar de nuevo frente a Anderson—. Cabe decir que no voy a continuar con mi intención de cortejar a *mademoiselle* Emily. —Le dejé claro por si aún albergaba algún resquicio de duda.

—Aunque así sea, yo jamás seré una opción para ella —reconoció abatido.

—La amas.

Para mí eso era más que suficiente. Al menos, para ellos.

—Eso no importa. *Mademoiselle* Emily aspira a un caballero de alta cuna como tú, no a este escocés sin modales. ¿Qué tendría yo para ofrecerle a ella?

—Tout ce dont j'ai besoin[3].

Mademoiselle Emily apareció tras la puerta y a pesar de que mi francés estaba oxidado, solo me hizo falta fijarme en el halo resplandeciente que la rodeaba y en la forma que tuvo de caminar hacia Anderson para entender el sentimiento que impulsaba sus pasos.

La forma de contemplarse decía más que ninguna palabra.

La forma de acariciarse sin tan siquiera tocarse tenía más valor que cualquier beso robado en la oscuridad de la noche.

Estaba seguro de ello, porque yo había estado en su lugar. Una vez yo sentí el abrazo reconfortante de un amor sincero y me encaminé hacia la mansión de la vizcondesa Saint Bains con la intención de recuperar lo que no tenía que haber perdido.



Capítulo 24

No llores, querida

Astrid

Siempre consideré que los nervios con regusto a ilusión solo crecían en los estómagos juveniles de incautos ignorantes. No obstante, a mi edad adulta y con un corazón que no sabía el significado de la compasión, me encontraba inmersa en esa agitación nerviosa por el simple hecho de volver a ver a la traicionera de Alice, algo menos de un lustro después de que me escapase de su prisión.

—No es necesario que me acompañe.

La voz de Olivia disolvió los recuerdos de aquella noche en la que dejé paralizada a su madre, por no tener el suficiente valor de acabar con su vida.

Alice siempre había sido la nota discordante de mi melodía infernal.

No había persona en el mundo que más daño me hubiese hecho. Ni siquiera mi hijo, cuando por su afán de sucederme, intentó asesinarme. Me lo esperaba. Si crías un perro de presa, luego no puedes culparle por morderte.

Sin embargo, eso no fue lo que ocurrió con Alice. Ella, aprovechándose de mis sentimientos, me engatusó, me hizo confiar en sus promesas y aceptar sus continuas excusas.

Con el paso de los años, y por decisión propia, me convertí en el monstruo que era ahora, pero Alice nació con el alma podrida. En el fondo, ella, y solo ella, fue la culpable de condenarme a una vida en el inframundo.

Por eso, Olivia tenía razón. No tenía por qué acompañarla a la casa de su hermano para ver a su madre. No le debía nada, pero lo necesitaba. Tenía que enfrentarme una vez más a mi creadora, antes de que tuviese que ajustar cuentas en el más allá.

—Querida, me has repetido la misma cantaleta en más de tres ocasiones desde que montamos en el carruaje. ¿Por qué piensas que mi respuesta será distinta a las veces anteriores?

—Discúlpeme, lady Astrid. Estoy preocupada por su salud. No quiero que, por darme su apoyo, su tos empeore. Mi hermana Annabelle estará a mi lado y según me dijo, también acudirá Arthur Steward y su esposa, amigos comunes de ambos.

—Vaya, no sabía que el antiguo conde Onslow también era amigo tuyo, Olivia.

Miré de soslayo a Mona, sentada a mi lado y frente a Archibald. Supo entender mi advertencia. Debíamos tener cuidado con el abogaducho y su esposa. Violet podría reconocernos de cuando le amenacé sutilmente en el parque con arrebatarle lo que yo misma le había dado; la hija bastarda de su difunto esposo y esa daifa traicionera de Bella.

—En efecto, nos conocemos desde la infancia —continuó diciendo Olivia—. Por lo que estaré bien acompañada.

—Comienzo a pensar, querida, que te preocupa que tu hermano, el duque de Cardington, tome a mal la visita de una igual.

—No, por Dios, ¿cómo podría pensar eso?

Lo pensaba, la leve mueca que levantó su labio la delató. No me preocupaba. Estaba al tanto de que no gozaba de la simpatía del duque de Cardington ni de la díscola de la hermana melliza de Olivia. Y eso que no sabían quién era en realidad. De conocer que era yo quien estaba detrás de lady Astrid Banks, maestra suprema de *Las Descendientes de Eva*, otro gallo cantaría.

Sería gracioso ver su cara de sorpresa al descubrir que esa mujer que tanto habían buscado siempre había estado entre ellos.



Cómo supuse, no fui recibida con alegría en Caven House. Al menos, el duque de Cardington no había regresado todavía a su casa para reunirse con su hermana y solo tuve que soportar el mal disimulado gesto de repulsa de la españolita de su esposa, Minerva Mendoza. Mujer astuta a la par que educada, que pronto se centró en dar la bienvenida a su cuñada y a su sobrino.

Hice la señal a Mona, como acordé con ella antes de montarnos en el carruaje, y esta se escabulló para buscar donde tenían a la inmóvil de Alice.

—En el jardín —me susurró alcanzándome una taza de té de las que estaban sirviendo en la salita de mañana.

—Estate atenta y avísame en cuanto haga su aparición el abogaducho y su esposa.

Mona asintió y con la excusa de usar el aseo, me marché de la salita para ir directa al jardín trasero.

Allí la encontré. Sentada en una mecedora con ruedas y con las piernas cubiertas por una manta en tonalidades malva. Con el cabello recogido en un moño bajo, tenía la mirada fija en la

danza hipnótica de las ramas de un árbol cercano, del que colgaba un columpio antiguo.

—¿Recordando buenos momentos?

Alice ladeó la cabeza todo lo que pudo y vi cómo sus ojos se oscurecían de terror.

—Nunca fue mi intención convertir tu cuerpo en una cárcel. Aunque creo que, por una vez, la suerte ha sido justa contigo. —Me arrodillé ante ella y sostuve sus manos temblorosas entre las mías—. No llores, querida. —Enjugué una de sus lágrimas con el pulgar y después lo llevé a mi boca para saborear el salado regusto de su sufrimiento.

No me agradó. Su dolor nunca me resultó gratificante, por mucho que lo hubiese intentado.

Una brisa revoloteó a nuestro alrededor y jugó con nuestros cabellos, ahora más opacos y canos. El perfume de nuestra piel se entremezcló con el frescor del césped recién cortado y, por un instante, Alice y yo retrocedimos en el tiempo en el que éramos lo más importante, la una para la otra.

Ante mis ojos, cansados de ver en lo que nos habíamos convertido, la lozanía regresó a su rostro. Las arrugas, llenas de errores y fracasos, desaparecieron y volvió a brillar un futuro lleno de posibilidades que, juntas, soñamos recorrer algún día de la mano.

Años después, seguíamos de la mano, pero habiendo malgastado la oportunidad de ser felices.

—¿Sabes de lo único que me arrepiento, Alice? —Tomé su quejido como una incitación a continuar—. Que nunca sabré si tus sentimientos fueron igual de sinceros que los míos. —Más lágrimas fueron su única respuesta—. Si aquella promesa que hicimos, en una noche de luna llena y que plasmamos en nuestra piel, significó algo para ti. —Posé mi mano sobre su corazón, sabiendo el lugar exacto en el que llevaba tatuada la reina de las rosas, pues era el mismo lugar que la llevaba yo—. Te quise de verdad, Alice, como de verdad ahora te odio.

Deposité un suave beso en sus labios antes de levantarme y darme media vuelta. No quise que viera como ahora la que lloraba era yo. Respiré profundo, enclaustrando todos los sentimientos que una vez me hicieron débil, y cuando liberé el aire de mi pecho, volví a ser el monstruo que ella había creado.

—Esta será la última vez que me veas —le dije aún de espaldas, conociéndome lo suficiente como para saber que, de girarme, no tendría fuerzas para continuar con mi cometido—. Voy a desaparecer para siempre —proseguí—, pero antes de hacerlo, quiero que sepas que acabaré con tu ficticio cuento de hadas. No te delataré, puedes estar tranquila, aunque vas a ser testigo de cómo tus hijos y sus amigos se aniquilan entre ellos. Y para que entiendas hasta qué punto estoy hablando en serio, te confesaré una cosa. —Anduve hacia ella y le susurré—: Olivia y tú compartís el mismo pecado. Ahora ella es una asesina al igual que tú. No me des las gracias. Fue un placer empujarle a ello.

Me recogí las faldas con la intención de marcharme, pero en el último segundo cambié de opinión y retrocedí para mirar a Alice una vez más.

—Te liberaré, te lo prometo. Recibirás la atención necesaria para acabar con la catatonía de tu cuerpo, pero no antes de que yo haya culminado mi obra. Solo entonces, podrás moverte y recoger el mismo sufrimiento que sembraste en mí.

—¿¡Madre!?

Olivia salió al porche trasero y descubrió el estado real de su progenitora. El siempre protector, duque de Cardington, se limitó a decirle que Alice no había terminado de recuperarse de un catarro, ocultándole una realidad que no era otra, que su madre no podía moverse más allá de pequeños gestos.

—Parece que nuestro tiempo a solas ha terminado. —Con disimulo le guiñé un ojo a Alice—. Adiós, mi amor, nos veremos en el infierno.

El caos se adueñó del jardín. Olivia corrió hacia su madre y Minerva, y una recién llegada, Annabelle, fueron tras ella, intentando justificar los motivos por los que mantuvieron ocultos el estado real de la duquesa viuda.

—Quédate a vigilarla —le insté a Mona antes de desaparecer sin ser vista, en el mismo momento en el que aparecía el duque de Cardington junto con el abogaducho y su esposa.

«El final está cerca», suspiré una vez me hallé en la protección de mi carruaje.

Sin apartar la vista de la mansión que se desdibujaba según me alejaba, palpé mi cuello en busca del camafeo en el que guardaba una foto de mi hijo difunto junto a la de una joven Alice.

—Adán, pronto culminaré mi venganza y nos reencontraremos. Pronto veremos como aquellos que nos hicieron daño, aquellos que nos enfrentaron, se matan entre ellos. Ese será mi regalo. Sus lágrimas serán la semilla de nuestra felicidad eterna.

Besé su foto y cuando volví a alzar la vista al frente, me encontré un inesperado invitado a la puerta de Heaven House.

Sí, definitivamente, la suerte me sonreía.

¿De qué otra forma podía tomarme la visita inesperada de lord Portman?



Capítulo 25

Vuela, pajarito, vuela.

Astrid

Una larga espera.

No hay tormento mayor, para aquel que ansía respuestas, que ver como el tiempo se alarga insustancialmente hasta empujarlo a la locura.

Y esa fue mi misión durante los treinta minutos que tardé en hacer pasar a lord Portman a la biblioteca de Heaven House.

Conocía de antemano los motivos que le habían traído hasta mi hogar y no era para disfrutar de mi compañía.

La noche anterior, por boca de Mona, supe que mi querido vizconde había descubierto que Archibald era digno hijo suyo. La suerte, de nuevo, jugó a mi favor e hizo que coincidiera con Olivia en el parque.

Era cuestión de tiempo que acudiese a pedir las explicaciones que mi protegida le debía, aunque, cierto es, que supuse que tardaría más en encontrar el valor de hacerlo. Al final, el rumor sobre su cobardía sería eso, un rumor.

Y aquí fue cuando, una vez más, la fortuna estuvo a mi lado, pues Olivia continuaba en la casa de su hermano y yo sería la encargada de resolver, a mi manera, todas las dudas que tuviese mi díscolo invitado.

—No quisiera ser maleducado, vizcondesa, pero no es a usted a quien vine a buscar —dijo el aludido nada más traspasar las puertas dobles que le abrió mi mayordomo.

—Yo también estoy encantada de volver a verle, lord Portman. Por su airado talante, me aventuro a presuponer que ya ha conocido al pequeño Archibald.

—¿Usted sabía que era mi hijo?

Más que preguntar lo afirmó. Directo y conciso. Como me gustaba que fuese un caballero. Lástima que fuese mi oponente. De haber nacido en tiempos parejos, hubiese sido un digno compañero de vida, ya que, haciendo gala a su nombre de pila, lord Portman era un hombre fiero y protector con los suyos.

—¿Una copa?

Sin esperar una respuesta, me acerqué hasta el bar, le serví dos dedos de whisky y mientras colocaba la lágrima rojiza de cristal que cerraba la licorera, mi mirada recayó sobre el especiero circular tallado en madera de sándalo —recuerdo de la India—, con pequeñas rosas que emulaban mi emblema, la reina de las Flores.

«Sería tan fácil acabar con él».

Una pizca del veneno que ocultaba en el especiero y lord Portman caería cuál árbol en mitad de un bosque. Nadie sabría qué le había ocurrido. Nadie dudaría de mí. Puede que mi alter ego, lady Astrid Banks, hubiese perdido su influencia, pero la vizcondesa viuda Saint Bains seguía gozando del beneplácito de la alta sociedad. Todos me creerían al decir que se desplomó de buenas a primeras, bajo mi mirada de espanto.

Tentador, pero indigno de mí. Demasiado rápido e indoloro.

Le llegaría su final y sufriría más. Cada uno de ellos se ahogaría en su propio dolor. La agonía se convertiría en su único sustento y la muerte en el mayor descanso para su alma afligida.

—Lord Portman, lamento que vea en mi discreción un motivo de reproche. —Le ofrecí la copa y dibujé en mi rostro una máscara de fingido pesar—. Yo no soy quién para hablar de la paternidad de Archibald. No obstante, le digo que hasta un ciego vería lo que es tan evidente.

El vizconde bebió por completo el ambarino líquido sin apartar de mi persona el mar embravecido de sus ojos. No se fiaba de mí y hacía bien. Era experta en leer las emociones de los demás y yo sabía cómo azuzar la ira que en su interior pugnaba por liberarse.

—Tiene razón, vizcondesa. —Consiguió decir tras tragarse el whisky junto a su falta de modales—. Usted nada tiene que ver con este asunto, por ello, haga venir a la señora Olivia para que podamos hablar de aquello que usted sabe, pero no quiere reconocer. No me gustaría tener que ir yo mismo a buscarla. —Dejó la copa con un sonoro golpe en la repisa de la chimenea y se acercó a mí, lo que me obligó a alzar la cabeza—. Le aseguro que soy capaz de eso y mucho más.

—No hace falta que me amenace, milord. Puede buscarla por toda la casa, si así gusta, y le garantizo que no la encontrará. La última vez que vi a Olivia fue cuando la dejé en casa de su hermano, el duque de Cardington, junto a vuestro hijo.

Al ver como el vizconde apretaba los puños a su costado, fruncí los labios para evitar la sonrisa que ya los estiraba.

»Estoy al tanto de la mala relación que ahora hay entre el duque y usted —continué—, y me veo en la obligación de advertirle que la intención del que era su amigo no es otra que acoger bajo su tutela a su hermana y sobrino. Ha mostrado su consternación al hecho de que Archibald se vaya a criar sin un padre y lejos de una figura masculina de la que tener un referente.

La mentira era una de mis especialidades.

—¡Nadie salvo mi persona será un referente para ese niño! —bramó exaltado—. Ya me han robado seis años de su vida. No consentiré que nadie más usurpe mi lugar.

El almizclado hedor de la venganza inundó el salón y me mordí el interior de la boca para acallar el gemido de placer que reverberó en mi lengua. Podía escuchar el retumbar loco del corazón del vizconde. Una melodía que pedía ser bailada bajo una luna llena en un mullido prado verde, con los pies descalzos. Al igual que hacía cuando *Las Descendientes de Eva* solo eran un sueño.

«Contente, Astrid».

La victoria estaba cerca, pero los errores del pasado me habían enseñado que la anticipación era una mala consejera.

Aplaqué mi felicidad y me concentré en terminar de agitar el avispero.

—En ese punto estoy de acuerdo con usted, lord Portman. Un hijo necesita de su padre, no a un impostor y mucho menos al que fue su amigo.

—Déjese de subterfugios, vizcondesa. Hable claro. Creo que, al menos, merezco eso.

Entrelacé mi brazo con el del vizconde y le conduje hacia la puerta de la calle por el pasillo lateral, con vistas a los jardines.

—Merece mucho más que sinceridad por mi parte, pero no le diré nada que usted ya no sepa. Al duque de Cardington le encanta interpretar el papel de salvador. Es como ese gato. —Señalé el tejado del ala oeste que se veía desde nuestra posición—. Da igual las veces que se caiga, que siempre lo hará de pie. Da igual los pecados que cometa su viejo amigo, que siempre se le exculpará. ¿Me equivoco?

Como respuesta, el vizconde negó y con la mirada perdida en sus pensamientos, aceptó el sombrero y el bastón que le había traído con sigilo mi mayordomo.

—Lamento haberle importunado, lady Saint Bains. Me retiro en estos momentos para devolverle su paz.

La voz de lord Portman sonó ausente. Estaba muy lejos de allí, preparándose para la batalla que yo misma había iniciado.

—Suerte en su gesta, vizconde. Espero que llegue a tiempo de que no le arrebaten lo que es suyo.

Paladeé esas últimas palabras, al igual que disfruté del rictus contrito de mi inesperado invitado. La rabia que impregnaba su cuerpo fue tal, que mi piel se erizó al ritmo de los gruñidos que contenía en su pecho.

Como un soplo de vida.

Fue una forma de recuperar las fuerzas perdidas.

Un último empujón para culminar mi plan antes de que fuese demasiado tarde para mí.

Pudiste ELEGIR



La verdad



Capítulo 26

¡Cuéntalo todo!

Olivia

No daba crédito a lo que veían mis ojos.

Ese ser inerte, desprovisto de movimiento, no podía ser mi madre.

—¿Ahora lo entiendes? ¿Ahora entiendes por qué ella no pudo enviarte esa carta?

Las palabras de Annabelle me llegaron lejanas. Ni siquiera me percaté de en qué momento había salido al jardín, junto a mi hermano y algunos invitados más.

—¿Desde cuándo está así? —susurré según me arrodillaba frente a la mujer que dejé años atrás, llevando la vitalidad como estandarte y que ahora recogía siendo una mustia rosa, con apenas vida.

—El servicio la encontró a la intemperie, en Renhold Abbey, una madrugada del invierno de hace algo más de cuatro años. El médico cree que tuvo algún tipo de desvanecimiento y el frío la hizo enfermar.

Annabelle tenía razón, la carta que recibí no pudo ser escrita por mi madre. En el estado en el que se encontraba era imposible.

—¿Y por qué no habla? ¿Por qué no se mueve? —sollocé al percatarme de cómo mi progenitora intentaba pronunciar palabras que sus labios se negaban a emitir.

—Hemos acudido a los mejores especialistas del país. Hasta Robert envió a una eminencia de doctor que conoció en Alemania, pero ninguno sabe decirnos los motivos de su estado. Solo nos emplazan a tener esperanza de que un día vuelva a la normalidad.

—Debisteis avisarme de su estado. Habría regresado mucho antes.

—Justo por eso no lo hicimos. Tú tenías una vida estable en Nueva York y de nada hubiese servido tu regreso.

Con su intervención, Marcus transformó mi pena en ira.

—¿Y supongo que esa decisión la tomaste tú, hermano?

—Por supuesto, es mi deber velar por esta familia.

—¡Qué loable por tu parte! —lo enfrenté—. Lástima que yo no forme parte de esa familia a la que has de cuidar.

—Olivia, solo pensamos en lo que sería mejor para ti. Ya bastante doloroso te resultaba estar lejos de nosotros, para encima saber que vuestra madre estaba en este estado —intercedió su esposa.

—Tenía alguna esperanza puesta en ti, Minerva —dije mirando con asco cómo cogía del brazo a Marcus, mostrándole su apoyo incondicional—. No obstante, veo que tu amistad era igual de falsa que el amor que mi hermano juraba profesarme.

—Olivia, ¿qué estás insinuando? —Annabelle se puso frente a mí y me sujetó de los hombros.

—Muy sencillo, hermana. Si madre no pudo escribir esa carta, solo pudo hacerlo el otro destinatario que recibió una idéntica.

—¿Sugieres que fue Marcus quien lo hizo? —Annabelle balbuceó, pero por la forma en la que miró a nuestro hermano, adiviné que ella ya había pensado en esa posibilidad.

—Él o Minerva falsificaron la letra de madre —afirmé con seguridad—. A nadie más, salvo a ellos, les pedí ayuda.

—¡Te abro las puertas de mi casa y osas acusar a mi esposa y a mí de falsificar no sé qué carta!

El bramido de Marcus espantó a varios pájaros que anidaban en el gran árbol del jardín. Y no solo esos animalillos se asustaron. Mi madre comenzó a emitir quejidos a la vez que movía los brazos de forma espasmódica.

Annabelle y Minerva corrieron a su lado y con palabras suaves, intentaron calmarla. Sin embargo, yo me quedé parada, sin saber qué hacer o decir para poder ayudar a esa extraña en la que se había convertido mi progenitora.

—Iré a por un poco de agua —se ofreció Mona, que no se había separado de mi lado en cuanto mi hermano hizo acto de presencia. No tardó ni un minuto en regresar—. Duquesa —le entregó una taza a mi cuñada—, que se lo tome todo. Le sentará bien.

—Será mejor que continuemos hablando en el despacho. Aquí hay demasiados oídos sensibles

para escuchar esta conversación tan bronca. —Annabelle señaló a mi hijo, que jugaba con mis sobrinos.

—Yo me quedaré a vigilarlos. —Mona hizo una ligera genuflexión y se fue hacia el corrillo que formaban los niños.

—Yo también me quedo —apuntó Violet, la esposa de Arthur, antes de seguir los pasos de mi amiga con la mirada fija en su espalda.

Nosotros hicimos lo propio. Annabelle entrelazó su mano con la mía, en una muestra de apoyo, y ambas fuimos detrás de mi hermano, su esposa y un Arthur incómodo por encontrarse en medio de dos amigos.

Fui la primera en entrar en la biblioteca y la primera en quedarse parada frente al recoveco que había tras la puerta. Una marca negruzca en la moldura de madera de roble llamó mi atención.

Media sonrisa se dibujó en mi cara, mientras con dedos temblorosos acariciaba el tablero dañado. Cerré los ojos y los sonidos del pasado, que guardaba la casa en la que había crecido, me inundaron por completo.

Fuimos tan felices.

—Le dijiste a madre que fuiste tú quien prendió la madera de la pared.

Mi hermano habló a mi espalda y sentí su voz bañada de la misma nostalgia que me abrazaba a mí.

—Tuve que romper mi lámpara de aceite preferida para que me creyese —le recordé sin hostilidad. Estaba cansada de tanta batalla.

—Me protegiste —puntualizó él, situándose a mi lado—. Pudiste decirle la verdad, contarle que desobedecí a padre y que jugué con sus cerillas, pero no lo hiciste.

—Soy tu hermana. Era mi obligación protegerte y a mí no me importaba quedarme sin postre una semana.

Marcus me acarició el antebrazo y me giró hacia él.

—Siempre has cuidado de mí, Olivia.

—Y de mí —añadió Annabelle acercándose a nosotros. Y como hacíamos en la infancia, entrelazamos nuestras manos formando un triángulo perfecto.

Los ojos de Marcus ya no se me antojaron tan fríos y oscuros. En ese momento, vi en él al hermano que tanto había extrañado.

—Cuando padre murió y la pena no dejaba que madre se levantase de la cama, fuiste tú la que se ocupó de organizar su funeral y la que me ayudó a cumplir un papel que nunca quise —dijo él con la garganta atascada de emoción—. Tú hubieses sido mejor duquesa de lo que yo jamás seré duque.

—Qué equivocado estás. —Solté su mano y le acaricié la barbilla como tantas veces había hecho en el pasado—. Cuando te miro, veo a padre en ti y quizá por eso tu rechazo me partió el corazón.

—Hermana, he cometido muchos pecados en la vida, más de los que me gustaría admitir, pero jamás rechazaría a la que ha sido como una madre para mí.

Lo creí, mi corazón me dijo que no mentía.

Un aplauso se escuchó al otro lado de la puerta y la magia del momento se evaporó con cada sonido hueco.

—Hay que reconocer que como actor no tienes parangón, viejo amigo.

Si había a una persona a la que no me esperaba ver allí, esa era Leo o, para ser más exactos, a su versión más aristocrática, lord Portman. Nunca le había visto usar un porte tan altivo.

—No creo que este sea el momento adecuado para arreglar vuestras diferencias. —Arthur se

interpuso delante de Leo, impidiéndole ejecutar su deseo de adentrarse más en la biblioteca.

—¿Y quién ha dicho que mi intención sea arreglar algo? —Sorteó a Arthur y comenzó a girar alrededor de Marcus y de mí—. Si he venido hasta aquí es para aprovechar la oportunidad de que estamos todos reunidos y aclarar ciertos asuntos de vital importancia.

—Yo no tengo nada que aclarar contigo y menos delante de mi familia. —Alcé el mentón fingiendo que su presencia no convertía mis piernas en endebles juncos.

—Por supuesto que tenemos un asunto que resolver entre ambos, pero cierto es que la crianza de nuestro hijo será un tema que trataremos en privado.

—¿Lo sabe? —susurró Annabelle a mi lado y yo asentí sin apartar la mirada de Leo.

—Te lo dije. —Escuché como Minerva se dirigía a mi hermano.

—¿Vuestro? —graznó Arthur, que apenas había visto a Archibald unos segundos y de lejos—. Leo, ¿su hijo es tu hijo? —Nos señaló incrédulo.

—En efecto —afirmó rotundo—. Y es por eso, por lo que me veo en la obligación de entrometerme en vuestra reunión familiar. Pues solo quiero avisarte, querido amigo —se dirigió a Marcus—, que no vas a ocupar un lugar que no te pertenece. Archibald ya tiene un padre y ese soy yo.

—¿Es eso cierto, Olivia?

No respondí a mi hermano, la vergüenza me enmudeció y, en ese momento, odié más si cabe a Leo por exponerme de esa forma delante de mis seres queridos.

—Ya veo —continuó leyendo la verdad en mis ojos—. ¿Un bastardo, hermana? De verdad has caído en algo tan inmoral.

Leo se anticipó a mi réplica y cogió a Marcus por el pañuelo que rodeaba su cuello y lo empotró contra la estantería que había a su espalda.

—Vuelve a referirte de esa manera a mi hijo o a ofender a Olivia delante de mi persona y olvidaré que una vez te consideré como a un hermano.

—Un amigo de verdad no hubiese mancillado de esa forma a mi hermana —masculló Marcus mientras intentaba deshacerse sin éxito del férreo agarre de Leo.

—Un amigo de verdad no me hubiese impedido casarme con el amor de mi vida, solo por puro egoísmo.

—¡Basta ya! Comportaros como caballeros y no como animales. Estáis delante de unas damas.

Arthur los separó y aún sumida en una neblina de bochorno y estupefacción, me situé entre ellos.

—¿De qué te está acusando, hermano?

—Díselo, Marcus —exigió Leo—. Actúa como un hombre por una vez en tu vida y confiésale a Olivia que fuiste tú quien impidió nuestra boda.

El corazón me dejó de latir, el aire se atascó en mi pecho y pesadas lágrimas enturbiaron la imagen de mi hermano con la cabeza gacha. Lo conocía lo suficiente como para saber que ese gesto significaba que Leo decía la verdad.

—¿Por qué, hermano? ¿Por qué hiciste eso?

—¡Porque no era lo suficiente bueno para ti, Olivia! —dijo como si esa explicación fuese suficiente—. Su padre lo había amenazado con desheredarle si persistía en su intención de abrir un estudio de arquitectura, como así hizo. Estaba en boca de todos y no quise ese futuro para ti.

—No quisiste ese futuro para mí —reproduje sus palabras sin dar crédito a su significado.

—Solo quise protegerte.

—¿A mí o a ti, Marcus? —estallé.

—A ti, por supuesto. —Quiso acercarse a mí y yo me alejé.

—Mientes —grazné dándole la espalda, mientras imágenes de mi pasado se ordenaban otorgándome una nueva perspectiva de todo lo que ocurrió tantos años atrás—. No fue un acto de amor lo que te movió a intervenir, sino uno de puro egoísmo. Pues fueron los celos los que hablaron por ti.

—Desvarías en tus suposiciones. —Quiso defenderse Marcus.

—Siempre acusé a Leo de ser un cobarde cuando tú eras el peor de los dos —continué esta vez frente a mi hermano, soportándole la mirada—. Él siguió sus sueños, mientras que tú los dejaste escapar, y separarnos fue tu forma de vengarte.

—¡No los dejé escapar, me los arrebataron! —me increpó iracundo—. Tuve que hacerme cargo del ducado. Era mi responsabilidad.

—¿Y me hiciste pagar a mí por ese hecho? —respondí igual de airada que él—. Me has arruinado la vida. Por tu culpa me casé con un monstruo.

«Por tu culpa me convertí en una asesina», me derrumbé en mi interior y la certeza de que toda la pesadilla que había vivido podría haberse evitado, provocó que risas histéricas saliesen a borbotones de mi garganta.

—Por favor, Olivia, cálmate —me pidió Annabelle a la vez que me obligaba a sentarme en una silla cercana donde comencé a respirar de forma agitada.

—Marcus se equivocó. —Se acercó Minerva con un abanico en la mano—. Hasta yo, como su devota esposa, soy capaz de apreciar el daño que os causó a los dos, pero no es tarde. Vuestro amor ha sido tan fuerte que ha germinado a pesar de los inconvenientes. Tenéis un hijo y todo un futuro para ser felices.

—¿Inconvenientes, Minerva? —ironicé—. Lo que tú llamas inconvenientes son años de mi vida que no recuperaré, dolor que jamás borraré y pecados imposibles de expiar —acabé diciendo en un susurro solo audible para mí—. Te odio. —Alcé la cabeza buscando a mi hermano—. Te odio con todo mi corazón y a ti también. —Giré la cabeza para mirar a Leo y sin fuerza, me levanté y caminé hacia ellos—. Tan culpable es Marcus como lo eres tú. Pudiste elegir. —Hundí mi dedo en su pecho—. Pudiste no hacer caso a los ruegos de mi hermano y sí hacerlos a los míos. Pudiste elegir, ¡y no me elegiste a mí! —grité dejando que el dolor me arrasara y que fueran sus brazos los que me sostuvieran.

—Te elegí a ti, mi Julieta. Te busqué en el otro lado del mundo y me rechazaste. ¿No lo recuerdas?

Su pregunta se entremezcló con mis sollozos.

—Lo que recuerdo es que tardaste tres años en ir a buscarme y cuando lo hiciste, no supiste ver la pesadilla en la que estaba inmersa. —Lo golpeé sin fuerzas—. Te bastó muy poco para rendirte, para dejar de luchar por mí. Te bastó muy poco para cambiar tu amor por odio.

—¡Cuéntalo todo! —le exigió Leo a mi hermano, sin dejar de abrazarme.

Un suspiro dio comienzo a su confesión.

—Leo vino a verme después de visitarte en Nueva York —Marcus dijo a media voz—. Me contó sus intenciones y me rogó que hablase contigo, que te escribiese una carta para asegurarte que te daría mi apoyo en el caso de que decidieses abandonar a Edward.

—Te negaste —aventuré sin riesgo a equivocarme.

—¿Dime que no hiciste eso, esposo? —le urgió saber Minerva.

—Mira cómo está madre. Cualquier disgusto podría matarla.

—Te diría que me sorprende tu poca humanidad, hermano, pero no es así. —Me deshice del abrazo de Leo antes de que fuese más complicado alejarme del calor reconfortante de su piel—. Tus actos solo confirman mis sospechas. Fuiste tú quien suplantó a madre.

—No sé de qué me estás hablando.

Leo tenía razón. Marcus era un gran actor y casi logró convencerme de que no sabía de lo que le estaba acusando.

—Antes de que Leo hablase contigo, tú ya sabías mi situación. Yo misma te pedí auxilio. En una carta te narré lo desgraciada que era en mi matrimonio y te supliqué amparo. Como respuesta, me devolviste la carta y días después recibí una de madre, que ahora sé que escribiste tú.

—¿Te pidió ayuda y se la negaste? —bramó Leo, agarrándole de nuevo por el cuello—. ¿Qué tipo de hombre eres?

—¡No sé de qué cartas me hablas!

—De estas.

Saqué los sobres de mi bolso de mano y lo dejé con un golpe seco sobre la mesa del despacho.

—Te juro por la vida de mis hijos, que no recibí ninguna de estas cartas. —Marcus se deshizo de Leo y caminó hacia mí—. Llevábamos sin tener noticias tuyas desde las navidades de hace cuatro años. De haber sabido de tu sufrimiento, yo mismo habría ido a buscarte. —Tras un largo suspiro nos miró a Leo y a mí y continuó—. Lo siento. Lo hice mal y ojalá pudiera cambiar los errores del pasado, pero no puedo. Lo único que está en mi mano es apoyaros a partir de este momento en las decisiones que toméis como pareja.

—¿Cómo pareja? Llegas tarde, hermano. Aquí el honorable vizconde ya me ha olvidado. Ahora está cortejando a una dama francesa que hospeda en su casa. No tardarán en comprometerse.

—Olivia… —siseó el aludido.

Ignoré su advertencia velada y, a cambio, le regalé una reverencia que terminó por romper lo poco que quedaba entre nosotros.

—Lord Portman, déjeme que sea la primera en felicitarle y en desearle la mayor de las dichas en su matrimonio.

—¿Es eso cierto? —intervino Marcus ofendido por la idea de que su antiguo amigo no fuese a cumplir con la obligación que había contraído conmigo y con su vástago.

Como esperaba, mi confesión provocó un nuevo enfrentamiento entre ambos. Momento que aproveché para salir presurosa de la biblioteca y encaminarme hacia el jardín.

—¿Todo va bien, Olivia?

No recordaba que Violet también estaba allí y tampoco tenía intención de darle más explicaciones de las necesarias. Luego se encargaría su marido de hacerlo.

—Sí, sí, pero ya se nos ha hecho tarde —me excusé y cogí a mi hijo de la mano—. Nos vamos —le dije a Mona.

—Con permiso —se despidió ella.

—Mona —la llamó Violet cuando nos estábamos alejando—, tengo la sensación de que nos hemos visto antes.

—Lo dudo mucho —respondí yo en su lugar, con la necesidad imperiosa de marcharme de esa casa. Necesitaba respirar y en ese lugar era imposible hacerlo.

—De habernos visto, la recordaría, señora. —Mona fue mucho más educada que yo—. Será que tengo una cara muy común.

—Será —dijo Violet y nos dejó marchar.

Frené mi huida al llegar a la altura de mi madre y sin intentar contener las lágrimas que ya surcaban mis mejillas, me arrodillé ante ella y le rogué por un perdón que no merecía. Luego de darle un beso, me marché…

Huyendo de Leo.
De la vida que podríamos haber tenido.
Pero, sobre todo, de los pecados que jamás me habría visto obligada a cometer.



Capítulo 27

Algo más que eso

Mona

Yo no celebraba la muerte, pues no creía en ella. En cambio, sí me gustaba festejar el nacimiento que daba paso a una nueva vida. Por eso, aquel día en el que mi amado hubiese cumplido veintiocho años, acudí al cementerio para estar junto a él.

En realidad, siempre que podía escaparme de Heaven House, pasaba mis tardes en ese lugar, conversando con el hombre que entregó su vida para salvar mi alma. Como si yo tuviera de eso.

Al entrar en el camposanto, me cubrí la cabeza con la capucha, por miedo a que alguien me reconociese como parte del servicio de la vizcondesa y le fuese con el cotilleo. Nadie sabía que acudía a ese lugar, ni siquiera Olivia estaba al tanto. Era mi secreto, como secreto fue lo que ocurrió aquella noche en el puerto de Londres, donde perdí a Ronald para siempre.

—¿Qué ha dicho la maestra? ¿Le has entregado el libro?

No había terminado de descender por la escalinata del barco cuando Ronald ya me estaba avasallando con sus preguntas. Estaba nervioso y no solo por sus padres, que habían sido retenidos por lady Astrid Banks hasta que él cumpliese con su parte del trato. Conseguir el libro ceremonial, su copia y, de paso, acabar con la vida de Violet.

Eso último fue lo que más pesó sobre su ánimo. Yo aún recordaba mi primer asesinato. Y es que, cuando arrebatas la vida a otra persona, hay un antes y un después. Es inevitable que con esa muerte también algo muera en ti. Yo lo vi en el color apagado de sus ojos y en el blanquecino tono de su piel.

—Lo siento —le dije sin contestar a ninguna de sus preguntas—. Nunca debí dejar que te involucraras en Las Descendientes de Eva.

—¿Acaso tuve elección?

Cierto es que ninguno de los súbditos de la maestra elegía por voluntad propia pertenecer a su grupo de esbirros. Ella te seleccionaba y te obligaba a seguirla, quisieses o no.

Pero él no. Ronald tuvo una opción que desaprovechó por mi culpa.

—Debiste hacerme caso y contarle al conde lo ocurrido. Ellos te aprecian, te habrían ayudado a liberar a tus padres. Yo te dije dónde los tenían retenidos.

—¿Y qué hubiese pasado contigo? No podía perderte.

Sus manos rodearon mi cintura y deseé poder besarlo sin miedo a que la maestra nos viese.

—Te aseguro que no merezco tu sacrificio —reconocí apenada—. Fuimos unos idiotas al pensar que podríamos estar juntos.

—¿Se lo has preguntado ya? —Quiso saber Ronald—. ¿Puedo ir con vosotras a Nueva York?

Negué con la cabeza.

—Liberará a tus padres, pero no quiere dejar ningún cabo suelto.

Las lágrimas que comenzaron a correr libres por mis mejillas dijeron todo lo que callaba.

—Yo soy un cabo suelto.

—Me ha pedido que acabe contigo. —Entre sollozos, le enseñé la daga que ocultaba bajo la capa.

—¿Y lo harás? —Sus dedos borraron el rastro de humedad de mi cara y me apoyé en la palma de su mano, sabiendo que solo había una única respuesta para esa pregunta.

—Jamás podría hacerte daño. —Besé la muñeca de Ronald antes de posar la daga en su mano—. Cógela y vete. Huye lejos. Viaja al norte. En Escocia estarás seguro.

—¿Y qué ocurrirá contigo?

—Tú no te preocupes por eso. Estaré bien.

—Mientes, lo veo en tus ojos.

—Ronald, ambos sabemos que soy una mala persona. —Intenté apelar a su razón.

—No lo eres. —Silenció mis reproches, apoderándose de mis labios con la desesperación de saber que ese podía ser nuestro último beso—. No lo eres —repitió.

—Lo soy, pero tu amor me cambió —reconocí en un susurro en su boca—. Los últimos meses a tu lado han sido un regalo que no merecía vivir.

—Un regalo que no tiene por qué terminar. —Una chispa de esperanza iluminó su rostro y tiró de mí—. ¡Vayámonos juntos, mi amor! Al norte, donde no nos encuentre.

—Ojalá eso fuese una posibilidad —le solté y di un paso atrás—. Los tentáculos de la maestra llegan a sitios inimaginables. Me encontrará y entonces acabará con tu vida por el mero placer de verme sufrir. No puedo permitir eso y con gusto daré mi vida por la tuya.

—Lo mismo digo —proclamó y con un movimiento brusco, enterró la daga en lo más profundo de su abdomen.

—¡No, no, no! ¿Qué has hecho? —Ronald se desplomó y yo caí de rodillas junto a él—. Por favor, no te vayas —supliqué contra sus labios en un deseo de insuflarle la vida que se escapaba a borbotones de su cuerpo.

Un ahogado «te quiero» fue lo último que susurró antes de cerrar los ojos y dejarme abandonada en un mundo que perdió todo sentido para mí.

Fue en ese momento cuando la admiración que siempre le tuve a lady Astrid Banks se transformó en odio. La lealtad, que le profesaba, se diluyó y dejó paso a un futuro en el que solo cabía la venganza.

Acabaría con todo aquel que hubiese contribuido a la muerte de Ronald y me reservaría lo mejor para el final. Yo misma sería mi último sacrificio, pero antes debía redimir cada uno de mis pecados.

—Feliz cumpleaños, mi amor. —Me arrodillé ante la tumba de Ronald y con uno de los trapos que tenía guardado dentro de uno de los jarrones con flores, comencé a limpiar la fría piedra que cubría el ataúd de mi amado—. Hoy estarías muy orgulloso de mí. He tomado una decisión. Voy a ayudar a la madre de Olivia, el último juguete de la maestra, o al menos así lo espero. Sigo intentando cambiar, pero llevo tanto tiempo haciendo el mal que me cuesta encontrar el camino recto entre tantos atajos que he tomado. —Suspiré y me dejé caer derrotada sobre la pulida lápida —. Cuando dudo, pienso en ti y en lo que siempre me decías.

«Tu corazón no está muerto, solo moribundo y si dejas que la gente buena se acerque a ti y te quiera, comenzará a latir con brío».

—Tú hiciste que latiese de nuevo, la venganza lo mantuvo con vida tras tu ausencia y la redención me está empujando hacia el capítulo final. Iré al infierno. No merezco la salvación —reconocí convencida de ello—. Aunque tengo esperanzas de que con esta buena obra me gane un sitio a tu lado en la otra vida y nos permitan amarnos cómo no pudimos hacer en esta.

El crujir de la gravilla me avisó de que ya no estaba sola.

—Sabía que te había visto antes. —Escuché decir a mi espalda y supe enseguida quién era—. Nos conocimos en el orfanato. Tú me trajiste a mi hija y también eras la doncella que acompañabas a lady Astrid Banks cuando me amenazó en el parque.

Me levanté de un salto y me giré empuñando el pequeño revólver que siempre llevaba conmigo.

—¿Qué hace aquí? —le exigí saber a la esposa del anterior conde Onslow.

—Eso debería preguntarte yo a ti, Mona, ¿verdad?

Violet caminó sin importarle que la estuviese apuntando con un arma y dejó un ramo de flores sobre la tumba de Ronald.

—He preguntado yo primero —gruñí en un intento por parecer más peligrosa de lo que era en realidad.

—Creo que he venido a lo mismo que tú. Quería acompañar a un amigo en el día de su cumpleaños.

—A Ronald le hubiese gustado saber que al final consiguió sobrevivir. —Quise que lo supiese con el deseo de limpiar la memoria de mi amado.

—Te creo. Sé que nunca estuvo en su voluntad hacerme daño.

—Al igual que en la mía tampoco, se lo aseguro. Así que, por favor, no me obligue a ello.

—No es esa mi intención, Mona. Soy inofensiva. —Violet alzó las manos en son de paz.

—Puede que usted no suponga un peligro para mí, pero yo sí para usted. Todos los que se acercan a mí acaban sufriendo. —Esa certeza me quebró la voz—. Fíjese en Ronald. Murió por mi culpa, por intentar salvarme.

—Entonces honra su memoria —me pidió con una ternura inmensa, mientras se acercaba a mí, sin prestar atención al arma que temblaba en mi mano—. Entrégala, Mona. Dime dónde se esconde lady Astrid Banks y la muerte de Ronald no habrá sido en balde.

—No lo entiende. —La angustia salió de mi cuerpo en forma de carcajadas que se asemejaban más al lamento de un animal herido—. La maestra nunca se ha escondido. Siempre ha estado entre vosotros y ni siquiera os habéis dado cuenta —continué riéndome—. ¿De qué otra forma estaría yo el otro día en la casa del excelentísimo duque de Cardington? Ya me vio, soy su doncella, su mano derecha. Nunca he ido a ningún sitio sin ella, al igual que nunca he servido a otra persona.

—Me estás queriendo decir que…

Noté el momento exacto en el que la verdad se reveló ante los ojos de Violet.

—Lady Astrid Banks es uno de los vuestros. Es la vizcondesa Saint Bains y poco se puede hacer contra ella. —Me adelanté a sus palabras.

—Por Dios santo. —Se llevó una mano a la boca—. ¿Y Olivia? ¿Sabe ella con quién está viviendo? —Negué—. Acompáñame, Mona, buscaremos ayuda. —Me apresuró—. Tenemos que ir a salvarla.

Volví a negar y me alejé de ella, encañonándola.

—No iré a ningún sitio con usted.

—Pero ¿por qué? Yo te vi junto a Olivia. Vi cómo mirabas a su hijo. Los quieres.

—También quería a Ronald y, ¡mire dónde ha terminado! —Señalé la tumba con el revólver.

—Mona, por favor.

Anduve hacia atrás y después de mirar una última vez la cama de piedra donde yacía mi amado, hice un último sacrificio por él.

—Nunca lo destruí —dije sin especificar el qué—. Busque bajo el jarrón rectangular. Allí hallará la copia del libro ceremonial. Es lo último que puedo hacer por ustedes.

Me marché corriendo de ese lugar y al llegar a Heaven House seguía con el corazón latiendo desbocado. Había soñado tantas veces con el final de la vizcondesa que sentimientos encontrados se pugnaron por hacerse con el control de mi estado de ánimo.

La lealtad luchaba contra la justicia.

Durante años había adorado a la maestra. Ella me salvó de la miseria de las calles de Bombay. Me formó, me dio un objetivo en la vida y fui su fiel escudera. Quizá por ello, acabé en la puerta de su dormitorio.

Toqué dos veces y ella me hizo pasar.

—¿Qué se te ofrece, Mona? ¿Ya ha regresado Olivia?

—No, maestra. Sigue en el teatro con su cuñado y el niño lo está cuidando una de las doncellas.

—¿Por qué no lo estás haciendo tú? —me recriminó—. Tu misión es no separarte de ellos. Cualquier información o detalle puede ser de suma importancia.

—¿Y todo para qué, maestra?

—¿Cómo que para qué? ¡Qué pregunta más estúpida, Mona! Para destruir al duquecito y sus entrometidos amigos. Ellos acabaron con nuestro jardín del Edén, ¿no lo recuerdas? —Un ataque

de tos la interrumpió y se vio en la necesidad de sentarse.

—Claro que lo recuerdo. Fui yo quien la sacó de ese lugar, después de que su hijo le disparase.

—Es cierto, y nunca te lo he agradecido hasta ahora, Mona. No me equivoqué contigo al elegirte mi segunda.

—Fueron buenos tiempos que ahora parecen muy lejanos, ¿no cree?

—¿Estás bien? Te noto muy críptica esta noche. —La vizcondesa se levantó del sofá orejero, con ayuda de su bastón, y anduvo hacia mí, examinándome de la cabeza a los pies—. Llevas puesta la capa. No me habías avisado de que salías. ¿De dónde vienes?

—Lo importante no es de donde venimos, sino dónde vamos y yo quiero volver a casa. Regresemos a la India. Esta misma noche. Olvidémonos de esta ciudad y empecemos de cero —le supliqué, conocedora de que el tiempo se nos acababa. Violet no tardaría en contar lo que había descubierto.

—Muchacha, ¿qué se me ha perdido a mí en ese lugar?

Su risa terminó de romper el último cordel que me uní a ella.

—Me lo prometió —le recordé—. Me dijo que una vez consiguiese culminar su venganza, regresaríamos a Bombay.

—Exacto, tú misma lo has dicho. Una vez culmine mi venganza. Y después de que el duque y sus amigos reciban su merecido, hay una lista larga de traidores que deberán pagar por haber dado de lado a *Las Descendientes de Eva*.

—Nunca estará satisfecha, ¿verdad, maestra? Dejará que el odio y el rencor ocupen hasta el último día de su vida.

—Es lo que soy, lo que somos —puntualizó.

—Me gustaría pensar que somos algo más que eso. Al menos, yo aspiro a serlo —terminé diciendo en un susurro tras el cual nos quedamos mirándonos en silencio—. Buenas noches —murmuré al cabo de lo que me pareció una eternidad y las dos supimos que ese momento era algo más que una simple despedida.

—Mona —me llamó y me quedé quieta, con la mano en el pomo de la puerta—, los buenos sentimientos nos hacen débiles. Nunca lo olvides.

—También nos hacen humanos.

Y ella hacía mucho que dejó de serlo.

Su alma, si es que alguna vez tuvo, estaba tan podrida que poco se podía salvar de ella. No tenía corazón y cuando el duque y sus amigos descubriesen quién era en realidad, sería inútil apelar a una bondad de la que carecía.

Violet no tardaría en contárselo y tenía claro que, de verse amenazada, lady Astrid Banks usaría a todo aquel que tuviese a su alcance para protegerse. Eso incluía a Olivia y Archibald.

Por eso, los pondría a salvo.

Los sacaría de aquí antes de que se desatase la guerra.

Antes de que acabasen formando parte de la lista de damnificados de la maestra.



Capítulo 28

A madera y sal

Olivia

—Respira despacio.

El susurro de Martin apenas caló en el caos que se había desatado en mi interior. Acudir al teatro aquella noche fue un auténtico error.

—No puedo —grazné con la mano sobre el corpiño de mi vestido de gala de un tono verde esmeralda que, al igual que la piedra preciosa, resplandecía bajo la luz de las lámparas de araña.

—Déjame a mí. Yo te refresco.

Cogió mi abanico de encaje que colgaba de mi mano derecha y comenzó a agitar con fuerza el aire, para asombro de todos los espectadores que, como nosotros, estábamos sentados en la platea del Theatre Royal, disfrutando de *Lucia di Lammermoor*.

Poco me importaba que un grupo de extraños nos mirasen con curiosidad. Lo que en realidad me atormentaba era el conocido que me observaba desde la altura de su palco.

—¡Qué mala suerte! Leo tenía que elegir esta noche y no otra para acudir al teatro —me lamenté mientras me aseguraba que el encaje de color crema que ribeteaba el escote *Bertha* de mi vestido seguía tapando la totalidad de mi pecho. El escrutinio al que me estaba sometiendo me hacía sentir desnuda ante él. Sus ojos tenían el mismo efecto que la más diestra de las caricias y me prendían la piel allá donde se posasen.

—Yo diría que más que mala suerte, es el destino. Y no es por desmerecerte, Olivia, pero más quisiera yo que el devenir pusiera en mi camino hombres de la categoría de lord Portman —confesó tapándose la boca con el abanico para que solo yo lo escuchase.

Ambos nos reímos de su impertinencia, lo que provocó que los espectadores cercanos nos dedicaran miradas desdeñosas.

—Gracias —le dije a la vez que le apretaba con cariño el antebrazo. Conocía a Martin lo suficiente como para saber que su intención no era otra que distraerme.

—No hay por qué darlas y en cuanto a lord Portman, estate tranquila. Hemos conseguido evitar que se acercase a ti en los dos últimos descansos y haremos lo mismo en el próximo. En cuanto termine el tercer acto nos escabullimos a la parte del foyer más cercana a la entrada del teatro. Tú solo mantente alejada de las zonas próximas a los palcos y estarás a salvo. No se atreverá a asaltarte delante de tanta gente.

—No sabes de lo que es capaz. Si hubiese querido acercarse a mí, ya lo habría hecho.

Y esa certeza cayó sobre mi ánimo como si se tratase de una losa pesada de decepción.

—Querida, puede que me falte virilidad para estar a la altura de lord Portman, pero hasta un ciego se habría dado cuenta de que no ha apartado los ojos de ti durante toda la noche —aseguró Martin a la vez que alzaba las cejas de forma insinuante—. Si no se ha acercado todavía es porque no ha encontrado la oportunidad adecuada.

—O puede que sea la compañía quien le impida hacerlo.

Ambos alzamos la vista y nos fijamos en la bella dama de tirabuzones rubios que estaba sentada entre Leo y su socio, Anderson.

—No tienes nada por lo que envidiarla.

El bochorno de saber que Martin mentía brotó en mis mejillas enrojeciéndolas al instante.

—Por favor, cuñado, te agradezco tu apoyo, pero su lista de bondades es interminable. Empezando por una juventud de la que yo carezco con mis veintiocho años y terminando por un pasado sin mácula. No como mi persona. Una viuda, con un hijo a su cargo y viviendo de la caridad de una conocida que ni siquiera es familia suya. —Durante unos segundos guardé silencio por miedo a que la bola de dolor que sentía al inicio de la garganta se rompiese, dando origen a un llanto difícil de controlar, como me había ocurrido en los últimos días. Para ser exactos, cada vez que recordaba como los dos hombres que más había querido en mi vida eran los culpables de mi situación actual. A su manera, cada uno jugó a ser Dios, decidiendo mi destino a su antojo y capricho. Aseguraban velar por mí, pero Marcus y Leo, simplemente, se preocuparon por sus intereses, como seguía haciendo este último—. Tu querido lord Portman solo tiene un asunto que solucionar conmigo y tiene el nombre de Archibald. No dejaré que me lo arrebate, Martin. No estoy dispuesta a perderle a él también —dije con la mirada puesta en el

escenario, donde la expresión de la soprano tenía que ser muy similar a la que lucía yo en ese momento.

Ambas, ella interpretando a la protagonista de la obra, Lucía, y yo, encarnando mi propio personaje, habíamos sido traicionadas por nuestros hermanos. Nos engañaron. Nos hicieron creer que nuestro amor no era correspondido. En su caso para defender a su clan, en el mío, para proteger a la familia o, mejor dicho, el ego malherido de Marcus. Excusas que jamás justificarían el daño que nos causaron y que, en ese momento, caía en forma de densas lágrimas.

No obstante, había una gran diferencia entre las dos. Lucía tenía por única compañía a la demencia que no tardaría en ser su dueña. En cambio, yo tenía un pequeño al que cuidar y por él que me enfrentaría a quien hiciese falta.

—Entiendo tu miedo, Olivia. —Martin posó su mano sobre la mía, calmando el temblor de mis dedos—. Sin embargo, debes pensar en lo mejor para el niño y, a pesar de todo, lord Portman parece un buen hombre.

—Lo es, sin duda, lo es. —«Pero yo no».

Alcé la cabeza y miré a Leo una vez más, intentando adivinar sus intenciones en los ángulos cincelados de su rostro. Mas sus labios solo me hablaron de besos olvidados y sus ojos fulguraron con una clara advertencia; mis días de evitarlo habían llegado a su fin.

No estaba preparada y me sumí en la misma desesperación que vibraba en la garganta de la soprano. Lucía, tras ser obligada a casarse con quien no amaba, apareció en el escenario con su vestido de novia cubierto de sangre y en la mano, el puñal con el que había puesto fin a la vida de su esposo, en su noche de bodas.

El corazón martilleó contra mi pecho, siendo yo la que tenía las manos manchadas de sangre y no ella. El teatro se difuminó y un nuevo escenario se proyectó ante mí. Uno que conocía a la perfección. Los ruidos de las calles de Nueva York silenciaron a la orquesta, y en mitad del salón de mi antigua casa, el cuerpo inmóvil de Edward yacía mirándome de forma acusatoria.

Apreté los dientes, tragando con dificultad los lamentos que deseaba liberar, al igual que hacía Lucía. Ninguna de las dos quisimos convertirnos en asesinas. Ninguna ansiamos sentir como la vida caliente y viscosa manaba de los hombres que jamás debieron poseernos.

La piel nos ardía. La sangre nos quemaba y cuando se hizo evidente la envergadura real de nuestros actos, la locura se apoderó de Lucía y yo salí corriendo de la platea por miedo a que esa misma vesania me diera alcance.

Ignoré los murmullos que se originaron a mi alrededor y me escabullí en busca de uno de los aseos. Fueron mis pies los que, tras años de haber recorrido ese mismo camino en cientos de ocasiones, me llevaron al aseo más próximo al palco que perteneció a mi familia y que ahora era de mi hermano.

Nada más cruzar la puerta, la escasa entereza que me quedaba se fugó de mi cuerpo en forma de hondos sollozos. Me doblé en dos. Fueron segundos o incluso minutos los que me permití liberar los miedos originados por la incertidumbre constante en la que vivía.

Un pañuelo se coló en mi visión y a través de mis pestañas, vi a la doncella que asistía a las jóvenes damas en sus visitas al tocador.

Nos miramos. Nos reconocimos.

El paso del tiempo nos había cambiado, pero no lo suficiente como para no recordar la velada en la que años atrás nos conocimos. Aunque parte de su trabajo era pasar desapercibida, la noche en la que me dejé ver por primera vez del brazo de Edward, ella acudió a mi rescate, justo como estaba haciendo en esos momentos.

Tuve la misma necesidad de huir de entonces, con la diferencia de que, esa vez, Leo sí vino

detrás de mí.

—Olivia, sé que estás ahí dentro. No me obligues a entrar. Sabes que soy capaz de hacerlo.

—Puedo salir y decirle que no se encuentra aquí.

—Nunca he llegado a saber tu nombre —le dije a la doncella sin aceptar su sugerencia, mientras me levantaba con la ayuda de la puerta que seguía cerrada a mi espalda.

—Loren, milady.

—Nada de milady, Loren. Ya no pertenezco a este mundo. En realidad, ni siquiera debería estar aquí.

Siempre huyendo. Siempre escondiéndome. Siempre avergonzándome cuando una de las personas que realmente tendría que vivir con el peso de su mala conciencia era la que, hasta hacía unos instantes, aporreaba la puerta.

—Gracias por tu ayuda, Loren.

Le devolví el pañuelo y me sujetó la muñeca con una mano para recorrer las líneas de mi mano con el dedo índice de la otra.

—La muerte que fue no será. El culpable dejará de serlo y los amantes incomprendidos, con su último aliento, expiarán todos sus pecados.

—¿Qué dices?

Arranqué mi mano de la suya y la llevé al pecho, como si al hacerlo pudiese protegerme de toda la intuición que brillaba en los ojos oscuros y profundos de la doncella con el pelo ensortijado de las brujas.

—Tenga cuidado con el cordero, pues sus colmillos son más afilados que los del león.

Salí de los aseos igual de alterada que entré y busqué al león que tanto subestimaba Loren. No lo encontré. Su intención de darme caza se había apaciguado tan rápido como su interés por mí.

Como de costumbre.

Dispuesta a regresar junto a Martin, me alisé el vestido y respiré hondo para borrar los últimos estragos del ataque de nervios que había sufrido.

A madera y sal.

Una fragancia familiar que terminó de envolverme en cuanto unos brazos, también familiares, me rodearon para arrastrarme al recoveco semicircular que quedaba apartado del pasillo central, donde ningún curioso podría vernos.

¿Cuánto hacía que no gozábamos de esa intimidad? Años que se habían sentido como siglos. Y por miedo a que solo fuese un sueño más, permanecí con los ojos cerrados mientras sentía como sus manos me rodeaban la cintura.

Temblé.

Mis piernas cedieron al notar como el calor de sus manos traspasaba la seda esmeralda de mi vestido y un muro confeccionado por un torso masculino me sujetó, fusionando más si cabe mi cuerpo contra el suyo.

Estaba encarcelada. Cautiva en una prisión de músculos que antaño fueron mi hogar.

Palpé sus antebrazos y ascendí por sus hombros, buscando las diferencias entre el hombre al que seguía amando y aquel que hundía su cara en mi cuello y con avidez, aspiraba el perfume de mi piel.

—Mírame —me ordenó Leo con la voz cargada de un deseo que me humedeció y secó la garganta al mismo tiempo. No le hice caso. No quería. Y mi negativa provocó que se cerniera más sobre mí. Por instinto, mi cuerpo se onduló contra el suyo, encontrando ese lugar en el que encajábamos a la perfección. Mi lugar, solo el mío. Su siseo así me lo dijo—. Mírame, mi Julieta, mírame, por favor.

Escuchar salir ese apelativo de su boca, devolvió algo de la razón que había perdido.

—Julieta —mascullé con desprecio y con el deseo de liberarme de su hechizo, lo empujé y me alejé de él—. Tú seguirás siendo Romeo, pero ni eres mío ni yo tu Julieta. Ahora cumplo otro papel, ¿cierto? —Giré alrededor de Leo, aprovechando que la pasión aún lo tenía aturdido. Y sin esperar a que me respondiese, fui yo la que continué—. Ahora yo soy Rosalinda, ese amor del que a Romeo le fue tan fácil olvidarse.

—Deliras, mujer —gruñó y de un zarpazo me hizo suya de nuevo—. Lo único que tienes de parecido con Rosalinda es lo mucho que disfrutas torturando a este Romeo.

—¿Yo te torturo? —gemí demasiado cerca de su boca—. ¿Dime cómo he podido hacer tal cosa, si fuiste tú quien no apostó por nuestro amor?

—Y caro precio he pagado por ser leal a tu hermano, por creerme que estarías mejor sin mí o por pensar que habría otro hombre que estuviese a tu altura. —El peso de sus errores fue apaciguando su furia—. ¿No te parece ya bastante castigo? Me ocultaste a nuestro hijo, lo mantuviste alejado de mí seis años. Soy un desconocido para él. ¿No es suficiente esa condena?

—No hables de él en plural. Archibald es mi hijo.

—Y mío también. Quiero verlo, Olivia.

—Debo pensar en lo mejor para él, y ya hemos sufrido demasiado. —Tuve que hacer un esfuerzo inmenso para no ceder a sus ruegos—. Por una vez en la vida voy a ser egoísta y mirar por mí, por nosotros, y lo mejor es que no formes parte de su vida.

—Si de verdad hubieses querido que me mantuviese lejos, no le habrías puesto el nombre de mi abuelo. Pensaste en mí al hacerlo, en lo honrado que me sentiría. No habrías hecho eso de no esperar que algún día pudiese estar junto a él.

Bajé la mirada para que no viese lo acertadas que habían sido sus palabras.

—Puede que así fuese al principio, cuando confiaba en nuestro amor —susurré—, pero en el laberinto me dejaste claro que no había nada que salvar entre nosotros.

—Fue el dolor el que habló por mí. ¿O acaso no tengo derecho a enfadarme al descubrir que eres viuda desde hace años y que en ningún momento quisiste ponerte en contacto conmigo? —Con dos dedos me acarició la barbilla buscando mis ojos—. Habría vuelto a por ti a nado si hubiese hecho falta.

—Al igual que yo me habría ido contigo de Nueva York de haber podido.

—Si me hubieses contado lo infeliz que eras en tu matrimonio, Edward habría encontrado la muerte mucho antes.

—Insensato, no sabes de lo que estás hablando.

Apoyé la mano en su pecho y me separé de él, consciente de que Leo no sabía lo que yo soporté en esa casa. Un mal matrimonio podía ser, por ejemplo, uno lleno de disputas verbales, silencios eternos o indiferencia diaria. Sin embargo, lo que yo viví con Edward fue mucho peor que un matrimonio desavenido.

—Es cierto, no sé de lo que estoy hablando. —Leo me retuvo por la muñeca—. Pero lo que sí sé es que nadie me devolverá los seis años de vida de mi hijo. No tengo un recuerdo suyo de bebé, no pude acunarlo en mis brazos, ni enseñarlo a caminar… Me he perdido demasiadas cosas, Olivia, no me robes más, por favor.

—¿Y hasta cuando, Leo? ¿Hasta cuándo querrás formar parte de su vida? —Me solté de un tirón y lo enfrenté—. A tu joven conquista francesa se la ve sana. No tardará en darte numerosos hijos con los que llenar tu aburrida vida y te olvidarás con facilidad de Archibald, como hiciste conmigo. O peor aún, se convertirá en el bastardo del vizconde Portman y sus hermanos lo rechazarán. —Comencé a respirar con dificultad—. No, él está mejor sin ti. No te necesita.

—¿Olvidarme de ti? ¿Me acusas a mí de ese crimen cuando por tu culpa he malvivido los últimos años con el recuerdo vago del sabor de tus labios?

Un giro inesperado, el calor asfixiante de su pecho y sus dedos enterrándose en mi cabello, antes de que su boca silenciase mis protestas. Protestas que no tardaron en convertirse en gemidos. Una guerra se desató entre nosotros y nuestras lenguas fueron las encargadas de batallar los reproches, las ganas contenidas, el deseo frustrado y el odio que mancillaba nuestro amor.

Y yo sería la única vencida.

Ceder a mis anhelos era un error que daría alas a una esperanza que ya estuvo a punto de costarme la vida.

Éramos pasado. Nuestro final ya se escribió y por muy cruel que este fuese, no había vuelta atrás. No había segundas oportunidades para nosotros. No obstante, Martin tenía razón. Leo era un buen hombre que llegado el momento daría su lugar a nuestro hijo.

—No hagas esto —le rogué una vez encontré la forma de separarme del reconfortante calor de sus labios—. No es necesario. —Lo empujé y me forcé a no mirar cómo sus ojos seguían brillando con el mismo anhelo que ardía en mis entrañas—. Si de verdad quieres formar parte de la vida de Archibald, encontraremos la forma de que así sea —cedí ante él—, pero, por favor, no finjas que son míos, sentimientos que ahora le pertenecen a otra.

Miré a su espalda y él siguió el movimiento de mis ojos para descubrir cómo *mademoiselle* Emily nos estaba observando.

—Olivia, yo… —balbuceó Leo, mirando a las dos mujeres de su vida de forma intermitente.

—Calla. —Acaricié con mi mano enguantada los mismos labios que hacía escasos segundos llenaban de vida los míos—. Es mejor que te vayas. No le hagas esperar.

Por una vez hizo caso a mis palabras.

Palabras que no quise pronunciar.

Palabras que no quise que se convirtiesen en realidad.



Capítulo 29

La batalla final

Leo

Fue el deber y no el deseo lo que me empujó a alejarme de Olivia e ir junto a *mademoiselle* Emily. Si ella estaba allí, solo podía significar una cosa. El descanso entre el tercer acto y el último había dado su inicio y pronto los pasillos aledaños se llenarían de ojos curiosos que, entre otras cosas, buscarían descubrir el motivo por el que una dama había salido de forma tan abrupta en mitad de la función.

Eran muchos, por no decir todos, los que conocían a Olivia. Su familia tenía un pedigrí incuestionable y su regreso como viuda, tras años fuera del país, habían suscitado la imaginación insana de chismosas y yo no contribuiría a ello.

Si por mí fuera, esa misma noche me marcharía con ella y con mi hijo a Dover, a la casa que, de nuevo, se había convertido en un hogar con el que soñar. Una quimera con la que fantasear. Un imposible.

Temía que fuese demasiado tarde.

Tras su muro de indiferencia y odio, encontré una mujer devastada. Mi Julieta estaba rota. Sus besos eran temblorosos, faltos de la seguridad y pasión de antaño. Seguía causando el mismo efecto en mí. La sangre de mis venas burbujeaba como solo lo hacía en su presencia, pero el cuerpo no me pedía apoderarme de ella con la bravura propia de estar tantos años separados. Quería cuidarla, y al buscarla entre el tumulto que ya nos rodeaba, la encontré mirándome de una forma que me constriñó el corazón.

Me recordó a la expresión abatida de un animal frente al cazador que pondría fin a su vida. Yo no quería ser su cazador, sino su salvador. Quería amarla de tal forma que cada una de mis caricias fuesen el bálsamo que borrase las cicatrices de su piel.

Quise ser el hombre que necesitaba. Uno que, por una vez, no le defraudara y le hiciese sentir traicionada o abandonada.

Y no sería complicado ser ese hombre, sino hacérselo creer a ella.

—Lamento la interrupción. —*Mademoiselle* Emily disipó la ensoñación en la que estaba inmerso y me regresó a ese atestado foyer en el que había demasiada gente a la que no me apetecía saludar—. Mi intención no era sorprenderle, milord —continuó malinterpretando mi silencio—. Me disponía a ir a los tocadores cuando escuché su voz. El señor Anderson tiene razón, mi curiosidad es un gran defecto que he de corregir.

—No lo haga —le aconsejé—, pues de esa forma mi socio se ha enamorado de usted —exhalé antes de continuar, tomándome un segundo para seguir con la mirada el serpenteante camino que dibujaba Olivia entre el gentío—. Nos empeñamos en tapar o disimular nuestros defectos cuando su función es exaltar aún más nuestras virtudes. Nadie es perfecto, *mademoiselle* Emily. Todos nos equivocamos y eso nos hace más reales —dije pensando en Olivia y en mí.

—Si así lo desea, puedo hablar con ella. —Ladeó la cabeza en la dirección en la que Olivia y su cuñado Martin se disponían a marcharse del teatro sin terminar de ver la función—. Puedo explicarle la naturaleza real de nuestra relación. Me temo que piensa que nuestra amistad tiene un calibre de tinte amoroso.

—Se lo agradezco, *mademoiselle* Emily, pero no será necesario. Mejor olvidémonos de lo ocurrido y vayamos a terminar de disfrutar de la noche.

Sobra decir que no fui capaz de hacerlo. A pesar de que mis ojos estaban fijos en el escenario, mis sentidos estaban reviviendo, una y otra vez, el momento de intimidad que acababa de vivir con Olivia.

El cuarto acto se hizo interminable y un gran suspiro de alivio silbó entre mis labios en cuanto el carruaje comenzó su andadura de regreso a Mabo House. Tuve la suerte de que Anderson estaba demasiado ocupado adorando a su amada, que se hallaba sentada frente a él, y que Morgana, su hermana, no les quitaba el ojo de encima a ninguno de los dos para asegurarse de que no traspasaban la fina línea de lo indecoroso. Por lo menos, hasta que su marido respondiese dando su visto bueno a la petición de mano que mi socio había realizado, formalmente, al día siguiente de confesar su amor a *mademoiselle* Emily.

Me alegraba por ellos y por el futuro tan bonito que tenían por delante. Aunque, he de

reconocer, que, al observarles, un ligero regusto amargo de celos emponzoñó mi paladar.

Quise estar en su lugar y según la efusividad del momento vivido con Olivia se volvía un recuerdo lejano, más inverosímil me parecía esa posibilidad.

—¿Te encuentras bien?

A Anderson no le pasó inadvertido mi estado taciturno, pero poco podía explicarle delante de su prometida y de su hermana.

—¿Espera visita, milord?

Morgana señaló el coche de caballo situado frente a Mabo House, que veía desde el ventanuco del carruaje.

Nos bajamos y enseguida identifiqué el emblema del ducado de Cardington.

El corazón comenzó a palpitarme en la garganta.

Marcus en mi casa a esas horas de la noche y después del enfrentamiento que tuvimos no hacía ni una semana, solo podían significar malas noticias.

Subí los escalones hasta mi hogar de dos en dos. Abrí la puerta de golpe, sin esperar a que Jefferson lo hiciese por mí, y lo primero que me asaltaron fueron dos pequeños que se me agarraron a las piernas antes de extender sus brazos hacia mí.

—¡Tío Leo! —gritaron al unísono antes de que llegara corriendo su madre para librarme de lo que, en cualquier otro momento, habría sido un recibimiento de lo más agradable.

—Discúlpalos, Leo, están un poco alterados. —Violet cogió al pequeño Samuel en brazos y dio la mano a Bella para llevárselos al salón principal.

Sin terminar de asimilar lo que acababa de ocurrir, miré a mi alrededor hasta dar con los dos hombres que tenían una postura tan rígida como preocupante.

No solo había venido Marcus, sino que también estaban en mi casa Arthur y su esposa Violet, con sus hijos.

—¿Alguien me puede decir qué está ocurriendo?

—Vayamos a un lugar más privado —sugirió Arthur, mirando a mi espalda. Anderson, Morgana y Emily ni siquiera habían cruzado el umbral de la puerta.

—¿A quién le apetece una taza de chocolate caliente? —intervino mi socio sin necesidad de que yo le pidiese nada y tras los gritos de aprobación de los niños, que se escucharon desde el salón, se fueron los tres a hacer compañía a Violet.

—Hablad —exigí, una vez nos hallamos en mi despacho.

—Será mejor que te sientes —me sugirió Arthur con una voz temblorosa a juego con su cara de ultratumba.

—¡Dejaos de estupideces y contadme qué está pasando de una vez! —Ambos se miraron entre sí, sin que ninguno se atreviese a hablar primero. Fue en ese instante cuando un sudor helado descendió por mi espalda, inoculando en mí un terror como jamás había sentido—. ¿Olivia y mi hijo están bien?

—Por ahora sí —balbuceó Arthur.

—O al menos eso creemos —añadió Marcus, rompiendo su silencio.

De un paso, lo agarré de la pechera por tercera vez en esa semana.

—Habla. Habla de una vez si no quieres que te saque las palabras a puñetazos.

—En estos momentos, esto es lo que menos necesitamos. —Nos separó Arthur—. Leo, ahora más que nunca, debes guardar la calma. Hazlo por Olivia, por tu hijo.

Marcus se colocó el pañuelo del cuello y del interior de su chaqueta sacó los mismos sobres que le hizo entrega su hermana la tarde en la que discutimos.

—Ya hemos dado con la identidad de quién falsificó la letra de mi madre y te adelanto que no

fui yo.

—Está diciendo la verdad. —Se antepuso Arthur a la réplica que ya nacía de mi boca—. Compara la letra con esta nota —me ofreció un trozo de papel doblado—, fíjate en la inclinación de las eles y como las eses tienen una floritura al final de su trazo.

Cogí la lupa que había sobre la mesa y procedí a hacer justo lo que Arthur me había indicado y efectivamente, la caligrafía era igual. Incluso fui capaz de apreciar cómo, la persona responsable de ambas cartas no escribía en línea recta, sino con una ligera desviación ascendente. Pero no fue hasta que me fijé en quién firmaba la nota cuando se esclareció el origen de la preocupación que desprendían mis dos amigos, la misma que desprendía yo ahora.

—No puede ser —farfullé dejando caer la lupa de mi mano.

—De ahí la urgencia de asaltar tu casa a estas horas —se excusó Marcus con la cara contraída de preocupación.

—Entonces, ¿creéis que la persona que falsificó la carta de tu madre es la mismísima lady Astrid Banks? No habíamos vuelto a saber de ella…

—Desde que recuperó su libro ceremonial tras mandar que mataran a mi mujer —recordó Arthur como si alguno de los presentes fuésemos capaces de olvidar aquellos días tan oscuros.

—Pero ¿por qué? ¿Qué interés tendría esa bruja en malmeter a Olivia en contra de vuestra familia?

—Me temo que la respuesta a tu pregunta es tan fácil como obvia —continuó Marcus—. Quería ganarse su confianza, quería convertirla en su caballo de Troya.

Arthur miró a Marcus y entre ellos comenzó una conversación silenciosa que no hizo más que crispar mis nervios, ya sobresaltados de por sí.

—¿Qué me estáis ocultando?

Arthur suspiró y dio un paso al frente con las manos en los bolsillos y mordiéndose los labios. Un signo de que estaba tan nervioso como yo.

—Cuando Violet llegó esta tarde a casa no me podía creer que fuese verdad lo que me estaba contando.

—Al grano, Arthur —le instó Marcus, advirtiendo como mi paciencia era ya inexistente.

—Está bien. —Se frotó la cara antes de continuar—. El día en que todos nos juntamos en la casa de Marcus, Violet se quedó en el jardín junto con la doncella que acompañó a Olivia.

—Sí, la vi, una mujer joven de rasgos hindúes —acerté a decir y Arthur asintió.

—Pese a que a Violet le resultó familiar, no cayó en la cuenta de quién era hasta que esta tarde se la encontró otra vez, frente a la tumba de Ronald.

—¿Ronald, el que fue tu secretario? ¿El mismo que intentó asesinarla?

—El mismo, aunque ahora mejor dejemos ese tema, pues es un asunto que tengo pendiente de tratar con mi querida e imprudente esposa. —Cerró los ojos, respiró hondo y al abrirlos, recuperó su talante—. Esa mujer le resultaba familiar porque ya la había visto antes, incluso yo la había visto, pero no le presté atención. ¡Cómo pude ser tan idiota! —se lamentó.

—Continúa, Arthur —le animó Marcus después de mirarme de reojo y comprender que estaba a punto de perder los nervios.

—Conocimos a esa mujer en el orfanato donde lady Astrid Banks metió a la hija de mi hermano. Era uno de sus esbirros, para ser exactos, su segunda. Su nombre es Mona.

—La erudita Mona —susurré, recordando la historia que nos contó Clarissa del tiempo que permaneció en el harén de *Las Descendientes de Eva*.

—Y eso no es todo —Marcus añadió y con la mano, le hizo un gesto a Arthur para que continuase.

—Tiempo después, la volvimos a ver. En concreto, Violet la vio, en el parque, junto a la mismísima lady Astrid Banks cuando tuvo la osadía de amenazar con arrebatarnos a Bella si no le devolvíamos el libro ceremonial.

—Entonces, solo debemos seguir los pasos de la doncella de Olivia y comprobar dónde se reúne con la maestra —indiqué—. Violet podría identificarla.

—Por eso ha venido conmigo —reconoció Arthur—. Esta misma noche vamos a dar con ella.

—¿Ya sabéis dónde está?

Asintió.

—Hemos sido unos estúpidos por no percatarnos antes de quién era —reconoció Marcus y, anticipando lo que sus siguientes palabras iban a causar en mí, dio un paso al frente—. Lady Astrid Banks es uno de los nuestros, Leo. Siempre ha estado entre nosotros. Es —suspiró—, es la vizcondesa Saint Bains.

Los engranajes de mi cerebro comenzaron a girar con velocidad y no tardaron en encajar todas las piezas inconexas que había acerca de esa mujer y, ahora, cobraban otro sentido, pero solo hubo uno que me cortó la respiración.

—¿Me estás diciendo que Olivia y mi hijo están conviviendo con ese monstruo?

—Así es y me temo que su intención es hacernos daño a través de ella.

No quise saber más.

Sin esperar a trazar un plan en común, salí del despacho, busqué a Anderson y tras darle unas sencillas directrices, corrí hacia las cocheras laterales de Mabo House y monté al semental más veloz que tenía.

Volé por las calles de Londres, rompiendo la quietud de la noche con el sonido de los cascos de mi caballo. Y a mi espalda, se escuchaba el eco lejano del carruaje con mis amigos dentro.

No me dejarían solo.

Juntos de nuevo para enfrentarnos, una vez más, al demonio personificado.

Y, esa vez, sería la batalla final.



Capítulo 30

Llegó su hora

Olivia

Leo se marchó.

No tuve que insistirle mucho para que lo hiciese. Fue ver a la angelical francesita y corrió tras ella como si nuestros labios no hubiesen estado fusionados escasos segundos antes.

Un embuste.

Eso fueron sus actos. Un truco de mago que solo buscaba acabar con mis defensas y lograr que

me rindiese al amor que sabía que seguía sintiendo por él. Una distracción para llegar a nuestro hijo. Su único propósito.

Debí alegrarme de ese hecho. El interés que mostraba por Archibald parecía más sincero del que nunca mostró por mi persona.

Sin embargo, ¿en qué lugar me dejaba todo eso a mí?

Tan malo era saber que me había olvidado, como horrible era pensar que por estar cerca de nuestro hijo sería capaz de fingir, por mí, sentimientos que ya eran propiedad de otra.

Prefería la soledad a la mendicidad, a la falsedad. Pues no creo que hubiese humillación más grande que resignarse con el amor impostado de aquel que es dueño de tu corazón.

Me conformaría. Lo aceptaría, pero no en ese momento que todavía tenía su regusto almizclado en la lengua. No cuando el salitre del mar impregnaba la piel donde sus dedos habían desembarcado, reclamando como suyo lo que nunca dejó de serlo.

Cerré los ojos y me apoyé en la pared. Necesitaba permanecer oculta unos instantes más, para borrar el bochorno que ardía en mis mejillas. A nadie se le habría pasado por alto mi huida de la platea para, encima, aparecer ante todos los asistentes al teatro con los estragos de un encuentro furtivo marcado en el rostro.

No tuve tiempo de hacerlo.

El vello de mi nuca se erizó como les ocurre a los gatos cuando perciben un peligro. Alcé los ojos buscando el origen de la advertencia que flotaba en el ambiente y me topé con los fosos negros de la bruja. La misma doncella que me ayudó en los aseos y que ahora me escrutaba desde el vano de la puerta de sus dominios.

Me puse rígida y anduve hacia ella sin llegar a traspasar la frontera imaginaria entre mi escondite y el pasillo bañado por la luz. Sus dedos retorcían el mismo pañuelo que me había ofrecido para enjugar mis lágrimas. Lágrimas que volvieron a enturbiar mis ojos en cuanto sus labios comenzaron a moverse. No emitieron sonido alguno, mas en mi cabeza su voz fue tan nítida como si me estuviese susurrando al oído.

—Cuando la luna se tiña de rojo, la oscuridad revelará la verdad oculta. Los pecados y mentiras, tejidos en la sombra, se expondrán a la luz celestial y pobre de aquellos embusteros que se crean impunes, pues serán confrontados y juzgados sin piedad. Llegó su hora.

Una amenaza o, quizá, una advertencia.

No me quedé a averiguarlo. Sabía, sin necesidad de ver mi reflejo en el ónice de sus ojos, que era una pecadora con el alma mancillada. Es más, ya había sido juzgada y mi condena fue tan cruel como justa.

Había perdido a Leo. No había nada peor que eso y por si tuviese alguna duda, al otro lado del foyer, lo vi dirigirse a su palco con esa perfecta dama colgada del brazo.

Hacían buena pareja. Una verdad que me cortó la respiración.

Me ahogaba y, desesperada, busqué una forma de salir de ese mar atestado de gente, con la suerte de que hallé mi faro o más bien este me halló a mí. El cabello despeinado de Martin resaltaba sobre la pulcritud de los demás y solo necesitó fijarse en cómo mis labios temblaban para nadar en mi dirección y sacarme de esas aguas infectas.

—¿Estarás bien? —me preguntó antes de bajarse del carruaje una vez llegamos a su casa.

—Por supuesto. Estate tranquilo —le aseguré, con la mirada fija en nuestras manos entrelazadas. No me había soltado desde que salimos del teatro—. Regresar a Londres ha reabierto mis heridas y me llevará un tiempo volverlas a cerrar y cubrirlas de un callo tan duro que nada ni nadie podrá hacerme daño de nuevo.

—Si alguien puede lograr ese hito, esa eres tú. —Besó mi mejilla y me despidió con la mano

hasta que el carruaje se perdió al final de la calle.

Guardé silencio el resto de trayecto hasta Heaven House. Ni mis pensamientos osaron molestarme y el interior de la mansión me recibió sumido en la misma quietud. Solo un llanto lejano rompió esa calma siniestra. Provenía del dormitorio que compartía con Archibald y corrí el largo pasillo con el corazón palpitándome en la garganta. Giré el picaporte y este cedió sin oponer resistencia.

De todos los escenarios posibles que mi imaginación había ideado durante la carrerilla, ninguno se asemejó a lo que encontré al abrir la puerta. Mona, ahogada en lágrimas, metía todas mis pertenencias en varios baúles abiertos, mientras mi hijo dormía abrazado a míster Drool.

—¿Qué estás haciendo? —susurré para no despertar a Archibald.

—Has llegado pronto, mejor —me respondió sin dejar de amontonar mis vestidos sin cuidado alguno—. Ayúdame. No hay tiempo que perder. Aquí no estáis seguros. Debéis marcharos esta misma noche. Antes de que ella se entere.

—Más despacio, Mona. —Le agarré por los antebrazos y busqué algo de cordura en sus ojos enrojecidos—. Me estás asustando.

—Haces bien en asustarte. —No reconocí la oscuridad de su voz—. ¡Lo hice! —exclamó orgullosa—. Por fin, tuve el valor de revelarme. La he traicionado por ti, por él. —Señaló a mi hijo que seguía ajeno a lo que allí estaba ocurriendo—. Llegó su hora. Ya no le quedará más remedio que dar su verdadera cara.

Una carcajada silbó entre sus dientes antes de doblarse en dos y comenzar a llorar de nuevo. Caí al suelo junto a ella y la consolé entre mis brazos, mientras un torbellino de confusión me absorbía sin remedio.

«Llegó su hora».

Esas fueron las palabras que usó la extraña doncella de los aseos del teatro y mientras Mona seguía liberando su miedo sobre mí, un resplandor rojizo entró por la ventana. Alcé la cabeza y allí me estaba esperando. La luna de sangre.

—Cuando la luna se tiña de rojo, la oscuridad revelará la verdad oculta. Los pecados y mentiras, tejidos en la sombra, se expondrán a la luz celestial y pobre de aquellos embusteros que se crean impunes, pues serán confrontados y juzgados sin piedad. ¿Tiene algún significado para ti, Mona? —Ella negó con la cabeza y sea alejó de mí, arrastrándose por el suelo, visiblemente más asustada—. Por favor, dime qué está ocurriendo.

—Todo y nada a la vez —murmuró antes de levantarse y caminar hacia la ventana, sumida en un hipnótico trance—. Está ocurriendo todo por lo que llevo años esperando y, aun así, nada logrará redimir mis pecados. Es tarde para mí, pero no para ti.

Me miró por encima del hombro y su cambio de actitud me puso en alerta.

—No serán tan graves esos pecados. —Me reuní junto a ella, deseando que mis palabras fuesen ciertas, aunque la tristeza que pesaba sobre sus ojos me anticipó que no era así. Y a pesar de eso, me negué a darla por perdida—. Somos amigas, hermanas de madre ajena. Déjame ayudarte.

—Tu bondad es tan asombrosa como peligrosa. —Me acarició la cara y mi piel se erizó de frío —. Peligrosa porque no te dejó ver en la trampa en que estabas cayendo y asombrosa porque lograste que mi cariño por ti fuese sincero. He intentado protegerte de su ambición, salvaros de su codicia, pero no se saciará jamás. Vete antes de que te conviertas en una víctima más de su odio.

—¿Quién es ella? ¿De quién debo huir?

—Busca en lo más profundo de tu corazón y verás como ya lo sabes. Siempre lo has sabido,

pero la desesperación te obligó a dejarte ayudar por el diablo. —Su mirada se perdió en la oscuridad y una sonrisa tan resplandeciente como tétrica se adueñó de su rostro—. Ya están aquí. —Señaló unos bultos que se movían con rapidez por el jardín oscuro de Heaven House—. Los cuatro jinetes del apocalipsis han llegado a impartir la justicia de Dios.

La claridad de la luna alumbró a esos seres que poco tenían de divinos. A la cabeza del grupo identifiqué a Leo seguido por mi hermano y, por último, Arthur junto a su esposa.

—Mona, espérame aquí y cuida de Archibald, por favor. Ahora regreso.

Sin esperar a que me respondiese, salí del dormitorio y me dirigí hacia el origen de los gritos que se habían adueñado del eco de la mansión. No tuve que buscar mucho. Al pie de la escalera me encontré a Leo y a mi hermano enfrentándose a una altiva vizcondesa.

Era ella y no lo era.

Al mirarla reconocí a la mujer que me había acompañado por el desierto que habían supuesto estos últimos cuatro años, pero en su rostro no hallé ningún resquicio de la amabilidad y comprensión que tantas veces me había calmado.

Mi salvadora se había convertido en una extraña.

En el diablo al que me había entregado por pura desesperación.



Capítulo 31

Venganza

Olivia

Fue la voluntad de mi cuerpo y no la mía, la que quiso descender por esa escalera.

Era evidente que aquello no era una visita de cortesía y no porque fuese de noche. La tensión que emanaban Leo, Marcus y Arthur era tan densa que me impedía respirar con normalidad.

Los tres tenían la espalda recta con los hombros echados hacia atrás para maximizar la amplitud de su cuerpo, en una clara postura amenazadora. No eran hombres, sino animales. Se

comportaban como una manada de lobos. Listos para atacar a su presa, que poco tenía de indefensa ovejita.

La apariencia de la vizcondesa Saint Bains era como la de cualquier mujer entrada en años que había disfrutado de una vida llena de privilegios. Podría parecer débil e indefensa, pero, si observabas con atención, eras capaz de percatarte de cómo en su rostro, con apenas arrugas, brillaba una perspicaz sabiduría que era de lo más peligrosa.

Era una estratega capaz de identificar el punto débil de sus adversarios y no tardó en dar con el de aquellos tres lobos.

En el centro del triángulo perfecto, que formaban mi hermano y sus amigos, estaba Violet que, de los presentes, era la que más hostilidad desprendía. La esposa de Arthur apretaba los puños a su costado, con el cuerpo ladeado, listo para atacar.

Era un blanco fácil y la media sonrisa que desdibujó la cara de la vizcondesa, así me lo dijo.

—¿Dónde están? —rugió Leo, desde su posición más adelantada que el resto.

—Para mí también es un placer reencontrarnos de nuevo, lord Portman. Veo que ya ha arreglado sus asuntos con el duque de Cardington. —Arrugó la nariz en un gesto de asco—. Qué decepción. Con la fe que tenía en usted. Y eso que parecía el más inteligente de todos.

—No hemos venido aquí para escuchar uno de sus hilarantes monólogos, vizcondesa, ¿o debería decir lady Astrid Banks?

Pese a que ese nombre me sonaba, mis pensamientos se vieron silenciados por la carcajada grave que retumbó en el recibidor de Heaven House.

—¿Le divierte esta situación, malnacida? —Violet quiso abalanzarse contra la vizcondesa, pero Arthur, a su lado, le impidió salir de la protección del triángulo que formaban en torno a ella.

—Oh, querida, me alegro de verla tan recuperada. Me enteré del nacimiento de su hijo. No es necesario que me lo agradezca.

—¿Se está burlando de mí?

Arthur tuvo que rodear a su esposa con los brazos para frenarla.

—¿Se puede saber qué está ocurriendo? —le pregunté a la vizcondesa y por un instante, pude ver algo de preocupación tras la máscara de superioridad que lucía.

—Olivia, que bien que hayas bajado. —Mi hermano fue el primero en reparar en mí—. Coge a tu hijo y vayámonos. Es una orden.

Su prepotencia azuzó mi ira contenida y a través de ella, vislumbré la mano que me tendía la vizcondesa y la acepté. Puede que hubiese algo distinto en ella, sin embargo, el problema era que todo seguía igual con Marcus y por la forma en la que me miró Leo al situarme junto a ella, supe que él tampoco había cambiado.

—Aléjate de esa mujer —siseó este último—. Haz caso a tu hermano y vete a buscar a nuestro hijo.

—¿Te has dado cuenta de cómo te exigen obediencia a pesar de que llevan años sin preocuparse por ti?

La vizcondesa estaba en lo cierto.

—No la escuches, Olivia. No es quién dice ser.

—¿Acaso tú sí lo eres, Leo? —Di un paso y me situé frente a él—. Me tienes confundida —reconocí observándole de la cabeza a los pies, y me recreé en la sensación que todavía palpitaba en mi piel, por lo bien que habían encajado nuestros cuerpos hacía escasas horas—. Ya no sé si eres el hombre que cruzó un océano para buscarme o aquel que, después de besarme esta noche, se ha marchado a jurar amor eterno a otra dama sin que le carcomiese la culpa.

—Olivia, por favor, este no es el momento ni el lugar para discutir sobre vuestra relación. Estás en peligro. —Marcus me habló semioculto por la amplia espalda de Leo.

—Nunca es buen momento para tratar mis asuntos, ¿verdad, hermanito? Pero tranquilo, el peligro real estaba en Nueva York y no te vi intención alguna de ayudarme. En cambio, esta mujer a la que estáis faltando el respeto en su casa y a la que estáis acusando falsamente de a saber qué delito, fue la única que estuvo a mi lado cuando más lo necesité. No recuerdo veros allí a ninguno de vosotros.

—Olivia, escúchame a mí. —Esa vez fue Arthur quien dio un paso adelante—. Yo nunca te he fallado, ni mentido. Por favor, créeme cuando te digo que esa mujer, a la que defiendes con tanta vehemencia, es la misma que mandó asesinar a mi esposa con mi hijo en su vientre. —Su gemido de dolor quedó silenciado por el mío al ver cómo sacaba un arma del interior de la chaqueta y apuntaba a la cabeza de la vizcondesa.

—¿Qué locura estás diciendo? —Me situé en la trayectoria de la pistola y, por primera vez, sentí el peligro del que me estaban avisando.

A Arthur no le tembló la mano, pero sí la mirada. La ira enturbiaba el azul de sus ojos y una silenciosa petición brilló en ellos, cuando me miró de forma fugaz. Un «por favor, créeme» que logró minar mi confianza en la mujer a la que estaba sirviendo de escudo.

En su momento, él mismo me hizo partícipe del calvario que pasó cuando su esposa estuvo a punto de morir. Un recuerdo así no se utilizaba a la ligera.

—Ojalá fuese una locura. —Fue la voz calmada de Violet la que destacó entre tanta agitación. Viendo que ahora su marido era el que perdía la compostura, ella tomó el relevo de la sensatez —. Ojalá, Arthur estuviese mintiendo, pero yo he visto la maldad que hay dentro de ella. —Caminó hacia la vizcondesa con la cabeza erguida y apretando la mandíbula de rabia hasta que su esposo, una vez más, le rodeó por la cintura para impedir que se acercase—. ¡Usted y su esbirra hindú me amenazaron delante de mi hija pequeña! Tenga valor y diga la verdad.

—La verdad, querida Violet, es que, de no ser por mí, no tendrías a esa hija.

—¡Mató a sus padres! —chilló y yo me hice a un lado, buscando la protección de una pared cercana, mientras que en mi cabeza se gestaba la idea de que esa esbirra, a la que se refería Violet, podía ser Mona.

—Oh, querida, hice mucho más que eso —se jactó la vizcondesa sin darle importancia a que ya nada se interponía entre el revólver y su persona—. Te robé diez años de tu vida, un hijo que su padre nunca conoció y estuve a punto de quitarte la vida. Eso sin contar lo que le hice a tu padre, a tu anterior esposo e incluso a tu suegro. Estarás de acuerdo conmigo de que, para no ser Dios, he estado muy presente en tu vida. Bien podríamos decir que soy omnipresente.

La vizcondesa hizo un gran círculo en el aire con su bastón idéntico al tamaño de su ego.

—Lo que es usted, es una demente que se merece una muerte lenta y cruel —intervino mi hermano y en sus manos vi otra arma igual de reluciente a la que seguía empuñando Arthur.

—No caigas en su provocación. Eso es lo que quiere.

Leo se giró para hablarle a Marcus y de esa forma, me protegió con la anchura de su espalda.

—Bien visto, lord Portman. He de decir que, de todos, usted es mi favorito. —Sin importarle cuantas armas le apuntasen, la vizcondesa caminó alrededor de Leo, haciendo repiquetear el bastón sobre el mármol del suelo, mientras yo deseaba desaparecer entre las flores del papel pintado—. Rara vez confluyen en la misma persona inteligencia y coraje, y menos en un hombre —continuó—. Y si no, observe a sus colegas. Tenemos al duque de Cardington tan pagado de sí mismo que por miedo a la inteligencia de su esposa casi se casa con otra mujer. Por cierto, dígale de mi parte a Minerva que pudo elegir a alguien mejor que usted. —Su risa quedó eclipsada por

el gruñido de mi hermano—. No se altere, su excelencia, que no es usted el peor de su grupito de amigos. A mi parecer, ese título le queda bien al marqués Ramden. ¿De qué sirve una mente tan privilegiada como la suya si al final acabas siendo el sumiso de una perra buscona como Clarissa? Si estuviera aquí delante, le diría que él siempre fue la segunda opción, la sombra de mi hijo. Sin embargo, como es un cobarde, se fue a esconder a un pueblucho de Alemania, dejando que vosotros solos os tuvieseis que ocupar de los asuntos en los que os metió él por hacer un favor a su ahora suegro. Aunque si somos justos, es Arthur el que os ha hecho la mayor parte del trabajo. Si no es por él, no hubierais dado con mi libro maestro. Por cierto —la vizcondesa dio una palmada que me hizo saltar en el sitio—, ya le habéis contado a vuestro amigo el secretito que tenéis. —Señaló con la barbilla a mi hermano y tapándose la boca, por un lado, siguió hablando a modo de confidencia con Arthur y con Leo—. Sé que arrancasteis varias hojas, pero no me importa, todo está aquí. —Se dio un par de golpecitos con su índice en la frente.

—Déjese de juegos. Solo he venido a llevarme a Olivia y a mi hijo. No me importan ni usted ni *Las Descendientes de Eva*.

¡De eso me sonaba el nombre de lady Astrid Banks! Esa mujer era la líder de la organización secreta que secuestró a Clarissa, que casi logran matar a mi hermano, a mi cuñada y por lo que estaba escuchando, a muchos otros más. Eso sin contar, los asesinatos que sí habría logrado perpetrar.

Mi salvadora era una asesina. ¿Cuántos cadáveres llevaría a sus espaldas? ¿Y en cuántos de ellos yo estuve implicada sin saberlo?

—Lady Astrid Banks —farfullé sintiendo en mi lengua toda la maldad que escondía ese nombre—. ¿Es usted? —Salí de las sombras y caminé hacia ella con la cabeza alta y el corazón ardiendo de rabia por su traición. Nunca fue mi amiga. Nunca me quiso ayudar. Solo fui una pieza más en su partida de ajedrez y quise averiguar el motivo—. Por eso no quería que la llamase por su nombre aquí. Lady Celinda, me dijo, Astrid es un nombre muy común e incluso vulgar, me aseguró y, estúpida de mí, la creí… ¿Por qué?

—Porque podía. Porque fue demasiado fácil aprovecharse de ti. —Alargó en exceso sus palabras, como si estuviese disfrutando del regusto de su crueldad—. Porque estabas tan patéticamente desesperada y sola que no supiste ver la ayuda envenenada que te ofrecía.

—Olivia nunca estuvo sola. —Marcus salió en mi defensa—. En todo caso, fue usted la que se encargó de que así fuera. Usted falsificó la letra de mi madre.

Abrí los ojos horrorizada.

—No puede ser, era mi doncella Dorothy quien se ocupaba de mi correspondencia. —Los labios finos de la vizcondesa se estiraron en una sonrisa que acentuó su nariz aguileña—. ¿Ella también era una adepta de las suyas?

—Todo el mundo tiene un precio. Solo hay que averiguar cuál es.

—La amistad, el cariño, el afecto real no se compran. Y yo se lo ofrecí a usted. Le abrí las puertas de mi casa, le dejé formar parte de mi familia. Creí que era una amiga.

—No me culpes a mí de tus errores, querida. Yo nunca te obligué a nada. Te di a elegir y elegiste mal. —Se encogió de hombros con total indiferencia.

—En eso estoy de acuerdo —reconocí, ocultándole lo mucho que me dolía esa verdad—. Elegí mal al confiar en usted, pero sigue sin responder a mi pregunta: ¿Por qué? ¿Por qué se tomó tantas molestias conmigo?

—Por venganza —susurró tan cerca de mi cara que estuve tentada de darle un cabezazo y así borrar su mirada de superioridad—. Porque tú has sido mi plan maestro para culminar mi deseo de acabar con tu hermano, sus amigos metomentodos y toda tu asquerosa familia. ¡Siempre

metiéndoos en mis asuntos!

—¿Sus asuntos? —protestó Leo—. ¿Así llama a secuestrar jóvenes desfavorecidas, ofrecérselas a hombres influyentes para luego chantajearlos y de esa forma mover los hilos de la sociedad a su antojo?

—Qué manera de deformar la realidad —protestó la vizcondesa con desdén, haciendo chocar su bastón contra el suelo—. Yo solo les di lo que querían, ¿qué hay de malo en sacar un rédito de ello?

La persona a la que yo había entregado los últimos resquicios de confianza en la humanidad que me quedaban, sonreía con satisfacción ajena al dolor que había causado a su alrededor.

—Es un monstruo —mascullé con la seguridad de que no me equivocaba.

—Cuidado con tus palabras, querida. No quisiera recordarte que fui yo la única que estuvo a tu lado cuando todos los aquí presentes, te dieron la espalda. ¿O acaso has olvidado quién te salvó la vida?

—De nada sirve si lo hizo por interés —me defendí.

—¿Por qué otra cosa lo haría? —Chasqueó la lengua—. Ese es tu mayor defecto, Olivia, siempre esperando que los demás se desvivan por ti, simplemente, por el hecho de ser tú. ¿Quién te crees que eres?

—Alguien que valora la familia, la lealtad, la amistad, el amor…

—¿Y de qué te ha servido, querida? ¿En qué te ha convertido? En una mujer apaleada, en una adúltera, en una ase…

—¡Cállese y no siga hablando!

La agarré por la mano que sujetaba el bastón y la empujé hasta que la luz, todavía rojiza de la luna, le iluminó el rostro. Entonces supe que era de ella, y no de mí, de quien hablaba la profecía de la bruja del teatro. Había llegado la hora de su juicio y yo me encargaría de que recibiera una justa condena.

Para su sorpresa, la solté, me giré y caminé hacia Leo. Su respiración se calmó al notar mi cercanía. Le acaricié la mandíbula con el deseo de que mis dedos temblorosos le transmitiesen cuánto lo sentía. Descendí por su cuello regodeándome en el cosquilleo que su piel provocaba en la yema de mis dedos y cerré los ojos, liberando una lágrima por cada uno de los años que desperdiciamos. Ya no había vuelta atrás. Nuestro tiempo era pasado y sin pensar en qué era lo correcto y qué no, me enterré en su pecho y lo rodeé por la cintura todo lo fuerte que pude. Un abrazo que sabía a añoranza, a reencuentros y a un último adiós.

Unos insuficientes segundos más tarde, yo lo liberé, pero él se negó a hacerlo.

Apoyé las palmas sobre su corazón y por un instante, dejé que nuestros latidos galopasen al unísono. Sería difícil. Dar mi siguiente paso sería lo más complicado que hubiese hecho nunca. Las posibles consecuencias eran tan dolorosas como necesarias.

Con el pulgar le acaricié el hoyuelo del centro de su barbilla y le incité a que bajase la cabeza a mi altura. Lo habíamos hecho tantas veces que me humedecí los labios anticipando el sabor de su boca. Me costó contenerme, al igual que me costó decirle:

—Cuida de él y, por favor, sé muy feliz.

Un beso, que siempre tuvo la intención de ser una distracción, sirvió para hacerme con la pistola que Leo llevaba escondida en un suspensorio sobre su chaleco. Cuando quiso darse cuenta de mi engaño, yo ya tenía el cañón pegado a la frente de la vizcondesa.

—Esto, querida —imité su tan manida muletilla—, acaba aquí y ahora.

—¿Acaso creías que iba a ser tan fácil? —En cuanto hizo un gesto rápido con la mano, unas sombras se cernieron tras ella, todas portando un arma en la mano. Estábamos rodeados y eran

más numerosos que nosotros—. He de decirte, Olivia, que es agradable ver que algo de mí ha germinado en ti.

—No nos parecemos en nada —silbé entre dientes sin dejarme intimidar por todos los desconocidos que me tenían en su punto de mira.

—Eso díselo a tus manos manchadas de sangre —susurró con una gran sonrisa en su boca.

—Y puestos, no me importará manchármelas otra vez.

—¿También necesitarás ayuda en esta ocasión, querida? —se jactó y como respuesta yo amartillé el revólver.

—¿Mami?

Todos nos giramos a mirar a la escalera y bajamos el arma al ver a mi hijo en los brazos de Mona. La vizcondesa hizo el mismo gesto de antes con su mano y las sombras volvieron a perderse en la oscuridad del salón contiguo.

—Mona… —balbuceé y en su nombre escondí miles de preguntas, entre ellas, la más importante «¿tú también me has traicionado?».

—Toma a tu hijo y marchaos rápido de aquí.

Dejé caer el arma al suelo y corrí hacia ella. Sin apartar mis ojos de los suyos, cogí a mi hijo envuelto en una manta y se lo entregué a Leo, que se había convertido en una prolongación de mí.

No podía marcharme sin hacer lo que me nacía de las entrañas. Y, por eso, abracé a Mona que rompió en llanto sobre mi hombro y ambas nos sentamos en los escalones. Miré a Leo rogándole un minuto y este hizo lo mismo con mi hermano, que se hizo con el control de la situación.

—Ahora, nos dejará marchar sin oponer resistencia —le ordenó Marcus a la vizcondesa con esa autoridad innata que, en otras ocasiones, había doblegado la voluntad de muchos hombres que se creían invencibles—. Y le dirá a sus hombres que se estén quietecitos.

—Eres igual de arrogante que tu padre —se burló lady Astrid— ¿A santo de qué tendría que hacer tal cosa? Estás en mi casa.

—Por una sencilla razón, vizcondesa, y es que su casa —hizo hincapié en esa palabra— está rodeada por todo Scotland Yard. De verdad, ¿no pensaría que vendríamos los cuatro solos? Nosotros también hemos aprendido de nuestros errores, maestra —dijo con retintín.

—No lo suficiente, duquecito, no lo suficiente.

—Eso cuénteselo al comisionado. Tiene muchas ganas de ajustar cuentas con usted por el secuestro de su hija y alguna otra cosa más. Acéptelo, este es su final.

—Yo no hablaría tan alto, duque. Siempre he sido mujer de guardarme un as bajo la manga —su mirada recayó en mí— y puede que, como usted dice, este sea mi final, pero me aseguraré de que no sea yo la única en caer.

La observé por encima de la cabeza de Mona, que seguía llorando sobre mí, y la amenaza de la vizcondesa me llegó con mucha claridad. Ella sabía mi secreto. Ella sabía que era una asesina y no lo dudaría en usar.

—¡Marchémonos ya! —ordenó Leo con nuestro hijo sujeto con un brazo y en la otra, una pequeña maleta, que había dejado Mona a nuestros pies.

—Un segundo, por favor —le rogué antes de coger la cara de Mona entre mis manos para que me mirase a los ojos—. Vente conmigo.

No me escuchó.

—Lo siento. Intenté avisarte muchas veces.

A la memoria regresaron las palabras que me dedicó en el barco a nuestra llegada a Londres.

«No dejes que la admiración te ciegue. La lealtad es el peor de los venenos y si no abres

pronto los ojos, te ocurrirá como a mí y será demasiado tarde».

—No supe entenderte —me disculpé—. Pero eso ya da igual. Vente conmigo. Aquí no eres feliz.

—Eres demasiado buena, Olivia. Y la gente tan bondadosa como tú pensáis que en cada mala persona hay un brillo de bondad dentro de su oscuridad. Tú has visto esa oscuridad, has sentido lo cruel que puede ser. Yo también. —Buscó a la vizcondesa por encima de su hombro—. No había nada bueno en tu difunto marido, al igual que no hay nada bueno en ella o en mí.

—Te equivocas. Algunos tomamos decisiones equivocadas o hacemos daño movidos por sentimientos erróneos, pero también tenemos la capacidad de redimirnos. Yo lo he visto en ti.

—Yo no tengo redención. Te lo aseguro.

—Si tú no crees en ti, déjame que yo lo haga. Vente conmigo —le supliqué de nuevo.

—Gracias. —Besó mi mejilla antes de deshacer nuestro abrazo—. Este es mi lugar y esta es la condena que merezco.

—No podemos esperar más.

Leo cubrió mis hombros con una capa y Mona me ayudó a abrochármela.

—Sé feliz, Olivia, sé feliz por las dos.

No me dio tiempo a decirle un último adiós, cuando corrió a situarse junto a la vizcondesa.

Ella había elegido y no supe ver hasta qué punto.



Capítulo 32

Siempre te he elegido a ti

Leo

No había sentido el verdadero terror hasta esa noche.

Hasta que estuve a punto de perder a la familia que todavía no podía considerar mía.

El tiempo que tardé en llegar a Heaven House se me antojó eterno. Cabalgué por las calles solitarias de Londres como si estuviese huyendo del diablo, cuando en realidad lo que hacía era ir a su encuentro.

«Siempre ha estado entre nosotros».

No podía quitarme las palabras de Marcus de la cabeza. Y busqué en mi memoria señales que no supe ver.

La vizcondesa viuda Saint Bains era en exceso inteligente. Esa fue la primera de las dos conclusiones a las que llegué. No había nada que nos hubiese hecho sospechar de ella. Lo único que ahora veía con otros ojos era su desaparición de Londres los últimos cuatro años. Su vuelta al mundo se redujo a una sola estancia en Nueva York.

Sin embargo, lo que más me angustiaba saber era que siempre hubo alguien que nos pudo haber puesto en aviso de cuál era la verdadera identidad de lady Astrid Banks.

«No tenía que haber quemado esa hoja del libro ceremonial», me lamenté al recordar como en la casa de Arthur me deshice del documento en el que se mencionaba a la madre de Marcus.

Solo Robert, Arthur y yo estábamos al tanto de la involucración de lady Alice en *Las Descendientes de Eva* y dado su delicado estado de salud, decidimos guardar el secreto y jamás contárselo a nuestro amigo.

Esa era nuestra intención, pero no la de lady Astrid Banks. Así nos lo dejó claro en la confrontación que había tenido lugar hacía escasos minutos en su casa.

—Tenemos que hablar —me dijo Marcus en cuanto salimos por el portón de Heaven House y el comisionado, con sus hombres, entraron en tromba a la mansión.

Yo asentí como respuesta aún con mi hijo adormilado en los brazos y él le acarició la cabeza, antes de irse a reunir con su hermana, que miraba sorprendida el gran despliegue policial que se había apoderado del lugar.

—No lo dejará pasar —añadió Arthur al llegar a mi altura con su mujer del brazo.

—Me temo que no. Tendremos que contarle lo que leímos de su madre en el libro ceremonial.

—Bueno, las batallas de una en una. Hoy hemos ganado y nos merecemos disfrutar de la victoria. Tú, sobre todo.

Arthur apoyó su mano en mi espalda y Violet con cariño tapó con la manta a Archibald, que había vuelto a dormirse, sabiendo que conmigo estaba seguro.

—Gracias —le dije a la esposa de Arthur—. Sin tu ayuda no habríamos puesto punto final a esta pesadilla.

—Se acabó de hablar de esa mujer —me instó sin dejar de mirar a Archibald—. Ahora debes centrarte en ser feliz. Así que ve y no pierdas más el tiempo.

Violet señaló con la cabeza a Olivia y después, ambos se montaron en un carruaje para regresar a mi casa, recoger a sus hijos, que se habían quedado al cuidado de Morgana, y regresar a su hogar.

—Vayamos a por mamá —le susurré a mi hijo y caminé hacia Olivia que hablaba con su hermano, gesticulando en exceso.

—Os vendréis conmigo, no se hable más —sentenció Marcus a mi llegada.

—De eso nada, Olivia y Archibald se vienen conmigo —intercedí con rotundidad. En ese aspecto no iba a ceder—. Nos marcharemos a mi casa en Dover. Allí estaremos más tranquilos hasta que se esclarezca el futuro de la vizcondesa.

—Pero es mi hermana.

—Y él, mi hijo. —Señalé al pequeño que yacía dormido en mi pecho.

Ambos miramos a Olivia, buscando que ella tomase una decisión. Ninguna de las dos opciones le agradaba. Volver a estar bajo la tutela de su hermano le provocaba el mismo rechazo que estar cerca de mí.

Lo entendía.

Yo me encargué de azuzar su rencor hacia mi persona la noche de la fiesta de primavera, en la que me negué a escuchar unas explicaciones que me moría por conocer. Y, por si fuera poco, le hablé de *mademoiselle* Emily y de mi intención de cortejarla. Quise hacerle el mismo daño que sentí yo cuando me enteré de que no me buscó cuando enviudó. Y ahora creía que mi interés por ella era una treta para garantizarme el acceso a nuestro hijo. Se equivocaba y, aunque tardase toda una vida, lograría hacerle entender que ella seguía siendo tan mía como suyo era yo.

Un profundo suspiro nos anunció que ya había tomado una decisión.

—Me iré con Leo. Lo mejor para Archibald es estar lo más lejos posible de la ciudad —le dijo a Marcus y en el rostro de mi amigo vi un destello de decepción que me conmovió. Fue agradable vislumbrar en él, al hombre al que quise como un hermano—. Estaré en contacto, lo prometo. —Le besó en la mejilla, antes de girarse y esperar a que yo la guiase hasta el carruaje, que Anderson había hecho llegar, como así le pedí que hiciese antes de abandonar Mabo House.

Una vez dentro, el silencio se hizo asfixiante. Según la agitación del enfrentamiento se fue disipando, el cansancio se apoderó de nosotros tan rápido como la incomodidad nos envolvió.

¿En qué momento nos habíamos convertido en dos extraños?

Antes de buscar una respuesta a esa pregunta, me permití el capricho de contemplarla mientras miraba a través de la ventana corrediza del carruaje. Llevaba tantos años amando a esa mujer que no recordaba una vida sin hacerlo.

Había cambiado. Los dos lo habíamos hecho. Los rasgos suaves y delicados de la debutante que fue se habían endurecido dando paso a una arrebatadora dama que poco tenía que envidiar a la juventud.

Yo prefería el dulzor de la fruta madura a la tersura de la inmadurez. Yo la prefería a ella antes que a cualquier mujer ya fuese de este mundo o de otro.

Ella era mi destino y lucharía por él como nunca lo había hecho.

Borraría la sombra oscura de cansancio de sus ojos. Cambiaría la tristeza con la que apretaba sus mullidos labios, por sonrisas solo silenciadas por mis besos. Lograría que volviese a brillar, que el rubor de sus mejillas fuera lo primero que viese al despertar y un «te quiero» lo último que escuchase antes de dormirse entre mis brazos.

Esa era mi meta y no iba a demorar en intentar alcanzarla.

—Gracias —dije con intención de romper el silencio.

—¿Por qué? —Me miró confusa.

—Por elegirme a mí.

—Siempre te he elegido a ti. Es una costumbre de la que no soy capaz de deshacerme.

La verdad oculta en esa confesión me golpeó en las entrañas con la misma fuerza que habría usado un púgil profesional.

—Lo haré bien —le prometí, posando los ojos en el pequeño bulto que dormía a su lado con la cabeza en su regazo.

—Lo sé y me alegro por él. Se lo merece.

Olivia retiró con delicadeza unos mechones de la frente de nuestro hijo y ante mí se proyectaron imágenes de los tres frente a la chimenea en una tarde de invierno, tomando un chocolate caliente mientras veíamos como la nieve cubría el manto verde de nuestro hogar. El eco de las risas inundaría esa casa vacía y el esfuerzo de tantos años de trabajo daría, por fin, su fruto. Seríamos una familia en el hogar que yo construí para ellos.

—Pregúntamelo de una vez. —El lamento ahogado de Olivia disolvió la ensoñación en la que me había perdido—. Pregúntame si sabía quién era ella.

—No lo sabías —carraspeé para ocultar la emoción de mi voz.

—¿Cómo puedes estar tan seguro cuando yo dudo de mis propias intenciones?

—Porque vi la determinación en tu mirada. De no haber aparecido Archibald habrías acabado con la vida de la vizcondesa.

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza en el respaldo. Momento que aproveché para acercarme a ella.

—No vuelvas a hacernos esto. —Le cogí la mano con la que acariciaba a nuestro hijo y entrelacé nuestros dedos—. Los dos te necesitamos. No puedes ponerte en peligro de esa manera. Me has hecho envejecer veinte años de golpe.

El destello de una farola hizo que las lágrimas que surcaban por las mejillas de Olivia brillaran como pequeños diamantes.

—Te dije que esto no sería necesario. —Apartó su mano de la mía—. Jamás te alejaré de tu hijo. No tienes por qué fingir sentimientos que no te nacen.

Me arrodillé ante ella y borré la humedad de su cara antes de juntar nuestras frentes.

—Ya hablaremos de esto detenidamente cuando lleguemos a Dover —le prometí—. Aunque te adelanto que yo jamás he fingido ningún sentimiento por ti.

Quise sellar mi juramento con un beso en sus temblorosos labios, pero, en cambio, tuve que regresar a mi asiento. El cochero había silbado dando la orden a los caballos para que se detuviesen. Ya habíamos llegado a la estación de London Bridge y no podíamos demorarnos en bajar.

—¿Puedo pedirte un favor? —me rogó Olivia cuando me disponía a abrir la puerta del carruaje—. Déjame que sea yo quien le diga que eres su padre. —Miró a Archibald que pestañeaba confuso antes de volverse a dormir, ahora en los brazos de su madre—. Dame unos días y yo misma se lo diré.

—Así lo haremos, pero ahora debemos darnos prisa o el tren partirá sin nosotros.

—¿Un tren? —murmuró sorprendida mientras descendía del carruaje con mi ayuda—. Nunca he montado en uno.

—La primera de las muchas cosas que descubriremos y viviremos juntos.

El rubor de sus mejillas duró, lo que tardó en percatarse de que Anderson nos estaba esperando junto a su hermana y *mademoiselle* Emily. Viajábamos acompañados y eso hizo que se sintiera como la intrusa que no era.

No pude disolver sus miedos, Anderson llegó con rapidez a nuestra altura y me puso al tanto del estado de aquello que le había encargado.

—Ya lo teníamos todo listo cuando llegó Arthur con su esposa —comenzó a hablar sin tan siquiera saludarnos primero. Esa noche había sido angustiosa tanto para los que estábamos en Heaven House como para los que tuvieron que esperar noticias nuestras—. He conseguido reservar un vagón para nosotros solos —asentí complacido—. Imaginé que no estaríais de humor para soportar a otros pasajeros durante el viaje. También he dado una propina de lo más suculenta al jefe del tren para que nos consiga algo de comida y bebida en la parada de Ashford. Así podremos desayunar sin tener que bajar a la estación.

Escuché con atención a Anderson sin dejar de mirar a Olivia. Me dolía el corazón ver cómo se iba haciendo pequeñita dentro de su capa. Ella era consciente de que todos los allí presentes estaban al tanto de que Archibald era mi hijo. Un hijo ilegítimo que a ella la convertía en una adúltera. La vergüenza tiñó sus mejillas de rojo escarlata y me prometí a mí mismo que le daría el sitio que le correspondía más pronto que tarde. Pero, para eso, debíamos de llegar a Dover y comenzar a solucionar nuestros asuntos.

Y por su actitud iba a ser una tarea de lo más laboriosa.

Al entrar en el vagón, esperó a que tomásemos asiento y se situó con nuestro hijo en la otra punta. Nos dio la espalda para no tener que mirarnos en ningún momento y las veces que me acerqué a ver cómo estaba, se hacía la dormida para evitar hablar conmigo.

No quise agobiarla más. Esa noche había ocurrido demasiadas cosas que tenía que asimilar, y la rabia, que me corroía, era que tuviese que hacerlo sin querer o sin necesitar mi apoyo.

Llevaba muchos años haciéndolo todo sola.

Y lo que tardó años en romperse no se podía solucionar en seis horas de viaje.

Por suerte, tras la parada en Ashford y con el sol despuntando en el horizonte, Archibald se despertó al oler el chocolate caliente y el pan con azúcar recién hecho. Le maravilló la idea de viajar en tren. El vagón se llenó de vida con su curiosidad por todo lo que ocurría a su alrededor y con el permiso de su madre, tras devorar su desayuno, lo llevé a visitar al maquinista.

El resto del viaje hasta Dover se hizo muy ameno a su lado. Sin embargo, cuando bajamos del tren y nos subimos en uno de los dos carruajes que nos llevarían hasta nuestra casa, Cliff House, me lo encontré llorando en los brazos de Olivia.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté sin saber muy bien qué hacer. Tenía deseos de arrullarlo para consolarle, pero sabía que aún no tenía ese derecho. Archibald no sabía quién era yo en realidad.

—Míster Drool —lloriqueó el pequeño—. Quiero a míster Drool.

Alcé una ceja interrogante.

—Es su perro —me contestó Olivia—. Nos lo hemos dejado en casa de la vizcondesa.

—Vaya, eso sí que es un problema. Pero creo que tengo la solución. —Di una palmada y Archibald me miró esperanzado, mientras se limpiaba los mocos con la manga del chaquetón que le habíamos puesto sobre el pijama—. En cuanto lleguemos a Cliff House, le mandaré un telegrama a tu tío Marcus para que recoja a míster Drool y yo mismo regresaré a por él, ¿te parece? —El niño asintió con una gran sonrisa que encendió la llama de un amor hasta entonces desconocido para mí. El afecto incondicional de un padre a un hijo. Carraspeé para tragarme la congoja de ese momento tan emotivo antes de continuar—. Estoy pensando que conozco a un vecino que tuvo una camada de cachorros no hace muchos meses. A lo mejor le queda alguno y podríamos buscarle un compañero de juegos a míster Drool para que cuando venga, no se encuentre solo. ¿Te gustaría?

No me lo esperaba y quizá eso lo hizo más especial.

El pequeño saltó del regazo de su madre al mío y me abrazó por primera vez. Fue Olivia quien liberó las lágrimas que picaban en mis ojos.

Y en silencio, los dos memorizamos ese instante y atisbamos el futuro que podríamos disfrutar juntos.

O eso creí, hasta que Olivia cambió el gesto de felicidad de su cara por uno de dolor.



Capítulo 33

Eres un iluso

Olivia

Estaba viviendo un tiempo prestado.

Una vida que no me correspondía y esa certeza, me constriñó el corazón hasta el punto de que sentí como este dejaba de latir.

La escena que se desarrollaba ante mis ojos era tan perfecta como irreal, al menos, a largo plazo. Leo abrazaba a nuestro hijo y me miraba con un amor que sentí como real. Podría ser que

todavía albergase sentimientos sinceros hacia mí, pero ¿hasta cuándo podría corresponderle?, ¿hasta cuándo podríamos vivir en ese sueño?

Nuestro final feliz siempre nos rehuía y esa vez tampoco sería la excepción de la norma. Volvería a fallarle, a traicionar su confianza y antes de romperle de nuevo el corazón, prefería reducir el mío a añicos.

Era una asesina.

Ese hecho jamás cambiaría y la amenaza velada de la vizcondesa seguía susurrándome en el oído. No caería sola, me arrastraría con ella. Lo tenía asumido y hasta cierto punto, deseaba ese destino para así poder espiar los remordimientos que pesaban sobre mi alma.

Pero, al menos, tenía la tranquilidad de que mi hijo no estaría solo. Tenía un padre que lo amaba de forma incondicional y que, haciendo gala a su nombre, lo defendería con la fiereza de un león.

A pesar de que esa certeza me tranquilizaba profundamente, mi futuro seguía siendo muy incierto y oscuro. Fue así, sumida en esa neblina de desesperanza, que llegamos a Cliff House. El hogar que Leo había construido para nosotros, como me prometió años atrás.

Era perfecto, como él.

A lo alto de una colina se divisaba los tejados puntiagudos de una inmensa mansión campestre y cuando llegamos a la entrada principal, ya no me importó dejar la boca abierta de asombro.

Jamás había visto algo así. ¿O sí?

La estructura de la casa me recordaba mucho al Palacio de Cristal que fui a visitar junto a Martin el día en que Leo vio por primera vez a nuestro hijo. Aunque con una gran diferencia, Cliff House formaba parte de la naturaleza que la rodeaba.

El terreno había sido excavado y de las tripas de la tierra, surgían grandes vigas de metal que sostenían unas planchas de vidrio que conformaban las paredes y todo rematado con ebanistería de roble barnizado en colores ocres.

Esa misma madera se había usado para delimitar la propiedad. Unas vallas robustas te permitían disfrutar de las vistas del acantilado con seguridad y te guiaban hacia la escalera que zigzagueaba hasta llegar a los pies de una playa de arena blanca.

—¿Mamá, podemos bajar?

—Más tarde, quizá, mi amor, primero tenemos que instalarnos.

El pequeño frunció los labios en un mohín.

—Haz caso a tu madre. —Leo habló a mi espalda y contuve la respiración para no apreciar su perfume, tan parecido al olor a salitre que impregnaba el lugar—. Además —continuó arrodillándose para estar a su altura—, me ha dicho un pajarito que hay una habitación especial para un niño que le gusten los trenes. ¿Tú conoces a alguno, Archi?

—¡Yo! ¡A mí me gustan!

—Pues corre a la casa que enseguida te alcanzamos.

Nuestro hijo le obedeció y corrió colina arriba hacia la entrada principal de la mansión.

—¿Archi?

—Me lo ha pedido él. Dice que así le llaman los amigos—. Leo sonrió con los ojos y no pude hacer más que imitarlo—. ¿Vamos? —Me ofreció su brazo y todos los motivos por los que sería un error ceder a mi deseo desaparecieron.

O así fue hasta que se nos unieron el resto de las personas que habían venido con nosotros.

—Lord Portman, el señor Thomson me había hablado de la espectacularidad de Cliff House, pero no hizo justicia a la realidad. —Un empalagoso acento francés se encargó de devolverme la cordura—. Su casa es de ensueño.

—Y pronto será tuya también —mascullé entre dientes con la mala fortuna de que Leo me escuchó.

—Olivia.

Mi nombre apenas fue un susurro en sus labios y me negué a reparar en cómo sus cejas se contraían de pena.

—Con permiso. Debo de ir a ver cómo está mi hijo.

Me alcé la falda lo justo para poder ascender por esa colina lo más rápido posible y así alejarme de esa gente que tenía más derecho a estar allí que yo.

Una vez en el interior de la casa, continuamos con la visita guiada por cada una de las salas, a cuál más bonita. Leo fue despachando a los invitados a sus habitaciones para que descansasen tras el viaje y nos dejó a Archibald y a mí para los últimos.

—Y esta de aquí, será tu habitación, Archi.

Leo abrió la puerta blanca y ante nosotros apareció lo que para un niño sería un mundo de fantasía.

La cama era la base de un gran árbol, el tronco era el cabecero y las ramas surcaban el techo del que descendían pequeñas lámparas que emulaban ser estrellas. Frente a ellas, una salita con las paredes repletas de estantes con juguetes de todo tipo. Desde barcos y otros medios de transporte hasta animales de especies muy diferentes. Eso sin olvidarnos de los trenes. Unos raíles formaban un óvalo perfecto en el medio de la alfombra mullida que cubría el suelo.

—No sabía que le gustaba y por eso le mandé al juguetero del pueblo que me trajese todo aquello que le pudiese atraer a un niño de su edad.

Los dos nos quedamos prendados de cómo Archibald correteaba de un lado para otro sin saber a qué prestar más atención.

—Nunca lo he visto tan feliz —reconocí y una lágrima solitaria descendió por la comisura de mis ojos y fue a parar a su pulgar, que la limpió con una delicada caricia—. Gracias.

—Gracias a ti por dejarme hacerlo. —Sus dedos descendieron por mi mejilla y se entretuvieron dibujando el perfil de mis labios—. He mandado que te alisten la habitación contigua a la suya —sin dejar de mirar mi boca, señaló con su mano libre la puerta que estaba en un lateral y que comunicaba ambos cuartos—, pero si quieres… —Se mordió el labio inferior sin atreverse a terminar la frase delante de nuestro hijo. Sin embargo, la invitación a acudir a su dormitorio quedó clara como intenso fue mi deseo de aceptar.

Di un paso atrás y mi rechazo apagó el azul de sus ojos.

—Será mejor que me vaya a descansar. Ha sido una noche muy larga.

Pasé a su lado con la intención de ir a mi nuevo dormitorio cuando su mano rozó la mía y nuestros dedos quedaron entrelazados. Hombro con hombro, cada uno mirando al lado opuesto.

—No es necesario que huyas de mí. La pesadilla ha terminado, mi Julieta —murmuró con el mismo dolor que sentía yo.

—Eres un iluso si piensas eso.

Deshice la unión de nuestras manos y caminé hacia el dormitorio que se convertiría en mi fortaleza durante las dos semanas que siguieron a ese día.

Durante ese tiempo, no salí de esas cuatro paredes nada más que para pasear por la playa con Archibald por las mañanas, después de desayunar temprano, para así no coincidir con el resto de los habitantes de la casa.

El resto de las horas las pasaba en el cuarto de mi hijo jugando con él a miles de aventuras. Su imaginación volaba con la tranquilidad de saber que allí no había monstruos que lo obligasen a esconderse debajo de la cama.

Por las tardes, Leo venía a buscarlo para merendar y a través de la ventana, los veía pasear o cómo le enseñaba a montar a caballo. Cada día me invitaba a acompañarlos y mi respuesta siempre era la misma. Un «no» que comenzaba a tensar la relación entre nosotros y cuando regresaba con él a la noche, después de cenar, siempre manteníamos la misma discusión.

—¿Tenemos que hablar? —me susurró en el día de ayer, aunque su voz se asemejó a un gruñido.

—No delante de él.

—Pues deja de rehuirme. No puedes esconderte eternamente de mí.

Le cerré la puerta en las narices y apoyé la frente contra la madera, escuchando como sus pasos se alejaban por el pasillo.

Tenía razón. Llegaría el momento en el que tendría que darle las explicaciones que se merecía, pero alargaría ese instante todo lo que estuviese en mi mano.

No quería enfrentarme a él ni tampoco a las miradas acusatorias de doña Remilgos y su protegida francesita. La hermana de Anderson, Morgana, y *mademoiselle* Emily no eran santo de mi devoción.

Eran pocas las veces que nos habíamos cruzado y siempre con bastante distancia entre nosotras y, aun así, podía escuchar el zumbido de sus cuchicheos. Me imaginaba a la perfección lo que dirían de mí. Hasta yo coincidiría con ellas en sus reproches si no estuviese en mi piel.

Una viuda adúltera que engañó a su difunto marido con un hijo que no era suyo y que, ahora, había regresado a engatusar al verdadero padre, para garantizarse una vida acomodada.

Una buscona, una fulana y cualquier otro sinónimo se podía utilizar para describirme.

Lo entendía, pero eso no significaba que lo tuviese que aguantar. Ya bastante me juzgaba yo solita. Por eso no bajaba a comer con ellos, ni mantenía otro tipo de contacto social.

Yo las evitaba y ellas se dejaban evitar.

De esa forma, se estableció una rutina que se fue haciendo más cómoda según los días pasaron y no teníamos noticias de Londres, en las que se me mandase apresar por asesinato.

Fui bajando la guardia, momento que utilizó Leo para atacarme.

Archibald y yo habíamos terminado nuestra comida cuando alguien llamó a la puerta de mi cuarto. Pensando que era la doncella que venía a retirarnos los platos, le indiqué que pasase.

—Buenas tardes, señora. No he tenido el gusto de presentarle mis respetos. Soy Poppy Patel, el ama de llaves de Cliff House.

Le indiqué a Archibald que se fuese a jugar a su cuarto y me acerqué hasta esa mujer larguirucha, vestida de negro, que me miraba curiosa a través de unas gafas de metal ovalado.

—Encantada de conocerla, Poppy. Dime, ¿en qué te puedo ayudar?

—Me envía el vizconde Portman, me ha indicado que ya estaría usted recuperada del viaje y que, como señora de la casa, me indicaría la forma en la que usted quiere dirigirla. Indíqueme su proceder y yo me encargaré de que se cumpla su voluntad.

—¿La señora de la casa? —grazné cuál cacatúa, lo que provocó una sonrisa en el ama de llaves que no tardó en ocultar—. Debe de ser un error, Poppy, yo no soy la señora de esta casa, en todo caso, tendría que hablar con *mademoiselle* Emily.

Negó con la cabeza antes de responderme.

—El vizconde fue muy claro desde el mismo momento que vinieron de Londres. Usted, y solo usted, sería la señora del lugar. Aunque me dijo que, si tenía alguna duda, la estaría esperando en su despacho.

—Ah, ¿así que con esas viene, lord Portman? Está bien, le daremos lo que está buscando —mascullé bajo la mirada divertida de Poppy—. Me haría el favor…

—Por supuesto, señora, cuidaré del señorito Archibald durante su ausencia —dijo anticipándose a mis deseos.

De esa forma, salí por primera vez de la seguridad de mi dormitorio para enfrentarme al león que me había atraído hasta sus dominios. Pero si Leo pensaba que le iba a dejar arruinar su futuro por enredarlo con el mío, es que todavía no sabía la envergadura de mi amor por él.

Lo salvaría de cualquiera que pudiese poner en riesgo su felicidad.

Y eso me incluía a mí.



Capítulo 34

No es justo

Leo

Hasta un hombre paciente y sensato, como yo, tenía sus límites, y a ella le encantaba traspasarlos.

Olivia llevaba cerca de dos semanas rehuyéndome y cuando asaltar su cuarto, amparado en la oscuridad de la noche, se convirtió en la opción más plausible, supe que debía poner punto final a esa situación que se estaba alargando demasiado en el tiempo.

Si yo no podía acercarme, ya me encargaría de hacer que ella viniese a mí. Y por la forma en la que habían aporreado la puerta de mi despacho, mi estratagema había funcionado.

—Adelante.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

Frente a mí apareció la dueña de mis sueños y, a decir verdad, de mi vida entera. Con los brazos en jarra, su nariz respingona se movía de forma graciosa por culpa de la fuerza con la que respiraba. Estaba furiosa, y prefería ese sentimiento a la indiferencia.

«Solo un poco más. Solo la contemplaré un poco más».

Y cumpliendo ese deseo, continué acariciándola con la mirada. Sus labios fruncidos, a la espera de una respuesta que no llegaba, me dieron acceso a su cuello esbelto y delicado que desembocaba en el valle oculto entre sus pechos. Entonces, fui yo el que apreté los labios para ahogar el gruñido de anhelo que prendió todo mi cuerpo.

Llevaba muriéndome de sed más años de los que podía contar y ella era el único manantial del que bebería, hoy y siempre.

—¿Me has escuchado? —chasqueó los dedos para llamar mi atención—. ¿Qué se supone que estás haciendo? —repitió la pregunta a la que no había contestado.

—Trabajar.

Tragué saliva y bajé la vista al plano al que le estaba dedicando mis esfuerzos en los últimos días. Ese sería el proyecto más importante de mi carrera como arquitecto. La casa del árbol con forma de barco que quería instalar en el jardín para mi hijo.

«Para nuestro hijo», rectifiqué mi pensamiento y dejé la pluma en la mesa para prestar atención a Olivia.

Su postura había cambiado. De furiosa había pasado a iracunda, con los brazos cruzados en el pecho y repiqueteando con la punta de su zapato en el suelo de madera.

—Sabes que no me refiero a eso —bufó—. Sino a por qué le has dicho a tu ama de llaves que soy yo la señora de la casa.

—Porque lo eres.

—Sabes que no es así y que lo sugieras es una crueldad.

Suspiré y cansado, me apreté el puente de la nariz antes de levantarme, rodear mi escritorio, sentarme al borde de la mesa y dejarme llevar por el mismo resentimiento que sentía ella.

Yo también tenía motivos para estar más que enfadado.

—Puestos a hablar de crueldades, no creo que exista una peor que ocultarle la existencia de un hijo a su padre durante seis años. —El aire escapó de su pecho como si le hubiese dado un puñetazo en el estómago—. Lo siento, no quería decir eso.

—Claro que querías decir eso y estás en todo tu derecho. —Bajó con rapidez la mirada al suelo para que no me percatase de cómo sus ojos se habían humedecido. No lo consiguió y el instinto me empujó a acercarme a ella—. No, por favor. —Alzó la mano y yo frené mis pasos en el acto—. Reconozco que la desesperación me ha empujado a tomar muy malas decisiones —comenzó a deambular de un lado a otro mientras enumeraba uno a uno sus mayores errores—. Me casé con quien no debía, me fui a Nueva York cuando no tendría que haber salido de Inglaterra, no me fui de allí contigo cuando tuve la oportunidad… ¡Si hasta confié mi vida a una lunática que solo buscaba vengarse de vosotros!

—¡Confiaste en ella por qué tú quisiste! —exclamé igual de exaltado que ella—. Hablas de desesperación cuando fue el orgullo el encargado de tomar tus decisiones. Porque siempre estuve ahí, Olivia. Siempre fui para ti una opción que nunca quisiste tomar.

Dejó de caminar y se abrazó a sí misma mientras las lágrimas se le caían por su propio peso.

—Sigues creyendo que no te busqué porque no quise —balbuceó.

—Sigo esperando que me cuentes los motivos de por qué no lo hiciste.

—Ya lo intenté y no me dejaste. Es más, me ordenaste que me olvidara de ti.

—Yo también he pecado de orgullo y fue él quien habló por mí aquella noche. Fue la rabia de sentir que, a pesar del daño que tu ausencia me había causado, te seguía amando como el primer día. Como en ese día que te adueñaste de mi corazón para siempre.

—¡Basta, Leo! —Alzó la mano de nuevo, pero esa vez no frené mis pasos y continué caminando hacia ella, hasta que su espalda chocó con la pared y la encarcelé entre mis brazos.

—¿Quieres saber cuál fue ese día? —le pregunté, borrando el rastro de sus lágrimas con mis dedos, de la misma manera que querían hacer mis labios.

—No.

—Te lo diré igualmente. —Le acaricié la nariz con la punta de la mía y nuestras miradas se enredaron como solo ellas sabían hacerlo—. Sospecho, mi Julieta, que aquel día, en la catedral de Southwark, te enamoraste de mí al mismo tiempo que yo lo hice de ti. Todavía recuerdo con exactitud cómo los colores, que reflejaban las vidrieras, te acariciaban la cara como lo hago yo ahora. Jamás había visto algo tan bello.

—No fue ese día —susurró y el calor de su aliento provocó que entreabriese la boca—. Yo te quería mucho antes. Cuando para ti nada más era una de las hermanas mellizas de tu mejor amigo. Seguro que ni sabías quién era Annabelle y quién era yo.

—No podéis ser más distintas tanto por dentro como por fuera. Yo siempre te vi a ti, cuando nos traías pastas a la biblioteca, cuando nos cruzábamos en los pasillos… Siempre fuiste tú. Siempre te busqué a ti ¿Por qué no hiciste lo mismo tú cuando Moore murió? ¿Por qué no me buscaste?

—Porque tenías razón, Leo, como de costumbre, y no sabes cuanto te odio por ello —protestó con un golpe en mi pecho, pero la media sonrisa que acompañó a sus ojos tristes me susurró que no era odio lo que sentía por mí—. Edward no me dejó en una buena posición, más bien todo lo contrario.

—¿De qué murió?

Mi intención no era hurgar en su dolor, sino saber por todo lo que había pasado Olivia para comprender mejor las decisiones que había tomado.

—No es de qué murió, sino cómo lo hizo. —Tragó con fuerza y durante unos segundos titubeó como si estuviese buscando las palabras adecuadas—. Lo encontraron tirado en un callejón cerca de un burdel. Le habían dado tal paliza que quedó irreconocible.

Enmudecí. No me había parado a pensar qué diantres le había pasado a ese malnacido. Me bastaba con saber que estaba bajo tierra. Sin embargo, por la forma en la que Olivia comenzó a temblar, supe que había mucho más detrás de esa historia.

—Ven, siéntate. —La guie hasta una silla cercana y me arrodillé para quedar a su altura con sus manos firmemente sujetas entre las mías.

—La policía no encontró a los culpables. Edward tenía tantos acreedores a los que les debía dinero que podía haber sido cualquiera de ellos. —Negó perdida en los recuerdos—. Lo tenía todo planeado, ¿sabes? —Con un parpadeo se centró en mí y la mueca con la que quiso fingir una sonrisa me ahogó en la culpa—. Esperaría a enterrarlo y después de su funeral, te escribiría, te hablaría de Archibald y te pediría perdón por no haber sido valiente. Te diría por qué no pude irme contigo.

—Pero nunca lo hiciste.

—No pude. El mismo día de su entierro, los acreedores arrasaron la casa y se llevaron lo poco

que había de valor en ella y como eso no cubría sus deudas, comenzaron a extorsionarme. Pensaban que mi hermano, al ser duque, pagaría por la seguridad de su hermana y sobrino.

—Lo hubiera hecho. ¡Yo mismo lo hubiera hecho!

—Entonces creía que mi hermano me había dado la espalda —me defendí—. La vizcondesa se encargó de que pensase que estaba sola y por eso recurrí a ella. Me protegió en su casa, y me mantuvo oculta hasta que fue seguro salir de allí. Ella se encargó de pagar los pasajes de barco para regresar a Londres.

—Sigo sin entender por qué no recurriste a mí como así lo tenías planeado.

—Porque tuve miedo. Miedo de que pensaras que te buscaba por interés. ¿Una joven viuda con un hijo pequeño, sin posibles, repudiada por su familia y viviendo de la caridad de una extraña? —Usó las mismas palabras que le dije en la fiesta de primavera—. Creerías que buscaba casarme en segundas nupcias para garantizar mi bienestar y el de mi hijo, como así hiciste.

—No sentía nada de lo que te dije aquella noche en el laberinto. Te lo juro por la vida de nuestro hijo.

—Pues deberías hacerlo. —Se levantó y me dio la espalda—. Olvídame, Leo. Por favor, olvídame, ódiame o haz las dos cosas a la vez.

—¿Qué locura me estás pidiendo?

—No es una locura si es lo correcto. Déjame hacer esto por ti. —Con la misma desesperación de su voz, se giró y se aferró a las solapas de mi chaqueta—. Déjame silenciar mi conciencia sabiendo que hice lo mejor para ti. Quiero que seas feliz, Leo. Al menos quiero que uno de los dos lo sea y es demasiado tarde para mí.

Su beso en la mejilla me irritó la piel con el veneno de una despedida y, con el corazón golpeándome en el pecho, la vi caminar hasta la ventana del despacho.

—Es contigo o contigo —susurré en su oído y enterré mis manos en su cintura atrayéndola hacia el fortín de mi pecho—. Un «sin ti» no entra en mis opciones.

—No entrará en tus opciones mientras yo siga aquí presente. —Me enderecé esperando sus próximas palabras—. El pueblo no está lejos. —Y con los dedos dibujó el perfil de los tejados de algunas de las casas que se veían desde nuestra altura—. Podrías arrendar una pequeña casa para Archibald y para mí. Prometo no ser una molestia ni exigir comodidades dignas de una vizcondesa y podrás traerte al niño siempre que así lo desees.

Aborrecí la esperanza que escuché en su voz y cuando se giró entre mis brazos, me encontró con los párpados cerrados en un intento por controlar el enfado que calentaba mi sangre. Hinqué los dedos en sus caderas y la atraje hacia mí de nuevo, lo que la obligó a levantar la cabeza para poder mirarme a los ojos, que ya estaban abiertos y ardiendo de rabia.

—Nunca, jamás, vuelvas a insinuar que te esconda como si fueras mi amante —gruñí desde lo más profundo de mi garganta.

—Ya lo estás haciendo y ni siquiera te has dado cuenta. ¿Qué hacen ellas aquí si no? —Señaló a Morgana y a *mademoiselle* Emily que paseaban por los jardines agarradas del brazo—. Esa joven ha venido desde Francia en busca de un marido y ahora ha dejado Londres siguiendo tus pasos. La estabas cortejando, yo misma os vi… Vi lo felices que podíais estar juntos. —Volteó la cara para que no viese los latigazos de dolor que le provocaba esa certeza—. No cambies tus planes por mí, no otra vez. Llevas esperándome demasiado tiempo, y cuando por fin habías comenzado a olvidarme, regreso para mover el pasado. No es justo.

—Deja que sea yo quien decida eso.

Cansado de palabras que no arreglaban nada, enredé mi mano en su pelo, dispuesto a zambullirme en su boca, que ya me esperaba con los labios entreabiertos. Su gemido de sorpresa

supo a una invitación que no pensaba desaprovechar y no lo hubiese hecho de no ser por el inoportuno que llamó a la puerta del despacho.

—Adelante —dije muy cerca de sus labios antes de alejarme lo suficiente para no dar la impresión de que estábamos en una situación comprometida.

—Disculpe, milord. —El ama de llaves entró e hizo una pequeña reverencia—. El señorito Archibald se está impacientando. Dice que hoy le iba a llevar a buscar a su nuevo perrito y a jugar a los soldados.

—Es cierto —reconocí, mirando la hora en mi reloj de bolsillo—. Le había prometido que le llevaría a conocer el castillo que hay aquí cerca y sus túneles secretos. Después iremos a visitar a nuestro vecino, el señor Starplast. Sus perros pastores tuvieron una camada a primeros de año. —Hice una pausa—. Podrías acompañarnos.

Negó con la cabeza como imaginaba que haría.

—Está bien, pero cuando regrese, continuaremos la conversación donde la dejamos. —Deshice mis pasos y me acerqué a ella, sin importarme que estuviese presente el ama de llaves —. Te advierto —ronroneé en su oído—, no me rehúyas, pues de hacerlo, me veré obligado a asaltar tu dormitorio en mitad de la noche y te aseguro que es lo que más deseo hacer. Esta vez, si vas a volver a rechazarme, quiero que seas sincera conmigo.

Me fui antes de darle la oportunidad de inventarse una nueva excusa. Todavía tenía muchas cosas que aclarar y si queríamos avanzar, debía ser valiente y resolver mis dudas.

Y aunque la amaba demasiado, necesitaba saber cuáles fueron los motivos reales, por los que se negó a irse conmigo de Nueva York, si tan infeliz era con Moore.

Solo eso me quedaba por averiguar y bien caro pagaría el precio por descubrirlo.



Capítulo 35

¡No quiero hacerlo!

Olivia

Valiente.

Me creía valiente cuando no era más que la misma mujer apaleada de siempre.

Esa que durante años midió cada uno de sus gestos como, si de esa forma, pudiese evitar la paliza que le esperaba cada noche por parte de ese malnacido que se crecía a su costa.

Esa que cansada de hacer lo que los demás esperaban de ella, se prometió que nunca más se

dejaría doblegar por nadie. Como si ese fuese el único significado verdadero de «ser valiente».

Qué confundida estaba.

Había muchas formas de serlo y la más cruel de todas era aquella que te obligaba a renunciar a tu felicidad para procurar la de tu ser amado.

Leo sería más feliz sin mí. Yo no tenía un futuro que ofrecerle. Mis días estaban en manos de la vizcondesa.

«*Me aseguraré de que no sea yo la única en caer*».

Su amenaza me acompañaba allá donde fuese y solo era cuestión de tiempo que la cumpliese. Y entonces, todo habría terminado para mí. Tendría que abandonarlo de nuevo.

En esa ocasión, «ser valiente» significaba renunciar a él.

—Pero no quiero… ¡No quiero hacerlo! —grité a las olas del mar que borraban mis huellas de la arena.

Cuando Leo se marchó con mi hijo, yo salí corriendo hacia la playa, huyendo de él, de su comprensión y de sus deseos de deshacer los nudos que nos separaban.

Nudos que ya no existían o quizá, nunca existieron.

Dos cabezotas, que intentando hacer lo correcto, se procuraron una vida de desdichas y, en ese instante que un «juntos» era posible, tenía que volver a fallarle. Tenía que romperle el corazón una vez más.

Por eso grité. Grité al viento, que empujaba la marea, ajeno a mi dolor. Grité al cielo por seguir siendo azul cuando en mi interior todo era oscuro y frío. Grité al sol por brillar cuando no había motivo para hacerlo. Grité hasta que las rodillas me fallaron y la arena absorbió las lágrimas de rabia que ya no me molestaba en retener.

—No quiero alejarme de él. No ahora que lo he recuperado —sollocé.

—Pues no lo haga.

Me puse de pie y, con rapidez, me sacudí la falda y borré de mi cara el rastro húmedo de las lágrimas.

—Disculpe, no le había escuchado llegar, señora…

—Morgana, por favor, llámame, Morgana. ¿Yo le puedo llamar Olivia?

—¿Sabe mi nombre?

—Lo sé todo de usted.

—Imagino —murmuré y mirando al horizonte una vez más, respiré hondo ese aroma a sal que tanto me recordaba a Leo y recobré la compostura—. Puede ahorrarse el sermón y si ha venido en nombre de su prima, le puede tranquilizar. No seré un estorbo en su relación con lord Portman.

—Mi intención, al acercarme a usted, no era esa.

—¿Y cuál era entonces?

—Soy la mayor de seis hermanas y todas ellas sufrieron algún tipo de desengaño amoroso. Solo quería ofrecerle mi consuelo.

—¿Por qué querría hacer tal cosa?

—Porque yo una vez creí que no había más salida que renunciar a mi esposo. Un francés y para colmo perteneciente al ejército. —Su carcajada siguió el compás del arrullo de las olas—. Parte de mi familia me ha retirado la palabra y muchos otros sienten que he traicionado mis raíces escocesas. Sin embargo, no ha habido ni un solo día que me haya arrepentido de elegirlo a él.

—Le agradezco sus buenos deseos, pero no sabe de lo que está hablando y dudo que a su prima le agradase descubrir que está confabulando en su contra. Con permiso.

—Olivia, por favor, espere. No es lo que usted piensa.

Subí las escaleras de dos en dos, con la falda subida por las rodillas y resoplando por el esfuerzo de correr más que esa mujer que no dejaba de perseguirme.

—Por favor, déjeme en paz —le dije sin detenerme, y decidí bordear las cocheras para ganar algo de tiempo y despistarla.

—Solo será un segundo, Olivia.

La hermana de Anderson era tenaz y no se daba por vencida, pero no fue ese motivo por el que me detuve. Una risa femenina se escuchaba detrás de uno de los abrevaderos. Anduve hacia allí y lo que descubrí supuso el final de mi paciencia.

La cordura me abandonó, dejando paso a mi versión más animal y visceral.

—¡Seréis desgraciados!

Cogí una horquilla que estaba apoyada sobre un fardo de heno y comencé a golpear con el mástil de madera la espalda de ese hombre que, como podía, se recolocaba la camisa, mientras *mademoiselle* Emily hacía lo propio con el escote de su vestido.

—Por Dios, señora Olivia, deje de pegarme.

—¡¿Que deje de pegarle?! ¡¿Cómo se atreve?! Es usted un sinvergüenza, señor Thomson. Traicionar de esta forma a su amigo —le reproché y apunté con la horquilla a la mujer que continuaba quitándose cañas de paja de su vestido—. Y usted… —anduve hacia ella y esta se fue a guarecer tras su amante—, usted es una caprichosa insensata. Tiene la atención de un hombre bueno, leal, protector y honrado donde los haya y ¿le corresponde de esta forma?

—Señora Olivia, se está equivocando. —Emily me respondió asomando la cabeza, pero sin alejarse de Anderson, que con el brazo levantado me mantenía alejada—. Dígaselo usted, lord Portman.

Me giré y, a pocos pasos de distancia, estaba Leo, cruzado de brazos y con una sonrisa socarrona en su cara.

—¡Qué bochorno! —gimió *mademoiselle* Emily.

—Ya sabía yo que esto iba a ocurrir —apuntó Morgana, nada más llegar a la altura del abrevadero—. ¿Era tanto pedir que os contuvieseis el tiempo que tardaba tu primo en mandarnos su respuesta?

—Lo lamento, hermana —habló Anderson, aún protegiendo con su cuerpo a *mademoiselle* Emily—. No era nuestra intención que este inofensivo paseo acabase de esta forma.

—Inofensivo, ya —se jactó Leo, tosiendo de forma disimulada.

—No se suponía que tú te habías marchado con Archibald para enseñarle el castillo —le reprochó Anderson a su amigo que no dejaba de burlarse de él.

—Cierto —exclamé—. ¿Dónde está mi hijo?

—Esperándome en el cabriolé. —Leo señaló el carruaje en el que estaba sentado Archibald junto a la cochera y al verme, se levantó y me saludó con la mano, gesto que le devolví, a la vez que me deshacía, con disimulo, de la horquilla que había usado como arma—. Procedíamos a marcharnos cuando me crucé con un jinete —continuó diciendo y, con picardía, miró a Anderson mientras sacaba de uno de los bolsillos de su chaqueta de montar Norfolk, lo que parecía un telegrama.

—¿Son noticias de Francia? —preguntó esperanzada *mademoiselle* Emily, esa vez saliendo de su escondite.

—Eso parece.

—¿Y qué dice mi primo? ¿Nos da su permiso para casarnos?

—¿Casaros? —grazné y me llevé la mano al pecho—. ¿Vas a casarte con ella después de

encontrarla en una situación comprometida con el señor Thomson?

Cierto es que ese era mi deseo hasta hacía escasos minutos, pero eso fue antes de saber que esa francesita lo había traicionado. Leo se merecía a alguien mucho mejor. Alguien que lo amase tanto que en su presencia cualquier otro hombre palideciese en comparación. Alguien que fuese feliz al verlo sonreír, que sintiese que entre sus brazos está su hogar, que despertar cada día a su lado fuese un sueño del que no quisiera despertar… Alguien que lo amase como yo.

—¿Todavía no se lo has dicho? —preguntó Anderson a Leo, señalándome.

—No he tenido la oportunidad.

—¿La oportunidad de qué? —Miré a ambos confusa.

—De decirte que era Anderson y no yo el que había pedido la mano de *mademoiselle* Emily. Y esto —Leo alzó la carta que tenía de la mano—, es el beneplácito del marido de la señora Morgana para que se oficie la boda.

—Eso era lo que pretendía decirle. —Morgana me apretó de forma cariñosa el antebrazo antes de ir a felicitar a los futuros novios.

—Pensé…

—Que era yo quien la estaba cortejando y no te equivocaste del todo. —Leo terminó la frase por mí y aprovechó que los demás estaban ocupados celebrando la gran noticia, para acercarse más de lo que se consideraría decoroso—. *Mademoiselle* Emily y yo fuimos dos insensatos que, ante el duro camino que les había marcado el corazón, quisieron tomar un atajo. —Sus dedos me alzaron la barbilla, obligándome a hacer algo que no quería; perderme en el azul repleto de promesas de sus ojos—. Yo no quiero ningún atajo, te quiero a ti. Y antes de que digas nada, soy consciente de que aún tenemos mucho de lo que hablar y lo haremos. Te lo prometo. Pero, por favor, mi Julieta, déjame volver a ser tu Romeo.

Fue ahí, cuando dejé de ser valiente.

Cuando dejé que la esperanza anulara a la sensatez.

Cuando olvidé que Julieta nunca tuvo un final de cuento de hadas con su Romeo.

Contra el MUNDO



El juicio final



Capítulo 36

¿Lloraba mucho?

Leo

La palabra plenitud tomó sentido a su lado.

En lo alto de la torre de Avranches, del castillo que estaba cerca de mi propiedad, miraba al horizonte de la mano de mi hijo.

El reflejo del sol sobre la superficie del mar era tan intenso que mis ojos picaron y se humedecieron de lágrimas que nada tuvieron que ver con la emoción del momento, o eso le

aseguré al pequeño que blandía la espada de madera que el mayor Dodd le había regalado.

En los últimos años, entre ese alto mando del ejército y yo había surgido una amistad, que no dudé en utilizar para conseguir que le enseñasen a Archibald las instalaciones militares que se asentaban en ese fortín.

Durante más de dos horas, el pequeño escuchó con atención toda la historia que encerraban en aquellas paredes de piedra. Desde la batalla de Hasting de Guillermo el Conquistador hasta las guerras Napoleónicas. No obstante, lo que más le llamó la atención fue que yo, o mejor dicho mi empresa Leand Ltd., había reformado parte del castillo.

Tal era el orgullo que vi en sus ojos que me juré a mí mismo que lucharía porque mi hijo siempre me mirase de esa forma. Justo como hacía en ese instante, mientras le señalaba a lo lejos una fina sombra gris que se perdía donde el mar se juntaba con el cielo y que no era otra cosa que la costa francesa.

—¿Y qué es eso de allí?

Archibald señaló una edificación que estaba junto al murete que delimitaba el terreno perteneciente al castillo.

—Es la iglesia de Santa María y justo al lado está el faro que usaban los antiguos romanos para que los barcos no chocasen con los acantilados.

Su cara de asombro se convertiría en uno de mis mejores recuerdos.

—¿Y en esa iglesia hay ventanas de colores? A mi madre le gustan mucho las ventanas de colores.

«Mi Julieta», susurré en mi interior, reviviendo con añoranza el día aquel en la catedral de Southwark

—No estoy seguro —le dije—, pero podemos ir a comprobarlo.

El pequeño asintió y nos despedimos del mayor Dodd con la promesa de que iríamos a visitarlo otro día. Una vez en la iglesia, descubrimos que frente al altar había una impresionante vidriera que los dos coincidimos en que le encantaría ver a Olivia.

—La próxima vez, vendremos con ella.

—¿Y también subiremos al faro? ¿Podemos subir ahora?

Ambos alzamos la cabeza para intentar divisar donde terminaba esa edificación que estaba en bastante mal estado. Me asomé por una de las puertas de arco de medio punto por las que se entraba al interior y descubrí que las escaleras estaban pegadas al muro formando una espiral.

—Me temo que lo tendremos que dejar para otro día, Archi. Se ha levantado mucho aire y no sería muy seguro. A no ser que tengas unas alas ocultas debajo de tu chaqueta.

—¡No soy un pájaro! —exclamó mi hijo con una sonrisa.

—Es una lástima, aunque, pensándolo bien, mejor así. Así tu nuevo perro no podrá comerte.

—¿Vamos ya a por él?

Archibald salió corriendo hacia el cabriolé y no paró de moverse en el asiento hasta que llegamos a la granja de nuestro vecino, el señor Starplast, y conoció a su nuevo amigo, un lanoso *bobtail* de seis meses.

—¿Has decidido qué nombre le vas a poner? —le pregunté durante el viaje de regreso a Cliff House y por unos segundos se quedó pensando, mientras miraba al cachorro que no dejaba de lamerle la cara.

—Míster Lucky.

—Señor afortunado. Bonito nombre.

—Es como me siento ahora, milord.

Cogí las riendas del caballo con una mano y le acaricié la cabeza con la otra. La tentación de

decirle que era su padre y que yo me sentía igual de dichoso a su lado fue enorme, mas le había prometido a Olivia que sería ella quien se lo diría. Sin embargo, comenzaba a impacientarme.

—¿Te gusta Inglaterra? ¿Eres feliz aquí? —Quise saber con la intención de distraerme y tragar el nudo de emociones que se atascaban en mi garganta.

—Sí, soy muy feliz aquí y mi madre también. Ya no llora tanto.

—¿Lloraba mucho en Nueva York?

El pequeño asintió.

—Casi todos los días, milord.

Apreté los dientes con la misma fuerza con la que tiré de las riendas para ralentizar nuestro paso. Ya estábamos cerca de Cliff House y quería alargar nuestra llegada un poco más. Lo justo para terminar de sonsacarle a Archibald toda la información que pudiese darme de la época en la que vivieron en Nueva York.

Me estaba metiendo en un terreno pantanoso. Lo sabía y, aun así, no dejaría pasar la oportunidad de descubrir el origen de ese muro que me impedía terminar de acercarme a Olivia.

Ella me quería, lo podía ver en sus ojos. Yo también la amaba, no me cansaba de repetírselo. Entonces, ¿por qué seguíamos tan distanciados?

Lo que parecía fácil, Olivia seguía viéndolo difícil y el instinto me decía que nuestro hijo tenía la clave para entender qué estaba ocurriendo.

—Supongo que a tu madre le ponía triste estar tan lejos de tus tíos y de tu abuela. Por eso lloraba.

—No, milord. Era el señor Moore quien le hacía llorar.

Me tragué la rabia junto al orgullo y me obligué a continuar con la conversación, llamando a Moore por el papel que nunca tuvo que ejercer con Archibald.

—¿Tu padre le hacía llorar?

—El señor Moore no era mi padre —su respuesta me sorprendió y me alegró a partes iguales.

—Ah, ¿no?, ¿y quién es entonces?

Archibald se encogió de hombros, sin dejar de acariciar al perro que ahora dormitaba con la cabeza apoyada en sus rodillas.

—Solo sé que se llama Romeo —dijo y yo lo miré de soslayo—. No me gusta ese nombre, parece de debiluchos, pero mi madre me ha asegurado que mi padre es grande y fuerte como un león.

Lo imposible dejó de serlo y, en ese instante, me enamoré más si cabe de Olivia.

—¿Y sabes dónde está tu padre?

—No lo sé, milord. A mi madre no le gusta hablar mucho de él. Se pone triste y llora.

—¿Igual que hacía con el señor Moore?

Negó con la cabeza.

—Cuando habla del señor Moore, junta fuerte los labios y se pone muy enfadada. —Archibald me miró con las cejas fruncidas y su boca formando un mohín—. Pero cuando habla de mi padre, los ojos se le caen y la cara se le queda así. —Dejó de acariciar por un segundo al cachorro y con sus manos en la mejilla estiró la piel hacia abajo.

Me sentí el hombre más miserable del mundo y no contento con eso, quise saber si ese hombre que usurpó mi lugar era aún más miserable que yo.

—Cuando el señor Moore falleció tendrías unos tres años, ¿no?

—Ajá —respondió con toda su atención puesta en su nuevo amigo perruno.

—¿Lo recuerdas?

—Solo en mis pesadillas, milord.

—¿En tus pesadillas? ¿Me las quieres contar?

El niño se encogió de hombros y yo retuve la respiración esperando su respuesta.

—Siempre ocurre lo mismo —murmuró con una especie de gemido—. El señor Moore es un monstruo que huele raro y cuando llega a casa, jugamos al escondite. Mamá me mete debajo de la cama y me dice que «oiga lo que oiga, no salga de mi cuarto». Luego se marcha de la habitación y cuando los ruidos fuertes paran, mamá regresa. —Un gran suspiro salió de su boca —. No me gusta ese juego. El monstruo siempre gana, siempre encuentra a mamá.

No era una pesadilla. Lo que Archibald veía en sueños eran retazos de vivencias pasadas que su mente infantil no supo olvidar y que él ahora confundía con monstruos.

Ignoraba lo que se debía sentir al ser torturado, pero dudo mucho que se diferenciara a como yo me sentía en ese momento. Bien podrían haberme atado a un tronco, embadurnarme en aceite de parafina y prenderme fuego, que estoy seguro de que hubiese dolido menos que imaginarme lo que tendrían que haber sufrido Olivia y mi hijo en manos de ese hijo de mala madre.

El resto del camino lo hicimos sumidos en un silencio salpicado por algún que otro gruñido juguetón de míster Lucky. Archibald se había percatado de mi cambio de humor y me miraba de reojo sin saber si tenía permiso para hablar o para tan siquiera respirar. Y yo, en cambio, estaba perdido en mi interior, imaginando las mil y una formas en las que mataría a Moore de estar vivo.

Jamás había odiado a nadie hasta ese momento y la impotencia de saber que no podía hacer nada para cambiar lo que hizo me aguijoneaba el estómago como si me hubiese tragado una colmena de abejas furiosas.

En cuanto llegamos a Cliff House, me bajé del cabriolé y tiré las riendas al primer mozo que vi salir de las cocheras.

—Asegúrate de que el niño entra sano y salvo en la casa —le grité y me dispuse a marcharme cuando la voz aflautada de Archibald me frenó.

—¡Lo siento! —Me giré y lo vi todavía de pie en el cabriolé. Apenas se le veía el cuerpecito con el perro en brazos, pero sus ojos relucían por el paño húmedo que oscurecía su color azul—. Siento si mis pesadillas le han enfadado, milord.

—Serás imbécil. —Me golpeé la frente con la palma de la mano y me acerqué hasta mi hijo—. El que lo siente soy yo, Archi. —Mi disculpa le tranquilizó—. Tus pesadillas no me han enfadado, bueno sí, pero no por ti, sino porque me gustaría acabar con ellas para siempre.

—No hace falta. Ya no están —dijo con media sonrisa que comenzaba a borrar la pena de sus ojos—. Desde que estoy en su casa ya no tengo pesadillas. Aquí me siento seguro.

Eso era justo lo que necesitaba escuchar.

No podía cambiar el pasado, pero sí era dueño del futuro.

Aunque primero tendría que silenciar a los demonios que me susurraban que yo era tan culpable como Moore de esas pesadillas.



Capítulo 37

Quiero matarlo

Olivia

No debía, lo sabía.

Estaba olvidando lo evidente y aferrándome a lo imposible e incluso así, me dio igual. Me dio igual que mis días estuviesen contados, que la felicidad al lado de Leo fuera efímera, que nuestra familia jamás estaría completa.

Me daba igual y, por eso, cerré los ojos al miedo y dejé que la ilusión bañase mi piel como

hace el calor de un primer día de verano. Llevaba tantos años sintiendo la humedad del frío en los huesos, que se había convertido en parte de mí. Así como la mirada triste, los labios fruncidos y el color blanquecino de mis mejillas.

Estaba cansada de ser un fantasma que vagaba por las noches lamentándose por la vida que había perdido. Sin embargo, yo no la había perdido, yo la estaba malgastando.

Leo quería volver a ser mi Romeo, ¿por qué me estaba negando a ser su Julieta cuando ese también era mi deseo? ¿Por el tiempo?

Tiempo que nadie tiene seguro y que todos damos por descontado.

Yo solo era dueña de ese instante y puede que mi futuro estuviera en manos de la vizcondesa, pero, mientras tanto, mientras llegaba ese final abrupto, llenaría mis instantes de emociones bonitas.

Me lo merecía.

Y con ese objetivo en mente, llamé a una doncella para que me ayudase a prepararme para la cena. Esa noche bajaría al comedor con mi vestido más favorecedor.

Dejé que mi cabello cayese en sinuosas ondas sobre uno de mis hombros y añadí un poco de rubor a mis labios y mejillas. Mis ojos no necesitaron nada para resaltar. Ellos brillaban por sí solos con la determinación que nunca tuve que dar por descontada.

Llamaron a la puerta y llené el pecho de aire antes de soltarlo con lentitud. Era Leo, el reloj de la repisa de la chimenea, así me lo dijo. Cada tarde acompañaba a Archibald a mi cuarto a la misma hora, para que yo me ocupase de darle las buenas noches y acostarlo.

Con los nervios propios de una debutante, abrí la puerta y allí encontré a mi hijo y ¿al ama de llaves?

—Buenas noches, señora. Aquí le traigo al señorito Archibald.

—¿Y el vizconde Portman?

—Esta noche se ha retirado pronto a sus aposentos. No se encontraba bien y no ha querido cenar. Me ha indicado que le muestre sus disculpas por no traer él, en persona, a su hijo.

Asentí, cerré la puerta y encontré que Archibald me miraba igual de confuso que estaba yo.

—Creo que es por mi culpa, mamá —me dijo mientras le arropaba una vez estuvo metido en la cama.

—¿Por qué dices eso, mi niño?

—Lord Portman se enfadó cuando le hablé de mis pesadillas.

—Ah, ya veo. —Me senté a su lado, sobre el colchón y comencé a peinarle su cabello dorado —. Entonces se ha puesto triste, no enfadado. Él te quiere mucho y se preocupa de tu bienestar.

—Es muy bueno conmigo. Ojalá fuese mi papá —balbuceó entre bostezos.

—Bueno, ya hablaremos de eso en otro momento. Es tarde y estás muy cansado. Duérmete, tesoro.

Besé su frente y encendí la lamparita pequeña para que la habitación no se quedase a oscuras.

—No la necesito, mamá. Ya no tengo miedo a los monstruos.

Sonreí complacida y orgullosa.

—Yo tampoco, mi niño. Los dos los hemos vencido.

Cerré la puerta al salir de su cuarto y decidida a imitar la valentía de mi hijo, bajé al comedor como así tenía planeado, a pesar de que sabía que Leo no estaría, y me enfrenté a aquellos que tomé por enemigos cuando nunca lo fueron.

Me disculpé con Morgana y con Emily por mi comportamiento desde que habíamos llegado a Cliff House y descubrí que eran una compañía de lo más agradable. Al terminar la cena éramos mucho más que conocidos y decidí que era el momento de retirarme.

—La puerta al fondo del pasillo. No tiene pérdida.

Llevaba escasos segundos parada en lo alto de la escalera, dilucidando qué camino tomar, cuando Anderson me dio el pequeño empujón que necesitaba. El sonido de un trueno cercano acalló mi tímido «gracias» y comencé a caminar hacia la puerta blanca de doble hoja que la tormenta iluminaba a cada paso que daba.

Llamé una, dos veces y nadie respondió.

Entré de igual modo y alcé la cabeza atraída por el sonido de la lluvia al caer sobre algo metálico. Mis ojos no dieron crédito a tanta belleza. El techo era una inmensa vidriera de colores en forma de cúpula. Y según los relámpagos cosían el cielo, pequeños arcoíris bailaban por toda la estancia.

Nunca había creído en la magia hasta ese momento.

—La diseñé pensando en ti.

La voz de Leo me llegó de todas partes a la vez. Giré sobre mí misma sin encontrarlo. La poca luz, que había, provenía de dos lámparas de aceite con tulipas, también con vidrio de colores, que estaban a ambos lados de la cama, situada en el centro de esa estancia circular. Sin embargo, fue el movimiento fugaz de una sombra lo que me dio una pista de dónde podía estar su escondite.

Porque sí, se estaba escondiendo de mí o esa era la impresión que me dio.

—Es preciosa. Me recuerda la vidriera de la catedral Southwark. Ese día tan bien fue muy especial para mí. ¿Quieres saber por qué?

Su respuesta fue un gruñido que me ayudó a situarlo. La habitación tenía una segunda altura en forma de terraza, que rodeaba toda la estancia. Supongo que era necesaria para acceder a las estanterías repletas de libros que se perdían por la pared hasta donde la luz me dejaba ver.

—Tomaré eso como un sí —continué, acercándome a la escalera sujeta por unos raíles que daba acceso a la segunda altura—. Ese día sentí que, por primera vez, me mirabas como a una mujer y no como una de las hermanas mellizas de Marcus.

—Ojalá nunca lo hubiera hecho. Te habría ido mejor sin mí.

—Quizá sí o quizá no. Eso nunca lo sabremos y, en realidad, no lo quiero saber —reconocí con seguridad—. Para mí solo tú eres mi Romeo y espero que no hayas cambiado de opinión y, como me has dicho esta tarde, sigas queriendo que yo sea tu Julieta.

—¿Por qué querrías serlo? Después de todo lo que has pasado por mi culpa… —se lamentó.

De un salto, Leo bajó del altillo y se cernió sobre mí. Quiso tocarme. Vi la necesidad en sus ojos, pero se alejó como si le hiciera daño mirarme.

—Tú y tu inquebrantable sentido de la responsabilidad —hablé a su espalda—. Entiendo que has descifrado lo que en verdad ocultan las pesadillas de Archibald y no, tú no eres responsable de lo que me hizo ese monstruo.

—¡¿Cómo puedes decir eso?! Yo estuve allí. Pude rescatarte y, en cambio, ¿qué hice? Me marché dolido. Perdí años de mi vida haciendo esta maldita casa mientras tú, tú… No puedo ni pensarlo.

Leo nunca había hecho tanta gala a su nombre como en ese momento. Era un león afligido que se mesaba el pelo, a la vez que se lamía las heridas provocadas por una batalla perdida que nunca fue suya.

—Pues si te duele pensar en ello, no lo hagas. Eso es lo que procuro hacer yo.

—No te merezco.

De nuevo se perdió en la zona sombría de la habitación, pero, esa vez, se llevó con él mi fortaleza. Aun sin moverme del sitio, sentí que me arrastraba con él a la oscuridad.

Un ruido, que reconocía a la perfección, comenzó a reverberar por el techo abovedado. Unos

golpes que azuzaban los latidos de mi corazón y despertaban todos mis miedos. El sonido de la madera al crujir bajo el envite de unos puños era algo que jamás podías olvidar.

Ya no estaba allí. Nueva York volvía a estar al otro lado de las ventanas y el olor pestilente del bourbon barato ensuciaba mi nariz. Pude verle. La silueta de Edward apareció y desapareció ante mí con la misma rapidez que un relámpago cruzó el cielo.

Comencé a temblar. El terror se materializó en mi cuerpo en forma de sudor frío que cayó por mi espalda hasta hacerse fuerte en mi estómago. Quise vomitarlo, sacarlo de mí y solo conseguí caerme de rodillas y comenzar a suplicar entre lágrimas.

—Para, por favor, para.

Le suplicaba a Leo, a Edward, a los dos. Pero fue el primero el que corrió hacia mí y me liberó de las cadenas del pasado.

—Estoy aquí, estoy aquí… —repitió en un bucle infinito—. Estoy aquí, mi Julieta.

Me aferré a su cuello con desesperación, por miedo a que el fantasma de Edward me llevase con él a los infiernos. No podría, Leo se lo impediría. Sus brazos formaron una fortaleza a mi alrededor y sabía que era inexpugnable.

—No le dejes, por favor, no le dejes ganar —le rogué cuando noté como sus lágrimas se fusionaban con las mías—. Ya nos robó media vida, no dejes que nos arrebate el resto.

—No sé si podré —murmuró con la voz rota—. No sé si podré deshacerme de la ira que me aguijonea el cuerpo. Pude salvarte, Olivia, estuve frente a esa casa y pude sacarte de allí y no hice nada. ¡No hice nada! —gruñó con mi cabeza entre sus manos.

Sus caricias sabían a desesperación, a impotencia y las calmé como solo podía hacerlo. Lo abracé como él había hecho conmigo, para que se rompiese. Era la única forma de dejar ir la rabia. Despedazarte en trozos tan pequeñitos como estrellas tiene la noche. Solo así, cuando ya no quedaba nada que salvar, podías recoger los escombros de tu ser y recomponerte. Yo le ayudaría. Él no lo haría solo. Yo estaría a su lado.

—No hiciste nada porque yo no te dejé hacerlo. —Quise aliviar su culpa—. Tenía que conseguir que te marcharas y de no haberlo logrado, quizá ahora estaríamos lamentando la muerte de nuestro hijo—. Intentó zafarse de mí. No le dejé—. Por eso no pude irme contigo, ¿lo entiendes ahora? —Quise hacerlo entrar en razón—. Edward supo que estabas allí, que venías a buscarme y como el cobarde que era, no se enfrentó a ti, utilizó al niño para amenazarme, para mantenernos separados. Y ahora que sabes la verdad, no le dejes ganar.

—Quiero matarlo. —Me agarró por los antebrazos y en sus manos noté cuánto deseaba hacerlo—. Quiero resucitarlo y golpearlo hasta que sea una masa informe. Quiero pisotearle la cabeza hasta que sus sesos se queden pegados en la suela de mis zapatos. Quiero devolverle todo el daño que te hizo. Necesito hacer eso por ti.

—No será necesario, mi Romeo, pues ya lo hice yo.

Si para calmar su furia debía confesar mi pecado, que así fuera.

Su pecho se hinchó al comprender mis palabras y lo soltó despacio mientras su mirada ascendía por mis labios hasta llegar a mis ojos.

—Lo maté —dije en alto con la necesidad de disipar cualquier duda—. No era esa mi intención, pero, aunque quiero, no me arrepiento. Soy una asesina —grazné y apreté los dientes esperando a que apareciera cualquier gesto de repulsa en su cara.

No la hubo o no la quise ver.

Bajé la mirada y noté como mi confesión quedaba suspendida entre nosotros, al igual que los nubarrones negros que hasta ese instante habían cubierto la noche de Dover.

De rodillas, frente a frente, el silencio se fue adueñando de la habitación. Su respiración, la

mía y el ulular del viento. Nada más.

Con el siguiente relámpago, me levanté con la intención de marcharme.

En ocasiones, la ausencia de palabras decía más que su presencia. O eso pensé, hasta que la exclamación de sorpresa que nació en mi boca murió en la suya. Su lengua barrió las dudas que entumecían las mías y los sollozos no tardaron en convertirse en gemidos de desesperación contenida.

—Nunca más vuelvas a alejarte de mí, ¿me oyes? —reclamó exigente con sus dedos enredados en los rizos de mi cabello—. No te lo permitiré. Te lo prohíbo —pronunció entre besos ahogados que descendieron por mi cuello.

—¿A pesar de lo que hice? —Quise saber y su respuesta fue un mordisco en uno de los montículos que sobresalía del escote de mi vestido, lo que ocasionó que mis rodillas temblasen de anticipación.

El vacío de mi interior comenzaba a ser doloroso. Lo necesitaba a él. Necesitaba que me colmase como solo Leo sabía hacer.

Sin embargo, se separó de mí y confusa, observé como se bajaba los tirantes que sujetaban los pantalones y se sacaba la camisa por la cabeza, antes de dejar caer el resto de la ropa a sus pies.

Me relamí los labios según mi mirada descendía por cada uno de sus músculos. Tragué saliva al llegar a la altura de su pulsátil erección que se alzaba gloriosa en todo su esplendor.

El pudor, si alguna vez existió, dejó de tener sentido entre nosotros.

Aferrada a esa certeza, llevé las manos a mi espalda y comencé a deshacer el lazo de mi vestido. La suerte y el calor pegajoso de aquella noche, hizo que no usase corsé, por lo que no tardé en estar en igual de condiciones que Leo.

Caminé hacia él, alentada por el hambre que vi en sus ojos. El calor de su piel atrajo a mis dedos que con lentitud siguieron el camino ascendente que marcaban sus abdominales hasta detenerse sobre su corazón.

Fue ahí cuando tuve valor de alzar la cabeza y perderme en él. Sus latidos rabiosos me hablaron de nosotros, de lo que siempre fuimos y de lo que jamás nos arrebatarían. Y sin romper nuestro contacto, busqué su mano y la guie hasta mi pecho para que notase como ambos sentíamos lo mismo.

Un paso más y el aire vibró a nuestro alrededor formando una espiral. Eran nuestros recuerdos, los miles de momentos que vivimos juntos y nos recordaban el amor tan bonito que nos unía y que habíamos estado a punto de desperdiciar.

—Lo siento —murmuré contra la palma de su mano que ya enjugaba mis lágrimas.

—Ven conmigo.

Leo entrelazó nuestros dedos y me ayudó a subir al altillo que conformaba la terraza de la segunda altura. Las nubes negras se habían alejado dando paso a una noche clara. Desde allí se veía la playa y el acantilado en el que se cortaba. La luz de la luna dibujaba elipses de plata sobre la marea, que rompía con brío contra la blanca roca de creta. Leo se situó a mi espalda y el contraste entre el frío vidrio y el calor de su piel provocó que un escalofrío recorriese mi cuerpo.

—Esos somos nosotros. —Señaló el perfil del acantilado, mientras su mano se asentaba en mi estómago y me atraía hacia él. Cerré los ojos al notar en la parte baja de mi espalda la dureza de su deseo—. Abre los ojos y observa como el mar nos golpea. —Lo intenté, pero sus labios regando mi cuello con húmedos besos no me lo ponían nada fácil—. Cada una de las olas son errores, malas decisiones, años de soledad y distanciamiento… Una tortura por la que no estoy dispuesto a volver a pasar.

—No quiero alejarme de ti —dejé caer la cabeza sobre su hombro, sobrepasada por el placer

que lamía mi piel, por el simple hecho de estar entre sus brazos.

—Tranquila, mi Julieta, esta vez no dejaré que te alejes de mí, porque somos uno con el mundo, como ese acantilado. Da igual los golpes que reciba que se mantiene fuerte. Da igual los golpes que recibamos que los soportaremos.

—¿Siempre juntos? —Guie su boca a la mía a la espera que pronunciara su promesa sobre mis labios.

—Siempre juntos.

Su beso fue tan voraz como sus caricias insaciables y ahí, frente al océano que nunca dejaría de intentar destruirnos, Leo se perdió en mí como haría el resto de la eternidad.

Si la marea nos dejaba.

Si al final, no nos derribaban.



Capítulo 38

Confié en él o eso intenté

Olivia

A madera y sal.

A eso olía la felicidad y provenía del hombre que dormitaba bocarriba a mi lado. Los primeros rayos de sol se colaban con timidez por la cúpula, iluminando su perfil relajado.

Me lo sabía a la perfección, pero, de igual modo, quise memorizar su gesto sereno.

Dibujé el arco de cupido de sus labios, ahora, rodeado por la incipiente barba que le había

crecido en el trascurso de la noche. Mi piel cosquilleó al rememorar la aspereza y urgencia de sus caricias. Era como si nunca se saciase de mí, como si quisiese recuperar los años que nos habían robado.

Yo también quería eliminar el abismo que habíamos creado entre nosotros y me cobijé en el hueco entre su pecho y el brazo que estaba usando a modo de almohada bajo su cabeza.

Fue un acto reflejo, o quizá el lazo que antaño nos unió, que había vuelto a tensarse entre nosotros, pero fue notar mi cercanía y Leo me abrazó pegándome aún más a él. El calor que desprendía su cuerpo me provocó un escalofrío que zigzagueó por mi espalda hasta morir en mi boca en forma de gemido.

—Lo siento, no quería despertarte.

El hoyuelo de su barbilla se había acentuado a causa de una sonrisa. Volteó la cabeza para mirarme y me topé con el azul turbulento de sus ojos adormilados. Mi estampa preferida, de eso estaba segura. Y sin poder evitarlo, continué con mis caricias por donde lo había dejado. De su boca subí por el perfil griego de su nariz que presidía con orgullo su apuesto rostro. Perfilé sus cejas del color del café tostado y terminé en las líneas que el paso del tiempo había dibujado justo donde terminaban sus pestañas y que le daban un aspecto fiero.

—Buenos días, mi Julieta —murmuró somnoliento con un beso en la palma de mi mano. Se giró, le acaricié el pelo que se le arremolinaba en la nuca y le besé—. Uhm, esto sí que son buenos días —se burló y yo me guarecí en su pecho para ocultar el rubor de mis mejillas—. Aunque tengo la sensación de que no has dormido ni un poquito, ¿cierto? —Con dos dedos alzó mi barbilla para que nos mirásemos.

—No estaba cansada —mentí.

—Eso solo significa una cosa y es que no he cumplido con mi obligación de dejarte plenamente satisfecha.

Mi carcajada se convirtió en una exclamación de sorpresa cuando me empujó para que mi espalda quedase contra el colchón y él se cernió sobre mí, apoyando todo su peso en los antebrazos.

—Te aseguro que tengo entumecidas partes de mi cuerpo que ni siquiera sabía que existían —reconocí, jugando con el pelo ensortijado de su pecho.

—Es usted una descarada.

—Tu descarada.

—Uhm, no te llevaré la contraria en ese aspecto. —Con la punta de su nariz rozó la mía. Entreabrí la boca y aprovechó ese instante de indefensión para saquearla con pasión. Descendió por mi cuello, hundiendo sus pulgares en mi cintura, en ese punto en el que la risa se apoderaba de mí, convirtiéndome en una histérica que pataleaba.

—Para de hacerme cosquillas, por favor.

—Lo siento, tu risa es mi melodía preferida.

Ambos sonreímos mientras nos acariciábamos la cara, hasta que mis labios temblaron y se abrieron en un bostezo que no pude contener.

—Necesitas dormir, mi Julieta. Todavía es pronto, apenas ha comenzado a amanecer.

—Prefiero seguir contemplándote.

—Estaré aquí. No me habré ido a ningún lado cuando despiertes.

—Lord Portman, ¿no estará usted leyéndome los pensamientos?

Camuflé mis miedos con una broma.

—Ojalá tuviera ese don, mi Julieta, pero creo que ambos compartimos el mismo miedo. Hemos ansiado este momento durante tantos años que tememos que sea un sueño del que algún

día nos despertaremos.

—Me temo que así será.

Bajé la mirada hasta su hombro desnudo y comencé a dibujar filigranas en él con la punta del índice.

—¿Qué me estás ocultando, mi Julieta? Porque si crees que voy a permitir que te alejes de mí, estás muy confundida. La promesa que te hice anoche iba muy en serio. No dejaré que nadie nos separe. Ni siquiera tú.

Durante unos segundos, nuestras miradas se quedaron igual de desnudas que nuestros cuerpos. Yo pude ver sus ilusiones y él, mis temores. Tenía razón, le estaba ocultando un pequeño gran secreto. Sin embargo, desvié nuestra conversación a otro asunto que también requería de nuestra atención, nuestro hijo.

Lady Astrid Banks y su amenaza de delatarme quedaría para otro momento.

—Archibald cree que ayer te enfadaste con él por sus pesadillas.

—Hablaré con él en el desayuno. —Hizo una mueca de disgusto con sus labios y se tumbó en la cama de nuevo y comenzó a acariciarme la espalda—. Es increíble lo maduro que es para sus casi seis años.

—No le quedó de otra. Te juro que intenté protegerlo todo lo que pude.

—Y lo hiciste, mi Julieta. —Colocó su mano sobre mi mejilla y yo me perdí en la sinceridad con la que me miraba—. Es un niño increíble y espero estar a la altura de ese padre que es bueno y fuerte como un león.

—Te habló de él… Bueno, de ti. —Sonreí y lo empujé para que se quedase boca arriba y así poder apoyar la barbilla en su pecho.

—Gracias por no dejarle creer que Edward era su padre.

—Jamás hubiese dejado que creyese que ese ser que tanto nos despreciaba fuese algo suyo. Por eso pienso que ya se merece saber la verdad. ¿Qué opinas?

—Que no hay nada que me haría más feliz.

La alegría fulguró en su piel como cientos de pequeñas luciérnagas.

—Entonces, vamos, dejemos de holgazanear en la cama y demos la noticia a nuestro hijo. —Le di un manotazo juguetón en el brazo y me levanté, cubriendo mi desnudez con la sábana.

—Me parece irreal. —Sus dedos se entrelazaron con los míos y tiró de mí para que volviese a estar entre sus brazos—. No puedo esperar a vivir el resto de mi vida a tu lado. ¡Tenemos tantas cosas por hacer juntos! —dijo con voz soñadora—. Me gustaría que, al regresar a Londres, Archibald conociese a mi madre.

Ser consciente del mundo real que nos esperaba fuera de los límites de Cliff House acabó por explotar mi burbuja de recién recuperada estabilidad.

Los problemas no desaparecen al ignorarlos. Solo se quedan enquistados en una esquina de tu alma, esperando a que los enfrentes.

No dejaría que lady Astrid Banks me arrebatase nada más, ni engañaría a Leo para mantenerlo a mi lado. Le daría la opción de elegir, pese a correr el riesgo de perderlo.

—Leo, espera, vas muy rápido. Antes de presentarle a tu familia deberíamos de tratar ciertos asuntos.

—Lo sé, lo sé… Esta vez, lo haremos bien. En cuanto hablemos con Archibald, me acercaré al pueblo a ver al párroco. Quiero que nos casemos cuanto antes, a ser posible a finales de semana. Regresarás a Londres siendo mi esposa. Te daré tu lugar, el que siempre fue tuyo.

—No es eso, Leo. —Aunque saber sus intenciones me hizo dudar de contarle o no la amenaza de lady Astrid Banks.

Estaba cansada de renunciar a cada uno de mis deseos y ser la esposa de Leo era uno de ellos.

—El anillo. Por supuesto. —Se levantó y su esplendoroso cuerpo desnudo me distrajo momentáneamente. Regresó y se arrodilló en mi lado de la cama—. Cuando volvamos a la ciudad, podemos ir a la joyería que más desees y comprar otro, si así gustas, pero llevo guardando este para ti desde que te conocí. —Desdobló un pequeño cuadrado de terciopelo azul y en el centro había un anillo coronado con un rubí de un intenso color rojizo—. Es el sello que llevaba mi abuelo en su meñique. Me lo regaló antes de morir y me haría muy feliz que lo llevases tú.

—Leo, no sé qué decir. —La emoción de mi voz ya lo hizo por mí.

—Con un sí quiero ser tu esposa, me conformo.

—Claro que quiero, pero antes de ofrecérmelo deberías saber algo que puede hacerte cambiar de opinión.

La felicidad se fue tan rápido como había llegado. Su rostro se asemejó al de un niño que pierde su juguete más preciado. La desolación de lo inevitable.

—No hay nada en el mundo que me haga cambiar de opinión, ni nada que consiga separarme de ti.

—Quizá sí lo haya y ninguno podamos hacer nada para evitarlo.

—Habla, por favor, antes de que mi mente siga elucubrando —me imploró aún de rodillas.

—Necesito contarte cómo Edward murió y quién me ayudó. La vizcondesa, lady Astrid Bank, fue quien estuvo a mi lado.

Aproveché su sorpresa para narrarle lo ocurrido aquella noche en la que solo quise dormirlo para poder escapar de él, con mi hijo. Unas gotas de belladona y lo que tendría que haber sido un sueño profundo se convirtió en uno eterno. Un plan a la desesperada y mentiras, muchas mentiras, para que el inspector Smith dejara de sospechar de mi participación en su muerte.

Un suspiro vació mi pecho y puso punto final al relato de mi bautismo como asesina. Mantuve la vista fija en la pieza de terciopelo que Leo continuaba sosteniendo entre sus manos. No tardó en cerrar los dedos en torno al anillo y guardarlo en la mesilla que estaba a su lado. Me mantuve en silencio, me tragué la decepción de lo evidente y salvo una lágrima peregrina que descendió por mi mejilla, no hubo más muestras de lo que me había dolido su gesto.

—No te has dado cuenta, ¿verdad? —Con su pulgar limpió la humedad de mi cara y lo miré confusa sin entender sus palabras—. Ese fue su plan desde un principio. La vizcondesa fue quién te dio el veneno y se aseguró de que le dieses a Edward una dosis mortal. De esa forma se garantizaba tu lealtad.

Que tuviera sentido su teoría no cambiaba en nada la realidad y así se lo hice ver.

—Garantizarse mi lealtad o tener algo con lo que amenazarme. Da igual, Leo, ya la escuchaste. No caerá sola, me arrastrará con ella. Se ha garantizado que de una forma u otra os hará daño a ti, a mi hermano y a todos los que osasteis enfrentaros a ella. Es asesinato, Leo. Tendré suerte si no me cuelgan por ello. Mi familia acabará manchada de por vida y si sigues con tu intención de casarte conmigo, también acabará con la tuya. No puedo pedirte tamaño sacrificio.

—Eso jamás, me escuchas, esta vez te protegeré y nadie te arrancará de mi lado. Antes deben pasar por encima de mi cadáver.

El león habló por él. Sus palabras destilaban una determinación que estaba muy lejos de ser sensata.

—Leo, por favor, piensa en Archibald. No puede perdernos a los dos. —En sus pupilas titiló el mismo miedo que en las mías—. Tendrás que ser fuerte por él, y mientras ese momento llega,

quiero pedirte un favor. Disfrutemos de la familia que hemos formado. No necesitamos estar casados para eso y llegado el momento, será mejor que no estés unido a mí.

—Te equivocas si crees que soy el mismo cobarde que conociste. —Ofendido se levantó y comenzó a vestirse a trompicones mientras mascullaba palabras ininteligibles de las que solo descifré—: No me quedaré quieto viendo como pasan acontecimientos que puedo evitar.

—Edward está muerto. Yo lo maté. No puedes evitar nada de lo ocurrido.

Posé una mano en su espalda y se giró con la misma violencia que supuraba su piel.

—No podré cambiar el pasado, pero si me puedo anticipar a lady Astrid Banks. Lograré que no te delate o si lo hace, me ocuparé de que su testimonio no tenga ningún peso. Mandaré un telegrama a Arthur para que se persone aquí cuanto antes. Él sabrá qué hacer. Sabrá cómo solucionar este embrollo.

Confié en él o eso intenté.

Más bien, lo que hice fue agarrarme a mi nueva fe basada en disfrutar de los instantes que estaban al alcance de mi mano y entre ellos, estaba ver la cara de felicidad de mi hijo cuando le dijimos quién era su padre.

Cuando Leo se calmó lo suficiente como para escucharme, llegamos al acuerdo de que esperaríamos a que Arthur viniese a Cliff House para casarnos. Antes quería ver las opciones reales que había de salir ilesa de la amenaza de la vizcondesa. Mientras tanto, prometimos regalarle a Archibald la familia que siempre tuvimos que ser.

—Mami, las estrellas funcionan —me susurró a los pies de su cama cuando ambos fuimos a despertarle para darle la noticia—. Anoche, cuando la tormenta se fue, vi una estrella fugaz y deseé que lord Portman fuese mi padre.

—Ah, ¿sí?, ¿no me digas? —Sonreí mirando a Leo que estaba alejado unos pasos de nosotros a la espera de saber cómo el pequeño se había tomado la noticia—. Pues lord Portman es tu padre, siempre lo ha sido, y creo que le gustaría que lo llamases papá en vez de dirigirte a él con tanto formalismo.

—¿Puedo?

Archibald jugueteó nervioso con sus dedos, al igual que estaba haciendo Leo. De tal padre tal hijo.

—Pregúntaselo —le animé y el pequeño caminó hacia él de forma dubitativa.

—Milord, me preguntaba si ahora, que es mi padre, podría llamarle papá.

Leo se agachó para estar a la altura de nuestro hijo y se tragó la bola de emociones que le impedían hablar.

—No hay cosa en el mundo que me haga más ilusión, hijo mío.

Ambos se abrazaron por primera vez, sabiendo lo que el uno significaba para el otro, y cuando Leo me miró por encima de la cabeza de Archibald y abrió sus brazos, acepté la invitación de unirme a ellos.

Eso era la felicidad y era aterradoramente efímera.

Y aunque fuimos coleccionando momentos familiares repletos de amor, no fui capaz de desprenderme de una sensación agridulce que me impedía disfrutar de pleno los paseos, los juegos y mil vivencias más que hicimos los tres juntos.

Un miedo tan real como cercano se había instalado en mi estómago y Leo luchó por librarme de él. Cada noche, con la luna colándose desde lo alto de la cúpula de nuestro dormitorio, me hacía la promesa que ambos sabíamos que no podría cumplir.

«No dejaré que nada malo te pase».

«No dejaré que nos vuelvan a separar».

Y así fue hasta que, al caer la tarde de una semana después, la llegada inesperada de Arthur a Cliff House nos recordó todos los problemas que seguíamos teniendo.



Capítulo 39

Regresa pronto

Leo

Inolvidables.

Si tuviese que buscar una palabra, para describir los días que acontecieron tras decirle a Archibald que yo era su padre, sería esa. El niño se aferró a mí con la misma desesperación que lo hice yo a él. Queríamos recuperar el tiempo perdido y llenar con nuevos recuerdos todos los vacíos que habían dejado los años de distanciamiento.

Por esa razón, cedí al ruego de Olivia de no avisar a Arthur para que acudiese a Dover y estudiar así las opciones que teníamos para evitar que lady Astrid Banks cumpliese su amenaza.

Ella quería cerrar los ojos a la realidad y disfrutar de nuestra familia. La entendía. A mí me hubiese gustado hacer lo mismo. Pero dar la espalda a nuestro enemigo por más días sería el primer paso para perder la batalla.

Así que, tras una discusión con Olivia en la tarde de ayer, me acerqué al pueblo para dos cosas. Enviar el telegrama a Arthur con la única información de que viniese con urgencia a Cliff House y hablar con el párroco para que oficiase nuestra boda lo antes posible.

Otra discusión que dejaría para más adelante y que, por supuesto, también ganaría. Olivia sería mi esposa con la misma certeza de que a ese día le acontecería uno nuevo. Y mientras ese momento llegaba, seguiría disfrutando de tardes como la de aquel día.

En el jardín, frente al mar, Olivia estaba sentada en una manta de pícnic observando como Archibald y yo marcábamos el perímetro de lo que sería su casa barco. Al final, mi hijo desechó la idea de hacerla en un árbol. Según él, no tenía mucho sentido un barco encima de un tronco.

La razón estaba de su lado, por lo que no tardamos mucho en trasladar los planos al suelo. E inmersos en esa labor, estábamos cuando escuchamos a lo lejos el trotar veloz de un caballo.

Olivia se levantó y el gesto feliz de su cara mudó a uno de preocupación. No tardé más de un segundo en estar a su lado y en reconocer al jinete que llegaba a la entrada principal de la casa.

—Es Arthur —dije, y me acerqué a recibirlo—. Bienvenido a Cliff House, gracias por venir tan rápido.

—¿Me esperabais?

—Te enviamos un telegrama en el día de ayer —le informé.

—Telegrama que no he recibido y que espero que contuviese noticias más felices que las que os traigo yo.

Arthur señaló nuestras manos entrelazadas. Olivia intentó soltarme y se lo impedí, apretando más mis dedos. Me daba igual lo mucho que se nos complicasen las cosas. Nunca me alejaría de ella.

—Será mejor que pasemos al despacho —sugerí y busqué a Anderson con la mirada.

Lo encontré observándonos desde la distancia con su prometida del brazo y con su hermana, no muy lejos, ejerciendo la función de carabina. Con un gesto de mi cabeza le señalé a Archibald que seguía dibujando en el suelo y me entendió a la perfección. Ellos se encargarían de entretener a nuestro hijo.

Una vez dentro, rechacé la oferta de mi mayordomo de ordenar que nos trajesen un té y yo, mismo, nos serví a los tres, dos dedos de whisky. A todos nos vendría bien para pasar ese trago.

—Sé por qué has venido, Arthur.

—Olivia —intenté que no se anticipase, sin mucho éxito.

—No, Leo, es mejor que lo sepa. Sea ese el motivo u otro, tarde o temprano, se enterará de que yo maté a Edward.

Ambos esperamos una reacción de sorpresa por parte de nuestro amigo que no llegó.

—Entonces es cierto. —Arthur apretó los labios y Olivia bajó la cabeza avergonzada.

—Hizo lo que debía —la defendí—. Fue para proteger a nuestro hijo, para salvar su propia vida.

—No te estoy juzgando, Olivia, y discúlpame si te he dado a entender eso. Solo que hubiese preferido que esta acusación fuese otra mentira más de lady Astrid Banks.

De su maletín, Arthur sacó una carpeta que contenía la declaración jurada de la vizcondesa. En ella aseguraba que estaba colaborando con la policía de Nueva York para destapar al verdadero

asesino de Edward Moore. Todos los indicios apuntaban a su esposa y como buena samaritana y amante de la justicia, lady Astrid Banks se ofreció a seguirle los pasos de cerca para obtener información que la pudiesen inculpar. Pero, una vez en Londres, y siempre teniendo en cuenta sus palabras, Olivia habría recibido la ayuda de su hermano, un duque de renombre, y la de su amante, otro vizconde de familia poderosa, los cuales habrían confabulado contra la vizcondesa al descubrir que estaba colaborando con el inspector Smith.

—Eso es falso.

—No del todo —Artur contradijo a Olivia—. En su declaración en Scotland Yard, presentó esta carta en la que el inspector Smith verifica su coartada. Es una colaboradora de la policía de Nueva York.

—Ese era su plan desde un principio.

—Me temo que así es, Olivia.

—Pero nosotros tenemos el libro ceremonial que la señalan como la maestra de *Las Descendientes de Eva*, la declaración de tu esposa de cuando la amenazó en el parque. Nuestros testimonios si hace falta —inquirí—. ¿Qué más quieren?

—Estoy de acuerdo contigo, Leo. Sin embargo, este asunto se ha convertido en un problema entre países. Además, según alegó el abogado de lady Astrid Banks, el libro está manipulado. Se nota que han arrancado páginas.

Ambos nos miramos sabiendo que el culpable había sido yo.

—Si su madre estuviese en condiciones —me lamenté señalando a Olivia sin recordar que ella no estaba al tanto de la involucración de lady Alice en *Las Descendientes de Eva*.

—¿Qué tiene que ver mi madre en todo esto?

—Es lo mejor, Leo —me animó Arthur al ver como la duda silenciaba mis palabras—. Los secretos solo nos complicarán más las cosas.

—Habla, por favor —me rogó Olivia y salí de detrás del escritorio y me situé frente a ella, para poder agarrarle de las manos, mientras le contaba el contenido de las dos hojas que había arrancado y lanzado al fuego una noche de hacía más de tres años en la casa de Arthur—. Tu madre conocía la verdadera identidad de la vizcondesa. Es más, ella fue una de las fundadoras de *Las Descendientes de Eva*.

—No, no puede ser. Estás equivocado. —Se levantó y comenzó a deambular por el despacho.

—Lamento llevarte la contraria, Olivia, pero Leo está en lo cierto —me apoyó Arthur—. Yo mismo leí esa hoja junto a otra en la que ella solicitaba el favor de acabar con la vida de tu abuelo paterno.

Olivia frenó sus pasos y se giró hacia nosotros apuntándonos con el dedo.

—¿Me estáis queriendo decir que mi madre asesinó a mi abuelo?

—No ella, directamente, algún discípulo de la vizcondesa lo haría a cambio de otro favor. Así funcionaba esa organización —le explicó Arthur.

—Entonces, ¿es cierto? —Buscó la respuesta en mis ojos y sentí como el dolor de la verdad se clavaba en su pecho—. ¿Y en ningún momento se le ocurrió ponernos sobre aviso del peligro que suponía esa mujer? Mi hermano estuvo a punto de morir en manos de lady Astrid Banks, ¿cómo mi madre no hizo nada para impedirlo? No lo comprendo.

Fui a su encuentro y la cobijé contra mi pecho con el deseo de que le reconfortara.

—Me temo que la información que buscas solo la tiene ella y, por desgracia, no está en condiciones de dártela —le hablé sin dejar de acariciarle el pelo—. No obstante, sin ánimo de defender lo que hizo, tú mejor que nadie, sabes el poder de persuasión que tiene la vizcondesa. ¿Quién dice que no vivió toda su vida siendo víctima de sus amenazas?

—Mi hermana Annabelle tenía razón. La vizcondesa era una metomentodo que siempre estaba pululando alrededor de mi familia y ahora entiendo los motivos. Quería garantizar que mi madre guardaba silencio.

Algo más serena y resignada, Olivia se deshizo de mi abrazo. Se acercó hasta la mesa del despacho. Cogió la declaración de la vizcondesa y la leyó.

—Todavía no han emitido una orden de captura a tu nombre —Arthur le explicó.

—Pero no tardarán en hacerlo. —Olivia estaba en lo cierto. Hasta yo, sin ser un entendido en leyes, sabía que ese era el paso siguiente—. Entonces, ya estaría, ¿no? Ella gana y culmina su maquiavélico plan.

—No tan rápido. —Arthur le quitó de las manos los papeles a Olivia. Los ojos le brillaban de anticipación, como el perro de caza antes de que le suelten la correa y pueda echar a correr. Tenía un plan y eso me devolvió la esperanza—. Cierto es que, a priori, todo está en nuestra contra, pero llevo unos días pensando en una forma en la que podríamos sacarte de este atolladero. Sin embargo, antes necesito que me cuentes hasta el mínimo detalle de lo que ocurrió el día en el que Edward murió.

Olivia accedió y le hizo partícipe de lo mismo que yo ya sabía. Como lady Astrid fue quien le facilitó la belladona y le indicó lo que hacer con ella. Y cuando Edward cayó muerto, fue ella también la que se encargó de contratar a unos vagabundos para que sacasen el cuerpo de la casa y lo dejaran tirado en una calle de mala muerte.

—¿Viste a esos hombres? ¿Sabes sus nombres? ¿Podrías describirlos?

—No, apenas recuerdo nada más de esa noche. Y luego, ya no supe más hasta que, a los pocos días, me llamaron de la policía para ir a reconocer el cuerpo de Edward. No pude hacerlo, estaba todo golpeado y ensangrentado. Si no fuese por su reloj de bolsillo, no podría haber dicho que era él. Pertenecía a su padre. Era lo único de valor que tenía.

—¿Me estás diciendo que tu marido aparece al lado de un burdel con un reloj encima? —preguntó Arthur, sin dar crédito.

—Sí, eso he dicho —insistió Olivia confusa.

—Imposible —agregué al caer en la cuenta de los derroteros a los que se dirigía Arthur—. Se lo hubiesen robado junto con los zapatos.

—A eso me refiero —señaló mi amigo—. Algo no cuadra en este asunto y creo que nuestra solución es acudir a Nueva York para atar todos los cabos sueltos de la muerte de Edward.

—Voy contigo —añadí con decisión.

—Contaba con eso, de ahí mi visita.

—Yo también voy. No me quedaré aquí de brazos cruzados.

Arthur se adelantó a mi negativa.

—Lamento decirte que eso es justo lo que debes hacer, Olivia. No sé por cuánto tiempo el comisionado podrá hacer oídos sordos a las peticiones de Nueva York de que Scotland Yard emita una orden de detención a tu nombre. Aquí, en Cliff House, estarás a salvo. La influencia de tu hermano ayudará a retrasar las cosas, aunque no vendría mal que vuestra relación se formalizara. Leo y su familia tienen mucha influencia dentro de la sociedad. Ayudará a que sir Charles encuentre más motivos de peso para negarse a ordenar tu captura.

—No. No nos casaremos. —Olivia me señaló—. Si llega ese momento, no te arrastraré conmigo.

—Ya lo tengo hablado con el párroco —me dirigí a Arthur—. Si lo hago llamar ahora, estará aquí en pocas horas.

—Hazlo.

—¡¿Alguno de los dos me está escuchando?! —exigió.

—Lo hacemos, pero esto ni siquiera va de ti. —Arthur salió en defensa del sentido común—. Si tanto te preocupa qué ocurrirá, si no podemos hacer nada para evitar tu detención, piensa en tu hijo. Al casaros, Leo será su tutor legal, hasta que podamos certificar que él es el verdadero padre. Y para eso, necesitamos tiempo que no tenemos. En definitiva, Olivia, esto trata de lo que es mejor para Archibald y no para tu orgullo.

Vi en los ojos de ella el instante en el que cejó de su empeño de no casarnos. No me gustó la forma en la que su luz se atenuó. Se convirtió en el mismo fantasma que encontré junto a la fuente del laberinto.



Esa misma tarde, pocas horas después, con el atardecer colándose por la vidriera de la iglesia de Santa María, Olivia y yo nos juramos amor eterno frente a nuestros amigos e hijo.

—Yo, Leo, te acepto a ti, Olivia, como esposa…

—Yo, Olivia, te acepto a ti, Leo, como esposo…

—Para que seas solo tú quien me dé la mano en esta vida —prometimos al unísono—. Para que juntos nos hagamos fuertes ante la adversidad, por respeto al amor profundo que nos tenemos.

No hubo celebración, pues todos estaban al tanto de los motivos de ese enlace apresurado. Pero mentiría si dijese que no sentí una felicidad plena cuando levanté el velo que Morgana había prendido en el pelo de Olivia y me encontré la sonrisa tímida de mi esposa.

Ya era mía como siempre suyo fui. Y a pesar de las circunstancias, los dos disfrutamos de la certeza de saber que ya nos pertenecíamos. Y así quise demostrárselo en la privacidad de nuestros aposentos.

—Te prometo que nos casaremos de nuevo y esta vez tus lágrimas serán de alegría y no de tristeza.

Borré el rastro húmedo de su cara con mis labios. La desnudé con la misma veneración que ella lo hizo conmigo. Y cuando la alcé entre mis brazos para que ella me rodease con sus piernas, me pidió un deseo que no sabía si se lo podría conceder:

—Regresa pronto. Es lo único que quiero. Vuelve pronto a nuestro lado.

Aquella noche hicimos el amor en silencio y cada caricia fue una promesa que no sabíamos si llegaríamos a romper. Cada beso tenía el regusto amargo de las despedidas. Los gemidos fueron sollozos por un adiós que no queríamos pronunciar y ella se aferró a mis hombros sin intención alguna de soltarme.

Pero me fui.

Cuando el alba no había roto la noche, me deshice de su abrazo y la dejé durmiendo en nuestra cama, tras darle un beso en la frente.

Prefería esa despedida calmada y serena a cualquier otra.

¿Quién sabría cuándo nos volveríamos a ver y en qué circunstancias lo haríamos?



Capítulo 40

Es madre

Olivia

Tres meses después

El aire nos azotaba con fuerza en lo alto del faro romano. Se podía percibir el final del verano en el frío que nos erizaba la piel y nos daba igual. Archibald y yo mantendríamos el ritual de pasar las mañanas allí hasta que él regresara.

Mi hijo esperaba ver el barco que traería de vuelta a su padre y yo hacía lo mismo, oteando el lado opuesto, deseando que algún mensajero trajese noticias de Leo.

Los dos nos engañábamos, pues ni Leo desembarcaría en el puerto de Dover ni enviaría mensaje alguno.

Así lo acordamos. El riesgo de que algún esbirro de la vizcondesa interceptara esa información era muy alta. Nadie sabría de su regreso hasta que estuviera aquí. Era lo mejor, por mucho que mi alma sangrase con cada día de distanciamiento.

—Mi niño, es hora de ir a comer.

—Un rato más, mami, todavía no tengo hambre.

—Pero ya hace frío y no quiero que enfermes.

—Míster Lucky me da calor.

Acarició la cabeza del *bobtail*, que no se separaba de su lado. Creo que, como yo, percibía el estado taciturno de Archibald y lo protegía. Ambos estábamos siendo fuertes por él. Tarea cada vez más difícil según los días se sumaron formando semanas hasta alcanzar un total de tres meses.

—Cierto es que míster Lucky te cobija, tesoro, pero yo no tengo la misma suerte y comienzo a tener las manos entumecidas.

Solo así aceptó bajar del faro y regresar a la casa.

—He pensado que esta tarde, si no llueve, podríamos pedir al señor Anderson que nos ayude a poner las estacas en el suelo, para que cuando papá regrese, podáis comenzar a construir vuestra casa barco.

—Ya no quiero esa estúpida casa.

La rabia y la desesperación habían comenzado a agriar el carácter del pequeño.

—Archi, mírame. —Me acuclillé y le cogí la carita entre las manos—. Papá va a regresar. Te lo prometió y él siempre cumple su palabra.

Asintió, haciendo un puchero con la boca. Intentaba comportarse como el niño mayor que aún no le tocaba ser. Por eso, lo abracé y solo así, protegido entre mis brazos, rompió a llorar.

—Tranquilo, mi tesoro, tranquilo —le susurré sin cesar hasta que vi como a lo lejos, se acercaba Anderson con un papel en la mano—. Venga, ya se acabaron tantos lloros. Ahora, ve a casa con míster Lucky y aséate para la comida. Yo enseguida voy.

Archibald obedeció. Salió corriendo hacia la casa y nada más se detuvo un segundo para saludar a Anderson al pasar a su lado.

—¿Es de Leo? —pregunté en cuanto llegó a mi altura.

—No, por el membrete creo que es de tu hermano.

Suspiré de alivio por muy incongruente que fuese. Ansiaba tener noticias de él, pero lo que le había dicho a mi hijo era cierto. Leo era un hombre de palabra y de haber roto la suya y escribirme, solo podían ser malas noticias.

Aunque que mi hermano me hubiese enviado una carta, tampoco auguraba nada bueno. Ante la mirada de expectación de Anderson, rompí el sello del ducado de Cardington y leí la escueta nota.

Querida Olivia:

Es madre. Ven pronto.
Tu hermano que tanto te estima,
Lord Marcus Steven Russel Bails
Décimo cuarto duque de Cardington.

—Puede ser una trampa —repitió Anderson por vigésima vez desde que le había hecho partícipe del contenido del mensaje.

—Quizás estés en lo cierto. Es más, yo también lo creo —convine mientras repasaba que la doncella hubiese metido en mi equipaje todo lo necesario para estar unos días fuera—. No obstante —continué—, la carta no está violentada y de ser verdad que a mi madre le ha ocurrido algo, no me perdonaré no haber estado a su lado.

—¿Y si a quién le ocurre algo es a ti? —Alzó la voz desde el vano de la puerta, sin atreverse a adentrarse en la intimidad del dormitorio matrimonial que compartía con Leo.

—Intentaremos que no sea así.

—Sigo pensando que no deberías ir. Es peligroso.

—Por eso prométeme que protegerás a Archibald.

—Con mi propia vida, si hiciese falta.

Me acerqué hasta a él, tras colocarme el sombrero de viaje, y le cogí las manos con ternura, conteniendo el abrazo que me nacía darle.

—Gracias —le dije, y bajé la cabeza para que no viese como mis ojos se abnegaban en lágrimas—. Necesito un último favor, Anderson.

—Lo que desees será una orden para mí.

—¿Le dirás cuánto lo amo?

—Se lo dirás tú misma cuando regrese. Porque regresará, Olivia. Ha esperado demasiados años para cumplir el sueño de estar a tu lado.

Le dediqué una sonrisa de tristeza, la misma que tuve cuando me tocó despedirme de Archibald.

—Mi niño bonito, no te enfades.

—No entiendo por qué no me puedo ir contigo. Siempre vamos juntos.

—Lo sé, pero prefiero que te quedes aquí por si papá regresa. Imagínate lo triste que se pondrá, si al llegar no te ve. —Mi argumento le convenció en parte—. Además, yo solo estaré como mucho tres días fuera. Te lo prometo.

Hice una cruz en el corazón como siempre hacíamos para dar solemnidad a nuestras promesas.

Nunca había roto ninguna y esperaba que esa no fuese la primera.



Llegué a Londres bien entrado el día siguiente a mi partida y, por suerte, el telegrama que le envié a mi hermano anunciándole mi visita había llegado puntual, pues frente a la estación de London Bridge, me esperaba el carruaje con el blasón del ducado de Cardington.

La húmeda neblina de la ciudad se pegó a mi piel dejándola pringosa. Una muestra más de que Londres ya no era mi casa. No reconocía ni veía nada de lo que antaño tanto amé. Ahora Dover era mi hogar y contaba las horas para poder regresar.

Y así se lo haría saber a mi hermano en cuanto llegase a Caven House, siempre y cuando el estado de mi madre no fuese tan delicado como se podía intuir en su escueta nota. Cosa que parecía muy probable, pues cuando el carruaje paró frente a la mansión de los duques de Cardington, mi hermano ya me estaba esperando en la puerta.

Con cada peldaño que subí de la escalinata que daba acceso a la antigua mansión familiar, mi pecho fue comprimiéndose más y más. El miedo impedía que entrara el aire en mi cuerpo y fueron los brazos de Marcus los que me sostuvieron, cuando un mareo me hizo perder el

equilibrio.

—Tranquila, madre está viva.

Volví a respirar. Aunque me había negado a pensar en la opción de que mi progenitora hubiese fallecido, era una posibilidad tan real como el pavor que había paralizado mis movimientos.

—Será mejor que entréis. —Escuché a Minerva desde el interior del recibidor.

No me gustó lo que me encontré al traspasar las puertas de entrada a Caven House. Junto a Minerva estaba también mi hermana Annabelle, ambas con el mismo gesto circunspecto de Marcus.

—¿Alguien me va a decir qué está ocurriendo aquí?

—Vayamos a hablar a la biblioteca.

Marcus me guio hasta la estancia que también hacía función de despacho y lo primero que vi fue a una doncella que me ofrecía un té.

—Bébetelo. Te hará falta —me susurró Annabelle al pasar a mi lado.

Acepté la taza, me senté a su lado y esperé a que hicieran lo propio Marcus y Minerva en los sillones que había frente a nosotras.

—Lamento que te hayamos hecho venir de forma tan apresurada.

Minerva fue la primera en hablar y sin mucho disimulo dio un codazo a su esposo para que rompiese su silencio.

—No sé por dónde empezar, pues ni yo mismo termino de creérmelo.

—Hermano, comienzo a pensar que has usado a madre para arrastrarme hasta aquí. Y si lo que te preocupa es mi acusación de asesinato, haré todo lo posible porque no involucre al ducado.

—¿Crees que me preocupa en algo el dichoso ducado o el nombre de la familia? —protestó ofendido y de la misma forma se levantó—. Respecto a este tema —me señaló—, nada más te diré, Olivia, que lamento no haber sido yo quien pusiese fin a la vida de ese putrefacto ser que tuviste como marido.

—Todos estamos de tu lado. Ahora y siempre. —Annabelle buscó mi mano y la agarró entre las suyas con fuerza.

Con la garganta cerrada por la emoción de verme apoyada por mi familia, escuché como estaban al tanto de la totalidad de lo que había ocurrido con la vizcondesa. El comisionado de Scotland Yard, sir Charles Nawor, estaba trabajando con mi hermano para lograr que esa mujer no se saliese con la suya, mientras Leo y Arthur intentaban hacer lo mismo desde Nueva York.

—De lo único de lo que nos apenamos es de no haber estado presentes en tu enlace con Leo —añadió Minerva con una sonrisa.

—No era nuestra intención casarnos de esta forma, pero…

—Era lo más apropiado para garantizar tu seguridad —añadió Marcus—. No se lo pondremos fácil, hermana. Esta vez, lady Astrid Banks no se saldrá con la suya —me prometió antes que dos golpes en la puerta llamasen nuestra atención.

—¡Ya están aquí! —graznó Minerva y miró nerviosa a Annabelle.

—¿Qué ocurre? —pregunté a mi hermana.

—Tú, sobre todo, escucha toda la historia antes de juzgar a nadie.

—¿A quién no debo de juzgar? —La puerta se abrió y tras ella apareció alguien a quien jamás pensé ver en esa casa—. Mona… —susurré sin dar crédito a su presencia.

La que fue mi amiga y a la que, en cierta manera, le debía el haber salido con vida de la casa de la vizcondesa, entró en el despacho. La sonrisa no le llegaba a los ojos y al percatarme de a quién traía del brazo, entendí los motivos.

—¡¿Madre?!

Descubrir la verdad siempre conlleva un riesgo.

Un riesgo que, a veces, no compensa.

Y entender hasta qué punto había sido un títere bailando al son que otros marcaban era demasiado doloroso como para merecer la pena.



Capítulo 41

Para siempre

Mona

—Mi amor, ¿crees que habrá sido suficiente?

Lancé la pregunta al aire, a través de la ventanilla corredera del carruaje de alquiler que me llevaba de regreso a Heaven House. Busqué la respuesta en el cielo, salpicado de los colores ocres del atardecer. No la hallé en las nubes, pero Ronald tuvo una forma peculiar de resolver mis dudas.

Mi propio reflejo fue la contestación.

Era la primera vez que no sentía repulsión de mi persona. Supongo que ese era el beneficio de hacer lo correcto. Si eres justa, la vida es justa contigo, o eso se empeñaba en hacerme creer Ronald.

Con él no lo fue y eso que era una buena persona. O quizá era en el otro lado dónde estaría recibiendo los manjares que se había ganado por su buen corazón. Ese era mi deseo. Ese y que, con mi acción de hoy, fuese suficiente para garantizarme una entrada al paraíso del que tanto hablaba su religión, para, así, poder estar junto a él.

Una eternidad a su lado compensaba toda una vida de sumisión sin sentido.

Echando la vista atrás, mis pecados eran imperdonables. La adoración me cegó hasta tal punto, que la cordura se transformó en fanatismo. Respiraba por y para mi maestra, sin cuestionar ninguna de sus acciones.

Ella era mi ley.

Le otorgué ese poder cuando me sacó de las calles de Bombay. Me dio un techo, comida, ropa y una educación que como decimosexta hija no hubiese recibido. En realidad, dudo que hubiese llegado a la edad adulta sin ella.

Me salvó y, a cambio, me aferré a sus ideales. ¿Cómo no hacerlo?

Hablaba de un mundo injusto con las mujeres, que nos hacían creer que éramos unos seres débiles a la altura de cualquier otro animal y como tal, estaba en el mandado del hombre domesticarnos.

Ella se rebeló contra esa norma arraigada en la sociedad y, al final, cayó presa de los demonios contra los que luchaba. El poder la corrompió y ejerció la misma sumisión que usaba el hombre sobre todo aquel que le fuese útil para sus aspiraciones.

Nunca tenía suficiente y tras más de cuatro meses escuchando la historia del origen de *Las Descendientes de Eva*, entendí el porqué.

Nada compensaría lo que perdió.

Nada le devolvería al amor de su vida.

Nada aplacaría la furia de un corazón herido.

Podía comprender el dolor que ocasiona perder a la persona que hace que los días tengan luz propia. Yo perdí mi faro cuando Ronald murió en mis brazos. Sin embargo, yo utilicé esa agonía para enmendar mi camino y hacer lo correcto. Cosa que no hizo la maestra. El rencor envenenó su alma y pisoteó la magia que hubo en ella. Esa por la que una vez fue tan amada.

Cierto es que todos podemos ser monstruos si nos obligan a ello. Yo misma soy un ejemplo. Pero había tenido más de una oportunidad de salir de la oscuridad y prefirió regodearse en ella.

Ya era tarde. Para ella. Para mí.

Por mucho que se resistiese, había perdido la batalla. Por mucho que estuviesen cargando sus maletas en el carruaje, no podría huir. El pasado había regresado para cobrarse todas las cuentas pendientes.

Tres años de silencio habían sido más que suficientes para contabilizar cada una de sus afrentas y no tardaría en venir a saldarlas.

—¿Se marcha, maestra?

La encontré en la biblioteca ataviada con su mejor traje de viaje. Ese que estaba en mejores condiciones que ella. Era fácil apreciar cuanto se había marchitado, por la forma en la que soportaba su peso sobre el bastón.

Se apagaba, lady Astrid Banks se apagaba y como los animales moribundos, era cuando más peligro tenía.

La desesperación borraría los pocos escrúpulos que le quedaban. Solo era cuestión de tiempo que lo descubriese.

—En efecto, me marcho, querida Mona. —Me miró de esa forma que me hacía creer especial, aun sin serlo—. Pero no quería hacerlo sin despedirme. Esta vez, viajo sola. —Me observó con detenimiento, esperando una reacción por mi parte que no llegó—. Por lo que veo, no te sorprende.

—¿Debería? Hace tiempo que dejé de serle útil.

—Es lo que tiene cambiar de bando. —Alcé una ceja curiosa—. Por favor, querida, ¿creías que no sabía dónde ibas cada tarde? Imagino que la llegada de tu amiga Olivia a la casa de los duques de Cardington habrá hecho que tu visita de hoy haya sido más especial.

—Siempre está al tanto de todo, maestra.

—Procuro hacerlo. Nunca sabes cuándo van a clavarte un puñal por la espalda.

—Es lo que tiene ir sembrando enemigos a cada paso que da.

—Vaya, veo que también se te ha soltado la lengua. Imagino que las promesas que te habrán hecho serán de lo más suculentas para insuflarte esa falsa seguridad en ti misma.

—En realidad, he sido yo quien les ha prometido algo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué tendrías tú de valor que les fuese de interés a ellos?

—La posibilidad de hacer justicia.

Con una risa pérfida estirando sus labios, se acercó al aparador y sirvió coñac en dos copas que estaban junto a la licorera.

—Justicia es un término demasiado amplio para que tu exiguo entender sea capaz de comprenderlo.

—Ese siempre fue su defecto, maestra. Me subestimó y no creyó que aprendería de mis errores.

Acepté la copa que me ofreció y esperé a que fuese ella quien bebiese primero.

—¿Tus errores?

—El principal de ellos fue confiar en usted.

—¿Y por eso crees que he envenenado tu bebida? Querida, para acabar con tu vida deberías ser importante en la mía y de serlo, te aseguro que lo haría de una forma más original. —Su sinceridad dolió. Fue inevitable—. A esto —señaló su copa—, se le llama educación. ¿Qué sería de una despedida sin un buen brindis? Modales, Mona, siempre te lo he dicho. Los modales nos diferencian de los animales. Así que bébetelo o tíralo. Yo, igualmente, brindaré por ti, por tu traición… ¡Por los viejos tiempos!

Alzó la copa y con sus ojos fijos en los míos, acercó el filo del fino cristal a sus labios y bebió la totalidad de su contenido.

—¡Por los viejos tiempos! —repetí antes de vaciar el coñac en mi garganta.

—Vizcondesa, su carruaje está listo. —El mayordomo entró tras llamar a la puerta—. No debe demorarse, su barco saldrá en menos de dos horas.

—Gracias. Enseguida voy —lo despachó con un gesto de su mano.

—Al final regresa a la India.

—No, ya te dije que no se me había perdido nada en esas tierras. Además, me temo que no soportaría un viaje tan largo. Vuelvo a Nueva York. Pasaré allí mis últimos días.

—Por fin reconoce lo evidente. Se muere —acerté a decir con esfuerzo.

La lengua se había engrosado en mi paladar y me costaba moverla.

—En efecto, me muero, aunque no lo haré antes que tú. —Se acercó, alzó su bastón y de un empujón, me hizo caer con facilidad sobre la mecedora que tanto le gustaba a Olivia. Con mucho

esfuerzo, logré mantener la espalda erguida contra el respaldo, mientras las extremidades se convertían en pesadas prolongaciones inertes. Pude sorprenderme, pero no lo hice. El regusto amargo que me había dejado el coñac fue el primer indicio de lo inevitable—. No me mires así, no te he mentido —se mofó la vizcondesa—. Era la copa y no la bebida la que estaba envenenada. Shh, tranquila, el tejo no tardará en hacer efecto y en tu caso, me he asegurado de darte la dosis necesaria para acabar con tu sufrimiento.

Mi carcajada ahogada hizo que su semblante se contrajese.

—Ese fue su mayor error, maestra. Debió acabar con ella y al no hacerlo, ella lo hará con usted. Debería verla —conseguí decir con dificultad—. El *vaidya* Chakara ha obrado un milagro, como dirían en su religión.

Ese instante supo a victoria. En el momento en el que comprendió que era de Alice, de quién estaba hablando, el miedo se hizo patente en sus ojos.

—¿Un experto en ayurveda? No es posible que hayas encontrado en Londres un médico tradicional indio.

En esa ocasión, fue ella la que balbuceó.

—Lo encontré y es un discípulo del mismísimo Mahendralal Sarkar. Nadie mejor que él para contrarrestar todo su mal.

Fue un trabajo arduo de cerca de cuatro meses, en los que el *vaidya* volcó en Alice sus conocimientos de hierbas, del poder curativo de los alimentos y terapias físicas poco conocidas. Logró que pudiese volver a hablar y moverse, no sin dificultad. Pero no por mucho tiempo. Por desgracia, nada podía reparar su dañado corazón.

—¿Qué has hecho, insensata? —Zarandeó mi cuerpo entumecido.

—Ganarme un sitio en el cielo —musité incapaz de henchir el pecho—. Me mandó saludos para usted. Me dijo…

—¡¿Qué te dijo?!

—Que le tiene miedo y no mentía. —Su bofetón no me causó dolor, pero sí una enorme sensación de orgullo—. La poderosa maestra tiembla por un fantasma del pasado —me burlé.

—¡Estúpida! ¡Estúpida!

Con la misma desesperación que transmitían sus palabras, comenzó a golpear el suelo con su bastón a la vez que caminaba de forma errática.

—Lástima que se vaya a ir sin despedirse de ella —le azucé—. Aunque con lo que tiene que contar a Scotland Yard, no tardarán en ponerse en contacto con sus homólogos neoyorkinos. Atarán cabos, maestra —resollé sin apenas aire—. Atarán cabos e irán a por usted.

—Con todo lo que he hecho por ti, Mona, y ¿de esta forma me lo pagas?

—¿Qué ha hecho por mí? ¿Convertirme en su perro de presa? —Mi voz nada más fue un silbido audible—. Nos veremos en el infierno, maestra.

—¿Crees que me has vencido? ¿Qué tú o Alice podéis ser más inteligentes que yo? —Noté el calor de su aliento en la mejilla, mas no pude abrir los ojos—. Ya deberías de haber aprendido, Mona, que yo siempre digo la última palabra.

Escuché como se alejaba y cuando creí que ya se había marchado, unos pasos furiosos seguidos del golpeteo característico del bastón, me dijo lo confundida que estaba.

—Voy a encargarte una nueva misión, querida Mona. Pese a que ya estarás muerta cuando la culmines, en tu fría y asquerosa mano encontrarán esta nota. —Logré abrir los ojos lo justo para ver como la vizcondesa colocaba un trozo de papel en mi palma derecha y cerraba los dedos sobre ella—. Fíjate si soy benevolente, que no dejaré que te vayas al otro mundo sin saber el contenido del mensaje que le he dedicado a tu amada amiga Olivia. —Quise gruñir, amenazarla,

pero solo conseguí emitir un quejido del que se vanaglorió lady Astrid Banks—. Una buena madre no deja desatendido a un hijo, puede ocurrir cualquier desgracia.

Intenté luchar. Llegar hasta algún miembro del servicio y poner en alerta a Olivia, pero estaba cansada. Los párpados me pesaban y el calor abandonaba mi ser.

—Ya estoy aquí, mi amor.

Con mucho esfuerzo, logré pestañear y ante mí, estaba Ronald. Me tendió la mano, y aun sin saber cómo, pude aceptarla y levantarme. Sus caricias fueron tan sutiles como el aleteo de un colibrí.

—Es hora de marcharnos.

Le escuché decir sin que tan siquiera moviese sus labios y a su espalda apareció un camino de baldosas blancas con una luz igual de resplandeciente. Miré hacia atrás, por encima del hombro y encontré el cascarón vacío en el que se había convertido mi cuerpo.

Lo había conseguido.

Mi sacrificio había sido suficiente para redimir mis pecados.

Y de la mano de Ronald, nos adentramos en la eternidad que nos habíamos ganado.

Por fin, nuestro amor tendría su «para siempre».



Capítulo 42

Todavía la amas

Olivia

Descubrir la verdad nunca me hizo sentir tan perdida.

Después de que Mona se marchase de Caven House, me quedé sola en la biblioteca y lo preferí. Había tanta información que asimilar, que mi cabeza daba vueltas como si hubiese bailado un vals tras otro. Por eso, ni siquiera me percaté de que mi hermano había regresado y junto a mí, miraba, a través de la ventana, cómo el resto de Londres vivía ajeno al caos que se

había instalado entre nosotros.

—¿Cómo te encuentras?

—Confusa —le respondí en un susurro—. Quisiera dejarme llevar por el odio y el rencor, pero no puedo. No me sale. ¿Crees que estoy loca?

Lo miré de soslayo y él me dedicó media sonrisa que arrugó la comisura de sus ojos.

—Creo que, dadas las circunstancias, un poco de locura sería lo más cabal. Nosotros hemos tenido unos meses para adaptarnos. Tómate tu tiempo.

—De nuevo me dejasteis al margen —le reproché que no me hubiesen contado antes que madre se estaba recuperando con la ayuda de Mona y un médico ayurveda.

—Y si no lo hicimos, fue por el mismo motivo por el que no nos avisasteis a nosotros de la partida de Leo y Arthur a Nueva York. No podíamos arriesgarnos a que lady Astrid Banks se enterase.

—Todavía no me has dicho quién os informó —le inquirí.

—Fue sir Charles.

Alcé una ceja sorprendida y me giré para mirarlo a la cara.

—¿El comisionado está al tanto del viaje de Leo?

—¿Un aristócrata inglés haciendo preguntas insidiosas a la policía neoyorkina? Lo extraño es que no haya salido en los periódicos. —Ambos sonreímos y nos miramos en silencio, a la espera de ver cuál de los dos hablaba antes. Lo hizo él—. Nunca debí dejarte ir de Inglaterra con Moore. Es un error que jamás me perdonaré.

Le acuné la cara, conmovida por la expresión furiosa que contrajo su rostro.

—Mis decisiones, mis errores, hermanito. —Le acaricié el entrecejo para borrar las arrugas de enfado—. Y ahora, debes prometerme que, si todo sale mal, solo yo asumiré las consecuencias. No quiero arrastrar a nadie conmigo.

—Jamás, Olivia. —Cogió mis manos entre las suyas—. Ya nos ocuparemos sir Charles y yo de que eso no suceda. Nadie va a detenerte y mucho menos enjuiciarte.

—El comisionado debe acatar la ley.

Cansada de que no entendiese mi postura, me alejé de la ventana y me senté en uno de los sillones.

—Ayudé a salvar a su hija de las garras de la vizcondesa y él hará lo mismo por mí. No te preocupes, Olivia. Déjalo en nuestras manos. —Marcus se colocó a mi lado—. Es lo menos que puedo hacer después de ser el causante de que te casaras con ese tipo. De no haberme involucrado, llevarías años siendo la esposa de Leo y no apenas tres meses. —Agachó la cabeza y cuando volvió a hablar, su voz sonaba más apagada—. Me hubiese gustado estar presente en vuestra boda y haberte llevado del brazo, como padre hubiese querido.

—Sabes que no lo planeamos. —Tragué saliva para disolver el nudo de emociones que me punzaban en el pecho—. Ni siquiera fue mi boda soñada, hermano, pues fue la necesidad y no el amor lo que la impulsó.

—Hicisteis lo correcto. —Palmeó mi rodilla—. Como vizcondesa Portman eres aún más inaccesible que antes.

Bajé la mirada, buscando qué decirle a Marcus, que no sonase a una protesta infantil. Cada día que pasaba, estaba más enfadada con Leo por dejarme probar la miel de ser su esposa para luego castigarme con su silencio.

Era por mí, lo sabía, pero su ausencia dolía demasiado.

—Marcus, querido, ¿podrías dejarme a solas un momento con Olivia?

—Por supuesto, madre. Iré a esperar al comisionado. No creo que tarde en llegar.

Llené el pecho de aire y cerré los ojos antes de voltearme a mirar a mi progenitora. Las ganas de correr a sus brazos y perderme en ellos se mezclaron con los mil y un reproches que tenían su nombre, lo que dio como resultado un mejunje gris y denso que embadurnó mi corazón.

No sabía qué hacer, qué decir o qué esperar de ella.

—Sigues siendo igual de trasparente que cuando eras niña. Desde aquí veo la tormenta oculta tras el ámbar de tus ojos. —La doncella empujó la silla de ruedas de mi madre hasta el sillón próximo a la chimenea y se retiró sin necesidad de decirle nada—.

Supongo que tienes muchas preguntas.

—Tantas que no sé por dónde empezar.

—Hazlo por aquella que ansíes saber. Prometo ser sincera.

No pude ocultar la risa cínica que curvó mis labios. Saber la naturaleza real que había unido a la vizcondesa y a mi madre me hirió tanto como me conmovió.

—¿Alguna vez quisiste a mi padre? —Fui directa, sabía que el tiempo no estaba de nuestra parte.

—Lo quise con todo mi corazón.

La miré buscando algún atisbo de falsedad en su rostro, que no hallé.

—Entonces, no me explico…

—¿Cómo pude amarla a ella también? —Mi madre sonrió de medio lado—. ¿O quizá lo que no te explicas es como una mujer puede amar a otra mujer?

Esa última pregunta me ofendió.

—Aprendí de mi cuñado Martin que al igual que el amor no entiende de clases sociales o de razas, tampoco distingue entre hombres y mujeres. Es la mentira, en la que he vivido, lo que no me deja avanzar.

Mi respuesta la tranquilizó.

—Tu vida no fue una mentira, hija. —Extendió su mano hacia mí sin saber si podía tocarme. Yo lo hice por ella. Había extrañado tanto la calidez de su contacto que nuestro distanciamiento quedó relegado al olvido—. Mi niña Olivia, creciste en una familia en la que todos sus miembros se adoraban. Que yo amase con anterioridad no quita validez a ninguno de tus recuerdos.

—¿Amabas o amas? Porque no encuentro otra explicación para que callaras durante tantos años que la vizcondesa y lady Astrid Banks son la misma persona.

—Error del que me arrepiento y sobre el que he podido meditar durante los años que he estado silenciada. —Frunció los labios y la pena acentuó las arrugas propias de la edad—. Quizá no quise creer en la persona en la que se había convertido Astrid ni como había destrozado nuestro sueño. *Las Descendientes de Eva* se sustentó en el amor, en el respeto y en el alzamiento de la figura femenina. Nunca se fundó para cometer los mismos crímenes de los hombres. No queríamos ser sus iguales, sino libres. Libres de pensar, de decidir…

—De amar.

—Así es, aunque Astrid siempre fue más valiente y decidida. Yo, por el contrario, fui una cobarde que cedió a la presión de tus abuelos. Me casé y formé una familia como era de recibo hacer. No se lo tomó muy bien —movió la cabeza perdida en sus recuerdos—, pero cuando el amor surgió entre tu padre y yo, le partí el corazón. Yo la convertí en el monstruo que es ahora y no puedo dejar de sentirme culpable por ello.

—Puedo comprenderte, madre, te juro que puedo comprenderte —le aseguré—. Sin embargo, estuvo en tus manos pararla hace muchos daños. Hubieses evitado tanto dolor…

—Me hizo una promesa y la creí —se defendió—. Todo sería más fácil de entender si tú recordaras a tu abuelo paterno, pero apenas habías comenzado a andar cuando enfermó.

—Dirás cuando ordenaste matarlo.

—No, Olivia, he dicho lo que quería decir —me advirtió molesta—. La codicia enfermó el alma de tu abuelo y estuvo a punto de acabar con una inocente, la madre de Minerva —me confesó para mi sorpresa—. Era tal sus ansias de poder y de solventar sus deudas que contactó con *Las Descendientes de Eva* para matar a Elisabeth y así quedarse con su título de condesa de Asainte. Astrid tuvo a bien decírmelo y me ofreció una vida a cambio de otra. Entregué mi alma para hacer lo correcto. Creo que en eso nos parecemos, ¿cierto?

Edward vino a mi cabeza.

—Las dos nos vimos empujadas a cometer un crimen —le di la razón.

—Es su forma de proceder —me confirmó lo que ya sospechaba—. Se aprovecha de tu desesperación y te ofrece una solución cuando eres incapaz de ver una salida para tus problemas.

—¿Y aun así la seguiste defendiendo?

—No, después del funeral de tu abuelo, me enfrenté a Astrid. Le amenacé con romper cualquier contacto con ella de seguir cometiendo esas atrocidades con *Las Descendientes de Eva*. Sabía que no me entregaría a las autoridades, me seguía amando demasiado y confié en su promesa de disolver la organización. Y así creí que lo había hecho, hasta que el comisionado sir Charles contactó con tu hermano para rescatar a su hija.

—¿Por qué no dijiste nada entonces? Marcus casi pierde la vida.

Una mueca de disgusto contrajo sus labios.

—Cuando lo descubrí el daño ya estaba hecho —reconoció apenada—. Clarissa había sido liberada y no tenía sentido alguno mover más el avispero. Lo que sí hice, fue romper cualquier relación con ella. Así se lo hice saber en la celebración de la boda de tu hermano con Minerva. Esa fue la última vez que la vi, hasta que casi muere a manos de su propio hijo.

—Fuiste tú quien la ayudaste a salir del harén una vez el fuego se inició, ¿cierto? —pregunté, aun sabiendo cuál sería la respuesta—. Todos los periódicos aludieron a que fue algún adepto.

—La dieron por muerta y pensé que era el momento perfecto para que desapareciese. La cuidé con el deseo de que regresase a la India y rehiciera su vida allí. Lejos de aquí… Lejos de mí.

—También pudiste dejarla morir.

—No pude. —Un sollozo brotó de su garganta.

—Todavía la amas —afirmé y se mordió los labios para silenciar el sí que leí en sus ojos.

—Hay amores que ni el tiempo diluye y que, a pesar de la distancia, las diferencias o los rencores, permanecen aletargados para florecer con una sonrisa inesperada, con un roce fortuito, con una mirada furtiva… —reconoció con un suspiro—. Respeto que no me comprendas, Olivia, pero, para mí, Astrid siempre será la joven de cabello lacio. La misma que le gustaba caminar descalza para sentir el frescor de la tierra en sus pies, la misma que pasaba las horas retratándome en su lienzo.

—¿Eras tú la mujer del cuadro que tiene en su dormitorio?

Le describí la escena del retrato que tanto me llamó la atención, la última noche que estuve en los aposentos de la vizcondesa, y sus lágrimas confirmaron mis sospechas.

—Aquella tarde fue especial en muchos sentidos —comenzó a decir, mientras se limpiaba la humedad de las mejillas con un pañuelo—. Sin pretenderlo, Astrid y yo descubrimos que nuestros sentimientos eran algo más que una simple amistad. Me corté un mechón de pelo y se lo entregué para que siempre recordase ese día.

—Aún lo guarda —le confesé y, aunque quise, no me molestó el rubor que cubrió sus mejillas.

—Saber eso hace que duela más, mi querida Olivia, pero ha llegado el momento de hacer lo correcto. Voy a entregarla —afirmó con una convicción que no sentía—. Le contaré al

comisionado todo lo que necesite para que, esta vez, sea juzgada por sus delitos.

—Estaré a tu lado. —Puse mi mano sobre la suya.

—Te lo agradezco y espero que llegue el día en el que me puedas perdonar.

—No seré yo quien te juzgue, madre, cuando, al mirarte, en lo único en lo que pienso es lo mucho que te he extrañado. ¡Me has hecho tanta falta!

Me arrodillé a sus pies en busca de ese abrazo que me moría por sentir. El olor de su piel me calmó tanto o más que la nana que comenzó a tararear en mi oído.

La misma que cantaba cuando era niña.

La misma que, ahora, yo le cantaba a mi hijo.

Quizá, no por mucho tiempo.



Capítulo 43

Con auténtico desprecio

Olivia

Entre los brazos de mi madre, dejé de ser fuerte.

Me rompí bajo la presión de los tres meses de silencio de Leo, la incertidumbre por mi futuro y, ahora, por la historia que me había contado mi progenitora y que lo cambiaba todo.

Llevaba años sin permitirme el lujo de mostrar mis debilidades, que eran muchas. Y con ella, durante unos minutos, simplemente dejé que mi cuerpo destilase la tensión que como cuchillas

llevaba clavadas bajo la piel.

Fui una niña asustada que se refugió en sus piernas, mientras dejaba que le acariciaran el pelo y le asegurasen que todo iba a salir bien. Un instante de paz en el que no pude regodearme por mucho tiempo.

La puerta de la biblioteca se abrió de golpe y tras ella apareció Marcus. Una máscara cerúlea le cubría el rostro y su respiración era agitada y fatigosa. Me levanté impulsada por cada uno de sus resoplidos y según me acercaba a él, la oscuridad de sus ojos me absorbía.

—Dime que está bien, por favor, dime que Leo está bien —le supliqué aferrada a las solapas de su chaqueta.

—No es él.

Su afirmación no me produjo ningún consuelo.

—Entonces, soy yo. ¿Es eso? El comisionado ha venido a detenerme. —Me tragué el miedo y fingí una entereza que estaba lejos de sentir—. Sabíamos que era una posibilidad.

—Olivia…

—¡De eso nada! —protestó mi madre, quitando la palabra a Marcus—. Ese policía del tres al cuarto no se va a llevar a mi hija, y mucho menos sin escuchar antes todo lo que le tengo que decir. —Y para dar más énfasis a su amenaza, golpeó el apoyabrazos de su silla.

—Si me dejáis hablar…

—Madre, por favor, no complique más las cosas. —Esa vez fui yo la que cortó a Marcus—. Poco importa lo que tenga que contar. Nada cambia lo que hice.

—¡Basta! —rugió mi hermano y el silencio se hizo en la biblioteca—. Seguimos sin tener noticias de Leo y nadie ha venido a detenerte. —Me señaló con el dedo.

—¿Entonces?

Dejó caer la mano tras mi pregunta y la pena volvió a instalarse en sus labios.

—Es Mona.

—¿Ha vuelto? ¿Ha sido ella quien ha llegado a Cave House?

Aunque hacía pocas horas que la había visto, el deseo de volver a estar con Mona fue tan fuerte que ignoré el tono taciturno de mi hermano y quise ir a su encuentro. Sin embargo, este me lo impidió, sujetándome del brazo.

—No, hermana, no es Mona quien ha venido. El comisionado ha mandado a uno de sus hombres para presentarnos sus disculpas. No podrá acudir a nuestra reunión.

—¿Y qué tiene Mona que ver con eso? —pregunté confusa y la respuesta que leí en su rostro me cortó la respiración—. No. —Negué con la cabeza y como si él fuese el culpable de lo que estuviese pasando, me solté de su agarre de un tirón y me fui alejando de él—. No, Mona, no —repetí sin apenas voz—. ¡Dime que está bien! —le exigí—. ¡Dímelo! ¡Dime que mi amiga está bien! —Las lágrimas me impidieron ver como Marcus se acercaba y me sujetaba entre sus brazos—. ¡Loca insensata! —le grité a ella, estuviese donde estuviese—. Te dije que no te fueras. Te pedí que te quedaras conmigo —sollocé.

—Todavía no hay nada seguro, hermana. —Marcus intentó calmarme—. El comisionado ha ido hasta la casa de la vizcondesa. Creen que la mujer fallecida es su asistente personal, pero él nos lo dirá con exactitud en cuanto lo sepa.

—Quizá no sea Mona —sugirió mi madre, no sé si para consolarme o para defender la bondad inexistente de su amante.

—Vayamos a comprobarlo —gruñí y me limpié las lágrimas con el dorso de la mano.

—Olivia, no creo…

—Es mi amiga, Marcus. Necesito saber si es ella. No me puedo quedar aquí quieta sin saber si

le ha pasado algo.

—Yo también voy contigo —se ofreció mi madre, levantándose de la silla con la ayuda de un bastón.

—Entonces, iremos los tres —sentenció mi hermano.



De camino a Heaven House, mi mente solo fue capaz de reproducir una y otra vez la misma frase.

«Que no sea ella. Que no sea ella. Que no sea ella».

A nuestra llegada, un grupo de curiosos se apelotonaban frente a la verja con la intención de averiguar qué había ocurrido en el afamado hogar de la vizcondesa Saint Bains. El agente, que les impedía entrar, nos dejó pasar nada más ver el blasón del ducado de Cardington.

Hace cuatro meses esa casa era el cielo, como su nombre indicaba, y ahora, hasta las flores del jardín tenían un tufo a azufre. El paraíso se había transformado en el infierno y de confirmarse mis peores temores, me encargaría de que ardiese de la misma manera.

El comisionado, sir Charles Nawor, se acercó a nosotros en cuanto descendimos del carruaje. Saludó a mi hermano con un apretón de mano y a nosotras con una leve inclinación de cabeza, sin tan siquiera mirarnos a los ojos.

No quiso que viéramos lo que el dolor sordo de mi estómago, ya me avisaba.

—Duque, no esperaba verle aquí. ¿Mi muchacho no le ha dado el mensaje?

—Lo hizo —afirmó Marcus—. Es más, nos contó los motivos que le habían traído hasta esta casa. De ahí que nos hayamos presentado.

—No creo que sea un lugar adecuado para las damas.

Mi madre me miró y con un disimulado gesto de su mano, me pidió que guardase silencio. Ese hombre nos servía más como amigo que como enemigo.

—Le agradezco su consideración, sir Charles —habló ella, mientras yo obedecí y permanecí callada—. Sin embargo, estamos muy preocupadas. Tenemos a una amiga muy querida que reside aquí y nos angustia la posibilidad de que le haya pasado algo.

—Sí, estoy al tanto de la supuesta conversión a buena persona de la erudita Mona —dijo con retintín.

—¿Supuesta conversión? —mascullé y Marcus se interpuso en mi camino, tapándome la visión del comisionado.

—Déjame a mí, por favor. No digas ni una sola palabra más —me susurró antes de dirigirse al jefe de policía—. Charles, comprendo el resentimiento que le guardas a Mona después de lo que vivió tu hija —el susodicho gruñó como respuesta—, pero has de reconocer que, si no hubiese sido por ella, todavía no sabríamos la verdadera identidad de lady Astrid Banks. Venga, amigo. —Le palmeó la espalda—. Solo queremos saber la identidad de la fallecida y de paso, ver cómo arrestáis de una vez por todas a esa mujer.

—Nada me gustaría más que eso último, Cardington, pero lamento decirte que hemos llegado tarde. El mayordomo nos ha indicado que su señora se ha marchado al puerto para coger un barco con destino a Nueva York. He mandado a varios de mis hombres para que intercepten su carruaje.

—¿Y Mona? —intervine cansada de tanta cháchara sin sustancia—. Acabamos de estar con ella hace menos de cuatro horas —le expliqué al comisionado, aunque poco le importaba—. Si le ha pasado algo, ha tenido que ser la vizcondesa. Seguro que ha descubierto que estaba ayudando a madre —me dirigí, esa vez, a mi hermano.

—Nadie ha hablado de un asesinato, milady. La joven fallecida ha aparecido en la biblioteca sin ningún rastro de violencia —apuntó con desdén sir Charles—. Todo apunta a una muerte natural.

—¿De una mujer joven como usted dice? —negué con la cabeza. Mona era sinónimo de salud —. Necesito verla.

—No se lo recomiendo.

Me cortó el paso y miré por encima del hombro a mi hermano.

—Déjala, Charles —le pidió este—. No tardaremos en irnos.

Me valió un asentimiento de la cabeza del comisionado para cruzar la entrada y correr hacia la biblioteca. Demasiados extraños atestaban lo que un día fue mi hogar, pero fue un llanto conocido el que frenó mis pasos junto a las puertas dobles de la estancia.

Lotti, la cocinera, la dulce mujer que había cuidado de mi hijo como si fuese su propio nieto, sollozaba entre los brazos de su marido, también empleado de la casa.

—Señora Olivia —gimió cuando se percató de mi presencia—, qué tristeza más grande.

—Hemos llegado tarde, señora. No se ha podido hacer nada —me respondió el marido de

Lotti.

Miré a ambos, sin poder articular palabra alguna. Todas se me agolpaban en la garganta y solo las pude liberar, cuando traspasé esas puertas y la vi allí, tirada en el suelo como si fuese una alfombra sin valor.

Anduve hacia Mona y cada paso que daba, mi corazón golpeaba el pecho. Quería salir, escaparse e intentar que ella regresase con nosotros.

—Mi amiga, mi hermana de madre ajena —me rompí, dejándome caer a su lado—. ¿Pero qué te han hecho?

Coloqué su cabeza sobre mi regazo y acaricié su tez olivácea ahora pálida y deslucida. Estaba fría al igual que sus ojos. Unos cuencos oscuros rebosantes de un vacío desolador.

Ya no estaba.

Se había ido.

No quedaba nada de la mujer que fue.

—Descansa y sé feliz. —Con dedos temblorosos le bajé los párpados—. Sé feliz junto a tu amado, pero no te olvides de mí —le susurré antes de darle un beso en la frente y perderme en un abrazo que solo sentía yo.

—Olivia, debemos irnos ya. Ha llegado el forense.

Marcus se arrodilló a mi lado y con dificultad, deshizo el lazo por el que me aferraba a Mona. Tuvo que arrancarme de su lado, pues de otra forma no me hubiese alejado de ella.

—Os mantendré informados de lo que descubramos —nos dijo sir Charles, ya sin tanta acritud.

—¡Era una gran mujer! —grité al comisionado a la vez que señalaba el cuerpo inerte de Mona —. Hizo cosas mal. Lo sé. Se equivocó muchas veces, pero se arrepentía. Intentó cambiar y lo consiguió —acabé musitando.

—Venga, hermana, será mejor que les dejemos hacer su trabajo.

—No se merecía este final, Marcus —grazné mientras mi hermano me sujetaba, soportando parte de mi peso—. No se lo merecía —insistí esa vez mirando a sir Charles, el cual bajó la cabeza, afectado, o así lo quise creer.

—¿Olivia? ¿Hay alguna Olivia aquí?

Procedíamos a salir por la puerta de la biblioteca cuando el médico forense pronunció mi nombre.

—¿Qué ocurre doctor Vallés?

Escuchamos preguntar al comisionado antes de que regresásemos junto a él.

—En la mano de la fallecida había una nota dirigida a una tal Olivia. El sello es una rosa.

—La reina de las flores —acertó a decir Marcus al verlo—. El emblema de *Las Descendientes de Eva.*

—¿Con qué una muerte natural? —le reproché al comisionado y sin pedir permiso, cogí la nota, rompí el lacre y me dispuse a leer la escueta nota.

Querida Olivia:

Una buena madre jamás deja desatendido a su hijo. En un lugar tan angosto como Dover, puede ocurrir una desgracia en cualquier momento.

Espero que puedas llegar a tiempo de evitarlo.

Con auténtico desprecio,



Lady Astrid Banks

Un nuevo mundo de dolor se abrió a mis pies.

Me convertí en una muñeca de trapo consumida por la desesperación y la impotencia. Hice oídos sordos a las palabras de ánimo de mi hermano, ignoré las caricias pausadas de mi madre y me resultaron insuficientes las teorías propuestas por sir Charles en las que me aseguraba que llegaríamos a tiempo, pues no podía llevarnos más que unas pocas horas de ventaja.

Pero el tren era lento, tan lento como el latido de mi corazón. Agonizaba. Moría. La sola idea de que algo malo le ocurriese a Archibald me paralizaba hasta la respiración.

Al llegar a Cliff House, el salitre del aire nocturno impregnó mi piel y me deshice en llanto por

primera vez desde que salimos de Londres, no hacía más de seis horas.

Olía a él, a risas en el jardín, a carantoñas al atardecer y a susurros en la alcoba bajo una lluvia de luces de colores.

En definitiva… Olía al hogar que habíamos formado Leo y yo, y la necesidad de tenerlo de vuelta se hizo insoportablemente real.

Bajé del carruaje y la luna, maliciosa, brillaba en su máximo esplendor sobre el mar en calma. Todo estaba sumido en una quietud que me erizó el vello de la nuca. Una sensación de alerta que no disminuyó cuando llegué al final del camino y observé la silueta de varias personas en el salón principal.

Quizá, habíamos llegado antes que la vizcondesa o como insistió mi hermano y el comisionado, esa nota solo era una distracción que usó para ocultar su rastro. Sin embargo, cualquiera de esas opciones perdió su importancia, pues fue verlo a él y saber que todo iba a salir bien.

Leo apareció en lo alto de la escalera con las huellas de esos tres meses marcadas en su rostro. Lucía cansado, magullado, con los ojos hinchados por falta de sueño y el azul de sus ojos tan apagado que parecían grises. Y a pesar de eso, nunca le había visto tan apuesto.

Corrí hacia él y me tiré a sus brazos sin importarme cuan indecoroso fuese mi comportamiento. Contra su pecho no había problema que no tuviese solución.

—Por suerte estás aquí —gemí de alivio—. Menos mal que has llegado a tiempo.

No me respondió y al levantar la cabeza para buscar su mirada, me percaté de la forma en la que examinaba a las personas que habían viajado conmigo. En concreto, a mi madre.

—Es una larga historia —le dije y volví a esconderme en su cuello—. Pero, ahora, vayamos dentro. Necesito ver a nuestro hijo.

Los brazos de Leo se tensaron a mi alrededor de tal manera que pude notar en mi piel el palpitar furioso de su corazón. Supuraba terror por cada rincón de su cuerpo, el mismo terror que me invadió a mí al leer la nota amenazante de la vizcondesa.

—No, no, no —comencé a golpear su pecho para que me liberase—. ¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está Archibald? —aullé a la luna como si ella tuviese el poder de devolverme a mi retoño.

—Te juro que lo encontraré. Te lo juro, mi Julieta.

No reconocí su voz, era el pánico quien hablaba por él.

De un fuerte empujón, me solté y entré corriendo a la casa. Me recibió un rastro de sangre en forma de lágrimas que impregnaban la madera pulida del suelo. Las seguí hasta el salón y, en el sofá, encontré a Anderson con la cabeza apoyada en el regazo de *mademoiselle* Emily. La cual lloraba sin dejar de acariciar los mechones pelirrojos de su amado.

El socio de Leo, al verme, intentó levantarse, pero un dolor agudo en su hombro lo tumbó de nuevo.

—Lo siento, Olivia —gimió de forma entrecortada—. Cuando quisimos darnos cuenta ya era demasiado tarde.

—Decidme que está bien, por favor —imploré—. Decidme que no se lo ha llevado.

—No lo sabemos —intervino Morgana—. Estábamos jugando en el jardín cuando Archibald escuchó el ladrido de un perro. Comenzó a gritar que era míster Drool, y salió corriendo a buscarlo. Anderson fue tras él y, a los pocos segundos, escuchamos un disparo detrás de otro —sollozó oculta tras su pañuelo de seda.

—Era esa maldita mujer, esa vizcondesa. —Anderson apretó los dientes, mientras el mayordomo, que había combatido en la guerra, hurgaba en la herida de su brazo en busca de la

bala encajada, a la espera de que llegase el médico del pueblo—. Le dije a Archibald que se escondiera y salió corriendo, junto a los dos perros —consiguió decir a pesar del dolor.

—Nosotros acabamos de llegar —anunció Arthur al salir del despacho de Leo, aprovisionado con varias escopetas que se guardaban en un armario con llave—. Vamos a salir a buscarlo ahora mismo. —Le entregó un arma a Leo, a mi hermano y sir Charles desenfundó la suya—. ¿Alguna idea de donde podría haberse escondido Archibald? —Me miró a mí—. El niño se conoce estas tierras mejor que la vizcondesa. Habrá ido a algún sitio donde se sienta seguro.

—Al faro romano —dijimos Leo y yo al unísono.

Enseguida, todos, menos Anderson, su prometida y hermana, nos encaminamos hacia allí, provistos con lámparas de aceite. Según nos acercábamos, el ladrido de los perros se iba intensificando. Fueron nuestros guías y a los pies del faro, muy cerca del borde del acantilado, encontramos a míster Drool y a míster Lucky, flanqueando a mi hijo y protegiéndolo de la vizcondesa, que lo apuntaba con un revólver.

—¡Archibald! —lo llamé y sin que les diese tiempo a impedírmelo. Corrí hacia él y lo protegí con mi cuerpo.

Una cacofonía de gritos inundó la quietud de la noche y, de entre todos, fue la voz de Leo la que se impuso sobre las demás. Sin embargo, no fui capaz de entender lo que me dijo. Sus palabras quedaron amortiguadas por la explosión de pólvora que taponó mis oídos.

No me importó, pues ya estaba con él.

Había llegado a tiempo de abrazar a mi hijo.

Aunque fuese una última vez.



Capítulo 44

Hasta el resto de la eternidad

Alice

¿En qué nos habíamos convertido?

O, mejor dicho, ¿en qué la había convertido?

Esa última pregunta dolía tanto como la respuesta.

Yo la empujé a ser el monstruo que empuñaba un arma contra mi hija y nieto. Otros inocentes más que pagarían por mis pecados.

No lo consentiría.

Había llegado la hora de resquebrajar el cascarón de cobardía tras el que llevaba años escondida y enfrentarme a las consecuencias de mis actos.

Alcé el revólver que había traído escondido desde Londres y disparé al cielo. El estruendo provocó que todos se encogieran en el suelo. Todos menos ella. Astrid permaneció de pie, mirándome como si fuese un fantasma.

—Lo siento —susurré al aire con el deseo de que le hiciese llegar mis palabras.

Su boca temblaba por el sollozo contenido y el azul de sus ojos lucía tan apagado y cansado como el mar que golpeaba las paredes blancas del acantilado que estaba a sus pies.

Caminé hacia ella apoyada en un bastón que impedía que las irregularidades del terreno acabasen con mi exiguo equilibrio.

—¡Es tarde, Alice! —gritó dando un paso atrás, acercándose peligrosamente al borde del abismo—. ¡Es tarde para hacer lo correcto!

Astrid tenía una capacidad prodigiosa de leer los deseos y anhelos de la gente que le rodeaba. Por eso, no me sorprendió que adivinase mis intenciones antes incluso de que yo les hubiese puesto nombre.

Eso mismo hizo cuando las dos apenas éramos unas flores que empezaban a abrirse al mundo. En un pueblo donde no había mucho que hacer, ambas, como vecinas, no tardamos en convertirnos en amigas.

Pasábamos largas horas juntas, paseando por los campos de avena que su padre, el barón Elbains, tenía en su finca. La suerte o el destino, como sugirió ella, nos ayudó a encontrar un rincón que hicimos nuestro. Una pequeña cabaña abandonada que sirvió, en algún momento, para guardar herramientas.

Aún recordaba lo mucho que se enfadó mi madre cuando desapareció una de las mantas mullidas que había traído de su último viaje a Londres. La cogí prestada para cubrir el lecho de paja que improvisamos para, tumbadas allí, observar las sombras que dibujaban los rayos de sol que se colaban por las tablas maltrechas del tejado. Sin embargo, fue la luna, con su luz de plata, la testigo de cómo nuestros dedos se buscaban y se acariciaban de forma distinta.

Entonces, no sabía lo que era el amor, o si el temblor, que azuzaba mi estómago cada vez que veía a Astrid, era el inicio de algo más que una amistad. Los días comenzaron a medirse en el tiempo que tardaba en verla y juntas sobre esa cama natural, la eternidad se me antojaba insuficiente.

Su forma de contemplarme comenzó a sonrojarme y cada vez que me hablaba, me quedaba hipnotizada siguiendo el movimiento de sus labios.

Deseaba algo que solo ella tuvo valor de intentar, en esa tarde en el que el final del verano se intuía por el frescor que azuzaba al atardecer. Tumbadas observando como el techo se pintaba de naranjas y violetas, Astrid besó nuestras manos entrelazadas antes de girarse para que pudiésemos mirarnos a los ojos.

En los últimos días, habíamos dado algún paso más en un camino desconocido para ambas. A mí me gustaba contar las pecas que salpicaban su nariz y a ella le entretenía jugar con los mechones de mi pelo suelto que me caían sobre el pecho. Caricias accidentales que me erizaban la piel y hacían anhelar llenar un vacío que entonces no sabía que era un ardiente y visceral deseo.

Porque la deseaba. La deseaba como jamás había deseado ni desearía a nadie. Y ella, como siempre, lo supo ver.

—Yo también quiero besarte —susurró con la vista fija en la forma en la que me mordía los

labios. Con su pulgar los acarició, liberándolos de la prisión de mis dientes, y sin soltarme, se acercó con los ojos puestos en los míos a la espera de que viese un rechazo en ellos que no encontró.

A rosas y primavera.

A eso sabían sus besos. A eso sabía nuestro amor.

Amor que no tardó en crecer a nuestro alrededor adueñándose de todos nuestros sentidos. Las inhibiciones desaparecieron, dando paso a la necesidad de afianzar una relación que las dos sabíamos que estaba condenada a la muerte.

Nuestra puesta de largo sería el juicio final y yo, al ser un año mayor que ella, me enfrenté antes a ese momento. Los preparativos llegaron demasiado pronto y con ellos, el nombre de mi futuro esposo.

—¡No lo consentiré, Alice! Nadie me separará de ti.

—No podemos hacer nada —sollocé cuando fui a su encuentro, después de que mis padres me dieran la noticia—. En febrero, iremos a la temporada de Londres y me presentarán a lord Patrick Russel, el primer hijo del duque de Cardington. Ya han acordado nuestro matrimonio. Este será mi último verano en Bedford. —Sorbí por la nariz.

Entonces, mi conformismo ya era un problema entre nosotras.

—Sí que podemos hacer algo, pero te niegas a intentarlo.

—Astrid, por favor, no empieces de nuevo con las Amazonas. Esas mujeres son un mito.

—Un mito que nosotras podemos convertir en realidad. He estado hablando con otras muchachas del pueblo y estarían deseando unirse a nosotras. Imagínatelo, Alice, una sociedad autosuficiente de mujeres donde nadie nos diría a quién podemos amar.

Así nacieron *Las Descendientes de Eva*. Un grupo de chicas que se relevaron contra las normas que nos impedían alzar las alas y volar tras nuestros sueños. Bailábamos bajo la luna, aprendíamos de la naturaleza y, sobre todo, dejábamos que fuese nuestro corazón y no la razón la que guiase nuestros pasos. Un pecado ante los ojos de Dios y, en concreto, ante los ojos del párroco de Bedford que, advertido por varios aldeanos y padres de algunas de nuestras compañeras, acudió a la casa del barón Elbains, acusando a Astrid de ser la cabecilla de ese aquelarre de libertinaje y perversión.

—Me entregaré —le dije aquella noche que, sin saberlo, sería la última que pasaríamos en nuestra cabaña—. No dejaré que tú sola acarrees con toda la culpa, Astrid. Yo soy tan responsable como tú.

—Que lo hagas no cambiará mi destino. Mis padres ya han empacado todos nuestros enseres. Nos vamos a la India, a la casa que un tío tiene en Bombay.

—No me dejes, por favor —le supliqué—. Me iré contigo, renegaré de mi familia si hace falta, pero no me dejes sola.

Besó cada una de mis lágrimas orgullosa de que, por una vez, estuviese dispuesta a defender nuestro amor.

—Ojalá pudieses venirte, pero sabes que es imposible. Nuestros padres nos separarían para siempre. Así que no nos queda más que ser fuertes. Espérame, por favor —me pidió en un abrazo que intenté que fuese infinito—. Espérame. Regresaré a por ti.

Esa fue la primera promesa que rompí.

Tras su partida, la tristeza se apoderó de mi ánimo y mis padres, creyendo hacer lo correcto, adelantaron mi matrimonio con lord Patrick Russel. Confiaron en que las obligaciones familiares de una esposa era lo que necesitaba para acabar con mi melancolía, y yo también quise creerlo. Pues, cada vez que recibía noticias de Astrid, la desesperación me postraba en la cama durante

días en los que solo hacía llorar.

Cosa que también hice cuando le escribí la última carta. Esa en la que le informé de la inminencia de mi enlace y le pedía que no volviese a ponerse en contacto conmigo. Nuestro amor jamás sería aceptado. Estábamos condenadas a separarnos. Alargar ese momento lo único que lograría sería hacernos más daño.

Siempre la querría, le juré. Sin embargo, el destino tenía otros planes para mí.

Y regresando al presente, acaricié el cabello negro de mi hija que de cuclillas protegía a mi nieto. Había sido muy afortunada, mucho más que la mujer que seguía observándome desde la distancia, sin dejar de apuntarme con un revólver que las dos sabíamos que no usaría contra mí.

Me seguía amando más allá de la cordura.

—¡Bajad las armas! —grité señalando a Marcus que, junto a sus amigos y a sir Charles, encañonaban con sendas escopetas a Astrid—. ¡Hacedlo!

Mi primogénito, al ver la determinación en mi mirada, hizo un gesto con la barbilla y todos cumplieron mi orden.

—Olivia, querida, levanta.

Mi hija parpadeó sin dar crédito a que era yo quien estaba a su lado. Le sonreí con ternura, memorizando cada uno de sus rasgos. Tan bella como lo fue su padre. Un hombre al que juré que jamás entregaría mi corazón y el cual no cejó en su empeño hasta que un amor sereno y profundo creció entre nosotros, dando como fruto mi bien más preciado. Mis hijos.

Esa fue la segunda de mis traiciones y la que más daño le hizo a Astrid. Pues ella sí regresó a por mí y convertida en una vizcondesa. De esa forma podríamos continuar con nuestro amor, aunque fuese de forma clandestina. Con eso se conformaría, así me lo hizo saber. Más cuando vio como entre mi esposo y yo había algo más que indiferencia, se sintió engañada y embadurnó sus sentimientos de odio y deseos de venganza.

Nunca aceptó que mi corazón pudiese pertenecer a alguien más. ¡Cuán equivocada estaba! Siempre fue suyo y ahora se lo demostraría.

—Hola, pequeñín. —Pellizqué la mejilla sonrosada de Archibald que, asustado, se aferraba al cuello de mi hija—. Shh, tranquilo, la abuela se ocupará de todo. —Sonreí imaginando el hombre que sería en un futuro, en el que yo no estaría presente—. Eres un niño precioso y, pase lo que pase, recuerda que siempre voy a estar protegiéndoos.

—Madre, ¿qué vas a hacer?

Olivia tembló de miedo al entender, quizá, el mensaje oculto en mis palabras.

—Ahora, corre junto a tu padre —continué hablando a mi nieto y le señalé a Leo que ya se acercaba a nosotros—. Tú también, mi hija.

—No, madre, no dejaré que lo haga.

Sus lágrimas provocaron que las mías cayesen en cascada y movida por la desesperación, me abrazó con fuerza.

—Ha llegado el momento de hacer lo correcto y ese es mi deseo —le aseguré y, sin dejar de acariciarle la cabeza, miré a Leo y le dediqué una sonrisa que él supo entender a la perfección—. Cuida de ella —le dije cuando estuvo a nuestro lado.

—Con mi propia vida —juró antes de rodear la cintura de su ahora esposa.

—Estoy segura de ello.

—No, por favor, no. ¡Marcus! —Olivia apeló a su hermano que intuyendo lo que iba a ocurrir se acercó como aquel niño que, durante las tormentas, se escondía bajo mis faldas—. ¡Haz algo, por favor! ¡Impídeselo! —sollozó ya en el pecho de su marido mientras la ponía a salvo junto a su hijo.

—Mi hombrecito —susurré acunando su cara—. No ha habido fortuna más grande que la de ser tu madre, verte crecer y convertirte en el buen hombre que tengo ante mí. Estoy muy orgullosa de ti y sé que la familia estará en buenas manos contigo.

—Madre, no es necesario. —Su voz sonó ahogada por el mismo dolor que yo sentía.

—Ambos sabemos que es la única forma de acabar con esta pesadilla. No llores, por favor. —Me deshice del pañuelo que llevaba anudado al cuello y le limpié la humedad de su prominente mandíbula—. Espero que llegue el día en el que tú y tus hermanas podáis perdonarme.

—No podemos perdonar lo que nunca tuvimos derecho a reprocharte, madre. Somos lo que somos, gracias a ti.

Una dulce paz caldeó mi cuerpo y me ayudó a dar el primero de mis últimos pasos.

—Le dirás a Annabelle que la quiero y que lamento no haberme despedido de ella.

—Lo haré. Me encargaré de hacer saber a todos cuánto nos amas.

—Gracias. —Besé el dorso de sus manos antes de soltarlas y alejarme de él.

—¡No, Marcus, no!

Olivia seguía sin querer ver la verdad. Yo era tan culpable como la mujer que me observaba, cubriéndose la boca mientras tosía.

—¡No des ni un paso más, Alice, o te dispararé! —Seguí caminando hacia ella hasta que el cañón topó contra mi pecho, justo encima de mi corazón—. Lo haré, te juro que te mataré como tuve que haber hecho hace mucho tiempo.

—Lo siento —repetí, esta vez, tan cerca que pude apreciar cómo sus ojos claros brillaban por las lágrimas que no tardaría en derramar—. Siento no haberte esperado —continué—, siento haberte dado a entender que lo amé a él, más de lo que te amé a ti.

—Lo hiciste. Lo quisiste tanto como para olvidarme y por eso te odio. Te odio por destruir lo que teníamos. Te odio porque, a pesar de eso, aún tienes el poder de importarme.

—¿Esa fue tu razón para matar a mi esposo?

La sorpresa que anidó en su cara fue la respuesta que buscaba.

—Aunque quise matarlo en muchas ocasiones, jamás lo hice —afirmó y yo la creí.

—¿Quién te lo impidió?

—Tú. Tu sonrisa. La alegría que irradiabas cuando estabas junto a él. Lo odiaba por hacerte feliz, como yo no supe hacerlo, y justo por eso lo mantuve con vida.

—Cuán equivocada estás —la contradije—. Contigo fui más feliz que con él, pues, contigo, podía ser yo misma.

—Si eso es cierto, ¿por qué me abandonaste?

Bajó el arma sin necesidad de que yo se lo pidiera y se escurrió por sus dedos hasta caer a nuestros pies.

—Te abandoné porque fui una cobarde. Tú siempre fuiste la valiente de las dos, Astrid, y al separarnos, me asusté.

—Yo quise luchar contra el mundo que nos impedía estar juntas —me recordó—. Quise acallar a los desdichados que decían que nuestro amor era diabólico y crear un mundo contigo, pero tú te doblegaste —me reprochó cada uno de mis pecados.

—¿Podrás perdonarme?

Como antaño, mis dedos rozaron los suyos y se entrelazaron.

—Soy un monstruo —sollozó, apoyando su frente contra la mía—. No sé perdonar.

—Yo te convertí en un monstruo y seré yo quien te recuerde que sigue habiendo luz en tu corazón.

Negó con la cabeza y una honda pena se instaló entre nosotras.

—Es tarde para redimirme, Alice. Me muero.

La mano temblorosa de Astrid se abrió y en ella había un pañuelo en el que su sangre se diluyó entre las lágrimas que ambas vertíamos.

—Si tú te mueres, yo lo haré contigo, Astrid. —Acaricié la punta de su nariz con la mía para que me mirase a los ojos y viese la sinceridad con la que le estaba hablando—. Esta vez, no te voy a abandonar.

—¿Juntas?

—Desde ahora, hasta el resto de la eternidad.

Aún cogidas de la mano, contemplamos cómo la luna flotaba sobre el mar. El arrullo de las olas pronunciaba nuestro nombre. Nos invitaban a caminar hacia ellas, a sumergirnos en su serena paz…

Y así lo hicimos.

El abismo se abrió ante nosotras y sin dejar de mirarnos a los ojos, regresamos a aquellos días en los que solo éramos dos mujeres cometiendo el vil pecado de amarse.

Pecado que seguiríamos perpetrando, pues…

Ya nadie podría separarnos.



Epílogo 1

Olivia

Dos semanas después



Acaricié la inscripción de la placa que, esa mañana, había descubierto sobre una piedra cercana al borde del precipicio que fue testigo de un final tan inesperado como, quizá, inevitable.

Desde aquella fatídica noche, mi corazón y mi cordura navegaban entre dos mares igual de tormentosos. Lloraba por la madre que había perdido y le reclamaba entre gritos por ser ella quien me había condenado a su ausencia.

No obstante, en los últimos días, fue una comprensión bañada de tristeza la que me arrastró hasta ese sitio.

—¿La has hecho tú?

Le hablé a la sombra que me perseguía allá donde fuese. Lo suficientemente lejos para no sentirme intimidada y lo suficientemente cerca para acudir en mi ayuda si fuese necesario. Así era Leo y el amor que me entregaba.

—Se la encargué a un herrero del pueblo. Espero que no te haya molestado.

Delineé con la yema de mis dedos la palabra amor y un escalofrío recorrió mi espalda.

—Es perfecta. Ni yo misma lo habría hecho mejor.

La hierba crujió bajo el peso de sus pasos. El aroma a madera y sal me abrazó, al igual que hizo la capa que Leo puso sobre mis hombros.

—No quiero que enfermes.

Apoyé la cara en el dorso de una de las manos que seguían sobre mis brazos. Era el primer contacto que teníamos en esas dos largas semanas. Yo me alejé y él me lo permitió.

Estaba demasiado dolida para usar la razón. Me había convertido en un animal solitario, que pasaba largas horas en ese acantilado buscando, en el mar, las respuestas a preguntas que jamás serían contestadas. Y a la noche, regresaba junto a nuestro hijo. El único ser que permitía que se acercase a mí.

—Lo siento —le dije a Leo con la necesidad de que lo supiera.

—No tienes porqué. —Tiré de él y lo abracé como mi piel me urgía que hiciese—. Estoy aquí, mi Julieta, siempre voy a estar aquí.

Contra su pecho terminé de sanar. Dejé que las heridas sangrasen. Lloré. Gruñí. Maldije. Supliqué… Me desahogué. Y cuando mi interior se quedó vacío y hueco, comencé a remendarme el corazón por todas las costuras que se había abierto.

—Después de tanto mal, de tanta muerte sin sentido, he intentado odiarlas, te lo juro, pero solo soy capaz de compadecerlas —suspiré—. ¿Soy una mala persona por eso?

—Una mala persona no se cuestionaría si lo es. —Con ternura me apartó unos mechones de cabello que el aire había enredado en mis pestañas—. Además, creo que si algo hemos aprendido de lo sucedido es que el odio y el rencor son el peor de los venenos. Lady Astrid Banks era una muestra de ello. Convirtió algo puro en brea.

—También es una muestra de que ya sea de una forma u otra, siempre acabamos pagando por nuestros pecados. Tú fuiste hasta Nueva York para enfrentarte a los míos y lo hiciste. Lo he visto en los morados de tu rostro y en tus nudillos magullados. —Acaricié cada imperfección que había salpicado la belleza de su rostro—. Lo has intentado y eso me basta —reconocí tras un largo suspiro—. Estoy cansada de huir, Leo. Estoy lista para que me hagas partícipe de lo que encontraste al otro lado del océano. Sea lo que sea, lo aceptaré.

—Puedo esperar si así lo deseas.

—Mientes. —Le dediqué una sonrisa al que era mi esposo y me levanté del suelo—. Esta mañana te escuché ordenar a Jefferson que enviara un carruaje a la estación para recoger al comisionado y a Arthur.

—¿Mi Julieta ahora cotillea detrás de las puertas?

Leo se reincorporó y se sacudió las rodillas antes de anudarme la capa alrededor del cuello, para que no saliese volando.

—No lo haría de hacerme partícipe de tus decisiones —le recriminé.

—¿Y cómo hacerlo si durante el día te recluyes en este sitio y en las noches rehúyes del calor de nuestro lecho?

—Por favor, mi Romeo, no pienses que huyo de ti. Si algo me han enseñado estos tres largos meses separados es que necesito de tu cercanía tanto como las plantas necesitan de la luz del sol.

Mis manos se perdieron por el interior de su chaqueta y me puse de puntillas para buscar el calor de su boca. Un gruñido se unió al movimiento brusco de su mano y aferrándome por la nuca, profundizó nuestro beso, borrando con su lengua los estragos de su ausencia.

—Tengo miedo —murmuré contra sus labios—. No quiero que me alejen de vosotros. Intento ser fuerte por ti, por Archibald, pero la idea de perderos me asfixia.

—No nos perderás. Te hice una promesa, ¿lo recuerdas?

—Lo recuerdo, pero ni tu promesa ni tu amor borrarán mi pecado. Maté a un hombre, Leo. Eso es un hecho del que no puedo escapar.

Sus ojos intentaron transmitirme una tranquilidad que no sentía, pues estaban igual de revueltos que las olas que golpeaban los pies del acantilado. Tragó saliva con fuerza, deshizo nuestro abrazo y entrelazó nuestras manos, dubitativo.

—Olivia, no tienes por qué escapar de algo que jamás cometiste.

Pese a oír sus palabras, me parecieron igual de ininteligibles que el rumor del mar.

—¿Qué me estás queriendo decir?

Su rostro se vio invadido por una sonrisa sincera, de esas tan amplias que acentuaban el hoyuelo de su barbilla. Di dos pasos atrás. Me alejé de él. No quería entender lo que mi corazón ya comenzaba a intuir por su agitado latir.

—Quise decírtelo nada más regresar, pero con la desaparición de nuestro hijo y la muerte de tu madre, me pareció que era más prudente esperar a que supieras…

—¿A que supiera el qué? Leo, por lo que más quieras, habla de una vez.

—Está bien. —Cerró los ojos y respiró hondo antes de continuar—. No debes pagar por un pecado que jamás has cometido. Olivia, tú no mataste a Moore, porque, por desgracia, ese malnacido sigue vivo.

El aire se atascó en mi garganta y el suelo comenzó a moverse a mis pies. Un remolino de sentimientos incongruentes me golpeó, impidiéndome respirar. Caí de rodillas y me aferré a los brotes tiernos de hierba con el deseo de que todo dejase de girar. Sin embargo, fueron los brazos de Leo los que consiguieron disolver la angustia en la que me ahogaba.

—Yo lo vi… muerto —balbuceé, recreando en mi mente el salón de la casa de Nueva York—. Estaba tirado en el suelo. —Me puse de pie y señalé a un punto, frente a mí, donde veía con claridad el cuerpo de Edward envuelto en una alfombra—. No se movía y su sangre manchaba mis manos.

Busqué ese rastro rojo y viscoso en mis dedos y una ráfaga de aire me golpeó con la misma fuerza que la noticia de la vuelta a la vida del que, por desgracia, seguía siendo mi esposo. Esa certeza me hizo trastabillar hacia atrás y si no hubiese sido por la rapidez de Leo, hubiese compartido el mismo destino de mi madre.

—¡Por Dios, mujer! ¿Tú quieres acabar conmigo? —gruñó en mi coronilla, mientras me alejaba del borde del precipicio—. Será mejor que regresemos a Cliff House y continuemos hablando allí.

No me opuse. Es más, no abrí la boca ni cuando llegamos a la casa y nos reunimos con Arthur y sir Charles en el despacho donde ya nos estaban esperando, junto a mi hermano, que, pocos días después del fallecimiento de nuestra madre, se había trasladado con nosotros con su familia al completo.

Una vez estuvimos todos allí, me hicieron partícipe del engaño en el que había vivido los últimos cuatro años de mi vida.

Edward, acuciado por las deudas, llegó a un acuerdo con lady Astrid Banks. Simular su muerte. De esa forma, la vizcondesa obtenía mi absoluta lealtad y Edward una nueva identidad con la que comenzar de cero.

—No obstante, los hombres somos animales de costumbre y el señor Moore volvió a las andadas —continuó Arthur contándome, con evidente desprecio—. En Nueva York, Leo y yo descubrimos que un tal Stamton merodeaba por los mismos sitios que solía hacer Moore y ya tenía a varios acreedores queriéndole cobrar deudas de juego. Fue muy fácil descubrir que él y Stamton eran la misma persona. El muy imbécil iba alardeando de que tenía contactos con una

aristócrata ricachona de Londres que le pagaría lo que hiciese falta para mantener su boca sellada.

—A ese insensato de Moore se le ocurrió chantajear a lady a Astrid Banks. Le exigió dinero a cambio de no enviar información, de forma anónima, al inspector Smith en la que se te incriminara a ti, Olivia —apuntó sir Charles.

—De eso ya se encargó de hacerlo la propia vizcondesa.

—Te equivocas —me corrigió Leo—. Encontramos evidencias de que lady Astrid Banks le pagó hasta en más de veinte ocasiones para garantizar que no abriese la boca. La última hace cuatro meses. Por lo visto, Moore, al no recibir a tiempo el dinero, creyó que la vizcondesa no había tomado en serio sus amenazas y le envió el anónimo al inspector, lo que le sirvió para solicitar tu declaración como principal acusada de su propio asesinato.

—¿Por qué haría tal cosa la vizcondesa? ¿Por qué me protegería todo ese tiempo, si luego fue ella misma la que me señaló?

—Fuiste su última baza, la que usó para impedir que yo la metiera en la cárcel cuando vino a testificar a Scotland Yard —sugirió sir Charles de forma muy acertada.

—Eso ya es lo de menos —intervino Arthur—. Lo importante es que logramos encontrar a Moore en una taberna cochambrosa. Lo salvamos de que le dieran la paliza de su vida y se lo entregamos a Smith.

Miré el rostro de Leo, sentado a mi lado, y los vestigios de lo que fueron rojeces y moratones se hicieron más evidentes gracias a la luz que entraba por los grandes ventanales.

—¿Tú lo defendiste? —le pregunté cubriendo sus nudillos magullados con una de mis manos.

—¿Defenderlo? Querida Olivia, tendrías que haberlo visto. —Arthur se carcajeó.

—Jamás defendería a nadie que te hubiese lastimado de cualquier forma. —Leo ignoró a nuestro amigo y me acarició con ternura la mejilla, sin importarle los ojos que nos observaban—. El inspector Smith —continuó hablando—, para agradecernos nuestra colaboración en la resolución del falso asesinato de Moore, me dejó conversar con él en privado antes de que lo trasladasen a prisión, la que será su nueva casa por muchos años.

—Y lo hizo a base de bien.

—Arthur, cállate —intervino en esa ocasión mi hermano que permanecía en un lado del despacho atento a todo lo que ocurría.

—Digamos que en un principio Moore se resistió —aseguró Leo tocándose la parte de su mentón, que todavía tenía un tono violáceo—, pero luego le hice entrar en razón y acabó accediendo a mis peticiones.

—¿Peticiones? —pregunté dubitativa—. ¿Qué querrías tú de él?

Leo miró a Arthur y este cogió su maletín del suelo, lo abrió sobre la mesa y de él sacó dos papeles.

—Esto es la declaración jurada de que Archibald no es su hijo natural y este otro es la anulación de vuestro matrimonio. Solo falta tu firma para que sea efectiva.

Arthur empujó la hoja hacia mi lado de la mesa y Leo me acercó el tintero. Con la mirada fija en él, me levanté y garabateé mi nombre junto al que ya, oficialmente, no era nada mío.

Una extraña paz se apoderó de mí y me dejé caer de nuevo en la silla. Todos me miraban, esperando una reacción por mi parte que no llegó. Estaba ausente, perdida en mi interior, contemplando, absorta, cómo la sensación de culpa se borraba de mi alma.

—Di algo, por favor.

Leo cogió mis manos entre las suyas y el anillo que me entregó en el altar, resplandeció marcándome el camino que debía seguir. Por eso, me lo quité del dedo anular y se lo entregué a

su verdadero dueño.

—Olivia…

Leo pronunció mi nombre con tanto dolor que por un momento me arrepentí de mi decisión.

—No es lo que estás pensando. —Rodeé su rostro con mis manos y busqué que me mirase—. Si hasta ahora seguía estando casada con Edward, eso significa que nuestra boda no tuvo ninguna validez, y me alegro.

—Mujer, me estás matando —gruñó solo para mí.

—Déjame terminar. —Le sonreí para tranquilizarle—. Me alegro de que esa boda no tuviese valor porque no guardo un buen recuerdo de ella. La organizamos con rapidez, en la clandestinidad de la noche, sin nuestros familiares y teniendo que separarnos al día siguiente. No, esa no es la boda que nos merecemos y si aún quieres que sea tu esposa, lo único que tienes que hacer es pedírmelo.

—Haré algo mejor.

Tras besarme los nudillos, se levantó, se acercó a mi hermano y para el asombro de todos, le pidió mi mano, como habría hecho con mi padre de haber estado vivo. Fue su manera de enterrar las rencillas que en un pasado los separó.

Los abrazos y las felicitaciones se prodigaron durante los minutos siguientes e incluso Jefferson nos sirvió unas copas de champán para celebrar nuestro compromiso.

—¿Feliz? —me preguntó Leo, cuando conseguimos apartarnos a una esquina del despacho, mientras el resto seguían con los brindis.

Busqué la respuesta en el batiburrillo de pensamientos que copaban mi cabeza. Una mezcla extraña entre intranquilidad por el hecho de que el monstruo siguiese vivo y una enorme dicha por ese mismo motivo. Pues que Edward respirase, significaba que yo no era una asesina. Y ese aspecto era mucho más importante que los miedos que ya no tenían el poder de paralizarme.

Porque el hombre, que jugaba con mis dedos entre los suyos, me había dado la fuerza para vencerlos.

Juntos éramos más fuertes y jamás volverían a separarnos.

—Siempre soy feliz a tu lado —le confesé y su sonrisa provocó que naciese la mía—. Aunque lo estaré más cuando vea a Archibald. Creo que le debo una disculpa por mi comportamiento de estas últimas semanas. He estado muy ausente.

—Ni se ha enterado —me aseguró Leo—. Lo he tenido muy ocupado con la construcción de la casa barco. Ahora mismo se la está enseñando a sus primos.

—Eres un gran padre.

—Y seré un gran marido, te lo prometo.

Entrelazó nuestras manos y las besó, antes de encaminarnos a la puerta.

—Tortolitos, no tan rápido. —Arthur nos llamó a voces desde el otro lado de la estancia—. Aún nos queda un asunto por tratar.

—¿Y ahora qué? —protestó Leo, tan impaciente por marcharse como yo.

Arthur ignoró las protestas de su amigo, hurgó en su maletín y sacó una carpeta que según nos dijo se la había hecho llegar el abogado de lady Astrid Banks. Por lo visto, antes de coger el tren hasta Dover, hizo una parada para dejar arreglados sus asuntos. Cedió toda su fortuna a mi madre con el fin de que ella gestionase una organización que defendiese los valores iniciales que dieron origen a *Las Descendientes de Eva* y que, de paso, ayudase a todas las daifas que habían tenido la desgracia de estar bajo su mando.

—Tarde, pero parece que, al final, hizo algo bueno —Leo verbalizó mis pensamientos.

—Lástima que madre no esté para verlo —susurré y al mirar a mi hermano, su gesto se

contrajo.

—Me temo que, de no haber ocurrido esta tragedia, tampoco habría podido cumplir las últimas voluntades de lady Astrid Banks —me aseguró Marcus—. Madre se moría, Olivia. Aunque había recuperado la movilidad, su corazón estaba muy dañado. No hubiese soportado el próximo invierno. Así nos lo hizo saber el médico.

Sin entender muy bien por qué, esa noticia me generó cierto sosiego. Saber que el fin de sus días estaba cerca, me hizo ver de forma diferente el sacrificio que ambas hicieron.

Fue su forma de enfrentarse al mundo, que tanto las había rechazado.

Se revelaron.

Les dijeron como debían vivir y, a cambio, ellas decidieron la forma de marcharse.

Ojalá nunca se hubiesen visto obligadas a ello y con ese fin, decidí que sería yo quien cumpliría el último deseo de la vizcondesa. Con su dinero y la influencia de nuestras familias, convertiría a *Las Descendientes de Eva* en lo que siempre tuvieron que ser…

Una organización en defensa de las mujeres.

Un lugar seguro donde alzar la voz.

Donde comenzar a exigir los derechos que se nos negaban.



Epílogo 2

Leo

Dos años después

Por fin, el gran día había llegado y mira que se nos había hecho larga la espera.

Después de que la calma regresase a Cliff House, decidimos que la boda se celebraría al año siguiente, para respetar la memoria de su madre. Sin embargo, la fortuna quiso que, para aquel entonces, Olivia estuviese encinta del que sería nuestro segundo hijo. Una niña a la que, por insistencia de mi persuasiva esposa, llamaríamos Mona.

Por ella también es que retrasamos la boda otro año más, pues se negó en redondo a casarse en

estado de buena esperanza. Ella quería lucir un vestido que la hiciese sentir como una princesa y no como una ballena varada.

Accedí, ¿qué otra cosa podía hacer?

Olivia, por costumbre, solía salirse con la suya. Ya lo había aceptado, pero he de reconocer que la noche antes de nuestro enlace, estuve a punto de perder los nervios.

—Explícamelo de nuevo, mujer, porque te juro que no lo entiendo.

Haciendo gala a mi nombre, caminé por nuestro dormitorio como un león enjaulado. Igual de rabioso y fiero, con ella detrás de mí.

—No te enfades, mi Romeo.

—¡Nada de carantoñas y palabras bonitas! —protesté y, con todo el dolor de mi corazón, me alejé de ella y de sus caricias—. Quieres pasar la noche fuera de nuestro lecho y, por si eso fuera poco, me impedirás verte hasta la ceremonia que se celebrará por la tarde, Olivia. ¡Por la tarde! —exclamé alzando las manos para que se diese cuenta de la locura que me estaba pidiendo.

—Solo será un día, Leo, no seas tan infantil.

—¿Te parece poco estar veinticuatro horas sin vernos? Si yo soy infantil, tú eres una insensible bruja.

Mis protestas provocaron su risa, pero para mí no tenía ninguna gracia. Desde que me fui a Nueva York por tres meses, no había vuelto a estar lejos de ella más que unas pocas horas.

Si yo debía viajar a Londres por motivos de trabajo o era Olivia la que tenía que acudir para atender los asuntos de la organización de *Las Descendientes de Eva*, procurábamos hacerlo todos juntos y de no poder, siempre regresábamos a casa en el mismo día.

No nos separábamos. Esa era la norma y ahora ella la quiso incumplir. Y menos mal que lo hizo.

Porque, aunque sentí que el día se me hizo eterno y que cada segundo se clavó en mi piel como si de pequeñas y afiladas agujas se tratase, fue una tortura que bien mereció la pena.

Cuando las puertas de la iglesia de Santa María se abrieron y ella entró del brazo de Marcus, di gracias a Dios de que me hubiese convencido. Fue como verla por primera vez. Mi piel se erizó de la misma forma que aquel día en la catedral de Southwark, cuando me quedé hipnotizado observando como Olivia admiraba una de las vidrieras en honor a Williams Shakespeare.

A partir de ese momento, ella se convirtió en mi Julieta y yo en su devoto Romeo. No obstante, habría una gran diferencia entre ambas historias. Pues nosotros sí que tendríamos nuestro final soñado y rodeados de todos nuestros seres queridos, como ella anhelaba.

No faltó nadie.

Desde Marcus con Minerva y los hijos de ambos. Su hermana Annabelle y el resto de su familia. Hasta mis padres, convertidos en unos abuelos consentidores. Y lo que más ilusión me hizo, por fin los cuatro volvíamos a estar juntos. Porque Arthur también estuvo con los suyos e incluso Robert viajó desde Alemania junto a Clarissa y sus vástagos.

De nuevo éramos una gran familia.

—¿Quién nos lo iba a decir hace unos años que estaríamos así?

Fui yo el primero en romper el silencio en el que nos habíamos sumido, cuando nos alejamos del resto de invitados para fumar unos puros que nos había traído Robert como obsequio de Alemania.

—Han sido tiempos duros —reconoció este y en sus ojos cansados percibí el peso de los años que habían estado en un exilio autoimpuesto, con el único fin de proteger a su esposa, Clarissa,

de la ira de la maestra.

—¡Por Dios, esto está asqueroso! —graznó Arthur para luego tirar el puro al suelo y pisarlo—. Más te vale seguir dedicándote a los números, Robert, porque te aseguro que como catador de tabaco no tienes futuro. Esto está malísimo. —Puso una mueca de asco.

—Steward, quizá el problema sea tuyo y no del puro —contraatacó Robert—. No cualquiera está preparado para apreciar la calidad.

—No es por llevarte la contraria, Robert —intercedió Marcus, con una sonrisa avinagrada—, pero estoy de acuerdo con Arthur. Este tabaco sabe a suela de zapato. Menos mal que tenía guardados unos puros de mi último viaje a España —anunció para nuestro alivio y sacó cuatro vegueros del interior de su chaqueta.

—Negaré que he dicho esto, pero tenéis razón —masculló Robert—. Está malísimo, como la comida… ¡Cómo todo! —gruñó quejicoso, para nuestra sorpresa—. Extraño mucho Inglaterra.

—¿Por qué no regresáis? —Quise saber—. El peligro ha terminado.

—Eso vamos a hacer. Antes de final de año, estaremos de vuelta en Londres.

—Otro motivo más para visitar la ciudad. —Le palmeé la espalda.

—Es agradable volver a estar así entre nosotros, sin tener que hablar de intrigas, grupos secretos y toda esa parafernalia —reconoció Arthur con un gran suspiro.

—Sí, nos costará olvidarnos de lo ocurrido, pero lo haremos —vaticinó Marcus.

—Yo espero no olvidarme —les llevé la contraria—. Pese a que han sido unos años horribles, todo lo vivido nos ha traído hasta este momento y os puedo asegurar, que es imposible que sea más feliz de lo que lo soy ahora.

Los cuatro alzamos nuestras copas y brindamos porque habíamos logrado conseguir lo único por lo que merecía la pena vivir… La familia.

Frente a nosotros, nuestros hijos jugaban entre ellos y, con suerte, forjarían una amistad tan fuerte y duradera como la que teníamos. Nuestras esposas reían y conversaban de forma cómplice y gozaban de una camaradería envidiable. Y lo más importante, nos miraban a cada uno con idéntico amor, a pesar de todos nuestros defectos.

Minerva supo doblegar el orgullo de Marcus.

Clarissa vio belleza en la indecencia de Robert.

Violet obvió que Arthur fuese un farsante.

Y Olivia perdonó a este pobre cobarde que tardó en encontrar el valor de luchar por la vida que se merecían.

Al final, habíamos sido afortunados.

Al final, estos cuatro pecadores habían encontrado…

Su sitio en el mundo.

Nota de la autora

Gracias por leer ***Cobarde*** y espero que hayas disfrutado con su lectura.

De ser así, te agradecería en el alma que dejaras un breve comentario en su página de **Amazon**. Sería de gran ayuda para mí como autora, además de que me encanta conocer a mis lectores.

Vuestros mensajes son un gran apoyo y un impulso para seguir creando historias de #AMORVALIENTE.

También puedes seguirme en Facebook (**Elisa Nell**) o Instagram **(elisa.nell**) para conocer las próximas publicaciones.

Cada día nuestra familia virtual es más grande y eso me hace muy feliz.

No vemos pronto y, esta vez, desembarcaremos en **Formentera** y allí contaremos estrellas entre arcoíris invisibles y sonrisas efímeras.

Paula y Tulio llegarán en primavera y, mientras tanto, te invito seguir conociendo a mis otros chicos.

Gracias eternas,

Elisa.

Agradecimientos

Da vértigo echar la vista atrás y mirar la libreta en la que comencé a bosquejar lo que ahora son Los pecados de un lord.

Cuatro amigos inconformistas que querían ser algo más que los típicos aristócratas encantados de conocerse a sí mismos. Fue ahí cuando aparecieron Las Descendientes de Eva.

Ni yo misma llegué a imaginar el gran mensaje que ocultaba esa mujer diabólica que fue víctima de sus propias maldades. Y es que… Todos podemos ser unos monstruos si nos obligan a ello, ¿verdad?

Los echaré de menos, es inevitable. Tantos meses a su lado y llegó el momento del temido adiós y, por supuesto, el momento de dar las gracias.

Porque yo no sería la misma sin estos cuatro pecadores, ni ellos serían tan increíbles sin la ayuda del gran equipo que hay a mi alrededor.

Por supuesto, mi familia, tanto la sanguínea como la elegida. Sabéis perfectamente quienes sois y os merecéis lo mejor del mundo solo por el simple hecho de aguantarme, que no es poco.

«Como la trucha al mero».

También, mis tres hadas madrinas que aceptaron ser mis lectoras cero y ahora son una prolongación más de mí:

Nira (@lecturasdenira), mi canaria preferida. Esa que me manda fotos del paraíso y yo le devuelvo pantallazos de las bajas temperaturas que tengo que soportar. No sé qué haría sin ti, sin tus mensajes en el manuscrito que me arrancan más de una sonrisa. Y es que entre cáncer nos entendemos.

Marisa (@lecturasdemapita). Cada vez que pienso en ella, la palabra respeto es lo primero que me viene a la cabeza. Desprende una sabiduría de esas que te invita a sentarte y a escucharla durante horas y horas sin cansarte. Así pasa, que cuando hacemos una videollamada, sabemos cuando empezamos y no cuando terminamos. Es un privilegio tenerla a mi lado.

Por último, mi Noe (@laslecturasdelacuchufleta), lectora cero amiga, como le gusta llamarse o como prefiero hacerlo yo, mi detectora preferida de laísmos. Aunque si tengo que elegir algo, prefiero nuestras grandes discusiones sobre qué foto del muso es más adecuada para ponerla del fondo del grupo. Eres increíble.

Y a parte de mis lectoras cero, tengo una pieza irremplazable en este gran equipo que estuvo ahí desde el minuto uno. Sin ella, estoy segura de que no estaría aquí ahora mismo. Sandra (@correccionessandrag), aparte de mi correctora y maquetadora, se ha convertido en una amiga que se ríe de mis neuras y deja a mis chicos todo lo bonito que se merecen ellos y tú, como lector.

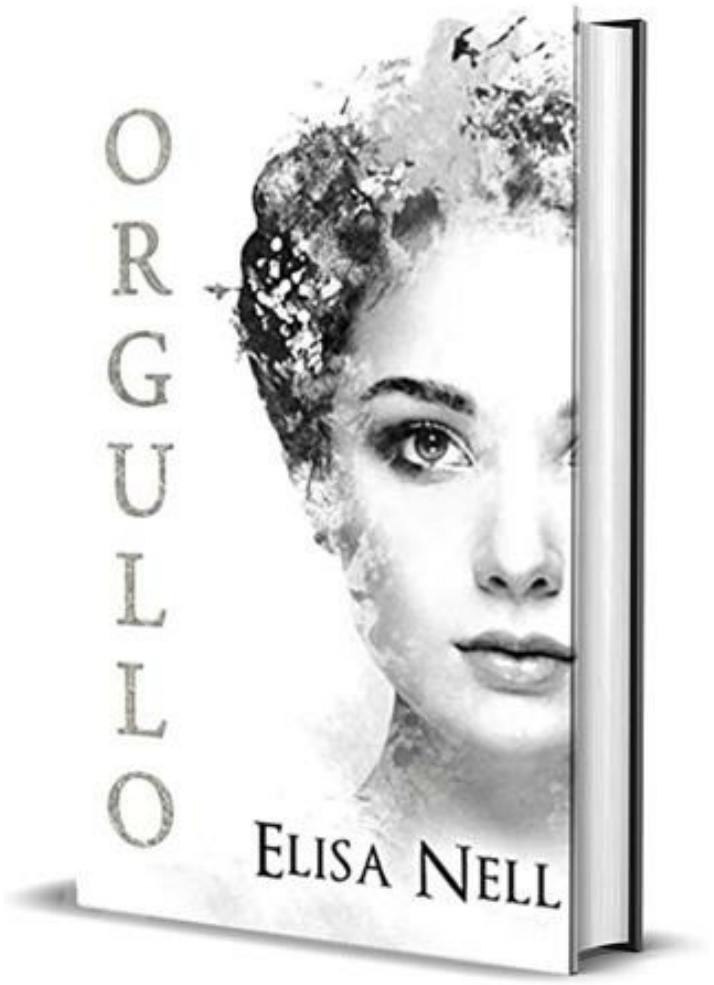
Te mereces lo mejor, mi Sandri y lo más bonito es que voy a estar a tu lado para verlo, amiga.

Sois muchas más las que estáis al otro lado del teléfono y que os habéis convertido en amigas. Prometo que, para el próximo libro, ponemos un post y así os podéis apuntar todas. No quiero que falte ninguna.

Sois lo más importante de este viaje, pues sin vosotras mis chicos no cobran vida.

Gracias por seguir soñando conmigo.

Otros títulos de la serie



ORGULLO. LOS PECADOS DE UN LORD I

El orgullo es el escudo de los cobardes y el último recurso de los desesperados.

Londres 1848

Una mujer sin opciones…

Tras el asesinato de sus padres, Minerva Mendoza huye de España en busca de la protección de la duquesa viuda de Cardington, antigua amiga de su madre.

Encontrar un esposo, antes de que den con su paradero, será la única forma de eludir el cruel destino que la vida tiene guardado para ella.

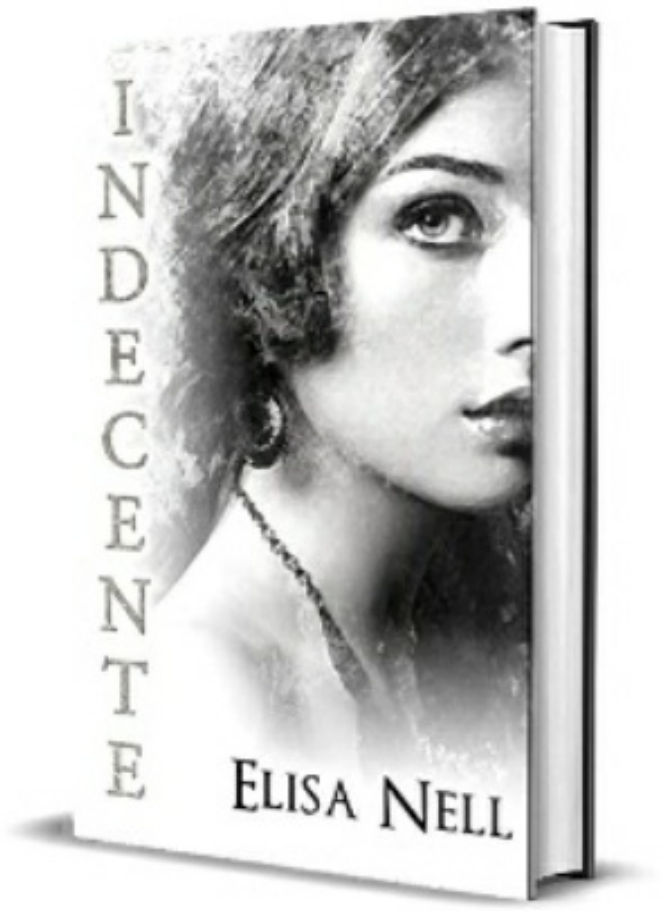
Pero no contaba con el recibimiento tan hostil que tendría por parte de ese caballero de ojos profundos que tiene el poder de hacerle anhelar aquello que ya no tiene derecho a desear.

Un hombre testarudo…

Marcus Steven Buccley, actual duque de Cardington, no cejará en su empeño por desvelar cada uno de los secretos que esconde la nueva protegida de su madre.

Igual de bella que peligrosa, Minerva es algo más que la dama desvalida que se empeña en aparentar y disfrutará desenmascarando a esa hechicera que despierta en él sentimientos del todo inoportunos.

Dos almas incomprendidas…
Un destino común, un misterio que resolver y una lección que aprender.
Porque el amor no ciega el alma, ni el deseo nubla la razón.
Es el orgullo el que impide ver los caminos que marca el corazón.



INDECENTE. LOS PECADOS DE UN LORD II

La cordura de la indecencia.

Londres 1849.

Un marqués arrepentido.

Lord Ramden jamás pensó que, al ayudar a sir Charles a liberar a su hija de las garras de *Las Descendientes de Eva*, acabaría condenándose a sí mismo.

Un caballero endiablado.

Adán, decidido a recuperar a Clarissa, luchará contra todos los obstáculos que osen enfrentarlo, incluyendo a ese marquesito que amenaza con arrebatarle su amor.

Una dama traicionada.

Abandonada por el hombre al que amaba y repudiada por su propio padre, Clarissa encontrará consuelo en la amistad y el amor que le ofrece un extraño.

Pero ¿cómo entregar lo que ya le pertenecía a otro?

Un corazón.
Dos pretendientes.
Fácil decisión cuando solo uno de ellos será capaz de ver la belleza de su indecencia.



FARSANTE. LOS PECADOS DE UN LORD IV

TODOS SOMOS FARSANTES EN UN MUNDO PINTADO CON HIPOCRESÍA

Londres 1851

Un amor del pasado

Lady Violet Hughes había sido un modelo de virtud antes incluso de pronunciar su primera palabra. Era perfecta. Una rosa inmaculada que otros se encargaron de marchitar.

Traicionada por su padre y por el hombre al que creyó amar, será obligada a casarse con James Steward, heredero del condado Onslow. El cual, tras su enlace, la abandonará y encerrará en el campo para el resto de sus días.

Un rencor del presente

Tras la muerte de su hermano, Arthur Steward deberá convertirse en el nuevo conde Onslow y ocuparse de la mujer que le rompió el corazón, su cuñada.

O no.

Pues hará todo lo posible para huir de sus obligaciones hasta que estas vayan a su encuentro.

Un futuro incierto

Tras diez años de odio tendrán que rescatar el recuerdo del amor que les unió, si quieren descubrir la relación que une a sus familias con Las Descendientes de Eva.

Unas cartas que lo cambian todo, unos secretos que serán desvelados y una única certeza.

El perdón nunca fue un obstáculo, sino el camino adecuado para alcanzar la felicidad.

Bibliografía



TRILOGÍA TODAS TUS MENTIRAS

Ella quería volver a sentirse viva.
Él buscaba cerrar viejas heridas.

Enamorarse no entraba en sus planes.

Quizás fue culpa de las aguas cristalinas de Jamaica, del amor que flotaba en el aire por la boda de sus amigos o, simplemente, fue el destino que ya los había unido mucho antes de conocerse.

Pero ¿qué ocurrirá cuando el pasado regrese a destruirles? ¿Podrá resistirlo un amor forjado a base de secretos y mentiras?

«Pequeña, mírame» es la historia de dos personas rotas que buscarán en los brazos del otro liberarse de los miedos y remordimientos que gobiernan sus vidas.

Llevará al lector, a través de los ojos de Melissa, por un viaje de sensaciones; donde el fuego del amor y de la pasión luchará contra el frío dolor de la traición.



BILOGÍA MALAS DECISIONES

¿Amor...? No, gracias.

María no quería saber nada de esos corazoncitos y mariposas que tenían el poder de transformarte en una mujer débil e insegura… Justo como le pasó a ella.

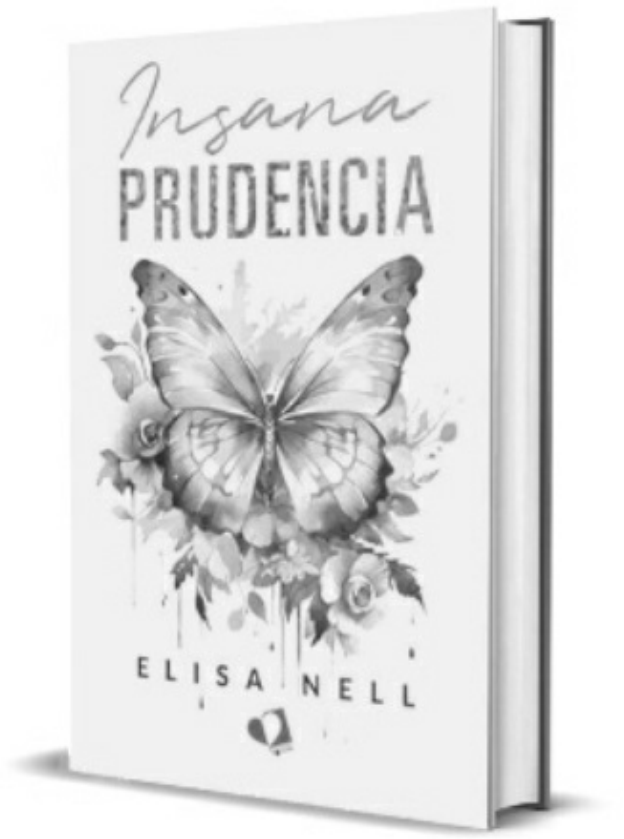
Solo una vez se dejó engañar por ese cruel sentimiento y las consecuencias, que tuvo que pagar, la marcaron de por vida y no solo físicamente.

Con un Pablo en su vida fue más que suficiente, de eso estaba segura.

Pero ese hombretón de ojos ambarinos tenía otros planes. Cansado de huir del recuerdo de esa tímida morena que se adueñó de su corazón, regresa a Madrid con la clara intención de recuperarla.

Pero… ¿Por qué, ahora, después de quince años?

¡Ah, no! A María no le interesaba escuchar sus explicaciones.
De nada le serviría conocer su parte de la historia.
Esa parte que podría cambiarlo todo.
Esa parte que, quizás, le haría descubrir que…
La mala de la película siempre fue ella y no él.



INSANA PRUDENCIA

«Dos mundos opuestos, un local swinger y un contrato que les une, ¿es posible encontrar el amor en el lugar menos esperado?».

Prudencia odia su nombre y, ahora, a su nuevo jefe.

La mayoría la conocen como Lola. Una mujer arisca, que gruñe más que habla y que alterna el trabajo de camarera en Delirio, un local swinger de Madrid, con el de dependienta de un sex shop.

Pocos saben que detrás de esa fachada se esconde Prudencia. Sexta hija de un matrimonio conservador y religioso que aborrece el sexo tanto o más que a Anthony, su nuevo jefe.

Y es que ese hombre, con acento de actorucho de telenovela, se empeña en hacerle creer que puede ver el color índigo del amor cada vez que están juntos.

Anthony lo llama sinestesia, ella, truco barato para ligar.

Un contrato que les une.

Un capítulo del pasado que los separa.

Y el destino recordándoles que la última palabra siempre la tuvo él.

[1] La roya del trigo es causada por un hongo que infecta las hojas y los tallos de las plantas de trigo, lo que reduce la cantidad y calidad del grano cosechado.

[2] Señor Babas.

[3] Todo lo que necesito.